



PQ2496
A51
v.2



1020026885



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

80 P



L'ASSOMMOIR

U A N L

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



L' ASSOMMOIR

(LA TABERNA)

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

de

AMANCIO PERATONER

(Tercera edición)

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Adg.

Precedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

N
286a

30842

- 8 -

59

LIBRERIA
TOMO SEGUNDO

101169

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PRYDS"
Apdo. 1265 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

30842

833
Z.

PQ 2496
A 51
3.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona

21806

L'ASSOMMOIR

VIII

(Continuación)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

Paulatinamente llegó también Lantier á ocuparse de los asuntos de familia. Como los Lorilleux refunfuñaban siempre que tenían que sacar del bolsillo los cien sueldos de mamá Coupeau, indicó que se les podía entablar un pleito. ¿Se burlaban tal vez de las gentes? ¡diez francos, y no cinco debían dar al mes! y subía en persona á buscar los diez francos, con aire tan resuelto y afable á la vez, que el cadenista no se atrevía á negárselos. Actualmente, también la señora Lerat daba cada mes dos monedas de cien sueldos. Mamá Coupeau hubiera besado las manos á Lantier que además desempeñaba el cargo de árbitro en las disputas entre la anciana y Gervasia. Cuando impacientada la planchadora contestaba malamente á su suegra y ésta se marchaba á llorar á su cama, la agarraba á las dos, obligándolas á que se dieran un abrazo y preguntándoles si querían dar qué decir las gentes con sus genialidades. Tocante á Naná, decía que la educaban muy mal. No le faltaba en esto la

razón, porque cuando el padre zurraba á la rapaza, la madre la defendía, y cuando á su vez era la madre la zurradora, movía el padre un escándalo. Naná, ex-tasiada al ver que sus padres regañaban, y sabiendo que se le excusarían de antemano sus faltas, cometa las mayores travesuras. Por entonces había ideado irse á jugar á la herrería de enfrente; allí columpiábase días enteros en las lanzas de los carros; ocultábase con bandadas de pilluelos en el fondo del obscuro patio alumbrado por el rojo resplandor de la fragua, y bruscamente reaparecía corriendo, saltando, despeinada y tiznada, seguida por el cortejo de muchachos; cual si un repiqueteo de martillos acabase de ponerles en fuga. Lantier era el único que podía regañarla; y aun así y todo sabía Naná la manera de desarmarle. Aquella mocosa de diez años poníase á andar delante de él como una señora, contoneándose, mirándole de soslayo, preñados ya de vicio sus ojos. Acabó Lantier por encargarse de su educación y le enseñaba á bailar y hablar el patués.

Así transcurrió un año. En el barrio creían que Lantier tenía rentas, pues esta era la única manera de explicarse la gran vida de los Coupeau. Verdad era que Gervasia continuaba ganando dinero; pero, manteniendo á dos hombres que no hacían nada, de seguro que la tienda no podía bastar para ello, tanto más cuanto que la clientela disminuía y las oficialas gauduleaban desde la mañana hasta la noche. Lo cierto era que Lantier nada pagaba ni por el cuarto ni por la comida. Los primeros meses había dado algunas cantidades á cuenta; después habíase limitado á hablar de una crecida suma que tenía que cobrar y gracias á la cual saldaría más adelante su cuenta, de una vez. Gervasia no se atrevía á pedirle un céntimo. Tomaba el pan, el vino, la carne al fiado. Las cuentas iban subiendo, aumentando tres ó cuatro francos por día. Ni siquiera había dado un sueldo al mueblista, ni á los tres camaradas: el albañil, el carpintero y el pintor. Toda esta gente comenzaba á refunfuñar; de día en día iban haciéndose menos amables para ella en las tiendas. Pero, sintiéndose como embriagada por el furor de la deuda, aturdiase, elegía las cosas más

caras y se abandonaba á su gula, desde que ya no pagaba; y, sin embargo, en el fondo seguía siendo muy honrada soñando ganar de la mañana á la noche centenares de francos, sin saber de qué manera, para distribuir puñados de monedas de cien sueldos á sus proveedores. Finalmente, ibase hundiendo y á medida que descendía, hablaba de ensanchar los negocios. A todo esto, á mediados del verano, la mocetona Clemencia se había despedido, por no haber bastante tarea para dos oficialas y porque esperaba su dinero desde hacía no sé cuántas semanas. En medio de aquel desmoronamiento Coupeau y Lantier echaban mofletes. Los sin vergüenza, sentados siempre á la mesa, se engullían la tienda, engordando con la ruina del establecimiento, excitándose el uno al otro á quién comía más y dándose palmadas en la panza, bromeando á los postres, á fin de hacer más pronto la digestión.

En el barrio era gran tema de conversaciones saber si realmente Lantier había vuelto á enredarse con Gervasia. Las opiniones andaban divididas sobre este particular. Según los Lorilleux, la Banán hacía todo lo posible para pescar de nuevo al sombrerero, mas á este ya no le gustaba, la encontraba demasiado deslucida y no le faltaban fuera de casa muchachas de rostro más incentivo. Según los Boche, al contrario, la planchadora, desde la primera noche se había dirigido al encuentro de su antiguo «esposo» tan luego como el Juan Lanás de Coupeau empezó á roncar. Todo ello, ya fuese de un modo ó de otro, no parecía muy limpio; pero hay en la vida tantas suciedades, y mucho más grandes aún, que las gentes acababan por encontrar aquel matrimonio de tres personas muy natural y muy simpático, puesto que jamás disputaban entre sí y sabían guardar las conveniencias. De seguro que si se hubiera metido la nariz en otros asuntos del barrio, habríase olido mucho peor. A lo menos en casa de los Coupeau olía á buenos muchachos. Los tres se dedicaban á sus comiditas, se vestían, se desnudaban, se acostaban juntos como unos benditos, sin quitar el sueño á los vecinos. Además, el barrio entero estaba seducido por las buenas maneras de Lantier. El engatusador cerraba el pico á todas las chismosas.

Hasta en las dudas que existían sobre sus relaciones con Gervasia, cuando la frutera las negaba ante la tripicallera, ésta parecía indicar que verdaderamente era una lástima, porque, al fin y al cabo, aquello hacía menos interesantes á los Coupeau.

Entre tanto Gervasia vivía tranquila por este lado, sin pensar poco ni mucho en estas porquerías. A tal punto llegaron las cosas, que hasta se le acusaba de falta de corazón. En la familia no atinaban á comprender su rencor contra el sombrerero. La señora Lerat, que se desvivía por ingerirse entre los enamorados, iba cada noche á la tienda, y calificaba á Lantier de hombre irresistible, en cuyos brazos debían caer por fuerza hasta las damas más encopetadas. La señora Boche no hubiera respondido de su virtud, á tener diez años menos. Una conspiración sorda, continua, crecía y empujaba lentamente á Gervasia, como si todas las mujeres que la rodeaban hubiesen de obtener una satisfacción dándole un amante. A todo esto Gervasia se admiraba, pues no sabía ver tantas seducciones en Lantier. Verdad era que éste había sufrido una ventajosa metamorfosis, vestía siempre de gabán y había adquirido cierto barniz de educación en los cafés y en las reuniones políticas.

Sólo que como ella le conocía perfectamente, veía hasta el fondo de su alma por los dos agujeros de sus ojos, y allí encontraba un montón de cosas, cuyo recuerdo le causaba un ligero estremecimiento. Por fin, si aquello agradaba tanto á las otras, ¿por qué no se arriesgaban á catar de aquel señor? Así se lo dió á entender un día á Virginia, que parecía la más entusiasmada. Entonces, la señora Lerat y Virginia, para calentarla de cascós, le refirieron los amores de Lantier y la mocetona Clemencia. Sí, ella no se había apercibido de nada; pero cada vez que salía á algún recado, el sombrerero se llevaba á la oficiala á su cuarto. Actualmente, se les solía ver juntos; sin duda Lantier iba á visitarla á su casa.

—¿Y qué?—dijo la planchadora con voz algo temblorosa;—¿qué puede importarme eso?

Y miraba los amarillos ojos de Virginia, donde relucían chispas de oro, como en los de los gatos. ¿Aque-

lla mujer la odiaba, sin duda, toda vez que se empeñaba en darle celos? Mas la costurera recobró su aspecto bonachón, respondiendo:

—Eso no os importará nada, seguramente!.. Pero deberíais aconsejarle que dejase á esa muchacha, que sólo puede proporcionarle disgustos..

Lo peor era que Lantier, viéndose apoyado, cambiaba de maneras tocante á Gervasia. Cuando le daba un apretón de manos, retenía un momento los dedos de a planchadora entre los suyos. Fatigábala con su mirar, fijaba en ella sus ojos atrevidos, en los que ella leía claramente lo que le pedía. Cuando pasaba por detrás de ella, hundía las rodillas en sus faldas, y arrojaba el aliento sobre su cuello, como para magnetizarla. No obstante, esperó todavía, antes de proceder brutalmente á declararse. Y una noche, hallándose solo con ella, la empujó ante sí, sin chistar, la arrimó trémula contra la pared, en un rincón de la tienda, y quiso besarla. La casualidad hizo que en aquel momento precisamente entrase Gouget. Entonces la planchadora se desprendió y escapó. Y los tres cambiaron algunas palabras, como si nada hubiese ocurrido. Gouget, pálido como un difunto, había bajado la vista, creyendo que les estorbaba y que si ella se había desprendido de los brazos de Lantier era para que no la besasen delante de la gente.

A la mañana siguiente Gervasia andaba de un lado á otro de la tienda, muy triste, incapaz de planchar un pañuelo: necesitaba ver á Gouget y explicarle por qué la tenía Lantier arrimada contra la pared. Empero, desde que Esteban estaba en Lille, no se atrevía á entrar en la fragua, donde Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, la acogía con risitas socarronas. Sin embargo, después del mediodía, no pudiendo resistir más, cogió un cesto vacío y salió con pretexto de ir á buscar unas enaguas á casa de su parroquiana de la calle des Portes-Blanches. Después, cuando se halló en la calle Marcadet, ante la fábrica de pernos, comenzó á pasear despacio, esperando un buen encuentro. Sin duda Gouget debía esperarla, por su parte, pues no haría cinco minutos que Gervasia estaba allí, cuando salió él como por casualidad.

—¡Toma! ¡andáis de recados!—dijo sonriendo débilmente;—¿os volvéis á casa?

Esto lo decía, por decir algo. Precisamente Gervasia estaba vuelta de espaldas á la calle des Poissonnieres. Y los dos echaron á andar hacia Montmartre, uno al lado del otro, sin darse el brazo. Seguramente no tenían más idea que alejarse de la fábrica, para que no pareciese que se daban citas delante de la puerta. Con la cabeza baja, seguían la desempedrada calzada, entre el ronquido de las fábricas. Después, á los doscientos pasos, naturalmente, como si hubiesen conocido el sitio, torcieron á la izquierda, siempre callados, y entraron en un solar que había entre un aserrador mecánico y una fábrica de botones, un trozo de pradera verde, con manchas amarillas, de hierba seca; una cabra, atada á un poste, daba vueltas balando, y en el fondo un árbol muerto se descortezaba á los ardores del sol.

—Verdaderamente—murmuró Gervasia,—parece que estamos en el campo.

Fueron á sentarse junto al árbol muerto. La planchadora colocó el cesto á sus pies. Ante ellos, el cerro Montmartre mostraba sus hileras de altas casas amarillas y grises, entre árboles de exigua frondosidad; y cuando alzaban un poco más la cabeza, percibían el ancho cielo de ardiente pureza, extendiéndose sobre la villa, y cruzado al norte por una bandada de nubes. Pero como la viva luz les deslumbraba, miraban al ras del horizonte plano las lontananzas gredosas de los arrabales, y seguían, sobre todo, la respiración del delgado tubo de la sierra mecánica, que lanzaba chorros de vapor. Y esos grandes suspiros parecían aliviar sus oprimidos pechos.

—Sí—dijo Gervasia, perpleja por aquel silencio,—había salido á un recado...

Después de haber anhelado tanto una explicación, de repente no se atrevía á hablar. Sentíase dominada por una gran vergüenza. Y, sin embargo, no dejaba de comprender que había ido allí, espontáneamente, para hablar de aquello, y hasta de ello hablaban, sin tener necesidad de pronunciar una palabra. La escena de la víspera pesaba sobre ellos como enojosa carga.

Presá entonces de una tristeza atroz y llenos de lágrimas sus ojos, empezó Gervasia á referir la agonía de su lavandera, la señora Bijard, que había fallecido aquella mañana, después de los más espantosos sufrimientos.

—Era de resultas de un puntapié que le dió Bijard,—decía con dulce monótono acento. Hinchósele el vientre. Sin duda le había roto alguna cosa interior. ¡Dios mío! en tres días ha liado el petate... ¡Hay en presidio muchos canallas con menos motivo! Pero la justicia tendría demasiado que hacer si se ocupase de todas las mujeres reventadas por sus maridos. Un puntapié más ó menos, no entra en cuenta, ¿verdad?, cuando tantos se reciben diariamente. Tanto más, cuanto que la pobre mujer, queriendo salvar á su marido del patíbulo, decía que se había aplastado el vientre, cayendo sobre un barreño... Y se ha pasado la noche entera dando alaridos, antes de espirar.

El herrero permaneció callado y arrancaba hierbas con sus crispados puños.

—Aún no hace quince días que la infeliz había destetado á su último chico, el pequeño Julio—continuó Gervasia,—y ha sido una fortuna, porque así el angelito no padecerá... Mas no importa; ahí queda la pobre Lalia cargada con dos rorros. Todavía no ha cumplido ocho años, y es tan formal y piensa tanto, como una verdadera madre... Y con todo, su padre la mata á golpes... ¡Verdaderamente, hay seres en el mundo que han nacido para sufrir!

Gouget la miró y, trémulos sus labios, dijo bruscamente:

—Ayer me hicisteis mucho daño. ¡Oh! sí... mucho...

Gervasia, palideciendo, había juntado las manos. Mas él continuaba:

—Ya lo sé; eso tenía que suceder... Solo que hubierais debido tener confianza en mí y confesarme lo que había para no darme lugar á esperanzas...

No pudo acabar. Ella se había puesto en pie, comprendiendo que Gouget creía que había vuelto á enterarse con Lantier, como todo el barrio lo aseguraba. Y con los brazos extendidos dijo:

—No, no; os lo juro... El me empujaba, iba á darme un beso, es verdad; pero su rostro ni siquiera se ha rozado con el mío, y era la primera vez que lo intentaba... ¡Oh! sí, os lo juro por mi vida, por la de mis hijos, por lo más sagrado...

Pero el herrero movía la cabeza. Desconfiaba, porque las mujeres niegan siempre. Entonces, Gervasia se puso muy seria y repuso lentamente:

—Ya me conocéis, señor Gouget, y sabéis que soy incapaz de mentir... ¡Pues bien!... no hay nada ¡palabra de honor!... ni habrá jamás ¿ois? ¡jamás, jamás! Y si tal cosa llegara á suceder, me consideraría la última entre las últimas y no merecería la amistad de un hombre honrado como vos.

Y tenía, al hablar, un rostro tan hermoso, tan franco, que Gouget le cogió la mano y la indujo á sentarse de nuevo. El herrero respiraba con satisfacción, y no cabía en sí de gozo. Aquella era la vez primera que cogía de aquel modo su mano, estrechándola en la suya. Los dos permanecieron callados. En el cielo, la bandada de blancas nubes nadaba con la lentitud del cisne. En el extremo del solar, la cabra, vuelta hacia ellos, los miraba, exhalando, á largos y regulares intervalos, un dulcísimo balido. Y, sin soltarse las manos, enajenados los ojos en ternura, parecían hallarse en un paraíso, dominando la obscura pendiente de Montmartre, entre la elevada empalizada de las chimeneas de las fábricas que rayaban el horizonte en aquel rincón de las afueras gredoso y desolado, conmoviéndoles, hasta hacerles verter lágrimas, los verdes bosquecillos de los tabernáculos.

—Ya sé que vuestra madre está enojada conmigo—repuso Gervasia en voz baja.—No lo neguéis... ¡Os debemos tanto dinero!

Peró él mostróse casi brutal para hacerla callar, sacudiéndole la mano como si fuera á rompérsela. No quería que se le hablase de dinero. Después titubeó y tartamudeó al fin:

—Oídme; hace mucho tiempo que deseo proponeros una cosa... Vos no sois feliz... Mi madre asegura que vuestra vida va poniéndose mal...

Detúvose algo sofocado.

—¡Pues bien! Es necesario que nos vayamos juntos. Mirábase ella, no acertando de pronto á comprenderle, sorprendida por esta ruda declaración de un amor que hasta entonces no había salido de sus labios.

—¿Qué decís?—preguntó.

—Sí—continuó él con la cabeza inclinada,—nos marcharíamos, viviríamos en cualquier sitio, en Bélgica si queréis... Es casi mi país... Trabajando los dos, no tardaríamos en adquirir una posición desahogada.

Entonces ella se puso muy encarnada. Si Gouget la hubiese atraído hacia sí para darle un beso, habría sentido menos vergüenza. ¡Vaya un capricho raro! ¡proponerle un raptó, como sucede en las novelas y en la alta sociedad! ¡Bah! En sus barrios veía á obreros que cortejaban á mujeres casadas, pero no las llevaban ni siquiera á Saint-Denis; arreglábanse en el sitio y sin tanto rodeo.

—¡Ah! señor Gouget, señor Gouget...—murmuraba sin encontrar más palabras.

—Así no seríamos más que los dos—repuso él.—Los otros me estorban, ¿comprendéis? Cuando yo quiero á una persona, no puedo verla con otros.

En tanto Gervasia reponíase, y rehusaba, diciendo con tranquilidad:

—Eso no es posible, señor Gouget. Estaría muy mal... Yo soy casada, ¿verdad?... y tengo hijos... Ya sé que me tenéis cariño y que os doy un disgusto... Pero después tendríamos remordimientos y todos los placeres nos parecerían amargos... También yo siento cariño por vos; y lo siento demasiado para dejaros cometer una locura... Y eso sería una locura seguramente... No; mirad; vale más que continuemos como hasta aquí. Nos estimamos, encontramos conformidad entre nuestros sentimientos. Esto ya es mucho y más de una vez me ha dado fuerzas. Cuando los que se hallan en nuestra posición permanecen honrados, deben considerarse perfectamente recompensados.

Gouget movía la cabeza, escuchándola. La aprobaba; no podía decir nada en contra. Bruscamente, y á la luz del día, la cogió entre sus brazos, estrechándola hasta lastimarla é imprimió un furioso beso en su cuello, cual si hubiese querido comerse su piel. Des-

pués la soltó sin pedir más y no volvió á hablar de su amor. Ella se desasíó, sin enojo, comprendiendo que los dos tenían bien ganado aquel pequeño goce.

Entre tanto, el herrero, conmovido de pies á cabeza por un fuerte estremecimiento, apartábase de ella para no caer en la tentación de agarrarla de nuevo, y se arrastraba de rodillas, no sabiendo en qué ocupar las manos, cogiendo florecillas que echaba desde lejos á su cesto. Había allí, en medio de la sábana de hierba tostada, magníficos dientes de león amarillos.

Poco á poco este estremecimiento le calmó, le distrajo. Con sus dedos encallecidos por el rudo trabajar del martillo, rompía delicadamente las flores, las lanzaba una por una y sus ojos de buen muchacho reían cuando acertaba á meterlas en el cesto. La planchadora se había arrimado al árbol seco, alegre y tranquila, alzando la voz para dejarse oír entre los chirridos de la sierra mecánica. Y cuando abandonaron aquel sitio, andando uno al lado del otro, hablando de Esteban, que se encontraba muy satisfecho en Lille, llevaba la planchadora lleno su cesto de dientes de león.

En el fondo, no se sentía Gervasia delante de Lantier tan animosa como decía. Verdaderamente, estaba muy resuelta á no permitirle que la tocara, ni con la yema del dedo; pero si llegase un día á tocarla, tenía miedo de su cobardía antigua, de aquella debilidad y de aquella complacencia á que se abandonaba para complacer á las gentes. Sin embargo, Lantier no volvió á sus tentativas. Encontróse muchas veces á solas con ella y permaneció tranquilo.

Entonces parecía ocuparse de la tripicallera, una mñer de cuarenta y cinco años, muy bien conservada. Gervasia, en presencia de Gouget, hablaba de la tripicallera, para tranquilizarle. Y cuando Virginia y la señora Lerat elogiaban al sombrerero, contestábales que poca falta le hacían sus lisonjas, puesto que todas las vecinas estaban enamoradas de él.

Coupeau vociferaba por el barrio que Lantier era un amigo, un verdadero amigo. Ya podían murmurar de él; por su parte sabía lo que sabía y se ciscaba en la murmuración, desde el momento en que estaba seguro de su honradez.

Cuando salían los tres, el domingo, obligaba á su mujer y al sombrerero á que anduviesen delante de él, cogidos del brazo, para despatarrar á la calle entera, é iba mirando á las gentes, muy dispuesto á administrarle un solfeado, si por ocasión se permitían la más mínima burla. Verdad es que encontraba á Lantier algo orgulloso, que le acusaba de hacerse el melindroso ante el vitriolo y que le daba vaya porque sabía leer y porque hablaba como un abogado. Mas, aparte de esto, le declaraba hombre de todas prendas. No se hubieran encontrado dos como él en la Chapelle. Finalmente, los dos se entendían y parecían nacidos el uno para el otro. La amistad con un hombre es más sólida que el amor con una mujer.

Hay que saber que Coupeau y Lantier se daban una vida de príncipes. Lantier, á la sazón, pedía prestado dinero á Gervasia, partidas de diez, de veinte francos, cuando veía que entraba moneda en casa, so pretexto de que era para sus grandes negocios. Después, en tales días, pervertía á Coupeau, llevándosele en su compañía como si realmente hubiesen de ocuparse en asuntos de provecho; y al poco rato, sentados frente á frente, en el fondo de un restaurant vecino, se regalaban con platos de los que no se comen en casa, regándolos con vino del lacrado.

El plomero hubiera preferido francachelas de sabor más democrático, pero sentíase impresionado por los gustos aristocráticos del sombrerero, que encontraba en la lista nombres de salsas extraordinarias. Difícil era formarse una idea de un hombre tan delicado, tan descontentadizo. Tal vez son así todos los del Mediodía. No quería nada enardeciente, discutía cada frito, bajo el punto de vista de la salud, haciendo retirar los platos que le parecían demasiado salados y demasiado picantes. Peor era todavía tocante á las corrientes de aire; temíalas como al cólera y armaba un escándalo si veía una puerta medio abierta. Y por remate, un avaro, no dando más que dos sueldos de propina al mozo por comida de siete y ocho francos.

Sin embargo, todos temblaban en su presencia y no había quien no le conociese en los bulevares exteriores, desde Batignolles á Belleville. A veces, iban á la calle

mayor de Batignolles, á comer callos al estilo de Caén los cuales les servían sobre pequeños braserosillos. En la cuesta de Montmartre encontraban las mejores ostras del barrio en la «Ville de Bar-le Duc». Cuando se arriesgaban á subir á lo alto del cerro, hasta el «Moulin de la Galette», les servían un conejo salteado. En la calle des Martyrs, las «Lilas», tenían la especialidad de la cabeza de ternera; mientras que en la calzada de Clignancourt, los restaurants del «Lion d'or» y de los «Deux-Marronniers» les daban unos riñones salteados que había para chuparse los dedos. Empero, más á menudo, torcían á la izquierda, en dirección á Belleville, donde tenían reservada una mesa en las «Vendages de Bourgogne», el «Cadran Bleu», el «Capucins», casas de confianza, en las que se podía pedir de todo, á ojos cerrados. Eran unas partidas de tapadillo, de las que hablaban á la mañana siguiente en frases encubiertas, mientras mascullaban las patatas de Gervasia. Hasta llegó un día á darse el caso de llevar Lantier á una de las glorietas de «Moulin de la Galette», una mujer, con la cual le dejó á solas Coupeau, á los postres.

Naturalmente, no es posible divertirse y trabajar á la vez. Así pues, desde la entrada de Lantier en la familia, el plomero, que ya holgazaneaba y no poco, acabó por no coger una herramienta. Si por acaso, cansado de gandulear, admitía alguna faena, su camarada lo arrancaba de la obra, mofándose de él á no poder más, al verle colgado al extremo de su cuerda, como un jamón ahumado, y gritándole que bajase para echar una copa. Ya se sabía; el plomero abandonaba la faena y comenzaba una borrasca, que duraba días y semanas. ¡Ah! ¡eso sí, juergas famosas, una revista general de todas las tabernas del barrio, borrachera de la mañana reposada al mediodía y vuelta á coger por la tarde, y sucediéndose y perdiéndose en la noche las rondas de vitriolo, semejante á los farolillos de una fiesta, hasta que la última candela se extinguiese con la última copa! Ese animal de sombrerero no perdía nunca la serenidad. Dejaba que el otro se achispase; le abandonaba y regresaba á casa, sonriendo afable. Sabía tomar sus curdas sordas, sin que se le notara.

Sólo los que le tenían muy tratado se lo conocían por cierta alteración en los ojos y por sus modales más atrevidos con las mujeres. El plomero, al contrario, se hacía repugnante y ya no podía beber sin caer en un estado innoble.

Así, pues, en los primeros días de noviembre, corrió Coupeau una broma, que acabó de una manera totalmente sucia para él y para los demás. La víspera había encontrado ocupación. Lantier, aquella vez, poseído de buenos sentimientos, predicaba el trabajo, en atención á que el trabajo ennoblece al hombre. Hasta se levantó antes de amanecer, para acompañar á su amigo á la obra, con gravedad, honrando en él al obrero digno de este nombre. Empero, al llegar ante la «Petite-Civette», que abría entonces las puertas, entraron á tomar una guinda, nada más que una, con el fin de brindar juntos por la firme resolución de una buena conducta. Frente al mostrador, sentado en un banco, Bibi-la-Grillade, recostado contra la pared, fumaba su pipa con semblante huraño.

—¡Calla! ¡ahí está Bibi, pensando en todo, menos en trabajar!... ¿Tienes galbana, querido?

—No, no—respondió el camarada despezándose.— Los maestros son los que nos desaniman... Ayer me despedí del mío... ¡Todos son unos indecentes, unos canallas!

Y Bibi-la-Grillade aceptó una guinda. Positivamente estaba allí esperando que le convidaran.

Entre tanto, Lantier defendía á los patronos; también éstos pasaban sus malos ratos; á él le constaba de sobra, puesto que acababa de dejar los negocios. Los obreros sí que son unos holgazanes, siempre de borrasca, ciscándose en el trabajo, plantando al amo en mitad de una tarea urgente y reapareciendo cuando se hallan sin un cuarto. Recordaba haber tenido un oficial, un picardo, cuya manía era la de pasearse en coche, y en cuando cobraba su semanal, alquilaba un coche por días enteros. ¿Acaso era aquello propio de un trabajador? Después, bruscamente, empezó Lantier á criticar á los patronos. ¡Oh! no le cegaba la pasión, y cantaba á cada cual las verdades. Eran una raza de

indecentes, explotadores sin vergüenza, unos antropófagos. En cuanto á él, ¡á Dios gracias! podía dormir con la conciencia tranquila, pues siempre se había portado como amigo con sus oficiales y había preferido no ganar millones como los demás.

—En marcha, hijo mío—añadió dirigiéndose á Coupeau.—Seamos prudentes, no sea que lleguemos tarde. Bibi-la-Grillade, con los brazos colgantes, salió en pos de ellos. El día empezaba á clarear, amaneciendo enturbiado por el cenagoso reflejo del suelo; había llovido la víspera; la temperatura era apacible.

Acababan de apagar los mecheros de gas; la calle des Poissonnieres, donde flotaban todavía jirones de noche estrangulados por las casas, iba llenándose con el sordo rumor del andar de los trabajadores que bajaban hacia París. Coupeau, echado á la espalda su saco de plomero, caminaba con el aspecto decidido de un ciudadano que se halla dispuesto á trabajar una vez en la vida. Volvió la cabeza y dijo:

—Bibi, ¿quieres trabajar? El maestro me ha dicho que llevase un compañero, si conocía á alguno.

—Gracias—respondió Bibi-la-Grillade,—estoy de purga... Puedes proponérselo á Mes-Bottes, que andaba ayer buscando colocación... Espera; de seguro que está ahí dentro.

Llegaban en esto al final de la calle y percibieron en efecto, á Mes-Bottes en casa del tío Colombe. A pesar de la hora matinal, la taberna resplandecía con el gas encendido y las puertas abiertas. Lantier se quedó en el dintel, encargando á Coupeau que se diese prisa; pues no podían disponer más que de diez minutos.

—¡Cómo! ¡vas á trabajar con ese rocín de Borgón!—exclamó Mes-Bottes, cuando el plomero concluyó de hablarle.—¡Listo ha de ser el que me atrape en tal jaula! No; prefiero pasar sin comer hasta el año que viene... ¡Vaya, querido! ¿á que no duras allí tres días? ¡cuando yo lo digo!...

—¿De veras es mal amo?—preguntó Coupeau inquieto.

—¡Oh! lo más malo del mundo... No se puede uno

mover. Siempre está el «monoc» (1) encima de la gente. Y con eso ¡unas pretensiones! ¡y una maestra que trata á todos de borrachos!... ¡una casa donde está prohibido hasta escupir!... Yo los mandé á paseo la primera noche, ¡conque ya ves!...

—¡Bueno! ya estoy prevenido. No comeré en su casa un cuarterón de sal... Voy á probar esta mañana; ¡pero si el amo me carga, lo agarro y lo tiro sobre su mujer; dejándolos pegados uno contra el otro, como un par de lenguados!

El plomero estrechaba la mano de su camarada; agradeciéndole los buenos informes, é iba á marcharse; cuando Mes-Bottes se enojó. ¡Rayos de Dios! ¿por ventura el Borgonón iba á impedirles echar un trago? ¿Habían dejado de ser ya hombres los hombres? Bien podía esperar el «monoc» cinco minutos. Y Lantier entró aceptando la ronda, y los cuatro permanecieron en pie ante el mostrador. Entre tanto Mes-Bottes, con sus zapatos descalzados, su blusa llena de manchas y su gorra echada atrás, vociferaba y giraba miradas de amo y señor en torno de la taberna. Acababa de ser proclamado emperador de los borrachos y rey de los cochinos, por haberse comido una ensalada de escarabajos vivos y haberle pegado un hocado á un gato muerto.

—¡Vamos á ver, descendiente de Borgia (2)—le gritó al tío Colombe;—echadnos del amarillo, de vuestros orines de burro, número uno!

Y cuando el tío Colombe, pálido y tranquilo con su chaleco azul, hubo llenado las cuatro copas, vaciáronlas de un trago aquellos cuatro caballeros, para no dejar que se evaporase el líquido.

—Esto consuela por donde pasa—murmuró Bibi-la-Grillade.

En tanto el animal de Mes-Bottes refería un chascarrillo. El viernes pasado, tan borracho estaba, que sus compañeros le pegaron la pipa á la boca con un puñado de yeso. Otro que no fuese él hubiera callado la

(1) El maestro, el patron.

(2) Envenenador.

ocurrencia; pero él arqueaba los hombros y se pavoneaba.

—¿Repiten los señores?—preguntó el tío Colombe con su gruesa voz.

—Sí, venga otra ronda—dijo Lantier.—Ahora es mi turno.

Actualmente hablaban de hembras. Bibi-la-Grillade, el domingo anterior, había llevado á su querida á Mont-rouge, á casa de una tía. Coupeau preguntó por la «Malle des Indes», una lavandera de Chaillot, muy conocida en el establecimiento. Iban á beber cuando Mes-Bottes llamó violentamente á Gouget y á Lorilleux que pasaban por delante de la taberna. Llegáronse éstos á la puerta y se negaron á entrar. El herrero no sentía necesidad de tomar nada. El cadenista, pálido y tiritando, apretaba en sus bolsillos las cadenas de oro que iba á devolver; y tosía y se excusaba diciendo que una gota de aguardiente le dejaba incapaz.

—¡Vaya unos tíos camándulas!—refunfuñó Mes-Bottes.—¡Sin duda empujan cuando nadie los ve!

Y después de haber metido la nariz en su copa, la emprendió con el tío Colombe:

—Maldito zorro, ¿has cambiado de jarro! ¡Ya sabes que á mí no se me disfraza el vitriolo!

El día iba adelantando, y una claridad opaca iluminaba la taberna, cuyos mecheros de gas apagaba el patrón. Coupeau, entre tanto, excusaba á su cuñado, á quien, al fin y al cabo, no había motivo para recominarle si no podía beber. Hasta aprobaba á Gouget, diciendo que era una suerte no tener nunca sed. Y hablaba de marcharse á trabajar, cuando Lantier, con su énfasis de hombre de fina educación, le dió una lección: un hombre que se estima en algo, paga su ronda antes de largarse y no deja á sus amigos como un modrego, aun cuando fuera para irse á cumplir la obligación.

—¿Se ha propuesto jeringarnos por mucho tiempo con su trabajo?—gritó Mes-Bottes.

—Conque ¿va la ronda del señor?—preguntó el tío Colombe á Coupeau.

Pagó su ronda éste. Mas cuando le llegó su turno á Bibi-la-Grillade, inclinóse al oído del patrón, el cual

se negó con un movimiento de cabeza. Comprendió Mes-Bottes y púsose á vomitar invectivas contra ese avaro de tío Colombe. ¡Cómo! ¡un bribón de su calaña permitirse malos modos con su amigo! ¡Todos los taberneros le fiaban, y había de sufrir un insulto en una miserable «mina de pimienta!» A todo esto, el patrón permanecía impávido, balanceándose, apoyado sobre sus gruesos puños y repitiendo con la mayor finura:

—Prestadle dinero á ese caballero, y será fácil que nos entendamos.

—¡Voto á!... vaya si se lo prestaré—aulló Mes-Bottes.—¡Toma! ¡Bibi! ¡échale su dinero á la boca á ese judío!

Después, lanzado ya, encorocado por el saco que Coupeau llevaba en la espalda, continuó, dirigiéndose al plomero:

—Pareces una nodriza. Suelta tuorro; sino, vas á volverte jorobado.

Coupeau vaciló un momento y, pausadamente, como si se hubiese decidido después de maduras reflexiones, dejó el saco en el suelo, diciendo:

—Ya es tarde ahora. Iré á casa del Borgoñón después de almorzar. Le diré que mi mujer ha tenido un cólico... Tío Colombe, dejo mis trebejos debajo de este banco, y pasaré á recogerlos á medio día.

Lantier, con un movimiento de cabeza, aprobó esta resolución. Que se debe trabajar, nadie lo pone en duda; pero en cambio, cuando uno se encuentra con amigos, la educación es antes que todo. Un deseo de gandulería habíase ido apoderando de los cuatro, sentíanse amodorrados, con las manos caídas y se consultaban uno á otro con la mirada. Y al calcular que tenían cinco horas de huelga, prorrumpieron en una ruidosa jovialidad, repartiéndose palmadas y echándose tiernos piropos á la faz, sobre todo Coupeau, el cual, aliviado, rejuvenecido, llamaba á los otros «ramas mías» (1). Hubo después otra ronda general, y en seguida dirigiéronse á la «Puce qui renifle», un ca-

(1) Frase de amistad. La amistad representa un árbol sólido cuyas ramas forman los amigos. (N. del T.)

fetín, en el que había un billar. El sombrerero arrugó un momento la nariz, pues aquella casa no era muy limpia; el litro de aguardiente costaba un franco, diez sueldos media pinta en dos vasos, y la clientela del establecimiento había hecho tantas porquerías en la mesa del billar, que las bolas se quedaban pegadas. Empero, una vez empeñada la partida, Lantier, que tenía una fuerza de taco extraordinaria, recobró su gracia y su buen humor arqueando el dorso y acompañando con un efecto de cadera cada carambola.

Cuando llegó la hora de almorzar, ocurriósele á Coupeau una idea, y dando una patada en el suelo, exclamó:

—Hay que ir á buscar á Bec-Salé. Yo sé dónde trabaja... Le llevaremos á comer «pies á la poulette» en casa de la tía Louis.

Aprobóse la idea. Si, Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, debía tener ganas de comer «pies á la poulette». Partieron. Las calles estaban lodosas, y lloviznaba; pero tenían ya demasiado calor en sus cuerpos, para sentir aquella ligera rociada sobre sus hombros. Coupeau los llevó á la calle Marcadet, á la fábrica de pernos. Como llegaban media hora antes de la salida, dió Coupeau dos sueldos á un pilluelo para que entrase á decir á Bec-Salé que su mujer se había puesto mala y le suplicaba que fuese inmediatamente. Al poco rato apareció el herrero, contoneándose, con semblante muy tranquilo, olfateando una comilona.

—¡Hola, borrachones!—exclamó al percibirles ocultos detrás de una puerta.—He comprendido al momento. ¡Veamos! ¿qué se come?

Ya en casa de la tía Louis, mientras chupeteaban los huesecillos de los pies, volvieron á hablar sobre los años. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, explicaba que entonces había en su taller un pedido urgente. ¡Oh! el «mono» estaba muy manso en aquel momento; aunque alguno faltase á la lista, no se incomodaba, y podía darse por muy dichoso, cuando al fin y al cabo volvían al trabajo. Por lo demás, no había miedo de que un patrón se atreviese á despedir á Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, pues difícilmente era encontrar muchachos de su capacidad. Después de los pies comieron una tor-

tilla. Cada cual despachó su botella. La tía Louis recibía su provisión de vino de la Auvernia; un vino color de sangre, que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Aquello empezaba á estar divertido; la borrasca se animaba.

—¿Qué demonche tiene ese «mono» para venir á jeringarme?—exclamó Bec-Salé á los postres.—¿Pues no se le ha ocurrido la idea de fijar una campana en su barraca? Una campana es buena para esclavos... ¡Que repique cuanto quiera hoy! ¡lléveme el diablo; si me vuelven á pescar en el yunque! Ya van cinco días que me descrismo trabajando, conque, bien puedo darme un rato... Si me echa un sermón, le mando á Chaillot.

—Yo—dijo Coupeau con aire de importancia,—me veo obligado á dejaros; voy á trabajar. Se lo he jurado á mi mujer... Divertíos, ya sabéis que mi corazón queda con vosotros.

Los demás tomaban la cosa á broma. Mas él parecía tan resuelto, que todos le acompañaron cuando dijo que iba á buscar sus herramientas á casa del tío Colombe. Recogió su saco de debajo de un banquillo y lo dejó á sus pies, mientras echaban otra copeja. A la una, la sociedad continuaba ofreciéndose rondas. Entonces Coupeau, con un ademán de fastidio, volvió á colocar sus trebejos debajo del banquillo, pues le molestaban; y no podía acercarse al mostrador sin tropezar en ellos. ¡Nada! lo de ir á casa del Borgoñón se aplaza para el día siguiente. Los otros cuatro, que se querellaban á propósito de la cuestión de los salarios, no se sorprendieron cuando el plomero, sin más explicaciones, les propuso ir á dar un paseito por los bulevares, para desenmohecarse las piernas. Había cesado de llover. El paseito se limitó á andar doscientos pasos en fila, con los brazos caídos; y sin encontrar ninguno de ellos palabra que decir, sorprendidos por el viento, y aburridos de verse en la calle. Lentamente, y sin necesidad siquiera de consultar con el codo, subieron como por instinto la calle des Poissonnières y entraron en casa de Francisco á echar una copa del embotellado. Verdaderamente necesitaban aquello para entonarse. La calle infundía demasiada tristeza, había

un barro que no permitía salir ni á la puerta. Lantier llevó á sus compañeros á un gabinete estrecho ocupado por una sola mesa y separado de la sala común por una mampara de cristales deslustrados. El, generalmente, tomaba sus chispas en los gabinetes, lo cual es más decente. ¿No se encontraban allí bien? Podían creer que estaban en su casa y hasta hubieran podido echar un sueño sin molestia alguna. Pidió un periódico, lo desplegó en toda su extensión y lo recorrió, frunciendo las cejas. Coupeau y Mes-Bottes habían empezado una partida de cartas. Dos botellas y cinco vasos descansaban sobre la mesa.

—Vamos á ver, ¿qué dice ese papel?—preguntó Bibi-la-Grillade al sombrero.

Esta no contestó en seguida. Después, sin alzar los ojos:

—Estoy leyendo la sesión de la cámara—dijo.—Vaya unos republicanos de cuatro sueldos, los malditos haraganos de la izquierda! ¿Se figuran que el pueblo les ha elegido para que yayan allí á beber agua con azucarillos?... ¡Ahí hay uno que cree en Dios y hace carantoñas á esos canallas de ministros! Si yo fuese diputado, subiría á la tribuna y diría: ¡Mierda! Ni más ni menos; he ahí mi opinión.

—¿Sabéis que Badingue se dió de bofetadas con su mujer la otra noche en presencia de toda su corte?—dijo Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.—¡Palabra de honor! ¡Y por una nimiedad! Badingue estaba algo chispo.

—¡No nos jeringuéis más con vuestra política!—dijo el plomero.—Leed los asesinatos; eso es más divertido.

Y volviendo á su juego, cantó una tercera al nueve y tres sotas.

—Tengo una tercia baja y tres palomas... Los marraques no me abandonan.

Vaciáronse los vasos. Lantier empezó á leer en alta voz:

«Un crimen espantoso acaba de sumir en la mayor consternación al pueblo de Gaillon (Seine-et-Marne). Un joven ha dado muerte á su padre á golpes de azadón, para robarle treinta sueldos...»

Todos lanzaron un grito de horror. ¡Vaya un mons-

truo! ¡con qué gusto hubieran ido á verle descuartizar! No, la guillotina no era bastante; merecía ser hecho pedazos. Una historia de infanticidio les sublevó igualmente; pero el sombrero, echándose la culpa á su seductor, porque, en resumidas cuentas, si un calaverón no hubiese hecho un chiquillo á aquella desgraciada, ella no lo hubiera arrojado á la alcantarilla. Pero lo que les entusiasmó fueron las hazañas del marqués de T... al salir de un baile, á las dos de la mañana, que defendiéndose contra tres malhechores en el bulevar des Invalides, sin quitarse los guantes, se había desembarazado de sus dos primeros agresores, dándoles cabezadas contra el vientre, y al tercero lo condujo cogido de una oreja á la comisaría. ¡Vaya unos puños! ¡Lástima que fuese noble!

—Oid ahora—exclamó Lantier.—Paso á las noticias de la alta sociedad:—«La condesa de Bretigny casa á su hija mayor con el joven barón de Valencay, ayudante de campo de S. M. El equipo de la novia lleva encajes por valor de más de trescientos mil francos...»

—¡Qué nos importa todo eso!—interrumpió Bibi-la-Grillade. Nadie les pregunta de qué color es su camisa... Por más encajes que tenga la chica, no dejará de ver la luna por el mismo agujero que las demás.

Notando que Lantier tenía que acabar su lectura, Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, le quitó el periódico y se sentó encima, diciendo:

—¡Basta! ¡Basta!... Ya está en caliente... El papel no sirve para otra cosa.

Entre tanto, Mes-Bottes, atento á su juego, dió un puñetazo en la mesa. Reunía noventa y tres puntos.

—Tengo la Revolución—gritó.—Quinta mayor en bastos, veinte ¿no es así? Luego tercera mayor en oros, veintinueve; tres ases, noventa y dos... Y juego: Año primero de la República, noventa y tres.

—Te han limpiado, compadre—decían los demás á Coupeau.

Pidieron más botellas. Los vasos no estaban un momento vacíos; la borrachera aumentaba. A eso de las cinco, la cosa se ponía tan repugnante, que Lantier, silencioso, pensaba en escurrirse; desde que se em-

pezaba á hablar sin ton ni son, y á derramar el vino por el suelo, no se encontraba en su esfera. Precisamente en aquel momento se puso en pie Coupeau para hacer la señal de la cruz de los borrachos. Sobre la cabeza pronunció Montparnasse, en el hombro derecho Menilmonte, en el izquierdo la Courtille, en medio del vientre Bagnolet y en la boca del estómago tres veces conejo salteado. Entonces el sombrerero, aprovechando el clamoreo promovido por este ejercicio, tomó silenciosamente la puerta. Los otros ni siquiera advirtieron su desaparición. Lantier llevaba ya una buena chispilla; pero al llegar á la calle recobró su serenidad y se encaminó tranquilamente á la tienda donde explicó á Gervasia que Coupeau estaba con unos amigos.

Transcurrieron dos días, sin que volviera el plomero. Andaba por el barrio, aunque no se sabía positivamente el sitio. Algunos, sin embargo, decían que le habían visto en casa de la tía Baquet, en el «Papillon», en el «Petit bon homme qui tousse». Unos aseguraban que estaba solo, mientras que otros afirmaban haberle visto en compañía de siete ú ocho borrachos de su calaña. Gervasia se encogía de hombros, con aire de resignación. ¡Dios mío! era preciso irse acostumbrando. Y no corría en busca de su marido; al contrario, si le atisbaba en una taberna, daba un rodeo para no incomodarle y esperaba que volviese á casa, escuchando, á la noche, por si le oía roncar á la puerta de la calle. Coupeau, entre tanto, dormía sobre un montón de basura, en un banco, en un solar, ó atravesado en el arroyo.

Al día siguiente, mal digerida la borrachera de la víspera, encaminábase á las «minas de pimienta», entregábase de nuevo á la bebida, impelido por furioso vértigo, en medio de las copas, de los vasos y de las botellas, perdiendo y volviendo á encontrar á sus amigos, haciendo excursiones de las que regresaba atolondrado, viendo danzar las calles, caer la noche y nacer el día, sin más idea que la de beber y dormir la mona donde la pillaba. En cuanto la dormía, todo había concluido. Gervasia, sin embargo, dirigióse el segundo día á la taberna del tío Colombe, para adquirir noticias.

Le habían visto cinco veces; era lo único que podían decirle. Y hubo de contentarse con llevarse los trebejos de su marido, que habían quedado debajo del banquillo.

Aquella noche, viendo tan disgustada á la planchadora, le propuso Lantier llevarla al café-concierto, para distraerse un rato. Gervasia empezó por rehusar, pues no se encontraba en disposición de divertirse. A no ser así, no se hubiera negado, pues el sombrerero la invitaba de una manera demasiado atenta, para que pudiese sospechar en él la menor mala intención. Parecía interesarse en su desgracia y se mostraba verdaderamente paternal.

Nunca había pasado Coupeau dos noches seguidas sin dormir en casa. Por ello, pues, á pesar suyo, iba Gervasia cada diez minutos á asomarse á la puerta, sin soltar la plancha, mirando á los dos extremos de la calle, para ver si venía su marido. Aquella zozobra, según decía, le causaba un hormigueo en las piernas que no la dejaba estar quieta. Ya podía Coupeau haberse roto un miembro, ó ser aplastado por un coche y quedarse en el sitio, que lo que es ella se vería libre de una pesadísima carga y no conservaría en el corazón el menor sentimiento por un ente tan grosero. En verdad, era irritante el haberse de estar preguntando á cada rato si volvería ó no volvería.

Y, cuando encendieron las luces, Lantier la invitó de nuevo al café-concierto, y ella aceptó. Al fin y al cabo, era demasiada necedad rehusar una diversión, cuando su marido estaba llevando una vida de polichinela desde hacía tres días. Ya que él no entraba en casa, bien podía ella salir. Hasta le daban tentaciones de pegar fuego á su tienda ¡de tal modo empezaba á subirsele á las narices el aburrimiento de la vida!

Comieron de prisa. Al salir, dando el brazo al sombrerero, á las ocho, encargó Gervasia á mamá Coupeau y á Naná que se acostasen en seguida. Como la tienda estaba ya cerrada, pasó por la puerta del patio y dió la llave á la señora Boche, diciéndole que si su mariano regresaba, hiciera el favor de acostarle. El sombrerero la esperaba en el umbral, vestido con su mejor traje, silbando un estribillo. Gervasia llevaba un ves:

tido de seda. Siguieron despacio la acera, arrimados uno contra otro, iluminados por el reflejo de las luces de las tiendas que permitían verlos hablando á media voz, con la sonrisa en los labios.

El café-concierto estaba en el bulevar Rochechouart, un antiguo cafetín que habían ensanchado uniéndole un patio cubierto con tablas. En la puerta, una guirnalda de globos de cristal dibujaba un arco luminoso. Grandes anuncios, pegados en tableros, descansaban en la acera.

—Hemos llegado—dijo Lantier.—Esta noche estreno de la señorita Amanda, cantatriz de género.

Y divisó á Bibi-la-Grillade, que también leía el cartel. Bibi tenía un ojo amoratado, de resultas de algún puñetazo recibido el día antes.

—¿Y Coupeau?—preguntó el sombrerero, mirando en torno suyo.—¿habéis perdido quizás á Coupeau?

—¡Oh! ¡no hace poco tiempo! ¡desde ayer!—respondió el otro.—Hubo una de porrazos al salir de casa la tía Baquet. A mí no me agradan juegos de manos... Las disputas fueron con el mozo de la tía Baquet, á causa de una botella que quería cobrarnos dos veces... Entonces yo me escurri y me fui á dormir un rato.

Todavía bostezaba, y había dormido diez y ocho horas.

Por lo demás, su embriaguez estaba completamente disipada, quedándole sólo un atontamiento; y su vieja chaqueta aparecía llena de hilachos, señal infalible de que se había acostado vestido.

—¿Y no sabéis dónde está mi marido?—interrogó la planchadora.

—No, ni puedo atinar... Cuando salimos de casa la tía Baquet, eran las cinco. Es todo cuanto sé... Tal vez haya bajado á lo largo de la calle... Sí; me parece que le vi entrar en el «Papillon», con un cochero...

Lantier y Gervasia pasaron una noche agradable en el café-concierto. A las once, cuando cerraron las puertas, regresaron como de paseo, sin darse prisa. El frío se dejaba sentir, la gente se retiraba por grupos, y algunas muchachas se desternillaban de risa, junto á los árboles, en la sombra, porque los hombres les daban bromas muy de cerca. Lantier cantaba entre dien-

tes una de las coplas de la señorita Amanda: «C'est dans le nez qui ca me chatouille». Gervasia, aturdida y como achispada, repetía el estribillo.

Había sentido mucho calor, y además los dos refrescos que acababa de tomar la habían mareado con el humo de las pipas y las emanaciones de aquella aglomerada concurrencia. Conservaba, sobre todo, una viva impresión de la señorita Amanda. Nunca se hubiera ella atrevido á presentarse desnuda de aquel modo ante el público. Fuerza era convenir, sin embargo, en que la tal cantatriz tenía un cutis envidiable. Y, con sensual curiosidad, escuchaba los detalles que sobre la muchacha en cuestión daba Lantier, con la suficiencia de un caballero que le hubiese contado las costillas en íntimo trato.

—Todos duermen—dijo Gervasia después de haber llamado tres veces, sin que los Boche hubiesen tirado del cordón de la puerta.

Al fin, ésta se abrió, mas el zaguán estaba obscuro, y cuando la planchadora golpeó el ventanillo de la portería en demanda de su llave, la portera, adormilada, le farfulló una historia de la cual no entendió nada, en un principio. Por último, comprendió que el municipal Poisson había conducido á Coupeau en un estado lastimoso, y que la llave debía estar en la cerradura.

—¡Demonchet!—murmuró Lantier, cuando hubieron entrado;—¿qué porquería habrá hecho por aquí? ¡Es una verdadera infección!

En efecto, hedía, y fuerte. Gervasia, que andaba buscando fósforos, caminaba sobre mojado. Cuando hubo logrado encender una bujía, ofrecióse á su vista un bonito espectáculo. Coupeau había vomitado hasta las tripas, emporcando toda la habitación; la cama estaba hecha una plasta, lo mismo que la alfombra; y la cómoda se encontraba llena de salpicaduras. Y á todo esto, Coupeau, caído de la cama, donde sin duda le había colocado Poisson, roncaba aquel lago, en medio de su inmundicia. Allí yacía, encenegado como un cerdo, embadurnadas sus mejillas, resoplando el apesadado aliento por su abierta boca y barriendo con sus ya canosos cabellos el pantano extendido alrededor de su cabeza.

—¡Oh! ¡qué cochino! ¡qué cochino!—repetía Gervasia indignada, exasperada.—Todo lo ha manchado... No, un perro no hubiera hecho otro tanto; un perro vagabundo es más limpio.

Ninguno de los dos se atrevía á dar un paso, no sabiendo dónde sentar el pie. Nunca había regresado el plomero con una turca tal, ni había puesto el cuarto de un modo tan ignominioso. Así, pues, aquel espectáculo infería un rudo golpe á los sentimientos que su mujer pudiese todavía conservar por él. Otras veces, cuando se presentaba alegre ó á medios pelos, recibíale Gervasia complaciente y sin repugnancia. Pero actualmente era ya demasiado; su corazón se sublevaba. Ni aun con tenazas le hubiera cogido. La sola idea de que la piel de aquel marrano tocara á la suya, le daba un asco semejante al que hubiera sentido si la obligasen á acostarse al lado de un cadáver descompuesto por una repugnante enfermedad.

—Y sin embargo, he de acostarme—murmuró.—No puedo ir á dormir á la calle... ¡Oh! ¡capaz soy de pasar por encima de él!

Intentó, en efecto, pasar una pierna al otro lado del borracho; mas hubo de agarrarse á una esquina de la cómoda para no resbalar en la inmundicia: Coupeau obstruía completamente el paso á la cama. Entonces Lantier, que sonreía ligeramente viendo que Gervasia no dormiría en su almohada aquella noche, la tomó una mano, diciéndole en voz baja y ardiente:

—Gervasia... óyeme, Gervasia...

Mas ella comprendió y se desasíó, aturrida, tuteándole á su vez, como antaño:

—No, déjame. Te suplico, Augusto, que te vayas á tu cuarto. Ya me arreglaré; subiré á la cama por los pies...

—Vaya, Gervasia, no seas tonta—repetía Lantier.—Huele aquí muy mal, y no puedes quedarte... Ven... ¿Qué temes? ¡Si no nos oye!

Gervasia luchaba, diciendo que no con la cabeza, enérgicamente. En su turbación y como para demostrar que se quedaba allí, desnudábase, echando su vestido de seda sobre una silla, quedándose violentamente en camisa y en enaguas, completamente blanca, desnudo

el cuello y desnudos los brazos. Su cama era suya ¿no es así? pues quería dormir en su cama. Por dos veces más intentó hallar un hueco limpio y pasar. Mas Lantier no cejaba; le cogía la cintura, y le decía cosas, que hacían hervir la sangre de sus venas. ¡Ah! ¡qué situación la suya, con un marrano de marido delante que le impedía deslizarse honestamente debajo de su sábana, y con un maldecido lujurioso detrás, que únicamente pensaba en aprovecharse de su desgracia, para volver á poseerla! Como quiera que el sombrero alzó la voz, rogóle ella que se callase. Y escuchó, inclinando el oído hacia el gabinete donde descansaban Naná y mamá Coupeau. La niña y la anciana debían estar dormidas, pues se oía una respiración fuerte.

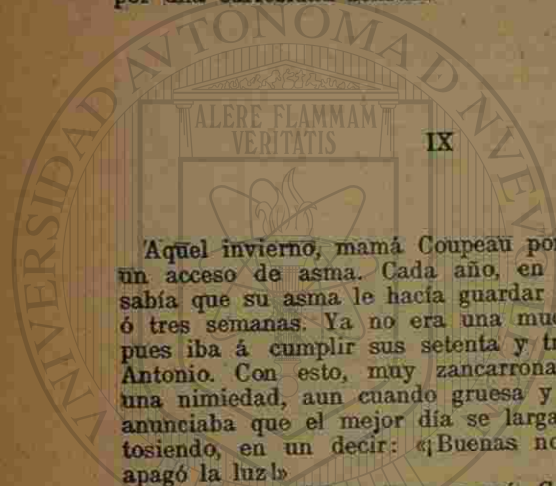
—Suéltame, Augusto, vas á despertarnos—repuso Gervasia con las manos juntas.—Sé prudente... Otro día, en otro sitio... ¡Aquí no; delante de mi hija, no!

Lantier no hablaba ya, continuaba sonriendo; y lentamente le dió un beso en la oreja, como la besaba antiguamente, para convencerla y aturdira. Entonces Gervasia quedó sin fuerzas, y sintió un gran zumbido y sus carnes estremecieronse. Sin embargo, dió un paso más; pero hubo de retroceder. Aquello era imposible, el asco tomaba tales proporciones, y la peste aumentaba en tal grado, que si la planchadora llega á acostarse, acaba por echar á su vez las tripas. Coupeau, entre tanto, cual si descansara en un colchón de plumas, aplastado por la embriaguez, dormía su mona, inertes los miembros y el pescuezo torcido. Ya podía la calle entera entrar á besar á su mujer, que ni un pelo de su cuerpo se habría movido.

—Tanto peor—tartamudeaba ella,—la culpa es suya; no puedo más... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío! me echa de mi cama; ya no tengo cama... ¡No, no puedo más, la culpa es suya!

Temblaba, perdía la cabeza, y al tiempo que Lantier la empujaba hacia su cuarto, apareció el rostro de Naná á través de uno de los cristales de la puerta del gabinete. La chica acababa de despertarse y levantarse silenciosamente, en camisa, pálida de sueño. Contempló á su padre revolcado en su vómito, y después, pegada la mejilla al cristal, permaneció allí hasta que

Las enaguas de su madre desaparecieron en el cuartito del otro hombre, en frente de ella. La chica estaba seria y abría unos ojazos de niña viciosa, encendidos por una curiosidad sensual.



Aquel invierno, mamá Coupeau por poco espicha en un acceso de asma. Cada año, en diciembre, ya se sabía que su asma le hacía guardar cama durante dos ó tres semanas. Ya no era una muchacha de quince, pues iba á cumplir sus setenta y tres el día de San Antonio. Con esto, muy zancarrona, cansándose por una nimiedad, aun cuando gruesa y gorda. El médico anunciaba que el mejor día se largaría al otro barrio tosiendo, en un decir: «¡Buenas noches, Juanita; se apagó la luz!»

Cuando guardaba cama mamá Coupeau, se volvía mala, como la sarna. Hay que decir que el gabinete donde dormía con Naná, no tenía nada de alegre. Entre la cama de la niña y la suya no había más espacio que para dos sillas. El papel de las paredes, un rancio papel gris despintado, caía en jirones. La ventanilla redonda contigua al techo daba paso á una claridad opaca y ruin, cual de bodega. Muy pronto se volvía uno viejo allí dentro, sobre todo si éste era una persona que no pudiese respirar. Por la noche, cuando le atacaba el insomnio, escuchaba la respiración de la niña, y esta era una distracción. Pero de día, como quiera que no siempre podían hacerle compañía, refunfuñaba, lloriqueaba y repetía á sus solas, horas enteras, moviendo de uno á otro lado la cabeza en su almohada:

—¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Sí, me dejarán morir como en un calabozo!

Y cuando la visitaban Virginia ó la señora Boche,

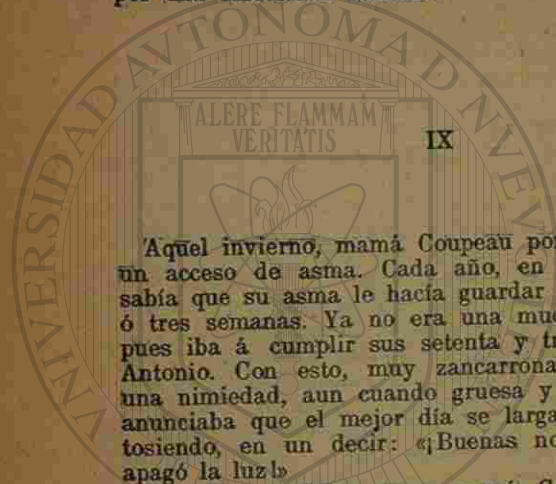
preguntándole cómo seguía de salud, no les contestaba y empezaba la retahíla de sus lamentaciones.

—¡Ah! ¡muy caro es el pan que como en esta casa! ¡No! ¡no sufriría tanto en casa de unos extraños!... Mirad; he pedido una taza de tisana y ¿qué han hecho? me han traído lleno de tisana un puchero, como para echarme en cara que bebo demasiado... En cuanto á Naná, esa muchacha á quien he criado, se larga descalza por la mañana y ya no la vuelvo á ver. Diríase que huye de mí, como si yo oliese mal. Sin embargo, por la noche, se duerme á pierna suelta y no se levanta ni una sola vez para preguntarme si me duele algo... En una palabra, les estorbo y esperan que espire. ¡Oh! no tardaré en hacerlo. Ya no tengo hijo; esa maldita planchadora me lo ha robado, y me pegaría y acabaría conmigo si no le tuviese miedo á la justicia.

Gervasia, en efecto, mostrábase algo ruda en ocasiones. El establecimiento decaía, á todo el mundo se le agriaba allí el carácter, y unos y otros se mandaban noramala á la primera palabra. Una mañana Coupeau, que había saltado de la cama con un gran dolor de cabellos (1) exclamó: «¡Esa vieja siempre dice que se va á morir y no se muere nunca!» Frase que hirió á mamá Coupeau en lo más hondo de su corazón. Se le reprochaba lo que costaba, y se le decía con la mayor tranquilidad que si estuviese muerta se economizaría mucho. Verdad es que no se portaba como hubiera debido, pues cuando veía á su hija mayor, la señora Lerat, lloraba lástimas, acusando á su hijo y á su nuera de que la dejaban morir de hambre, y todo ello era para sacarle una moneda de veinte sueldos, que luego se gastaba en golosinas. También murmuraba abominablemente con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en gorros nuevos, en pastelillos devorados á escondidas y en cosas todavía más sucias, que no se atrevía á nombrar. Por dos ó tres veces, faltó poco

(1) Generalmente los borrachos, al día siguiente á sus bacanales, sienten un dolor especial en la raíz de los cabellos.

Las enaguas de su madre desaparecieron en el cuartito del otro hombre, en frente de ella. La chica estaba seria y abría unos ojazos de niña viciosa, encendidos por una curiosidad sensual.



Aquel invierno, mamá Coupeau por poco espichá en un acceso de asma. Cada año, en diciembre, ya se sabía que su asma le hacía guardar cama durante dos ó tres semanas. Ya no era una muchacha de quince, pues iba á cumplir sus setenta y tres el día de San Antonio. Con esto, muy zancarrona, cansándose por una nimiedad, aun cuando gruesa y gorda. El médico anunciaba que el mejor día se largaría al otro barrio tosiendo, en un decir: «¡Buenas noches, Juanita; se apagó la luz!»

Cuando guardaba cama mamá Coupeau, se volvía mala, como la sarna. Hay que decir que el gabinete donde dormía con Naná, no tenía nada de alegre. Entre la cama de la niña y la suya no había más espacio que para dos sillas. El papel de las paredes, un rancio papel gris despintado, caía en jirones. La ventanilla redonda contigua al techo daba paso á una claridad opaca y ruin, cual de bodega. Muy pronto se volvía uno viejo allí dentro, sobre todo si éste era una persona que no pudiese respirar. Por la noche, cuando le atacaba el insomnio, escuchaba la respiración de la niña, y esta era una distracción. Pero de día, como quiera que no siempre podían hacerle compañía, refunfuñaba, lloriqueaba y repetía á sus solas, horas enteras, moviendo de uno á otro lado la cabeza en su almohada:

—¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Sí, me dejarán morir como en un calabozo!

Y cuando la visitaban Virginia ó la señora Boche,

preguntándole cómo seguía de salud, no les contestaba y empezaba la retahíla de sus lamentaciones.

—¡Ah! ¡muy caro es el pan que como en esta casa! ¡No! ¡no sufriría tanto en casa de unos extraños!... Mirad; he pedido una taza de tisana y ¿qué han hecho? me han traído lleno de tisana un puchero, como para echarme en cara que bebo demasiado... En cuanto á Naná, esa muchacha á quien he criado, se larga descalza por la mañana y ya no la vuelvo á ver. Diríase que huye de mí, como si yo oliese mal. Sin embargo, por la noche, se duerme á pierna suelta y no se levanta ni una sola vez para preguntarme si me duele algo... En una palabra, les estorbo y esperan que espire. ¡Oh! no tardaré en hacerlo. Ya no tengo hijo; esa maldita planchadora me lo ha robado, y me pegaría y acabaría conmigo si no le tuviese miedo á la justicia.

Gervasia, en efecto, mostrábase algo ruda en ocasiones. El establecimiento decaía, á todo el mundo se le agriaba allí el carácter, y unos y otros se mandaban noramala á la primera palabra. Una mañana Coupeau, que había saltado de la cama con un gran dolor de cabellos (1) exclamó: «¡Esa vieja siempre dice que se va á morir y no se muere nunca!» Frase que hirió á mamá Coupeau en lo más hondo de su corazón. Se le reprochaba lo que costaba, y se le decía con la mayor tranquilidad que si estuviese muerta se economizaría mucho. Verdad es que no se portaba como hubiera debido, pues cuando veía á su hija mayor, la señora Lerat, lloraba lástimas, acusando á su hijo y á su nuera de que la dejaban morir de hambre, y todo ello era para sacarle una moneda de veinte sueldos, que luego se gastaba en golosinas. También murmuraba abominablemente con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en gorros nuevos, en pastelillos devorados á escondidas y en cosas todavía más sucias, que no se atrevía á nombrar. Por dos ó tres veces, faltó poco

(1) Generalmente los borrachos, al día siguiente á sus bacanales, sienten un dolor especial en la raíz de los cabellos.

para que hiciese andar á golpes á toda la familia. Ora se confabulaba con unos, ora con los otros; en una palabra, aquello era un llo continuo.

En lo fuerte de su crisis, aquel invierno, una tarde que las señoras Lorilleux y Lerat estaban delante de la cama, guiñó los ojos mamá Coupeau para que se inclinasen. Apenas podía hablar. Y en voz baja y fatigosa les dijo:

—¡Esto ya pasa de indecentel... Les he oído esta noche... Si, sí, á la Banbán y al sombrerero... Y hacían un ruido... ¡Bonito le ponen á Coupeau!... ¡Habrá marranos!...

Y refirió, en frases cortas, tosiendo y ahogándose, que su hijo debió llegar borracho como una cuba, la vispera. Y como no podía dormir con su sofocación, había llegado perfectamente á su oído todos los rumores, el andar de la Banbán descalza por el suelo, la voz silbante del sombrerero que la llamaba, el ruido de la puerta de comunicación empujada suavemente y todo lo demás. La función debía haber durado hasta el amanecer, aun cuando no sabía precisamente hasta qué hora, porque, á pesar de sus esfuerzos, había acabado por quedar aletargada.

—Lo más asqueroso es que Naná hubiera podido oírles—continuó.—Precisamente ha estado muy inquieta toda la noche, cuando habitualmente duerme como un leño; agitábase de un lado para otro, revolcándose, como si estuviese acostada sobre ascuas.

Las dos mujeres no manifestaron la menor sorpresa.

—¡Pardiez!—murmuró la señora Lorilleux.—Eso debe haber comenzado desde el primer día... Desde el momento en que á Coupeau le agrada, no hemos de mezclarnos en ello... Sin embargo, la cosa nada tiene de honroso para la familia.

—Yo, si me encontrase allí—explicó la señora Lerat, mordiéndose los labios,—les asustaría gritando, por ejemplo: «¡Te ve!» ó bien «¡Que vienen los gendarmes!...» La criada de un médico me ha contado que su amo le había dicho que un susto como ese podía dejar muerta de repente á una mujer en cierto momento. Y si Gervasia se quedaba en el sitio ¡tanto mejor! así se vería castigada por donde más ha pecado.

En breve supo el barrio entero que cada noche Gervasia iba á reunirse con Lantier. La señora Lorilleux, ante las vecinas, aparentaba una gran indignación: compadecía á su hermano, á ese Juan Lanás á quien su mujer pintaba de amarillo de cabeza á pies, y á creerla, si continuaba entrando en semejante lupanar era únicamente por su pobre madre, que se veía obligada á vivir entre tamañas abominaciones.

Entonces, el barrio todo se desató contra Gervasia. Por fuerza era ella la que había maleado al sombrerero. Se le conocía en los ojos. Sí, á pesar de los chismes, el maldito cazurro Lantier continuaba adulado, porque seguía tratando como persona finamente educada á todo el mundo, andando por las aceras embebido en la lectura de un periódico, atento y galante con las damas, para las cuales tenía siempre pastillas y flores. ¡Dios mío! él hacía su oficio de gallo; un hombre es un hombre, y no puede exigirsele que se resista á las mujeres que se abalanzan á su cuello.

Mas ella no tenía excusa alguna, pues deshonraba la calle de la Goutte d'Or. Y los Lorilleux, en su cualidad de padrino y de madrina, atraían á Naná á su casa para adquirir detalles. Cuando la interrogaban de una manera indirecta, la moza adoptaba un aire estúpido y contestaba ocultando la llama de sus ojos bajo sus anchos párpados.

En el seno de aquella indignación pública vivía Gervasia tranquila, fatigada y un tanto adormecida. Al principio encontré culpable, indecente y hasta sintió repugnancia contra sí misma. Cuando salía del cuarto de Lantier lavábase las manos, humedecía una toalla y se restregaba los hombros hasta casi despellejarlos, como para limpiar su porquería. Si á Coupeau se le antojaba entonces bromear, enojábase y corría tiritando á vestirse en un rincón de la tienda, y tampoco toleraba que Lantier la tocase cuando su marido acababa de besarla. Hubiese querido cambiar de piel al cambiar de hombre. Empero, lentamente, fuése acostumbando. Era fatigoso por demás el lavarse cada vez. Sus perezas aumentaban su molicie, y su deseo de ser feliz le hacía sacar toda la dicha posible de sus embrutecimientos. Era complaciente para sí misma

y para los demás, procurando únicamente arreglar las cosas de manera que nadie se aburriese demasiado. Con tal que su marido y su amante estuviesen contentos, que la casa anduviese su marcha regular, que pudiesen regalarse desde por la mañana hasta por la noche, engordando, satisfechos de la vida y pasándola sin disgustos, no había, en verdad, de qué quejarse. Después, en resumidas cuentas, no debía ser tan malo lo que hacía, puesto que todo se arreglaba tan bien, á gusto de cada cual; ordinariamente, el que obra mal sale castigado. Entonces, su desvergüenza se trocó en hábito. Pero ahora la cosa marchaba á compás, como el comer y el beber; cada vez que Coupeau regresaba borracho, pasaba ella al cuarto de Lantier, y esto acontecía, por lo menos, los lunes, los martes y los miércoles de cada semana. Compartía sus noches. Y hasta concluyó, cuando el plomero roncaba demasiado, por dejarle en la mitad de su sueño, yéndose á acabar tranquilamente el suyo sobre la almohada del vecino. Y no es que sintiese más cariño por el sombrerero; nada de eso; es que le encontraba más limpio, es que descansaba mejor en su cuarto, donde parecía que tomaba un baño. En una palabra, era como las gatas, que tan aficionadas son á hacer la rosca sobre la ropa blanca.

Mamá Coupeau nunca se atrevió á hablar de esto explícitamente. Empero, después de alguna disputa en que la maltratase la planchadora, no escatimaba las alusiones. Decía que conocía á hombres soberanamente necios y á mujeres soberanamente bribonas, y masculaba otros motes más significativos, con la sal y pimienta de antigua chalequera. Las primeras veces, Gervasia la había mirado fijamente, sin contestarle. Después, á la vez que evitando por su parte precisar hechos, defendióse con generalidades. Cuando una mujer tenía por marido un borrachón, un cochinito enenagado en la inmundicia, era muy digna de excusa si buscaba la limpieza en otra parte. Y aún adelantaba el discurso, dando á entender que Lantier era tan marido suyo como Coupeau, y tal vez más marido que éste. En efecto, ¿no le había conocido á los catorce años? ¿no había tenido dos hijos con él? Pues bien,

en tales condiciones todo se perdonaba, y nadie podía arrojarle la primera piedra. Alegaba encontrarse dentro de las leyes de la naturaleza, y decía que no la fastidiasen, porque iba á mandar á paseo á todo el mundo. ¡Vaya una vecindad limpia la de la calle de la Goutte d'Or!

La mujercita Vigoroux, haciendo la cabriola, desde la mañana hasta la noche, sobre su carbón; la señora Leongre, la mujer del droguero, acostándose con su cuñado, un baboso que ni con tenazas podía cogerse; el relojero de enfrente, aquel señor tan acicalado, llevado ante los tribunales por una abominación, un incesto con su propia hija, una desvergonzada que hacía la carrera. Y con ademán airado desmenuzaba el barrio entero, teniendo tela para una hora con sacar á relucir la ropa sucia de todas aquellas gentes que se acostaban como animales, hacinados, padres, madres, hijos, revolcándose en su inmundicia. ¡Ah! ¡qué de cosas sabía! Sí; la gorrinería rezumaba por todas partes, apestando las casas de los alrededores! Sí, sí, hombres y mujeres eran igualmente limpios en aquel rincón de París, donde vivían unos encima de los otros, á causa de la miseria. Y si se machacasen juntos en un mortero los dos sexos, obtendriase por residuo el estiércol necesario para abonar todos los cerezos de la llanura de Saint-Denis.

—Mejor harían no escupiendo al cielo, para que no les cayese saliva en la cara—gritaba cuando la sacaban de sus casillas.—Cada cual en su casa, ¿no es así? Dejen vivir á las gentes de bien como les plazca, si quieren que les dejen vivir á su gusto... Por mi parte, encuentro que todos obran bien, pero á condición de que no me arrastren por el arroyo gentes que por él pasan de cabeza.

Y un día que mamá Coupeau se mostró más explícita, le contestó, apretando los dientes:

—Os aprovecháis de que estáis en cama... ¡No tenéis razón; ya veis que soy prudente, pues nunca os he echado en cara vuestra vida pasada! Y, sin embargo, sé que ha sido de historia, con dos ó tres hombres á la vez, en vida del señor Coupeau... ¡No, no tosáis, he concluido de hablar! ¡Y si os digo tales

cosas es para pedirlos que me dejéis en paz, y nada más!...

A punto estuvo de ahogarse la anciana al oír esto. Y al siguiente día, cuando Gouget fué á buscar la ropa de su madre estando ausente Gervasia, le llamó y le retuvo sentado un gran rato en la cabecera. Conocía perfectamente el cariño del herrero, y hacia algún tiempo que le veía sombrío y apesarado con la sospecha de las feas cosas que ocurrían. Y, para murmurar, para vengarse de la disputa de la víspera, le descubrió la verdad desnuda, lloriqueando y quejándose, como doliéndole en el alma la mala conducta de Gervasia. Cuando Gouget salió de su cuarto, apoyábase en las paredes, destrozado el corazón. Después, al regresar la planchadora, gritóle mamá Coupeau que la estaban esperando en casa de la señora Gouget con la ropa planchada ó sin planchar; y esto lo dijo con tal animación, que Gervasia olió los chismes y además la triste escena y el terrible disgusto de que estaba amenazada.

Muy pálida y profundamente desalentada puso la ropa en un cesto y salió. Desde hacía años no había devuelto un sueldo á los Gouget. La deuda ascendía siempre á cuatrocientos ochenta y cinco francos. Cada vez tomaba el importe del planchado, hablando de sus apuros. Esto la avergonzaba en grado sumo, pues parecía como si se aprovechase del cariño del herrero para burlarse de él. Coupeau, menos escrupuloso actualmente, se reía, diciendo que el herrero debía haberse cobrado en abrazos y que estaba cancelada la deuda. Mas Gervasia, á pesar de sus relaciones con Lantier, se indignaba y preguntaba á su marido si ya quería comer de semejante pan. No podía hablar mal de Gouget ante ella; su ternura por el herrero la conservaba como los restos de su honor. Así, pues, cada vez que llevaba la ropa á casa de estas buenas gentes, oprímasele el corazón en cuanto empezaba á subir la escalera.

—¡Ah! ¡por fin llegasteis!—dijole secamente la señora Gouget al abrirle la puerta.—Cuando necesite la muerte os enviaré á buscarla.

Gervasia entró, perpleja, sin ni siquiera atreverse á

balbucear una excusa. Ya no era tan exacta como antes, nunca llegaba á la hora fijada y á veces hacíase esperar semanas enteras. Poco á poco iba abandonándose á un gran desorden.

—Hace ya una semana que os aguardo—continuó la encajera.—Y vos, miente que mentirás, enviándome la aprendiz con embustes de que estáis ocupada con mi planchado, que me lo entregaréis por la noche, ó bien que ha ocurrido un percance, que el lío se ha caído por casualidad en un cubo de agua. Y yo, entre tanto, me paso el día entero sin ver llegar mi ropa y devanándome los sesos en conjeturas. No; ya no sois juiciosa... Veamos, ¿qué traéis en ese cesto? ¿vendrá todo, al menos? ¿me traéis el par de sábanas que os entregué hace un mes, y la camisa que quedó atrasada en el último planchado?

—Sí, sí—murmuró Gervasia;—ahí está la camisa. Tomad.

Pero la señora Gouget lanzó una exclamación. Aquella camisa no era suya, y no la quería. Le cambiaban la ropa, ¿podía darse mayor desfachatez? Ya la semana anterior había recibido dos pañuelos que no tenían sus iniciales, cosa nada apetitosa; ¡ropa procedente de no se sabe quién! á más de que, como debía suponerse, cada cual quiere lo suyo.

—¿Y las sábanas?—repitió.—Perdidas, ¿verdad?... Pues bien, hija, arregláos como podáis: quiero mis sábanas mañana mismo por la mañana; ¿oís?

Hubo un momento de silencio. Lo que aumentaba la turbación de Gervasia era el ver entreabierta, detrás de ella, la puerta del cuarto de Gouget. El herrero debía estar allí, lo adivinaba; y ¡qué bochorno si oía todos aquellos reproches merecidos, á los que nada podía contestar! Hacíase la humilde, la atenta, bajando la cabeza y colocando la ropa sobre la cama, con la mayor presteza posible. Pero la escena se agravó cuando la señora Gouget empezó á examinar las piezas, una por una. Las cogía y luego las dejaba, diciendo:

—¡Vais perdiendo por completo vuestra habilidad! No se os puede ya complimentar todos los días... Sí, actualmente ensuciáis, emporcáis la ropa... Tomad, ved

esa pechera de camisa, quemada y con las señales de la plancha en los pliegues. ¡Y los botones saltados! No sé cómo os componéis; pero el caso es que nunca queda un botón... ¡Hola! esta chambra no os la pago... ¿La veis?... Aún está sucia; no habéis hecho más que extender con la plancha el sudor... ¡Vaya! si la ropa no ha de venir siquiera limpia...

Y se detuvo, contando las piezas. Después exclamó: —¡Cómo! ¿esto es lo que traéis?... Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, trapos... ¿Os burláis de mí, por ventura? Os he mandado á decir que me lo trajeseis todo, planchado ó sin planchar. Si dentro de una hora vuestra aprendiz no ha venido con lo restante, os prevengo, señora Coupeau, que nos vamos á enfadar.

En aquel momento Gouget tosió en su cuarto. Estremecióse ligeramente Gervasia. ¡Dios mío! ¡cómo le trataban ante él y permaneció en medio de la habitación, perpleja, confusa, esperando la ropa sucia. Entre tanto, después de haber repasado la cuenta, había vuelto la señora Gouget á sentarse tranquilamente en su sitio, junto á la ventana, ocupándose en el remiendo de una chal de encaje.

—¿Y la ropa?—preguntó timidamente la planchadora.

—Gracias—respondió la encajera, no hay ropa esta semana.

Gervasia palideció. Perdía aquellos clientes. Entonces, trastornada completamente, hubo de sentarse en una silla, porque sus piernas se negaban á sostenerla. Y no trató de defenderse; solamente le ocurrió esta frase: —¿Está enfermo el señor Gouget?

Si, estaba enfermo, había vuelto á casa, en vez de dirigirse á su fragua y acababa de echarse un rato en la cama para reponerse. La señora Gouget decía esto con seriedad, seriedad que aumentaba su bata negra, como de costumbre y su pálido rostro encuadrado en su toca monacal. Se habían rebajado todavía más los jornales de los herreros, cayendo de nueve francos á siete, á causa de las máquinas que actualmente hacían todo el trabajo. Por ello se veía precisada á hacer economías, y tenía pensado volver á lavarse la ropa.

Naturalmente, no le hubiera venido mal que los Coupeau le hubiesen devuelto el dinero que les prestó su hijo; pero no les mandaría los alguaciles, constándole que no podían pagar. Desde que empezó á hablar de la deuda, Gervasia, con la cabeza baja, parecía seguir con la vista el ágil movimiento de la aguja recomponiendo las mallas una por una.

—Sin embargo—continuó la encajera,—reduciéndoos un poco, llegaréis á saldar esta cuenta. Porque, al fin y al cabo, coméis muy bien y gastáis mucho, estoy segura de ello... Y aunque sólo nos dieseis diez francos cada mes...

Aquí le interrumpió la voz de Gouget, que gritaba:

—¡Mamá! ¡mamá!

Levantóse la encajera en dirección á la alcoba, y cuando volvió á ocupar su sitio dió un nuevo sesgo á la conversación. Sin duda el herrero le había suplido que no pidiese dinero á Gervasia. Empero, á pesar suyo, á los cinco minutos volvió á hablar de la deuda. ¡Ah! Ya había previsto lo que sucedía; el plomero se bebía la tienda y dejaba por puertas á su mujer. Así, pues, si su hijo le hubiese hecho caso, no hubiera prestado los quinientos francos, se habría casado y no se moriría de tristeza, con la perspectiva de ser desgraciado toda la vida. Y animábase y trataba con dureza á Gervasia acusándola sin rodeos de haberse puesto de acuerdo con Coupeau para abusar del inocentón de su hijo. Si, mujeres había que representaban el papel de hipócritas años enteros, y cuya mala conducta acababa por ostentarse á la luz del día.

—¡Mamá! ¡mamá!—volvió á llamar la voz de Gouget, con más violencia.

Acudió ésta por segunda vez, y cuando reapareció dijo volviendo á su trabajo:

—Entrad; ¡quiere veros!

Gervasia, temblorosa, dejó entornada la puerta. Aquella escena la conmovía porque era como la confesión de su cariño ante la señora Gouget. Encontró la pequeña alcoba tranquila como siempre, cubierta de grabados, con su estrecha cama de hierro, parecida á la alcoba de un muchacho de quince años. El hercúleo cuerpo

30842

de Gouget, con los miembros quebrantados por la confidencia de mamá Coupeau, yacía tendido en la cama, enrojecidos los ojos por el llanto y humedecida aún con las lágrimas su bella barba rubia. Sin duda debía haber destrozado la almohada con sus puños terribles, en su primer arrebato de furor, por cuanto la pluma salía á través de la rajada tela.

—Escuchad, mamá no tiene razón—dijo á la planchadora con voz casi apagada.—No me debéis nada; y no quiero que se me hable de eso.

Habíase incorporado, y la contemplaba. Gruesas lágrimas inundaban sus ojos.

—¿Sufrís, señor Gouget?—murmuró ella.—Queréis decirme qué tenéis?

—Nada, gracias. Ayer me fatigué mucho y voy á ver si duermo un poco.

Después, dislacerado el corazón, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me habíais jurado que jamás pasaría lo que ocurre... y sin embargo, pasa... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si supieseis cuánto daño me hacéis... ¡marchaos!

Y, con la mano, la despedía con suplicante dulzura. Ella no se acercó á la cama y se fué, como le decía, atontada, sin ocurrírsele frase alguna para consolarle. En la sala recogió su cesto, y no salía, como si quisiese encontrar algo que decir. La señora Gouget continuaba su tarea, sin alzar la cabeza. Por último, ella fué la que rompió el silencio:

—¡Vaya! ¡buenas tardes! mandadme mi ropa y después echaremos cuentas.

—Sí, eso es, buenas tardes—balbuceó Gervasia.

Y cerró la puerta lentamente, dirigiendo una mirada á aquel hogar limpio, ordenado, donde le parecía que dejaba algo de su honradez. Volvió á la tienda con el aire estúpido de las vacas que regresan al establo, sin fijarse en el camino. Mamá Coupeau estaba sentada en una silla, junto al hornillo; acababa de levantarse de su cama por primera vez. Mas la planchadora ni siquiera le dirigió un reproche; estaba demasiado fatigada, tenía doloridos los huesos, como si la hubiesen apaleado, pensaba que la existencia era dema-

siado dura al fin, y que de no reventar en el acto, no podía, sin embargo, arrancarse por sí misma el corazón.

Actualmente, Gervasia se burlaba de todo. Hacia un gesto peculiar con la boca, para enviar á paseo á todo el mundo.

A cada nuevo disgusto, engolfábase en el único placer de hacer tres comidas al día. Ya podía hundirse la tienda, que con tal que no la hallara debajo, hubiérase ido de muy buena gana de allí, sin una camisa. Y la tienda se hundía, no de un golpe, sino paulatinamente, desde la mañana hasta la noche. Uno por uno los parroquianos enfadábanse y llevaban su ropa á otra parte. El señor Madinier, la señorita Remanjour, hasta los mismos Boche, habían vuelto á casa de la señora Fauconnier, donde se les servía con más exactitud.

La gente se cansaba de reclamar un par de calcetines durante tres semanas y de ponerse camisas con las mismas manchas que la semana anterior. Gervasia, sin perder un bocado, les gritaba: «¡buen viaje!» y les ponía como ropa de Pascuas, considerándose muy contenta de no tener que andar con las manos en sus porquerías. ¿Y qué? Ya podía abandonarla el barrid entero; así se vería desembarazada de un montón de inmundicias, y menos tendría que trabajar. En el interin, conservaba solamente los malos pagadores, las callejeras, las mujeres como la señora Gaudrón cuya ropa no quería ninguna lavandera de la calle Neuve, por lo mal que olía.

La decadencia del establecimiento la había obligado á despedir á su última oficiala, la señora Putois, quedándose sola con su aprendiz, la bisoña Agustina que, á medida que crecía, se hacía más torpe; y aun no siempre había trabajo para las dos, y se pasaban sentadas muchas tardes en sus taburetes. En una palabra, un hundimiento completo, oliendo á ruina.

Naturalmente, á medida que la pereza y la miseria entraban, entraba también la suciedad. Nadie hubiera podido reconocer ya aquella linda tienda azul, color de cielo, que era el orgullo de Gervasia.

Las molduras y los cristales del aparador, que se

Olvidaba de lavar, estaban salpicados de arriba abajo por el barro de los coches. Dentro del aparador, colgaban de las varillas tres guñapos sucios de polvo, abandonados por parroquianas que habían muerto en el hospital. Todavía era más lamentable el interior: la humedad de las ropas que se secaban junto al techo había despegado el papel que colgaba á tiras, semejantes á telarañas, cargadas de polvo; el hornillo roto y agujereado á golpes de atizador ofrecía el aspecto de esos armatostes de hierro viejo que se ostentan en las prenderías; el mostrador, manchado de café y de vino, emplastado de confitura, grasiento de las comilonas de los lunes, parecía haber servido de mesa á una guarnición. A ello uníase un olor de almidón agrio, una hediondez compuesta de moho, de bodrio y de sudor. Y, sin embargo, Gervasia se encontraba perfectamente allí.

No había visto ensuciarse la tienda; abandonábase y se acostumbraba al papel roto, á las molduras grías, del mismo modo que había llegado á llevar las sayas llenas de rasgones y á no limpiarse las orejas. La suciedad era ya para ella un caliente nido, donde la deleitaba acurrucarse. Dejar las cosas sin orden, esperar que el polvo tapase los agujeros y se extendiese como un velillo por todas partes, sentir aumentarse en torno suyo el peso de la casa en un sopor de holgazanería, era una especie de voluptuosidad que la embriagaba.

Que la dejaran tranquila, era su principal deseo; lo demás le importaba un comino. Las deudas cada día mayores, ya no la torturaban. Su probidad iba decayendo gradualmente, pagaría ó no pagaría, ¡vaya usted á saberlo! y prefería ignorar lo que pasaría. Cuando se le concluía el crédito en una casa, abría otro en la lado. Recorría así el barrio entero y, á cada diez pasos, tropezaba con un «inglés». En la sola calle de la Goutte d'Or no se atrevía á pasar por delante del carbonero, ni del droguero, ni de la frutera, viéndose precisada á dar un rodeo por la calle des Poissonniers cuando se dirigía al lavadero, perdiendo así diez minutos al menos.

Los proveedores se presentaban á la tienda á lla-

marla «bribona». Una noche, el ebanista que había vendido los muebles de Lantier escandalizó á los vecinos, vociferando que le remangaría las faldas y se cobraría en su persona, si no le entregaba su dinero. Verdad es que tales escenas la dejaban temblorosa; pero acababa por sacudirse como un perro zurrado, y ¡punto concluido! comiendo por la tarde, con el mismo apetito de siempre.

¿A qué venían á jeringarla aquellos insolentes? Si no tenía dinero ¿pensaban que iba á fabricarlo para ellos? Por otra parte, siendo tan ladrones los tenderos, bien podían aguardar. Y volvía á dormir en su agujero, evitando el pensar en lo que necesariamente había de suceder. Ya daría el tumbó cuando llegase el caso; ¡pardiez! pero, hasta entonces ¡que no la molestasen!

Entre tanto, mamá Coupeau se había restablecido. Durante un año todavía el establecimiento se fué aguantando. En verano, naturalmente, había siempre algún trabajillo más, con las enaguas y los vestidos de percal de las mujerzuelas de los bulevares exteriores.

Aquello iba dando la voltereta lentamente, cada semana hundíase más y más la nariz en el cieno, con sus altos y bajos; sin embargo, hubo noches en las que debían contentarse rascándose la barriga ante la vacía mesa, y otras en que se atracaban de ternera hasta reventar.

Continuamente se veía á mamá Coupeau en la calle, ocultando paquetes debajo del delantal, dirigiéndose como quien da un paseo, hacia la sucursal del Monte de Piedad, calle Polonceau. Arqueaba las espaldas, con el aspecto meloso y glotón de una devota que va á misa, pues no le desagradaba aquello, divirtiéndola sobremanera los tapujos de dinero y deleitándose en aquellos agios que titulaban sus pasiones de vieja comadre. Los empleados de la calle Polonceau la conocían ya, y la llamaban la tía «Cuatro francos», porque siempre pedía cuatro francos cuando le ofrecían tres por sus desmedrados lotes.

Gervasia hubiera vendido al por menor la casa entera; estaba poseída de la manía del empeño y se habría rapado la cabeza si le hubiesen prestado dinero por sus cabellos. Aquello era muy cómodo y una no-

podía menos de ir á buscar dinero allí, cuando necesitaba un pan de cuatro libras. Todo lo de la casa iba á parar al benéfico establecimiento, la ropa blanca, los vestidos y hasta las herramientas y los muebles.

Al principio, aprovechaba Gervasia las semanas productivas para desempeñar, sin perjuicio de volver á empeñar la semana siguiente. Después, burlóse de las prendas empeñadas, las dejó perder y vendió las paletas. Una sola cosa le partió el corazón y fué tener que empeñar su reloj de sobremesa para pagar un recibo de veinte francos á un alguacil que había ido á embargar.

Hasta entonces, había jurado que antes se dejaría morir de hambre que empeñar su reloj. Cuando mamá Coupeau se lo llevó dentro de una sombrerera de cartón, cayó Gervasia sobre una silla, con los brazos inertes y llenos de lágrimas sus ojos, como si le arrebatasen toda su fortuna. Mas, al reaparecer la anciana con veinticinco francos, este préstamo inesperado, estos cinco francos de beneficio la consolaron y al momento mandó á su suegra por cuatro sueldos de aguardiente, con el único objeto de festejar la moneda de cien sueldos. A menudo, ahora, cuando las dos estaban en paz, echaban su traguito, en un ángulo del mostrador, mezclando mitad de aguardiente y mitad de grosella. Mamá Coupeau tenía un «chic» especial para traer el vaso lleno en el bolsillo del delantal, sin que se derramase una gota.

Ninguna necesidad había de que se enterasen los vecinos ¿verdad? y la verdad era que los vecinos estaban perfectamente enterados. La frutera, la tripicallera, los dependientes del droguero, exclamaban: «¡Toma! ¡la vieja va á casa de mi tía! (1)» ó bien: «¡Toma! ¡la vieja lleva su aguardiente en el bolsillo!» Y esto, como es consiguiente, sublevaba todavía más al barrio contra Gervasia, la cual seguía engulléndose todo y acababa ya de tragarse la tienda. ¡Sí, sí! tres ó cuatro bocados más y el sitio quedaba limpio como fondo de cesta!

(1) El Monte de Piedad, como si dijéramos el hermano de la «tía Miseria»

En medio de aquella demolición general, Coupeau prosperaba. El maldito bebedor se conservaba que era un encanto. Positivamente, el peleón y el vitriolo le engordaban. Comía mucho, mofábase del aprensivo Lorilleux que acusaba á la bebida de matar á las gentes, y le respondía dándose palmadas en el vientre, cuya piel distendida por la gordura, parecía el parche de un tambor, ejecutando sobre él una tocata, las vísperas de tragadero, redobles y golpes de bombo capaces de hacer la fortuna de un sacamuelas. Mas Lorilleux, vejado porque no podía echar barriga, decía que aquella era gordura amarilla, de mala calidad. Y á pesar de esto, Coupeau se emborrachaba más y más, para conservar la salud. Sus cabellos, de color de sal y pimienta, agitados por el viento, parecían echar llamas, como un brulote. Su faz de borracho, con su mandíbula de mico, adquiría un color de vino azulado.

Continuaba alegre como un niño y dando empellones á su mujer, cuando á ésta se le ocurría contarle sus apuros. ¿Por ventura han nacido los hombres para descender á semejantes aburrimientos? Si no había pan en casa, no le importaba nada. Cuando pasaba alguna semana sin trabajar, era todavía más exigente. Por lo demás, continuaba dando amistosas palmaditas en el hombro á Lantier. Seguramente, ignoraba la mala conducta de su mujer; al menos algunos, los Boche, los Poisson, juraban por lo más sagrado que no sospechaba nada y que pasaría una catástrofe si algún día lo llegaba á saber. Mas la señora Lerat, su propia hermana, movía la cabeza, refiriendo que conocía á maridos á quienes no disgustaban estas cosas.

Una noche, la misma Gervasia, cuando salía de la alcoba del sombrerero, se quedó helada al recibir un golpe en la nalga, mas luego se tranquilizó creyendo que había chocado contra los pies de la cama. En verdad, la situación era demasiado terrible para que pudiese su marido divertirse en gastar bromas.

Lantier, por su parte, tampoco se desmejoraba. Cuidábase mucho y media su vientre con la cintura del pantalón, con el continuo temor de haber de estrechar ó de aflojar la hebilla; encontrábase muy bien tal como estaba y no quería engordar ni adelgazar por

completo. Esto le hacía sumamente descontentadizo en cuestión de comidas, pues calculaba todos sus platos para no aumentar ni disminuir de talla. Hasta cuando no había un sueldo en casa, habían de darle al señorito huevos, chuletas y cosas nutritivas y ligeras.

Desde que compartía la patrona con el marido, considerábase como mitad integrante de la familia; recogía las monedas de veinte sueldos que encontraba por el suelo, mandaba á Gervasia por señas, refunfuñaba, vociferaba y parecía más amo de casa que el plomero mismo. En una palabra, era aquella una casa de dos dueños. Y el dueño de lance, más avispado, tiraba de la manta para sí, y se reservaba lo mejor de todo, de la mujer, de la mesa y de lo restante. Desnataba á los Coupeau ¡si tall! y no le daba cuidado alguno batir sus mantecas en público. Naná era su preferida, porque le gustaban las niñas bonitas, y cada vez se ocupaba menos de Esteban, diciendo que los muchachos deben saber salir de apuros ellos solos.

Cuando alguno iba á preguntar por Coupeau, encontraban siempre al sombrerero en babuchas, en mangas de camisa, saliendo de la trastienda con el semblante mohino de un marido á quien se incomoda y contestaba por Coupeau, diciendo que era lo mismo.

Entre estos dos caballeros, Gervasia no tenía motivos para reír todos los días. Verdad es que no podía quejarse de su salud, pues, á Dios gracias, engordaba y quizá demasiado. Pero eso de tener siempre á cuestras dos hombres que cuidar y contentar sobrepujaba á menudo á sus fuerzas. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¿no estropea ya de sobra el temperamento un solo marido? Lo peor era que los tres tunantes se entendían perfectamente. Nunca disputaban; contemplábanse unos á otros, riendo, por las noches, después de comer, apoyados de codos en la mesa; y unos contra otros se restregaban el día entero, como gatos que se buscan y se recrean.

Los días en que volvían enfadados á casa, descargaban su murria sobre Gervasia. ¡Andando! ¡zurra á la bestia! Y como la bestia tenía el riñón bien cubierto, su intimidad tomaba mayores creces. ¡Y guay de que se atreviese á replicar! Al principio, cuando uno gritaba, suplicaba ella al otro con el rabillo del ojo, como

pidiéndole una frase de cariño; mas, viendo que la estratagema no surtía efecto, acabó por resignarse y encogía sus gruesos hombros, comprendiendo que se divertían en zurrarla, al verla redonda como una pelota.

Coupeau, que era muy mal hablado, la apostrofaba con motes abominables.

Lantier, al contrario, escogía sus apodos, rebuscando palabras que nadie dice y que le herían más. Afortunadamente á todo se acostumbra la gente; las palabras, las injusticias de los dos hombres acababan por resbalar sobre su fino cutis, como sobre una tela encerada. Hasta había llegado á preferir que estuviesen encolerizados, porque cuando estaban amables, la encoraban todavía más, siempre pegados á ella y sin dejarla planchar tranquilamente un gorro. En tales casos, le pedían platos delicados, exigiendo que no estuviesen salados ni sosos; no debía contradecirles en lo más mínimo, y por remate, había de mimarlos y meterlos en la cama, uno después de otro.

Al fin de la semana, tenía la cabeza hecha un bombo y los miembros molidos, y se quedaba como alélada; con unos ojos que parecían de demente. Y es que un trajín como ese es capaz de gastar á la más pintada.

Sí, Coupeau y Lantier la gastaban de veras, quemándola por ambos cabos, como una candela. Seguramente el plomero carecía de instrucción; pero el sombrerero tenía demasiada, ó al menos una instrucción cual la camisa limpia con que las gentes desaseadas cubren la suciedad de su cuerpo. Una noche, soñó Gervasia que se encontraba al borde de un pozo; Coupeau la empujaba hacia él de un puñetazo, mientras que Lantier le hacía cosquillas en los riñones, para hacerla caer más de prisa. ¡Pues bien! este sueño retrataba su vida. ¡Ah! viviendo en tan buena escuela ¿tenía algo de extraño que se apandorgara? Las gentes del barrio eran muy poco justas cuando le echaban en cara los malos modales que adquiría, pues su desgracia no procedía de ella.

A veces, cuando reflexionaba, apoderábase de su cuerpo un escalofrío. Después, pensaba que las cosas po-

ñían haber sido peores. Por ejemplo, más valía tener dos hombres que haber perdido los dos brazos. Y encontraba muy natural su posición, una posición como tantas hay, y procuraba rodearse en ella, de toda la felicidad posible.

La prueba de que la cosa se encenegaba bonachonamente, era que Gervasia no detestaba más á Coupeau que á Lantier. En un drama, en la Gaité, había visto á una zorróna que abominaba á su marido y lo envenenaba á causa de su amante; y se enfadó porque no sentía tales impulsos en su corazón. ¿No era más razonable vivir en buena armonía los tres? No, no, nada de tales bestialidades; eso desarregla la vida, que ya de suyo nada tiene de alegre.

Finalmente, á pesar de las deudas, á pesar de la miseria que les amenazaba, hubiérase dado por muy satisfecha y muy contenta, si el plomero y el sombrero la hubiesen dejado más tranquila.

Desgraciadamente, á principios de otoño la tal familia se averió más. Lantier pretendía que iba enflaqueciendo, y que la nariz se le alargaba de día en día. Gruñía por todo, refunfuñaba por los guisotes de patatas, vulgar menestra de la que no podía comer, según decía, sin que le diesen cólicos.

Las menores reyertas, actualmente, concluían por agarradas, en las que se tiraban la miseria de la casa á la cabeza, y era un trabajo de mil diablos el reconciliarse antes de irse á dormir cada cual en su almohada. En casa que no hay harina, todo se vuelve mohina, ¿verdad? Lantier olfateaba la ruina completa y le exasperaba el ver la casa ya comida y tan completamente limpia, que veía cercano el día en que se vería precisado á tomar su sombrero y á buscar en otro sitio el nido y la pitanza. Se había acostumbrado á su agujero, donde lo pasaba tan recreado, tan mimadito, como en una verdadera Jauja, cuyas delicias no lograría reemplazar. ¡Caramba! uno no puede hallarse repleto y tener todavía las tajadas en el plato. Bien mirado, se encolerizaba contra su vientre, pues en aquella fecha tenía dentro de su vientre la casa toda.

Mas él no raciocinaba así y guardaba un violento

rencor contra los demás porque se habían dejado desplumar en dos años. En verdad, los Coupeau nada tenían de previsores. Entonces empezó á gritar que Gervasia carecía de economía. ¡Rayo de Dios! ¿qué iba á ser de ellos? Precisamente le abandonaban sus amigos en aquel momento, cuando estaba á punto de realizar un magnífico negocio, seis mil francos de sueldo en una fábrica, con lo cual había para que nadase en el lujo toda la familia.

Una tarde de diciembre, comieron de memoria. Ni siquiera había un rábano en casa. Lantier, muy preocupado, salía cada mañana temprano, á pasear la calle en busca de otro camaranchón donde el olor de la cocina desarrugase los semblantes. Después, de repente, comenzó á mostrar gran cariño por los Poisson.

Ya no motejaba al municipal llamándole Badingue, y llegaba hasta el extremo de convenir en que tal vez el emperador era un buen muchacho. Sobre todo, parecía estimar á Virginia, mujer de carácter, según decía, y muy capaz de llevar las riendas de su casa. Era evidente que les echaba el anzuelo. Hasta podía creerse que tenía la intención de irse de huésped á su casa. Pero el sombrero tenía un cacumen de doble fondo; mucho más complicado que todo esto. Habiéndole manifestado Virginia el deseo de establecer una tienda, andaba siempre alrededor de ella, declarando que era un gran proyecto. Sí, aquella morena, buena moza, complaciente, activa, parecía nacida para el comercio. ¡Oh! ganaría cuanto quisiese. Y puesto que el dinero estaba pronto desde hacía largo tiempo, aquel dinero procedente de la herencia de una tía, tenía mucha razón en dejar los cuatro vestidos que cosía en cada estación, para lanzarse á los negocios; y citaba, en apoyo de su dicho, á gentes que estaban en camino de realizar una fortuna, la frutera de la esquina, una vendedora de loza del bulevar exterior, añadiendo que no podía darse ocasión más oportuna que aquella, pues á la sazón hasta se venderían las barreduras de los mostradores.

Sin embargo, Virginia vacilaba; andaba en busca de una tienda para alquilar por allí cerca, pues no quería abandonar el barrio. Entonces Lantier empezó á decirle

vársela á los rincones y pasaba conversando con ella periodos de diez minutos. Parecía como impulsarla á la fuerza á una resolución, y ella no decía que no, sino más bien podía decirse que le autorizaba á obrar. Era aquello como un secreto urdido entre ambos, con guiños de ojos, palabras rápidas; una sorda maquinación, que se traslucía hasta en sus apretones de manos. Desde aquel entonces, el sombrerero, mientras comía su pan á secas, acechó á los Coupeau con miradas de soslayo, y charlaba sin descanso, aturdiéndoles con sus continuas jheremiadas.

Durante todo el santo día complacíase en hacer resaltar á la vista de Gervasia la miseria en que vivían. Y no lo decía por él ¡Dios clemente! pues por su parte estaba decidido á morirse de hambre con sus amigos, hasta el fin. Sólo que la prudencia exigía hacerse cargo de la verdadera situación. Lo menos debían quinientos francos en el barrio, al panadero, al droguero y á otros. Además, estaban atrasados de dos trimestres de alquiler, lo que sumaba doscientos cuarenta francos más, y el propietario, el señor Marecot, hablaba ya de echarlos á la calle si no le pagaban antes del 1.º de enero. Finalmente, el Monte de Piedad se lo había llevado todo, y la casa había quedado tan limpia con ello, que ni siquiera podría reunirse con que sacar un puñado de tres francos; en las paredes sólo quedaban los clavos, que á todo tirar podían pesar dos libras, á tres sueldos libra. Gervasia, petrificada al oír tales resúmenes, exasperábase y daba puñetazos sobre la mesa ó acababa por echarse á llorar como una imbecil. Una noche exclamó:

—¡Mañana me largo!... Prefiero dejar la llave debajo de la puerta y dormir en la acera, á continuar viviendo con estas angustias!

—Más prudente sería—contestó socarronamente Lantier—traspasar la tienda si se encuentra comprador... cuando estéis resueltos los dos á dejarla.

Interrumpióle Gervasia con mayor violencia:

—¡En seguida, en seguida!... ¡Ah!... ¡Qué carga me quitaría de encima!

Entonces el sombrerero se mostró sumamente práctico. Cediendo el arriendo, podían obtenerse del nue-

vo inquilino los dos trimestres atrasados del alquiler; y se arriesgó á hablar de los Poisson, recordando que Virginia buscaba una tienda; tal vez pudiera convenirle aquella. Hasta le parecía haberle oído decir que ría una igual. Pero la planchadora, al oír el nombre de Virginia, recobró repentinamente su calma y contestó que lo pensaría, que en un arrebato de cólera siempre dice una que abandonará su casa, pero que reflexionándolo bien, la cosa no parece tan fácil.

En vano los días siguientes reanudó Lantier sus letanías, pues Gervasia le contestaba que se había visto en apuros mayores y se había salido de ellos. ¡Vaya un adelanto, quedarse sin la tienda! Eso no la daría un bocado de pan. Al contrario, pensaba tomar otra vez oficiales y hacerse con una nueva clientela. Y esto lo decía para rebatir los argumentos del sombrerero, que la presentaba completamente caída, aplastada por los gastos, sin la más mínima esperanza de ponerse en pie. Mas tuvo la poca maña de pronunciar nuevamente el nombre de Virginia, y entonces la planchadora se mantuvo más furiosamente seria. ¡No, no, jamás! Siempre había dudado del corazón de Virginia; si Virginia ambicionaba la tienda, era para humillarla. Tal vez la hubiera cedido á la primera mujer que pasara por la calle, pero de ningún modo á aquella hipocritona que estaba esperando, sin duda, desde hacía años, el verle dar la voltereta.

¡Oh! Aquel empeño lo aclaraba todo. Ahora comprendía por qué despedían chispas amarillas los ojos de gato de aquella cotorra. Sí, Virginia no había digerido aún la zurra del lavadero y crecía lentamente su rencor en el rescoldo. Pues bien, que se guardase la zurra aquella en su frasco, si no quería sentir la segunda. ¡Y á fe que ya podía preparar el trasero, pues la cosa no iba á tardar mucho! Lantier, ante este desbordamiento de palabrotas, empezó regañando á Gervasia, llamándola cabeza dura, costal de chismes, doña Rencores y llegó hasta el extremo de tratar al mismo Coupeau de marica, acusándole de no saber hacer respetar á un amigo por su mujer. Después, comprendiendo que la cólera iba á echarlo todo á perder, juró que no volvería á meterse en asuntos ajenos, pues siempre

sale uno mal recompensado, y, en efecto, pareció que desistía de aconsejar el traspaso, acechando una ocasión para volver á hablar del asunto y decidir á la planchadora.

Llegó en esto enero, y con él un tiempo sucio, húmedo y frío. Mamá Coupeau, que había pasado todo el mes de diciembre tosiendo y ahogándose, hubo de meterse en cama después de Reyes. ¡Aquello era como una renta; cada invierno lo esperaba! Pero aquél, sus allegados decían que no volvería á salir ya de su cuarto, sino con los pies por delante, y, en efecto, tenía un maldito estertor que resonaba muy lindamente á ataud, aun cuando se conservaba gorda y gruesa, mas con un ojo ya muerto y la mitad de la cara torcida. De seguro que sus hijos no la habrían rematado; pero como duraba hacia ya largo tiempo, y era además una enojosa carga, deseaban en el fondo su muerte, como un desahogo para todos. Hasta para ella era lo más conveniente, pues había vivido ya sus años, ¿verdad? y cuando uno ha vivido ya sus años, nada tiene que echar de menos.

El médico, llamado una vez, no había vuelto á presentarse. Le daban tisana, para que no pareciese que la abandonaban completamente. A cada rato entraban en su alcoba para ver si aún estaba viva. Tanta era su sofocación, que ni siquiera podía hablar; pero con el ojo que conservaba bueno, vivo y claro, contemplaba fijamente á las personas y leíanse no pocas cosas en aquel ojo; duelos de sus buenos tiempos, tristeza por ver á los suyos tan ganosos de desembarazarse de ella, y cólera contra la viciosa Naná que, sin el menor respeto, se levantaba por la noche en camisa para ir á acechar detrás de la puerta-vidriera.

Un lunes por la tarde regresó Coupeau borracho como nunca. Desde que su madre estaba en peligro de muerte, vivía en un enternecimiento continuo. Cuando se hubo acostado, roncando á puño cerrado, anduvo todavía un rato por la tienda Gervasia. Acostumbraba pasar una parte de la noche velando á mamá Coupeau.

Por lo demás, Naná mostrábase muy valiente y dormía siempre en la alcoba de la anciana, diciendo que si la oía morir, avisaría á todos. Aquella noche, vien-

do dormida á la chica y tranquilamente adormilada á la enferma, acabó la planchadora por acceder á las instancias de Lantier que la llamaba desde su cuarto, diciéndole que fuese á descansar un rato. Dejaron encendida únicamente una vela, en el suelo, detrás del armario. Mas á eso de las tres saltó bruscamente de la cama Gervasia, tiritando, presa de mortal angustia.

Había creído sentir como si le pasara por todo el cuerpo un soplo helado. El cabo de vela se había consumido y la planchadora se ataba las enaguas en la obscuridad, aturdida, con las manos febriles, y no pudo encender una lamparilla hasta llegar al gabinete, después de tropezar contra los muebles. En medio del silencio aplomado de las tinieblas, los ronquidos del plomero dejaba escapar un ligero suspiro por entre sus labios abultados. Y Gervasia, después de bajar la lamparilla que hacía danzar grandes sombras, iluminó el rostro de mamá Coupeau y la vió blanca mate, con la cabeza caída sobre un hombro y abiertos desmesuradamente los ojos. Mamá Coupeau estaba muerta.

Suavemente, sin exhalar un grito, helada y prudente, volvió la planchadora al cuarto de Lantier, que se había vuelto á dormir, é inclinóse hacia él, murmurando:

—Oye; se acabó: ha muerto.

Aplanado por el sueño, medio despierto, empezó por refunfuñar:

—Déjame en paz, y acuéstate... Si está muerta ¿qué le vamos hacer?

Y después, incorporándose sobre un codo, añadió:

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡Las tres no más! Acuéstate, te digo. Vas á pillar una enfermedad... Cuando claree, veremos.

Mas ella, sin hacerle caso, se vestía completamente. El, entonces, se arrebujo en su sábana, volviéndose de cara á la pared, renegando de la terquedad de las mujeres. ¿Por ventura había precisión de correr á avisar á las gentes que había un muerto en la casa? La cosa nada tenía de alegre á media noche, y era exasperante eso de ver turbado el sueño por negras imá-

genes. Entre tanto, después de llevarse á su cuarto sus ropas y hasta sus horquillas, sentóse la planchadora en una silla, sollozando á sus anchas, no temiendo que la sorprendiesen en compañía del sombrerero. En el fondo, quería á mamá Coupeau y sentía un gran pesar, después de haber experimentado solamente miedo y enojo al verla escoger una hora tan importuna para espichar. Y lloraba sola, muy fuerte en el silencio, sin que el plomero cesase de roncar; éste nada oía; su mujer le había llamado, dándole empujones, y acabó por dejarle tranquilo, reflexionando que sería un nuevo estorbo si despertaba. Volvió después al lado de la difunta y encontró á Naná sentada en la cama, restregándose los ojos.

La muchacha comprendió lo que ocurría y alargó el cuello para ver mejor á su abuela, con su curiosidad de rapaza viciosa, sin chistar, algo temblorosa, sorprendida y satisfecha en presencia de una muerte que esperaba desde hacía dos días, como cosa mala, oculta y prohibida á los niños. Y ante aquella faz blanca, adelgazada en su último hiipo por la pasión de la vida, sus pupilas de gatita se ensanchaban y sentía aquel entorpecimiento de lomos que la clavaban detrás de las vidrieras, cuando iba á acechar allí lo que no deben ver las mocosas.

—Ea, levántate—le dijo su madre en voz baja.— No quiero que te quedes aquí.

La chica se dejó deslizar de la cama, muy á pesar suyo, volviendo la cabeza, sin apartar la vista de la difunta. Vefase Gervasia muy perpleja con la niña, no sabiendo dónde ponerla hasta que fuese de día. Decidíase ya á vestirla, cuando Lantier, en mangas de camisa y chinelas, vino á reunirse con ella; le era imposible reconciliar el sueño y estaba algo avergonzado de su conducta. Entonces todo se arregló.

—Que se acueste en mi cama—murmuró,—no le faltará sitio.

Fijó Naná sus grandes ojos en su madre y en Lantier, adoptando su semblante de boba, su semblante de día de año nuevo, cuando le daban pastillas de chocolate. Y no hubo necesidad de empujarla para que se acostase; echó á correr en camisa, rozando apenas el

suelo sus desnudos piecitos y se deslizó como una culebra en la cama que todavía estaba caliente, quedándose allí tendida, hundida y abollando apenas la manta con su delgado cuerpo. Cada vez que su madre entraba, la encontraba con los ojos relucientes en su mudo semblante, sin dormirse, sin moverse, muy encendida y pareciendo absorta en sus reflexiones.

Entre tanto, Lantier había ayudado á Gervasia á amortajar á mamá Coupeau, lo cual no era floja tarea pues la muerta pesaba de lo lindo. Nadie hubiera dicho que aquella anciana estuviese tan gruesa y tan blanca. Pusiéronle medias, una enagua, una chambra, un gorro; en una palabra, sus mejores ropas. Coupeau seguía roncando dos notas, una grave, bajando, y otra aguda, subiendo; habriase dicho que era música de iglesia, acompañando las ceremonias del viernes santo. Y cuando la muerta estuvo amortajada y tendida pulcramente en su cama, Lantier se sirvió un vaso de vino para reponerse, pues tenía revuelto el estómago.

Gervasia registraba la cómoda buscando un pequeño crucifijo de latón que poseía desde Plassans; mas luego recordó que la misma mamá Coupeau debía haberlo vendido. Encendieron después el hornillo y pasaron el resto de la noche medio dormidos en las sillas, acabando la botella empezada, aburridos y mohinos, como si lo ocurrido resultase de su culpa.

Sobre las siete, antes de clarear, despertó por fin Coupeau. Cuando se enteró de la desgracia, quedóse al principio con los ojos secos, tartamudeando, creyendo que se lo decían por broma. Después, dejóse caer en el suelo y fué á arrodillarse junto al lecho de la muerta, besándola y llorándola como un becerro, derramando tales lágrimas, que humedecía las sábanas al secarse las mejillas.

Gervasia había empezado á sollozar de nuevo, sumamente apenada por el dolor de su marido y reconciliada con él; sí, su marido tenía mejor fondo del que se creía. La desesperación de Coupeau se unía con un violento dolor de cabellos. Pasábase los dedos entre el pelo y tenía la boca pastosa, como solía al día siguiente á sus borracheras, encontrándose aún algo curda, á pesar de sus diez horas de dormir. Y se quejaba,

apretando los puños. ¡Rayo de Dios! ¡su pobre madre que le amaba tanto, muerta! ¡Ah! ¡y cómo le dolía el cráneo; aquello acabaría con él! ¡Una verdadera peluca de fuego en la cabeza; y el corazón, como si se lo arrancasen! ¡No; no era justa la suerte encarnizándose así con un hombre!

—Ea, valor, compadre—dijo Lantier levantándole.— Hay que saber conformarse.

Y le presentaba un vaso de vino, que Coupeau se negó á beber.

—¿Qué demonche será esto? Parece que tengo cobre en el gaznate... Desde que he visto á mi madre, he empezado á sentir este sabor... ¡Mamá! ¡Dios mío! ¡mamá, mamá!...

Y se echó á llorar de nuevo como un muchacho, y se bebió el vaso de vino, para apagar el fuego que abrasaba su pecho. Lantier se largó en seguida, con el pretexto de ir á avisar á la familia y pasar por la alcaldía para hacer la declaración. Necesitaba tomar el aire. Así, pues, no se dió gran prisa, y anduvo fumando unos cigarrillos y disfrutando el fresco de la mañana. Al salir de casa de la señora Lerat, entróse en una lechería de Batignolles á tomar una taza de café bien caliente. Y allí permaneció más de una hora, reflexionando.

En tanto, desde las nueve, encontróse reunida la familia en la tienda, cuyas puertas dejaron cerradas. Lorilleux no lloró; y como además tenía un trabajo urgente, volvióse casi en seguida á su habitación después de un ratito de visita, con el semblante que las circunstancias requerían.

Su mujer y la señora Lerat habían empezado abrazando á los Coupeau, y se restregaban los ojos, de los que brotaban escasas lágrimas. Y la primera, después de haber dirigido una rápida ojeada en torno de la difunta, alzó bruscamente la voz para decir que aquello no tenía sentido común, que nunca se dejaba junto á un cadáver una lámpara encendida, sino un cirio; y mandaron á Naná á que comprara un paquete de cirios de los grandes. ¡Vaya! ¡era un gusto morir en casa de la Banbán si quería uno ser tratado con la debida consideración! ¡Si sería bestia la Banbán, que

ni siquiera sabía conducirse con los muertos! ¿Acaso no había visto morir á nadie en su vida? La señora Lerat hubo de subir á casa de un vecino á pedir prestado un crucifijo, y volvió con uno demasiado grande, una cruz de madera negra donde estaba clavado un Cristo de cartón pintado, que ocupó todo el pecho de mamá Coupeau y cuyo peso parecía aplastarla. Después buscaron agua bendita, y como nadie la tenía, echó de nuevo á correr Naná hasta la iglesia á llenar una botella. En un abrir y cerrar de ojos adquirió otro aspecto el gabinete; sobre una mesilla ardía un cirio, junto á un vaso de agua bendita, en la que se humedecía una rama de olivo. Si venían visitas, encontrarían las cosas como es de ley. Y luego dispusieron las sillas en semicírculo, en la tienda, para la recepción.

Lantier no volvió hasta las once. Había ido á informarse en la oficina de pompas fúnebres.

—El ataúd es de doce francos—dijo.—Si queréis una misa, costará diez francos más. Finalmente el coche, que cuesta según los adornos...

—¡Oh! es inútil—murmuró la señora Lorilleux, alzando la cabeza con aire de sorpresa é inquietud...— Por más que hagamos, no lograremos resucitar á mamá ¿verdad?... Hay que gastar según lo que permite el bolsillo...

—Sin duda alguna, soy de la misma opinión—repuso el sombrerero.—Únicamente he tomado nota de los precios, para vuestro gobierno... Decid lo que resolváis; después de almorzar pasará á encargarlo.

Hablaban á media voz y á la escasa claridad que penetraba en la tienda por los quicios de las puertas. La del gabinete estaba abierta de par en par, y de esta anchurosa abertura surgía el imponente silencio de la muerte. Del patio elevábanse las infantiles risotadas de una bandada de muchachas que jugaban al pálido sol de invierno. De repente oyóse á Naná que se había escapado del cuarto de los Boche, á donde la habían mandado. La rapaza dirigía el juego con su voz aguda, y la ronda golpeaba el suelo, al par que, cual revoltosa bandada de aves parleras exclamaba: «Nuestro asno, nuestro asno—tiene pupa en la pata.

—El ama le ha puesto—unas lindas babuchas—y zapatos lilá, la, la,—y zapatos lilá!»

Gervasia esperó á que se restableciese el silencio, para decir á su vez:

—Ciertamente que no somos ricos; pero queremos portarnos como es debido... Si mamá Coupeau no nos ha dejado nada, no es esa una razón para que la enterremos como á un perro... No; ha de tener su misa y además su coche...

—Y ¿quién lo pagará?—preguntó violentamente la señora Lorilleux.—No seremos nosotros, pues la semana pasada hemos perdido dinero; ni tampoco vosotros, que estáis á la cuarta pregunta... ¡Ah! ¡ya podríais comprender ahora á dónde os ha conducido vuestro empeño de querer aplastar á las gentes!

Coupeau, consultado, tartamudeó con un gesto de profunda indiferencia y durmiéndose en su silla. La señora Lerat dijo que pagaría su parte. Opinaba como Gervasia, que debían portarse como corresponde. Entonces las dos empezaron á echar cuentas en un trozo de papel; en total, la cosa subiría á unos cuarenta francos, por cuanto después de una larga discusión se habían decidido por un coche adornado por una estrecha gasa.

—Somos tres—concluyó diciendo la planchadora.—Daremos cada uno treinta francos y no creo que nos arruinemos por eso.

Mas la señora Lorilleux, furiosa, exclamó:

—¡Pues bien! ¡yo, por mi parte, me niego; sí, me niego!... Y no lo digo por los treinta francos. Cien mil daría, á tenerlos, si supiera que con ellos podía hacer resucitar á mamá... Pero detesto á los orgullosos. Tenéis una tienda y soñáis siempre en hacer el grande ante el barrio. En cuanto á nosotros, no nos mezclamos en ello; nosotros no nos exhibimos... ¡Ea! ¡ya os arreglaréis! Adornad con plumas el coche, si así os agrada.

—Nadie os pide un cuarto—acabó por decir Gervasia.—Aun cuando tuviese que venderme yo misma, no quiero tener nada que echarme en cara. Sin vuestro auxilio, he mantenido á mamá Coupeau; bien podré enterrarla sin vuestro auxilio... Ya os lo dije sin rodeos

una vez; si recojo los gastos perdidos, no he de dejar á vuestra madre en el arroyo.

Entonces la señora Lorilleux se echó á llorar y Lantier hubo de intervenir para que no se marchase. La querella iba haciéndose tan ruidosa, que la señora Lerat, soltando enérgicos ¡psit! creyó que debía llegarse despacito al gabinete y dirigió á la difunta una mirada enfadada é inquieta, como si temiese encontrarla despierta y oyendo lo que discutían allí cerca. En aquel momento, la bandada de muchachas volvía á cantar en el patio, sobresaliendo entre sus voces la penetrante de Naná:

«Nuestro asno, nuestro asno—tiene pupa en el vientre.—El amo le ha puesto—una linda faja—y zapatos lilá, la la—y zapatos lilá!»

—¡Dios mío! ¡qué cargantes son esas chiquillas con su canción!—dijo Lantier á Gervasia, la cual sumamente conmovida, estaba próxima á sollozar de impaciencia y de tristeza.—¡Hacedlas callar, y llevaos otra vez á Naná al cuarto de la portera, aunque sea á puntapiés!

Las señoras Lerat y Lorilleux se fueron á almorzar, ofreciendo volver. Los Coupeau se sentaron á la mesa y comieron una salchicha, sin apetito casi, no atreviéndose á hacer ruido con sus tenedores. Estaban muy desazonados, atontados con la infeliz mamá Coupeau que les pesaba sobre los hombros y les parecía como si llenase toda la casa. Su existencia se encontraba trastornada. Andaban de un lado á otro, sin encontrar las copas y con un cansancio, como al día siguiente de una juerga. Lantier tomó en seguida la puerta para volver á la oficina de pompas fúnebres, llevando los treinta francos de la señora Lerat y sesenta francos que Gervasia había ido á pedir prestados á Gouget, desgreñada como una loca.

Por la tarde, llegaron algunas visitas; vecinas picadas por la curiosidad, que se presentaban suspirando, con ojos llorosos; entraban en el gabinete, levantaban el paño que cubría el rostro de la muerta, se persignaban, la rociaban con la rama de olivo mojada en agua bendita y luego iban á sentarse en la tienda, donde hablaban de la pobre anciana, interminablemen-

te, sin cansarse de repetir la misma frase durante horas enteras.

La señorita Remanjour observó que le había quedado abierto el ojo derecho, la señora Gaudrón se empeñaba en que tenía hermosas carnes para su edad y la señora Fauconnier estaba asombrada de haberla visto tomar su café tres días antes. En verdad, todos llamamos el petate cuando menos lo pensamos, y es bueno estar siempre dispuestos para el gran viaje. Al anocheecer, los Coupeau comenzaban á estar hartos de visitas. Es demasiada afición para una familia el haber de guardar en casa un muerto tan largo tiempo. El gobierno debería hacer una ley sobre esto.

Todavía una velada, toda una noche y toda una madrugada ¡vamos! ¡era cuento de no acabar! Cuando ya no se llora, el pesar se cambia en irritación y es fácil que las cosas concluyan mal. Mamá Coupeau, muda y tiesa en el fondo del estrecho gabinete, iba llenando más y más la habitación y pesaba sobre todo el mundo de un modo insostenible. Y la familia, á pesar suyo, volvía insensiblemente á su estado normal y perdía el respeto á la muerte.

—Comeréis un bocado con nosotros—dijo Gervasia á las señoras Lerat y Lorilleux cuando reaparecieron. —Estamos demasiado tristes: no nos separemos.

Pusieron los manteles en el mostrador. Cada cual, al ver los platos, recordaba las comilonas que allí habían tenido lugar. Lantier estaba de vuelta, Lorilleux bajó. Y un pastelero llevó una trota, porque la planchadora no tenía cabeza para guisar. Al irse á sentar á la mesa, entró Boche diciendo que el señor Marescot pedía permiso para presentarse; y presentóse al propietario, muy grave, ostentando su gran condecoración en el ojal. Saludó en silencio y se dirigió en derechura al gabinete, donde se arrodilló. Era muy piadoso; rezó con el mismo recogimiento que un cura y después trazó una cruz en el aire, rociando el cadáver con la rama de olivo. Toda la familia, que se había levantado de la mesa, permanecía en pie, sumamente impresionada. Y el señor Marescot, acabadas sus oraciones, pasó á la tienda y dijo á los Coupeau:

—He venido por los dos trimestres atrasados. ¿Estáis dispuestos á pagar?

—No, señor, no del todo—balbuceó Gervasia, muy contrariada al oír hablar de tal asunto delante de los Lorilleux.—Ya comprenderéis que con la desgracia que acaba de ocurrir...

—Sin duda, pero cada cual tiene sus penas—repuso el propietario estirando sus inmensos dedos de antiguo operario.—Lo siento; pero no puedo esperar más... Y si no se me paga pasado mañana por la mañana, me veré obligado á recurrir á una expulsión.

Gervasia cruzó las manos, con lágrimas en los ojos; muda y suplicante. Mas el propietario, con un enérgico movimiento de su gruesa y huesuda cabeza, le dió á comprender que eran inútiles sus ruegos. Por lo demás, como el respeto que se debe á los muertos prohibía toda discusión, se retiró discretamente, andando de espaldas y murmurando:

—¡Perdonad que os haya molestado; no olvidéis que pasado mañana, por la mañana!

Y como al marcharse pasase de nuevo por delante del gabinete, saludó por última vez al cuerpo de la difunta, con una devota genuflexión en el umbral de la puerta.

Empezaron comiendo rápidamente, para que no pareciese que se recreaban, pero al llegar á los postres fueron más despacio, poseidos de una necesidad de bienestar.

De vez en cuando, con la boca llena, Gervasia, ó una de las dos hermanas, se levantaba, yendo á echar una mirada al gabinete, sin soltar siquiera la servilleta; y cuando volvía á sentarse, los demás la contemplaban silenciosos algunos segundos, como preguntando si todo continuaba lo mismo en la pieza de al lado.

Después las señoras se tomaron esta molestia con menos frecuencia, quedando olvidada mamá Coupeau. Se había preparado una gran cantidad de café, muy cargado, á fin de no dormirse en toda la noche.

Los Poisson llegaron á cosa de las ocho, y se les invitó á tomar una taza. Lantier, que espía el rostro de Gervasia, aprovechó una ocasión que, al parecer, esperaba desde la mañana. Y á propósito de la cochera

nería de los propietarios que entraban á pedir el alquiler en la casa donde había un difunto, dijo bruscamente:

—¡Es un jesuíta ese marrano, con su aire de ayudar á misa!... ¡Yo, en lugar vuestro, le daría con su tienda en los hocicos!

Gervasia, rendida de cansancio, molida y enervada, respondió con abandono:

—Sí, por cierto; no esperaré á los alguaciles... ¡me tiene ya cargada, muy cargada!

Gozosos los Lorilleux con la idea de que la Banbán se quedaría sin tienda, aprobaron con ardor sus palabras, diciendo que no se sabía lo que costaba el sostenerla; que, si trabajando á jornal, no ganaba más que tres francos, en cambio no tenía que sufragar gastos; ni se arriesgaba á perder sumas considerables. Después, hicieron que Coupeau repitiese estos argumentos, dándole con el codo; y el plomero, que no cesaba de beber, continuaba enternecido, llorando en su plato. Lantier, viendo á la planchadora medio convencida, hizo un guiño á los Poisson, y la mocetona Virginia intervino, con mucha amabilidad, diciendo:

—Si quisieseis podríamos entendernos. Yo seguiría con el arriendo, y arreglaría vuestro atraso con el propietario... Así, quedaríais completamente tranquila.

—No, gracias —exclamó Gervasia estremeciéndose, como presa de un escalofrío.—Ya sé dónde encontrar los atrasos si quiero. Trabajaré, pues á Dios gracias, tengo dos brazos para salir del aprieto.

—Ya se hablará de eso después—apresuróse á decir el sombrerero.—Ahora es inoportuno... Más tarde... Mañana, por ejemplo.

En este momento la señora Lerat, que había entrado en el gabinete, lanzó un grito. Se había asustado; encontrando la vela apagada, completamente consumida. Inmediatamente se ocuparon todos en encender otra, meneando la cabeza y repitiendo que no era buena señal apagarse una luz al lado de un muerto.

Comenzó la velada. Coupeau, que se había tendido á la larga, no para dormir, según decía, sino para reflexionar, roncaba á los cinco minutos. Naná, cuando le mandaron que fuera á acostarse en la habitación de

los Boche, rompió á llorar, pues desde la mañana acariciaba la esperanza de tener un sitio calentito en el espacioso lecho de su buen amigo Lantier. Los Poisson se quedaron hásta las doce.

Se acabó por preparar vino á la francesa, en una ensaladera, porque el café tan cargado atacaba los nervios de las señoras.

La conversación comenzó á girar sobre las tiernas efusiones. Virginia hablaba del campo, diciendo que deseaba que la enterrasen á la entrada de un bosque, con flores silvestres sobre su tumba. La señora Lerat dijo que tenía dispuesto ya en su armario el lienzo con que habían de amortajarla y que lo perfumaba constantemente con ramitos de espliego, pues deseaba sentir buen olor cuando comiera hierbas por la raíz. Después, sin transición, contó el municipal que por la mañana había arrestado á una buena moza por robo en una salchichería, y que, al desnudarla en casa del comisario, se le habían encontrado diez salchichones colgados en la cintura, por delante y por detrás. Y diciendo la señora Lerat, con aire de asco, que no comería de tales salchichones, echáronse á reír tímidamente los circunstantes, alegrándose la velada, sin faltar á las conveniencias.

En el momento en que daban fin al vino caliente, salió del gabinete un ruido extraño, un chorrear sordo. Todos levantaron la cabeza, mirándose unos á otros.

—No es nada—dijo tranquilamente Lantier bajando la cabeza,—se está vaciando.

A esta explicación movieron la cabeza los demás, y tranquilizados dejaron los vasos encima de la mesa.

Por último, se retiraron los Poisson, y Lantier salió con ellos, diciendo que iba á casa de un amigo para dejar su cama á las señoras, á fin de que descansasen una hora cada una sucesivamente. Lorilleux subió á su habitación á acostarse solo, repitiendo que tal cosa no le había sucedido desde que se casó.

Entonces Gervasia y las dos hermanas, que se quedaron con Coupeau dormido como un tronco, colocáronse alrededor del hornillo, sobre el cual mantuvieron caliente el café. Permanecían allí apoltonadas, encor-

vadas, con las manos debajo del delantal, besando casi la lumbre con sus narices y hablando en voz muy baja.

La señora Lorilleux gemía, porque no tenía vestido negro y quería evitarse de comprar uno, pues se encontraban atrasados, muy atrasados, y preguntó á Gervasia si mamá Coupeau no había dejado una falda negra, aquella falda que le regalaron el día de su santo. Gervasia se vió obligada á ir en busca de la falda, la cual podría servir haciéndole una jareta en la cintura. Pero la señora Lorilleux pedía, además, ropa blanca usada, hablaba de la cama, del armario, de las dos sillas, y buscaba con la vista los trebejos que debían repartirse, con lo cual, estuvieron á pique de enfadarse.

Apaciguólas la señora Lerat, diciendo con razón que, puesto que los Coupeau habían sostenido aquella carga, tenían ganados de sobra los cuatro guñapos de la difunta; y las tres se adormilaron nuevamente encima del hornillo, entre gruñidos monótonos. La noche les parecía terriblemente larga. De vez en cuando, se des-perezaban, sorbian un trago de café, alargaban el cuello mirando al gabinete, donde la vela (que no debía despabilarse), ardía con una llama roja y triste, aumentada con los carbonizados pábilos de la mecha.

Al amanecer tiritaban de frío, á pesar del ardiente calor del hornillo, sofocadas por cierta angustia, fatigadas de haber hablado demasíadamente, seca la lengua y los ojos malos. La señora Lerat se echó en la cama de Lantier, no tardando en roncar como un hombre, mientras las otras dos, con la cabeza caída casi sobre las rodillas, dormían ante la lumbre. Un escalofrío las despertó, cuando clareaba el día.

La vela que alumbraba el cadáver de mamá Coupeau se había apagado por segunda vez, y como en la obscuridad volvía á oírse aquel sordo chorreo, la señora Lerat, para tranquilizarse, repitió en voz alta, encendiendo otra vela:

—Se está vaciando.

El entierro debía verificarse á las diez y media, lo cual significaba que faltaba añadir una envidiable mañana á la noche y al día anterior, tan pesados, que

Gervasia, á pesar de no tener un sueldo, de buena gana habría dado cien francos al que se hubiese llevado á mamá Coupeau tres horas antes. Es verdad; por más que se ame á una persona, se vuelve demasiado cargante cuando está muerta; y cuanto más se la quiere, tanto más presto desea uno librarse de ella.

Por fortuna, una mañana de entierro está llena de distracciones.

Hay que atender á un sin fin de preparativos. Comenzaron por almorzar. Al concluir ¿quién diríais que se presentó con el ataúd y el saco de salvado? el tío Bazouge, precisamente, el enterrador del piso sexto.

El tal sujeto nunca se desembriagaba. Aquel día, á pesar de ser ya las ocho, continuaba todavía alegrillo, de resultados de una chispa de la vispera.

—Aquí va esto—dijo;—y dejó en el suelo el ataúd, que resonó como una caja recién construída. Y al echar al lado el saco de salvado, se quedó con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, viendo á Gervasia en pie, ante él.

—Perdonad, me equivoqué—balbuceó.—Me habían dicho que era para vos.

Y volvía á cargar con el saco, cuando la planchadora le gritó:

—Dejadlo ahí; es para nosotros.

—¡Voto á!... Pues explicarse de una vez—repuso dándose palmadas en un muslo.—¡Ya comprendo!... Es para la vieja.

Gervasia se había puesto sumamente pálida al advertir que el tío Bazouge llevaba el ataúd para ella. Y el enterrador, esmerándose en ser galante, continuaba sus excusas.

—Pues, como decía; ayer llegó á mis oídos que una inquilina del patio estaba de viaje, y entonces, creí... Ya sabéis que, en nuestro oficio, estas cosas entran por un oído y salen por el otro... De todos modos, os felicito... ¿Verdad?... cuanto más tarde, mejor, á pesar de que la vida no siempre sea muy alegre...

Gervasia le escuchaba haciéndose atrás, temiendo que la agarrase con sus sucias manazas para llevársela en su ataúd.

Recordaba que, en otros tiempos, la noche de su

boda, el tío Bazouge le había dicho que conocía no pocas mujeres que le darían las gracias si subía por ellas. ¡Pues bien! la planchadora no había llegado á caso tal, y sólo al pensarlo se le enfriaba el espinazo.

Si bien su existencia era muy arrastrada, no quería abandonarla tan pronto, no; prefería reventar de hambre, aunque fuese durante años enteros, á padecer la muerte, aunque este padecimiento durase sólo un segundo.

—Está borracho—murmuró con aire de asco, mezclado de espanto.—La administración debería cuidar, por lo menos, de no mandar borrachos, ya que tan caro cuesta.

Entonces, el enterrador mostróse chocarrero é insolente.

—Ea, madrecita; si no es ahora, será otra vez. Siempre me tenéis á vuestra disposición, y con que me hagáis una seña, basta... Yo soy el consuelo de las señoras... Y no hay que hacerle ascos al tío Bazouge, pues ha tenido en sus brazos muy buenas mozas que se han dejado arreglar sin quejarse, muy contentas con proseguir su sueño en la sombra.

—¡Callaos, tío Bazouge!—exclamó severamente Lorilleux, que acudiera al ruido de las voces.—Esas bromas son inconvenientes, y si se diese parte á la administración os despedirían. Y toda vez que no respetáis los principios, ¡largo de aquí! ¡ea!

Alejóse el enterrador, oyéndosele tartamudear largo rato en la acera:

—¡Principios! ¿de qué?... ¡No hay más principios... que la honradez!

Por último dieron las diez. El coche fúnebre se había retrasado. La tienda estaba llena de gente, de amigos y vecinos, entre ellos el señor Madinier, Mes-Bottes, la señora Gaudrón, la señorita Remanjou; y, á cada minuto, por la abertura de la puerta, velase asomar una cabeza de hombre ó de mujer, acechando la llegada de ese coche remolón.

La familia, congregada en la trastienda, repartía apretiones de manos, y se notaban cortos intervalos de silencio, interrumpidos por rápidos cuchicheos, una espera impaciente y febril, con bruscos movimientos de

falda, ora porque la señora Lorilleux había olvidado el pañuelo, ora porque la señora Lerat buscaba un libro de oraciones prestado. Cada cual, al llegar, percibía, á los pies de la cama, en medio del gabinete, el ataúd abierto; y cada cual, á pesar suyo, se quedaba contemplándolo con el rabillo del ojo, pensando que sería imposible que allí dentro cupiese la gruesa mamá Coupeau. Mirábanse todos unos á otros, brillando este pensamiento en sus ojos y sin comunicárselo, cuando de improviso se notó movimiento en la calle, y el señor Madinier, con acento grave y contenido, anunció, arqueando sus brazos:

—¡Ya están ahí!

Sin embargo, aún no era el coche, sino cuatro enterradores que entraron en fila, á paso apresurado, con sus caras coloradas y sus manazas de mozos de mudanzas y con sus trajes negros, desgastados y blanqueados por el roce de los ataúdes.

Abrió la marcha el tío Bazouge, muy borracho y muy formal, pues desde que entraba en faena recobraba todo su aplomo. Sin chistar, con la cabeza baja y tomando á peso á mamá Coupeau con la mirada, embalaron á la pobre anciana en menos que se estornuda. El más bajo de los cuatro, un joven que miraba bizco, había echado el salvado en el ataúd y lo extendía amasándolo, como si quisiese hacer pan. Otro, alto y flaco, con aire de bromista, tendió la sábana por encima. Y después «¡á la una! ¡á las dos! ¡allá va!» cogieron los cuatro el cuerpo y lo levantaron, dos por los pies y dos por la cabeza. No se da vuelta á una tortilla con mayor ligereza. Los circunstantes, que alargaban el cuello para ver, pudieron creer que mamá Coupeau había saltado por sí misma de la cama al ataúd.

En él había entrado como deslizándose, viniéndole tan justo el espacio, tan justo, que hasta se oyó su roce contra la madera nueva, tocando á ella por todos lados, como si dijéramos: un cuadro en su marco. Pero en resumidas cuentas, la verdad es que cogía perfectamente allí dentro, lo cual asombró á los presentes, quienes opinaron que, seguramente, el cuerpo había disminuido de volumen desde la víspera.

Entre tanto, los enterradores se habían puesto en fila y esperaban. El bizco cogió la tapa e invitó á la familia á que dirigiese el último adiós á la difunta; mientras el tío Bazouge, con los clavos entre los dientes y el martillo en la mano, se disponía á clavar la tapa. Entonces Coupeau, sus dos hermanos, Gervasia y algunos otros, se arrodillaron y besaron á mamá Coupeau, anegados en llanto, cuyas ardientes lágrimas caían y rodaban sobre aquel rostro rígido y frío como el hielo. Reinó un ruido de sollozos, prolongado. Después cayó la tapa, el tío Bazouge introdujo los clavos; con la destreza de un embalador, á dos martillazos por cabeza, y ya no se oyó llorar á nadie en medio de aquel estrépito de mueble que se recompone. Ya estaba listo. Sólo faltaba ponerse en marcha.

—Imposible parece que haya tanta bambolla en un acto como este!—dijo la señora Lorilleux á su marido; diviso el coche fúnebre ante la puerta.

El coche puso en conmoción á todo el barrio. La tripicallera llamaba á los dependientes del droguero, el relojero había salido á la acera y los vecinos se asomaban á las ventanas. Y todos se ocupaban de los adornos con franjas blancas de algodón. ¡Ah! ¡cuánto mejor no hubiera sido que los Coupeau pagasen sus deudas! Pero, como decían los Lorilleux, cuando se tiene orgullo, en todo se demuestra, cuadro ó no.

—¡Es una vergüenza!—repetía en aquel momento Gervasia, refiriéndose al cadenista y á su mujer.—Decir que estos roñosos ni siquiera han traído un ramo de violetas para su madre!

En efecto, los Lorilleux se habían presentado con las manos vacías. En cambio la señora Lerat había dado una corona de flores artificiales y la colocaron en el ataúd, junto con una corona de siemprevivas y un ramo comprados por los Coupeau. Los enterradores tuvieron que hacer un buen esfuerzo para levantar y cargarse el cuerpo. El cortejo se organizó lentamente. Coupeau y Lorilleux, de levita, con el sombrero en la mano, presidían el duelo; el primero enternecido por dos vasos de vino blanco que había tomado por la mañana, se apoyaba en un brazo de su cuñado, debiles las piernas y dolorida la piel del cráneo.

Seguían después los hombres; el señor Madinier, muy grave, vestido de negro; Mes-Bottes, con un gabán sobre la blusa; Boche, cuyo pantalón amarillo atraía todas las miradas; Lantier, Gaudrón, Bibi-la-Grillade, Poisson y otros varios. A continuación iban las señoras; en primer término, la señora Lorilleux, que arrastraba la falda remendada de la difunta; la señora Lerat, ocultando bajo un chal su luto improvisado, un traje de casa, guarnecido de color de lila, y detrás Virginia, la señora Gaudrón, la señora Fauconnier, la señorita Remanjou y otras más.

Quando el coche fúnebre se puso en movimiento y empezó á bajar lentamente por la calle de la Goutte d'Or, en medio de las señales de la cruz y de las gentes que á su paso se quitaban el sombrero, los sepultureros se pusieron á la cabeza, dos delante del coche y los otros á derecha é izquierda. Gervasia se quedó atrás para cerrar la tienda y dejando á Naná al cuidado de la señora Boche, corrió á reunirse al cortejo, en tanto que la niña, contenida por la portera en el dintel de la puerta, miraba con profunda curiosidad cómo desaparecía su abuela por el fondo de la calle, en aquel hermoso carruaje.

En el preciso momento en que la planchadora, completamente sofocada, llegaba á la cola del cortejo, comparecía Gouget, el cual se unió á los hombres, pero volviéndose antes á saludarla con un movimiento de cabeza tan afectuoso, que la infeliz se sintió muy desgraciada y se echó á llorar de nuevo. Y no sólo lloraba entonces por mamá Coupeau, sino que lloraba por algo abominable que no podía decir y que la ahogaba. Durante todo el trayecto no apartó ni un momento el pañuelo de sus ojos, y la señora Lorilleux, con las mejillas secas y enrojecidas, la miraba de soslayo, como acusándola de falta de pudor.

En la iglesia la ceremonia se despachó pronto, aún que la misa fué algo pesada, porque el cura era muy viejo. Mes-Bottes y Bibi-la-Grillade habían optado por quedarse fuera para que no les cogiese la colecta. El señor Madinier estuvo todo el tiempo analizando á los curas y comunicando sus observaciones á Lantier, diciéndole que eran unos farsantes que escupían sus lá-

lunes si saber lo que se garlaban, y que lo mismo enterraban á una persona, como la bautizarian ó la casarian, sin que su corazón participase del menor sentimiento.

Después censuró ese tropel de ceremonias, esas luces, esas voces plañideras, ese aparato delante de las familias, añadiendo que así uno perdía dos veces á sus parientes, una en la casa y otra en la iglesia; y todos los hombres le daban la razón, especialmente cuando al terminar la misa hubo un murmullo general de oraciones y los asistentes se vieron obligados á desfilar por delante del cuerpo, rociándolo con agua bendita.

Por fortuna no estaba lejos el cementerio, el pequeño cementerio de la Chapelle, especie de jardincillo que daba á la calle Marcadet, al cual llegó el cortejo á la desbandada, golpeando el suelo con los pies y hablando cada cual de sus asuntos. La tierra endurecida resonaba y todos hubieran preferido seguir andando, á permanecer parados. El hoyo junto al cual se había depositado el ataúd, estaba tapizado de hielo, blanquizo y pedregoso como una carretera de yeso; y los asistentes colocados alrededor de los montecillos de cascote, no encontraban muy divertido el esperar con aquel frío, hartos ya de contemplar la fosa. Por fin, de uno de los pabelloncillos salió un clérigo con sobrepelliz, tiritando, y cuyo aliento humeaba á cada «de profundis» que decía.

Hecha la última señal de la cruz, se largó deprisa y corriendo, sin ganas de volver á comenzar. El sepulturero tomó la pala; pero como la tierra estaba endurecida por el hielo, sólo desprendía terrones que producían un endemoniado ruido en el fondo de la fosa, un verdadero bombardeo, una sucesión de cañonazos que al parecer debían hundir las paredes del ataúd. Por muy egoísta que uno sea, la tal música no deja de conmovérle. Volvieron á empezar los llantos. Ibanse ya, estaban ya fuera del recinto y todavía se oían aquellas detonaciones. Mes-Bottes, soplando los dedos, hizo en alta voz la siguiente observación:

—¡Rayos del cielo! ¡no! ¡la pobre mamá Coupeau no va á tener mucho calor!

—Señoras y la compañía—dijo el plomero á los pocos amigos que quedaron con la familia en la calle,—permitidnos que os ofrezcamos un bocado...

Y abrió la marcha, entrando en una taberna de la calle Marcadet, que ostentaba el lema de: «Al regreso del cementerio». Gervasia, que se había quedado en la acera, llamó á Gouget, el cual se alejaba después de haberla saludado nuevamente con un movimiento de cabeza y le preguntó por qué no aceptaba un vaso de vino, á lo que contestó el herrero que tenía prisa y que se volvía al taller. Entonces contempláronse uno á otro un momento, silenciosos.

—Perdonadme por lo de los sesenta francos—murmuró por último la planchadora.—Estaba como loca y pensé en vos...

—¡Oh! ¡no hay de qué! estáis dispensada—interrumpió el herrero.—Ya sabéis que si os ocurre algún contratiempo, me tenéis á vuestra disposición; pero no digáis nada de esto á mi madre, porque tiene sus ideas y no quiero contrariarla.

La planchadora continuaba contemplándole, y al verle tan bueno, tan triste, con su hermosa barba rubia, estuvo á pique de aceptar su antigua proposición de huir con él para vivir dichosos, juntos en cualquier rincón del mundo. Después ocurriósele otro mal pensamiento: pedirle prestado el importe de los dos trimestres atrasados de alquiler, á toda costa. Y trémula, repuso con acento cariñoso:

—Con que no estamos reñidos, ¿verdad?

El herrero movió la cabeza, respondiendo:

—No tal; nosotros no podemos reñir nunca... Solamente que, como podéis comprender, todo ha concluido entre nosotros.

Y se alejó á grandes pasos, dejando á Gervasia aturdida, resonando aún en sus oídos sus últimas palabras con un zumbido de campana. Al entrar en la taberna, oía sordamente en su interior: «todo ha concluido entre nosotros» pues bien, «si todo ha concluido, ya nada me queda que hacer» Y sentándose maquinalmente á la mesa, comió un bocado de pan y queso y se bebió un vaso lleno de vino que colocaron ante ella.

La taberna ocupaba, en el piso bajo, una larga sala; baja de techo, con dos grandes mesas en las que se extendían, en fila, vasos de vino, rebanadas de pan y anchos trozos triangulares de queso de Brie colocados en sus platos. Los concurrentes comían con los dedos, sin mantel y sin cubierto. Y algo apartados, junto á la roncadora estufa, los cuatro sepultureros daban fin á su desayuno.

—¡Cómo ha de ser!—decía el señor Madinier,—¡á cada cual le llega su vez! Los viejos dejan el sitio á los jóvenes... Os va á parecer vacía vuestra habitación, cuando entréis en ella.

—¡Oh! mi hermano está decidido á dejarla—dijo vivamente la señora Lorilleux.—Es una ruina la tal tienda.

Sobre el particular venían aguijoneando al plomero desde largo tiempo. Todo el mundo le aconsejaba que traspasase la tienda. La misma señora Lerat, que actualmente se llevaba muy bien con Lantier y con Virginia, preocupada con la idea de que sentían una tierna inclinación entre sí, hablaba de quiebra y de prisión, con aire de espanto; y repentinamente el plomero se enfadó, trocábase en furor su enternecimiento demasiado regado ya con bebidas.

—¡Oye!—gritó acercándose casi hasta rozar la cara de su mujer.—¡Quiero que me oigas! tu maldita cabeza hace siempre de las suyas; pero lo que es hoy, te advierto que se va á hacer mi voluntad.

—¡Quiá!—exclamó Lantier,—¡conseguir algo de ella con buenas razones! Menester sería un martillo para meterle eso en la cabeza.

Y los dos empezaron á tomarla con ella, lo cual no impedía que las mandíbulas funcionasen, desapareciendo el queso y corriendo el vino como una fuente. Entre tanto, Gervasia flaqueaba ante sus ataques, sin contestar, con la boca siempre llena, despachándose como si estuviese muerta de hambre. Cuando se cansaron de encocorarla, levantó dulcemente la cabeza y dijo:

—¡Ea! ¡basta ya! ¡Me importa un comino la tienda! ¡no quiero más tienda, no! ¿comprendéis? ¡me importa un comino! ¡se acabó!

Entonces volvieron á pedir más queso y pan y se pusieron á hablar formalmente. Los Poisson aceptaban el traspaso, respondiendo del pago de los trimestres atrasados. Por lo demás, Boche aprobó el arreglo con aire de importancia, en nombre del propietario, y acto seguido alquiló á los Coupeau una habitación, un cuarto desocupado del piso sexto, en el mismo corredor de los Lorilleux.

Lantier, por su parte, dijo que conservaría su habitación, si esto no estorbaba á los Poisson, y el municipal se inclinó en señal de aquiescencia, declarando que no le molestaba en lo más mínimo, y que los amigos siempre están en buena armonía, á pesar de la divergencia de opiniones políticas. Y Lantier, sin mezclarse ya en el asunto del traspaso y como hombre que ha arreglado su negocio, se sirvió una enorme tajada de queso de Brie, y recostándose en su asiento, la comía con fruición, inyectada de sangre la faz, ardiendo en gozo socarrón y guiñando los ojos alternativamente á Gervasia y á Virginia.

—¡Ea! ¡tio Bazouge!—gritó Coupeau,—¡venid á echar un trago! No somos orgullosos, y además, todos somos obreros.

Los cuatro enterradores, que ya se marchaban, entraron de nuevo para brindar con el cortejo. No era por criticar; pero la próxima recién enterrada pesaba de lo lindo y bien merecían que se les diese un trago. El tío Bazouge miraba fijamente á la planchadora, sin soltar una palabra mal sonante. Y la planchadora, sintiéndose incómoda ante aquel mirar, levantóse, dejando á los hombres que acabaran de emborracharse. Coupeau, que lo estaba ya como una cuba, empezaba á lloriquear de nuevo, diciendo que era de pena.

Por la noche, cuando Gervasia se encontró en su casa, se sentó como atontada en una silla. Parecía que las piezas estaban desiertas y eran inmensas. Verdad es que era aquel un famoso desocupo. De seguro que no había dejado solamente á mamá Coupeau en el fondo de la fosa del jardincito de la calle Mercadet, sino también otras muchas cosas, como si dijéramos un pedazo de su vida, su tienda, su orgullo de ama de casa y otros afectos más. Sí, las paredes estaban des-

nudas y también lo estaba su corazón; era aquello una mudanza completa, una voltereta en una sepultura. Y, sintiéndose demasiado fatigada, pensaba en que se repondría más adelante, si era posible.

A las diez, al desnudarse, Naná lloró y pateó. Quería acostarse en la cama de mamá Coupeau. En vano trató de infundirle miedo su madre; la niña era demasiado precoz y los muertos solo le causaban una gran curiosidad; y tal fué su empeño que, para calmarla, se concluyó por permitirle que se estirase en el sitio de mamá Coupeau. A la picarona gustábanle las camas grandes, donde podía extenderse y revolcarse. Y aquella noche durmió de lo lindo, con el dulce calor y las cosquillas del colchón de pluma.

X

La nueva habitación de los Coupeau se encontraba en el piso sexto, escalera B. Después de pasar por delante del cuarto de la señorita Remanjou, se tomaba el corredor, á mano izquierda. Al llegar aquí, era preciso torcer. La primera puerta que se encontraba luego era la de los Bijard. Casi enfrente de ésta, en un agujero sin ventilación, debajo de una escalerilla que subía hasta el tejado, se acostaba el tío Brú. Dos habitaciones más allá estaba el cuarto del tío Bazouge. Finalmente, al lado de éste ocupaban los Coupeau una alcoba y un gabinete con vistas al patio. Y después seguían otras dos habitaciones antes de llegar á la de los Lorilleux, en el fondo del corredor.

Una alcoba y un gabinete y nada más, constituían el actual albergue de los Coupeau, y adviértase que la alcoba era ancha como la palma de la mano. Y allí debían hacerlo todo, comer, dormir y lo demás. La cama de Naná ocupaba completamente el gabinete y la niña tenía que desnudarse en la alcoba de los padres, quienes dejaban la puerta abierta por las noches para que no se asfixiase.

Era tan pequeño aquello, que Gervasia se vió obligada á ceder casi todos sus muebles á los Poisson, al dejar la tienda, por no saber dónde meterlos. Con el lecho, la mesa y cuatro sillas quedó llena del todo la habitación. Y como traspasado de dolor su corazón, no Yse decidiera la planchadora á desprenderse de su cómoda, había ocupado la mitad del piso con aquel endemoniado mueble, que tapaba la mitad de la ventana; una de cuyas hojas se encontraba así condenada, quitando luz y alegría á la habitación. Y cuando Gervasia quería mirar al patio, como se había vuelto muy gruesa, no tenía espacio para apoyarse de codos y se inclinaba de costado y torciendo el cuello para ver.

Al principio, la planchadora se sentaba y lloraba. Parecíale muy duro eso de no poder moverse apenas; cuando se había visto siempre tan á sus anchas. Asfixiábase casi y permanecía asomada á la ventana horas enteras, comprimida entre la pared y la cómoda y adquiriendo torticolis. Sólo así podía respirar, y sin embargo el patio no le inspiraba más que tristes pensamientos.

Enfrente veía, de cara al sol, su ensueño de otro tiempo, aquella ventana del quinto piso donde á cada primavera las enredaderas arrollaban sus delgados tallos, enroscándose en una red de cuerdas. Su alcoba estaba en el sitio donde nunca daba el sol, y los tientos de reseda se secaban allí en ocho días. ¡Ah! no; la vida no presentaba buen aspecto; no era aquella lá existencia que había soñado. En vez de vivir entre flores en su vejez, se revolcaba entre cosas nada limpias. Cierta día, al asomarse, experimentó una extraña sensación creyendo verse allá abajo, en el vestibulo, junto á la portería, mirando hacia arriba, examinando la casa por vez primera, y este retroceso de trece años le dió como una punzada en el corazón.

El patio no había cambiado; las fachadas desnudas, apenas estaban más negras y más leprosas; de las cañerías oxidadas se exhalaba una hediondez; en las cuerdas de las ventanas secábanse ropa blanca y pañales de niño barnizados de cazcarria; abajo el empedrado continuaba hundido y sucio, con el polvillo de carbón del cerrajero y las virutas del carpintero, y en

nudas y también lo estaba su corazón; era aquello una mudanza completa, una voltereta en una sepultura. Y, sintiéndose demasiado fatigada, pensaba en que se repondría más adelante, si era posible.

A las diez, al desnudarse, Naná lloró y pateó. Quería acostarse en la cama de mamá Coupeau. En vano trató de infundirle miedo su madre; la niña era demasiado precoz y los muertos solo le causaban una gran curiosidad; y tal fué su empeño que, para calmarla, se concluyó por permitirle que se estirase en el sitio de mamá Coupeau. A la picarona gustábanle las camas grandes, donde podía extenderse y revolcarse. Y aquella noche durmió de lo lindo, con el dulce calor y las cosquillas del colchón de pluma.

X

La nueva habitación de los Coupeau se encontraba en el piso sexto, escalera B. Después de pasar por delante del cuarto de la señorita Remanjou, se tomaba el corredor, á mano izquierda. Al llegar aquí, era preciso torcer. La primera puerta que se encontraba luego era la de los Bijard. Casi enfrente de ésta, en un agujero sin ventilación, debajo de una escalerilla que subía hasta el tejado, se acostaba el tío Brú. Dos habitaciones más allá estaba el cuarto del tío Bazouge. Finalmente, al lado de éste ocupaban los Coupeau una alcoba y un gabinete con vistas al patio. Y después seguían otras dos habitaciones antes de llegar á la de los Lorilleux, en el fondo del corredor.

Una alcoba y un gabinete y nada más, constituían el actual albergue de los Coupeau, y adviértase que la alcoba era ancha como la palma de la mano. Y allí debían hacerlo todo, comer, dormir y lo demás. La cama de Naná ocupaba completamente el gabinete y la niña tenía que desnudarse en la alcoba de los padres, quienes dejaban la puerta abierta por las noches para que no se asfixiase.

Era tan pequeño aquello, que Gervasia se vió obligada á ceder casi todos sus muebles á los Poisson, al dejar la tienda, por no saber dónde meterlos. Con el lecho, la mesa y cuatro sillas quedó llena del todo la habitación. Y como traspasado de dolor su corazón, no Yse decidiera la planchadora á desprenderse de su cómoda, había ocupado la mitad del piso con aquel endemoniado mueble, que tapaba la mitad de la ventana; una de cuyas hojas se encontraba así condenada, quitando luz y alegría á la habitación. Y cuando Gervasia quería mirar al patio, como se había vuelto muy gruesa, no tenía espacio para apoyarse de codos y se inclinaba de costado y torciendo el cuello para ver.

Al principio, la planchadora se sentaba y lloraba. Parecíale muy duro eso de no poder moverse apenas; cuando se había visto siempre tan á sus anchas. Asfixiábase casi y permanecía asomada á la ventana horas enteras, comprimida entre la pared y la cómoda y adquiriendo torticolis. Sólo así podía respirar, y sin embargo el patio no le inspiraba más que tristes pensamientos.

Enfrente veía, de cara al sol, su ensueño de otro tiempo, aquella ventana del quinto piso donde á cada primavera las enredaderas arrollaban sus delgados tallos, enroscándose en una red de cuerdas. Su alcoba estaba en el sitio donde nunca daba el sol, y los tientos de reseda se secaban allí en ocho días. ¡Ah! no; la vida no presentaba buen aspecto; no era aquella la existencia que había soñado. En vez de vivir entre flores en su vejez, se revolcaba entre cosas nada limpias. Cierta día, al asomarse, experimentó una extraña sensación creyendo verse allá abajo, en el vestíbulo, junto á la portería, mirando hacia arriba, examinando la casa por vez primera, y este retroceso de trece años le dió como una punzada en el corazón.

El patio no había cambiado; las fachadas desnudas, apenas estaban más negras y más leprosas; de las cañerías oxidadas se exhalaba una hediondez; en las cuerdas de las ventanas secábanse ropa blanca y pañales de niño barnizados de cazcarria; abajo el empedrado continuaba hundido y sucio, con el polvillo de carbón del cerrajero y las virutas del carpintero, y en

el húmedo rincón de la fuente yacía un charco procedente de la tintorería, de hermoso color azul, azul tan claro, como el que vió en aquella época. Y ella, por el contrario, se encontraba muy cambiada y decaída. Ahora, ya no estaba allá abajo, mirando el cielo, contenta y animosa y ambicionando una bonita habitación; sino que se hallaba debajo del tejado, en el rincón de los piojosos, en el agujero más sucio, en el sitio donde nunca se recibía la visita de un rayo de sol. Y esto explicaba sus lágrimas; ¡en verdad, no podía estar muy contenta con su suerte!

Sin embargo, cuando se hubo acostumbrado al cambio, los principios de la nueva vida no se presentaron mal. El invierno daba sus últimas boqueadas y los cuatro sueldos sacados por los muebles que cediera á Virginia, habían facilitado la instalación. Después, al empezar el buen tiempo, tuvieron la fortuna de que Coupeau fuese contratado para trabajar fuera de París, en Etampes, donde pasó cerca de tres meses, sin emborracharse, curado momentaneamente de su vicio por los aires del campo.

Es admirable cuánto apagó la sed á los borrachos el abandonar los aires de París, en cuyas calles se respira positivamente el vapor del aguardiente y del vino. A su regreso, estaba el plomero fresco como una rosa y llevaba cuatrocientos francos, con los cuales pagaron los dos trimestres atrasados de la tienda de que habían salido fiadores los Poisson y otras menudas cuentas contraídas en el barrio, las más apremiantes.

Gervasia pudo pasar entonces por dos ó tres calles, por donde antes no podía asomar. Naturalmente, habíase puesto á planchar de nuevo á jornal con la señora Fauconnier, muy buena mujer con los que la adulaban, y que la volvió á admitir dándole hasta tres francos, como primera oficiala, en consideración á su antigua posición de maestra. De esta suerte parecía que la familia podría tirar adelante, y Gervasia llegó á esperar que con su trabajo y economía había de llegar un día en que pudiesen pagar todos sus atrasos y arreglarse un mediano pasar. Verdad es que estas ilusiones se las forjaba en el entusiasmo de la

gruesa cantidad ganada por su marido. Pero, á sangre fría, aceptaba el tiempo tal como era, diciendo que las cosas buenas duran poco.

Lo que mayores desazones les causó entonces á los Coupeau fué ver instalarse á los Poisson en su tienda. Si bien no eran demasiado envidiosos por naturaleza, irritábales que las gentes se maravillasen intencionalmente ante ellos de los embellecimientos hechos por sus sucesores. Los Boche, y sobre todo los Lorilleux, eran inagotables en este asunto. A creerles, nunca se había visto una tienda más linda. Y recalando la frase sobre el estado de suciedad que los Poisson había encontrado en ella, referían que solamente la lejía para limpiarla les había costado treinta francos.

Virginia, después de algunas vacilaciones, se había decidido por el comercio de ultramarinos, pastillas, chocolate, café y té. Lantier le había aconsejado repetidamente este negocio, diciéndole que se podían ganar sumas enormes con la golosina. La tienda se pintó de negro, con filetes amarillos, dos colores sumamente elegantes. Tres carpinteros trabajaron durante ocho días para la instalación de cajones, escaparates y mostrador, con estantes para los bocales, como en las confiterías.

La pequeña herencia que Poisson tenía en reserva, hubo de sufrir un rudo ataque. Pero ¡qué importa! Virginia triunfaba, y los Lorilleux, secundados por los porteros, no perdonaban á Gervasia la descripción de un estante, de un aparador, de un bocal, felices al ver cómo se demudaba su faz. Por más que una persona no sea envidiosa, no deja de rabiarse cuando los demás se calzan sus zapatos y la pisan con ellos.

Había, además, en el fondo, una cuestión de pantalones. Afirmábase que Lantier había dejado á Gervasia. Al barrio entero le parecía esto muy laudable, pues al fin y al cabo moralizaba un tanto la calle, y todo el mérito de esta separación correspondía á ese perillán de sombrerero, á quien las mujeres continuaban mirando siempre. Dábanse detalles, diciendo que había tenido que abofetear á la planchadora para quitársela de encima y librarse de su encarnizada persecución. Naturalmente, nadie decía la verdadera verdad:

los que habían podido saberla, la consideraban demasiado sencilla y muy poco interesante.

Decíase que, en efecto, Lantier había dejado á Gervasia, en el concepto de que ya no la tenía á su disposición día y noche; pero que, de seguro, cuando le daba el capricho, subía á verla al sexto piso, pues la señorita Remanjou le encontraba saliendo de casa de los Coupeau á horas intempestivas. En una palabra, las relaciones continuaban; de un modo ó de otro, á empujones, sin que ninguno de los dos tuviese en ello el menor placer; un resto de costumbre, complacencias recíprocas, y nada más.

Esto sí; lo que complicaba la situación era que el barrio entero metía á Lantier y á Virginia en el mismo par de sábanas, en lo cual se obraba muy de ligero. No cabe duda de que el sombrerero requerebraba á la morena; y así era de presumir, supuesto que la morena reemplazaba á Gervasia en todo y por todo, en la habitación. Con respecto á ello corría una anécdota; decíase que una noche había ido Lantier á buscar á Gervasia en la cama del vecino y que se había llevado á Virginia, teniéndola consigo sin reconocerla antes del amanecer, á causa de la obscuridad.

Si bien el cuento daba que reír, las cosas no estaban realmente tan adelantadas; apenas si se permitía pellizcarla las caderas. No por eso los Lorilleux dejaban de hablar, delante de la planchadora, de los amores de Lantier y de la señora Poisson, con enternecimiento, esperando infundirle celos. También los Boche declaraban que en su vida habían visto una pareja más bella. Y lo particular, en todo ello, era que la calle de la Goutte d'Or no llevaba á mal, al parecer, este nuevo matrimonio de tres. La moral, dura con Gervasia, mostrábase indulgente con Virginia. ¡Y quién sabe si esta plácida indulgencia de la calle no procedía de que el marido era municipal!

Por fortuna, los celos no atormentaban á Gervasia. Las infidelidades de Lantier la dejaban muy tranquila, por cuanto, desde hacía largo tiempo, su corazón no tomaba parte alguna en sus relaciones. Habían llegado á sus olvidos, sin pretender enterarse, historias muy serias, relaciones del sombrerero con toda clase de

mujeres, hasta con las más despreciables callejeras, y todo ello le causaba tan poco efecto, que continuó siendo complaciente, sin sentir bastante cólera para reír definitivamente. A pesar de esto, no aceptó tan fácilmente el nuevo capricho de su amante.

Con Virginia era harina de otro costal. Esta y el sombrerero habíanse enredado con el único objeto de mortificarla, y si bien le tenía muy sin cuidado la «bagatela» (1), no quería que le faltase á la consideración. Así, pues, cuando la señora Lorilleux ó alguna otra mala pécora decía en su presencia que Poisson no podía ya pasar por la Puerta de Saint-Denis (2); se ponía muy pálida, sintiendo como si le arrancasen el pecho y le quemasen el estómago, y se mordía los labios, evitando enfadarse para no dar aquel gustazo á sus enemigos. Sin embargo, es de presumir que tendría una cuestión con Lantier, pues cierta tarde la señorita Remanjou creyó percibir el ruido de un bofetón; por lo demás, no puede dudarse de que estuvieron algún tiempo reñidos, por cuanto Lantier no le habló en quince días, pasados los cuales cedió el primero, y el arreglito volvió á empezar, como si nada hubiese ocurrido.

La planchadora prefería resignarse, retrocediendo ante la idea de una agarrada de moños y deseando no empeorar más su existencia. ¡Ah! ya no tenía veinte años, ni amaba á los hombres hasta el punto de distribuir zurras y de arriesgar su trasero! Lo único que hacía era sumar esto con todo lo demás.

Coupeau se burlaba. Este marido complaciente, que no había querido ver su deshonra propia, refése á más no poder del par de cuernos de Poisson. En su casa, esto nada importaba; pero en la casa ajena pareciale muy chusco y se daba mil desazones para escuchar los incidentes de esta índole, cuando las muje-

(1) Unión carnal.

(2) Pasar por el arco de la Puerta Saint Denis. Hipérbola vulgar, alusión al metafórico adorno de la testa de los *minotaurisapos*, cuyas dimensiones se suponen tales que les impiden pasear, sin doblar la cerviz, por el arco monumental del boulevard de San Dionisio.

res de sus vecinos iban á contemplar las hojas al revés. ¡Qué Juan Lanas el tal Poisson! ¡y un ente así ceñía espada y se permitía codearse con las gentes en las aceras!

Después llevaba su cinismo hasta el extremo de dar bromas á Gervasia por el abandono de su amante, añadiendo que era poco afortunada, pues la primera vez los herreros no habían tenido éxito, y la segunda la dejaban plantada los sombrereros; pero ella sola tenía la culpa dedicándose á oficios poco formales; ¿por qué no tomaba un albañil, un hombre de arraigo, habituado á amasar diestramente su argamasa?

Verdad es que estas cosas las decía en broma, pero no por ello dejaba de perder el color Gervasia, pues la miraba fijamente con sus ojillos grises, como si quisiese meterle las palabras con una barrena. Cuando el plomero abordaba el capítulo de las suciedades, nunca sabía ella si hablaba de broma ó de veras. Un hombre que se emborracha desde que principia el año hasta que se acaba, no es dueño de su cabeza, y maridos hay muy celosos á los veinte años que se vuelven muy complacientes á los treinta, gracias á la bebida, en lo tocante á la fidelidad conyugal.

Eran de ver las bravatas de Coupeau en la calle de la Goutte d'Or. Llamaba cornudo á Poisson, y así tapaba la boca á las chismosas. Ya no era el cornudo de él. ¡Oh! y sabía lo que sabía. Si en otros tiempos se había hecho el desentendido, era al parecer, porque no le agradaban las camorras. Cada cual sabe lo que le pasa en su hogar y se rasca donde le pica, y como á él no le picaba, no había de rascarse para darles gusto á los demás. En cuanto al municipal, si ignoraba la cosa no dejaba de ser cierta en la actualidad; y no eran simples hablillas, no, pues el barrio había visto juntos á los dos amantes.

Dicho esto, el plomero se enojaba, no acertando á comprender cómo un hombre, un funcionario del gobierno, podía sufrir semejante escándalo en su casa. ¡Quizá al municipal le agradaban las sobras de los demás! Empero esto no le impedía á Coupeau (las noches que se aburría de estar á solas con su mujer

en su cuchitril) bajar en busca de Lantier y hacer que subiese á la fuerza.

Encontraba triste su albergue desde que faltaba su camarada; y si veía frío al sombrerero con Gervasia, les obligaba á hacer las paces. ¡Rayos de Dios! al mundo se le manda á paseo, y cada uno se divierte como mejor lo entiende. Y se sonreía, brillando ideas expansivas en sus ojos vacilantes de borracho, necesidades de compartirlo todo con el sombrerero para embellecer la vida. En semejantes noches, precisamente, era cuando ignoraba Gervasia si su marido hablaba de burlas ó de veras.

Lantier escuchaba toda esa charla con aire de importancia, mostrándose paternal y digno. Por tres veces había impedido que se disputaran los Coupeau y los Poisson. La buena armonía de los dos matrimonios entraba en su programa. Gracias á las miradas tiernas y severas con que vigilaba á Gervasia y á Virginia, las tenía dominadas; y se fingían una á otra la mayor amistad. Y él, reinando sobre la rubia y sobre la morena, con una tranquilidad de baja, engordaba con su poca vergüenza.

El tal perro dogo aún digería á los Coupeau, cuando ya se comía á los Poisson. ¡Oh! eso no le era difícil; devorada una tienda, empezaba con la segunda. ¡Que sólo tengan suerte los hombres de tal calaña!

En junio de aquel año hizo Naná su primera comunión. Estaba para cumplir sus trece; era alta y delgada como un espárrago, y descarada como ella sola.

El año anterior la habían despedido de la doctrina por su mala conducta, y si á la sazón la admitía el cura, era por temor á que no volviese y por no dejar en la calle una atea más. Saltaba de gozo Naná, pensando en el vestido blanco que los Lorilleux, sus padrinos, le habían prometido, y de cuyo regalo hablaban á toda la vecindad. La señora Lerat había ofrecido el velo y la gorra.

Virginia, el limosnero, y Lantier el libro de rezos; por manera que los Coupeau esperaban la ceremonia sin la menor inquietud. Hasta los Poisson, que querían hacer las paces, eligieron precisamente esta ocasión;

sin duda por consejo del sombrerero, invitando á los Coupeau y á los Boche, cuya hija hacía también su primera comunión, á una cena en su casa: un guisado y cualquier otra friolera.

Precisamente la víspera, mientras Naná estaba contemplando con admiración los regalos extendidos sobre la cómoda, llegó Coupeau en un estado abominable. Los aires de París volvían á atacarle. Y empezó á insultar á su mujer y á su hija, con frases de borracho y palabras asquerosas, muy fuera de lugar en aquella ocasión. Por su parte, Naná iba adquiriendo, de día en día, el más pésimo lenguaje en aquella atmósfera de conversaciones sucias que oía continuamente. Los días de camorra no tenía el menor reparo en llamar á su madre «camello» y «vacas».

—¿Y mi pan?—gritaba el plomero.—¡Quiero mi sopa, haraganas!... ¡vaya un par de hembras con sus trapotes!... ¡si no me dais mi sopa, voy á sentarme sobre esas baratijas!

—¡Qué latoso cuándo está chispo!—murmuró Gervasia, impacientada.

Y volviéndose hacia él, añadió:

—¡Se está calentando; no nos fastidies!

Naná se hacía la modesta, pues le parecía más decente aparecer así en tal día, y continuaba contemplando los regalos colocados encima de la cómoda, afectando bajar los ojos y no comprender las feas palabrotas de su padre. Pero el plomero estaba muy cargante las noches de turca, y casi se le echó encima para hablarle:

—¡Ya te daré yo vestidos blancos, ya! ¿los quieres, sin duda, para ponerte tetas en el corsé, con bolas de papel, como el domingo pasado? ¡Sí, sí, espera un poco! ¡ya veo que empiezas á saber menear el traserito! ¿con que te gusta vestir bien? ¿se te sube ya ese humillo á la cabeza? ¡Eal! ¡lárgate de ahí, mala sabandija! ¡Quita de enmedio esos trapos, mételes en un cajón ó te lavo con ellos la cara!

Naná, con la cabeza baja, seguía sin contestar, y cogiendo la gorrita de encajes, preguntaba á su madre cuánto costaba aquello. Y como Coupeau alargase la mano para quitársela, rechazóla Gervasia, gritando:

—¡Vaya, deja en paz á la niña! es buena y no hace daño á nadie.

Entonces el plomero vomitó cuanto le quedaba en el saco:

—¡Malditas putas! ¡buen par se juntan la madre y la hija! ¡Lindo está ir á comerse á Dios haciendo guños á los hombres!... ¡Atrévete á negarlo, marrana!... Voy á vestirme con un saco de arpillera y veremos si te rascarás la piel. ¡Sí, con un saco, para que os dé asco á ti y á tus curas! ¿necesito yo, acaso que te hagan viciosa? ¡Voto á...! ¿Oís lo que digo, marranas?

De repente Naná, enfurecida, se irguió, mientras Gervasia tendía los brazos para proteger los regalos que Coupeau amenazaba hacer pedazos. Y después de mirar un instante fijamente á su padre, le dijo, rechinando los dientes:

—¡Cochino!

En cuanto el plomero hubo comido su sopa, púsose á roncar, y á la mañana siguiente se levantó muy afable. De la curda de la víspera quedábale lo precisamente necesario para ser afectuoso, y asistió al tocado de la niña, enternecido por el vestido blanco, diciendo que el menor guiñapo daba á aquella lagartija aires de una señorita, y que un padre, en semejante ocasión, debía estar orgulloso de su hija.

Y era de ver el «chic» (1) de Naná, con sus sonrisas pudorosas de desposada y su vestido demasiado corto.

Cuando bajaron y vió en el dintel de la portería á Paulina, vestida del mismo modo, detúvose, la envolvió en una mirada penetrante y después se mostró muy amable con ella, encontrándola peor vestida y como empaquetada.

Ambas familias partieron juntas hacia la iglesia; Naná y Paulina abrían la marcha, con el libro de oraciones en la mano y sujetando sus velos agitados por el viento, sin hablar, estallando de gozo al ver salir á

(1) Esta voz tiene cinco acepciones principales: *Distinción*.—*Elegancia en el traje ó en los muebles*.—*Sello artístico, originalidad*.—*Facultad trivial que no revela el menor estudio*.—*Mal género*. (N. del T. tomada de Larchoy.)

las gentes de las tiendas y haciendo muecas de devoción cuando oían decir á su paso que eran muy lindas.

Las señoras Boche y Lorilleux se retrasaban adrede para comunicarse sus reflexiones tocante á la Banbán (1), una tragona, decían, cuya hija no hubiera podido comulgar si sus parientes no se lo hubiesen regalado todo, sí, todo, hasta una camisa nueva, por respeto á la santa misa.

La señora Lorilleux insistía especialmente sobre el vestido regalo suyo, echando pestes contra Naná y llamándola «marrana» cada vez que la niña recogía el polvo con la falda, aproximándose demasiado á las puertas de las tiendas.

En la iglesia, Coupeau estuvo llorando todo el rato; era una necesidad, pero no podía contenerse; le conmovía aquello de ver al cura extendiendo los brazos y á las niñas desfilando como unos ángeles con las manos cruzadas; y la música del órgano le resonaba en el vientre y el perfume del incienso le obligaba á aspirar fuertemente, como si le hubiesen arrimado un ramillete á las narices; en una palabra, todo lo veía de color azul, y el corazón se le oprimía.

Particularmente, hubo un cántico, una melodía suave, mientras las niñas comulgaban, que le pareció que se le deslizaba por el cuello, con un escalofrío á lo largo del espinazo.

Por lo demás, en torno suyo, las personas sensibles bañaban en llanto sus pañuelos. Verdaderamente aquel era un gran día, el día más hermoso de la vida.

Pero, eso sí, cuando al salir de la iglesia se fueron á echar una copa con Lorilleux, que había permanecido con los ojos secos y que se burlaba de él, enojóse el plomero, acusando á los curas de quemar en las iglesias unas endiabladas hierbas para ablandar á los hombres, añadiendo que, al fin y al cabo, no ocultaba su debilidad, y que, si había llorado, esto probaba sencillamente que no tenía un canto en el pecho. Y mandó repartir otra ronda.

Por la noche la reconciliación fué muy alegre en casa de los Poisson, reinando en ella la amistad sin

(1) Banbán: Coja.

el menor rasguño, desde el principio al fin de la cena.

Cuando llegan los días malos no dejan de acompañarles algunas noches agradables, horas en que se aman las gentes que se detestan. Lantier, sentado entre Gervasia y Virginia, mostróse muy atento con las dos, prodigándoles ternezas de gallo que quiere mantener la paz en su gallinero.

Enfrente de ellos, Poisson conservaba su ensimismamiento tranquilo y severo de municipal, su hábito de no pensar en nada, entornados los ojos, en sus largos paseos por las aceras. Las reinas de la fiesta fueron las dos niñas, Naná y Paulina, á las que se permitió que continuasen con sus trajes; manteníanse ambas tiesas, por temor á manchar sus vestidos blancos, y á cada bocado gritábanles que levantasen la barba para tragar con limpieza.

Fastidiada al fin Naná, acabó por derramarse todo el vino en el corpiño, lo cual requirió que la desnudasen para lavarlo inmediatamente en un vaso de agua.

A los postres hablaron formalmente del porvenir de las niñas. La señora Boche había hecho ya su elección. Paulina entraría en un taller de caladoras de oro y plata, oficio que producía un jornal de cinco á seis francos. Gervasia aún no había decidido nada; Naná no demostraba más afición que la de tunantear; pero para todo lo demás tenía manos de manteca.

—Yo, en vuestro lugar—dijo la señora Lerat,—la dedicaría á florista. Es un oficio limpio y agradable.

—Todas las floristas—murmuró Lorilleux—son unas zorras.

—¿También yo lo soy?—repuso la viuda, mordiéndose los labios.—¡Vaya, qué galantería! Ya sabéis que no soy ninguna de esas perras que se tienden patas arriba cuando oyen silbar.

Aquí todos los presentes le rogaron que callase, clamando:

—¡Oh, señora Lerat! ¡señora Lerat!

Y con el rabillo del ojo le indicaban á las dos muchachas, quienes, para ocultar sus risas, metían las narices en el vaso. Por respeto á las formas, hasta los hombres habían ido escogiendo palabras convenientes. Empero la señora Lerat no aceptó la lección, decla-

rando que lo que acababa de decir lo había oído en las mejores reuniones.

Por lo demás, lisonjeábase de conocer perfectamente su lengua, lo cual á menudo le valía felicitaciones generales por su manera de hablar de todo, aun delante de los niños, sin nunca ofender á la decencia.

—¡Sabed que entre las floristas hay mujeres muy decentes!—gritaba.—Están hechas del mismo modo que las demás mujeres, y de seguro que no tienen piel en todas partes; pero saben contenerse y escogen con tino cuando han de cometer alguna falta... Y eso procede de las flores; ellas son las que me han protegido...

—¡Dios mío!—interrumpió Gervasia;—¡no creáis que las flores me repugnen! ¡Con tal que ese oficio le agrade á Naná!... A los niños no hay que contrariarlos en sus vocaciones... ¡Vaya, Naná! no te hagas la tonta y contesta: ¿te gustan las flores?

La muchacha, inclinada sobre su plato, recogía las migas del pastel con un dedo humedecido, que luego chupaba. Y sin darse prisa y con su risita de niña viciosa, acabó por declarar:

—Sí, mamá, me gustan.

Entonces quedó totalmente arreglada la cosa. Coupeau consintió en que la señora Lerat se llevase á la niña á su taller, calle del Caire, desde el día siguiente. Y la reunión comenzó á hablar gravemente de los deberes de la vida. Boche decía que Naná y Paulina eran ya mujeres, por el hecho de haber comulgado. Poisson añadía que desde entonces debían saber guisar, zurcir calcetines y gobernar una casa. Hasta se habló de su matrimonio y de los hijos que les nacerían. Las rapazas escuchaban y reían para sus adentros, restregándose una contra otra, henchido de gozo el corazón por ser ya mujeres y roja la faz por la opresión de sus vestidos blancos. Pero lo que más cosquillas les hizo fué la pregunta picaresca de Lantier de si no tenían novio. Y Naná acabó por confesar que quería mucho á Víctor Fauconnier, el hijo de la maestra de su madre.

—¡Bravo!—exclamó la señora Lorilleux delante de los Boche cuando se retiraban.—Nuestra abijada es; pero desde el momento en que la dedican á florista,

no queremos oír hablar más de ella. Será otra de tantas callejeras... ¡Antes de seis meses les dejará plantados!

Cuando subieron á acostarse convinieron los Coupeau en que todo había ido á pedir de boca y que los Poisson no eran malas gentes. A Gervasia hasta le pareció perfectamente arreglada la tienda. Había creído tener un mal rato pasando la velada en su antiguo establecimiento, donde ahora se repantigaban otros; y le causaba sorpresa no haber rabiado ni un segundo. Naná, al desnudarse, preguntó á su madre si el vestido de la señorita del segundo piso, que se había casado el mes anterior, era de muselina como el suyo.

Aquel fué, sin embargo, el único día venturoso de la familia. Transcurrieron después dos años durante los cuales fueron hundiéndose cada vez más. Los inviernos, sobre todo, les dejaba en seco.

Si en verano comían un bocado de pan, con la lluvia y el frío llegaban los ayunos, los paseos inútiles á la despensa, las comidas de conmemoración en la pequeña Siberia de su chiribitil. Ese maldito Diciembre se colaba en su habitación por debajo de la puerta, llevando consigo todas las plagas, la huelga de los talleres, las haraganerías aumentadas por los hielos, la miseria negra de los tiempos lluviosos.

El primer invierno todavía encendieron fuego algunas veces, apolotonándose en torno de la estufa, más ávidos de calor que de comida; pero el segundo ni siquiera se quitó el hollín á la estufa, la cual helaba todavía más la habitación con su aspecto lúgubre de mojón de hierro fundido. Y lo que más les dolía, lo que acababa con ellos, era tener que pagar los alquileres, ¡sobre todo el de enero! cuando no tenían ni un miserable rábano en casa y el tío Boche se presentaba con el recibo; ¡entonces sí que soplabá para ellos el frío, como una tempestad del Norte!

El señor Marescot llegaba el sábado siguiente, arrebuñado en su buen gabán y cubiertas sus manazas con guantes de lana, siempre que la palabra «expulsión» en la boca, mientras por de fuera caía copiosa nieve, como para prepararles un lecho en la acera, con blancas sábanas. Hasta sus propias carnes hubieran vendido para pagar el alquiler. Y el alquiler era lo que

dejaba vacía la estufa y la despensa. Por lo demás, la casa en peso se lamentaba. Los pisos todos formaban un concierto de lágrimas que se oía á lo largo de la escalera y de los corredores. Aunque cada familia hubiese tenido un muerto en su habitación, sus lamentos no hubieran producido un coro de organillos tan abominable. Era aquello una especie de juicio final, el fin de los fines, la vida imposible, el aplastamiento de la gente pobre.

Una vecina del piso tercero había sido llevada á la cárcel, ocho días de arresto! y un albañil del quinto piso había robado unos cuantos francos á su maestro para comprar pan!

Verdaderamente, los Coupeau no debían echar la culpa á nadie, sino á sí mismos. Por difícil, por dura que sea la existencia, puede salirse adelante con orden y economías; díganlo, sino, los Lorilleux, que entregaban con toda regularidad el importe de sus alquileres, envuelto en un pedazo de papel sucio; aunque éstos, á la verdad, llevaban una vida de arañas flacas, capaz de hacer odiar el trabajo. Naná no ganaba nada aún con las flores, y, por el contrario, gastaba bastante en su persona; Gervasia empezaba á ser mal vista ya en casa de la señora Fauconnier; de día en día iba perdiendo su habilidad y estropeaba el trabajo hasta el extremo de que su maestra le rebajó el salario á dos francos, jornal de principianta.

Y á pesar de ello, conservaba su orgullo y su susceptibilidad, sacando siempre á relucir su antigua posición de ama de casa. Faltaba días enteros al taller, abandonando á veces la tarea por cualquier capricho; y en una ocasión resistióse tanto su amor propio porque la señora Fauconnier tomó de oficiala á la señora Putois y se vió obligada á trabajar al lado de su antigua subordinada, que estuvo quince días sin parecer por el obrador. Después de tales arrebatos, se la volvía á admitir por caridad y esto la exasperaba más y más. Naturalmente, el salario de la semana no era muy crecido, y, como decía amargamente, ella iba á ser la que un sábado acabaría por pagar á su ama. En cuanto á Coupeau, trabajaba quizás; pero en tal caso debía regalar su trabajo al gobierno, pues Gervasia,

desde la contrata de Etampes, no había vuelto á ver el color de su dinero.

Los días de paga ni siquiera le miraba las manos cuando entraba con los brazos colgantes, los bolsillos vacíos y á veces hasta sin pañuelo, que tal vez había perdido ó alguno de sus camaradas se lo había quitado. Al principio daba cuentas, inventaba embustes, como por ejemplo: diez francos para una suscripción á favor de algún compañero inutilizado, veinte francos deslizados del bolsillo por un agujero (que enseñaba), cincuenta francos aplicados á la extinción de una deuda imaginaria. Después dejó de tomarse este trabajo.

El dinero se evaporaba ¿y qué? Si no lo tenía en el bolsillo, lo tenía en el vientre, nueva manera, nada graciosa, de llevarlo á su mujer. La planchadora, aconsejada por la señora Boche, iba algunas veces á acechar á su hombre á la salida del taller para atrapar el huevo recién puesto; pero de poco le servía su atalaya, pues los camaradas avisaban á Coupeau y el dinero se deslizaba en los zapatos ó en un portamonedas menos limpio todavía.

La señora Boche era muy lista respecto á tales tretas, por cuanto su marido le escamoteaba á veces monedas de diez francos, escondiéndolas para invitar á merendar á las amables señoras que conocía; y por esto registraba los más mínimos rincones de sus ropas, encontrando generalmente la moneda que faltaba, en la visera de la gorra, cosida entre la badana y la tela. ¡Ah! De seguro no entretelaba el plomero sus andrajos con oro, sino que se limitaba á ocultarlo debajo de la carne. Sin embargo, Gervasia no podía coger las tijeras y descoserle la piel del vientre.

Si, culpa era de la familia el resbalar cada vez más al fondo del abismo; pero estas son cosas que uno nunca se dice cuando se halla en el fango. Acusaban á su mala suerte y decían que Dios les tenía odio. A la sazón su casa era un verdadero suplicio. Pasábanse disputando el día entero. Sin embargo, aún no se pegaban; todo lo más que ocurría era alguno que otro bofetón escapado en el ardor de la disputa. Lo más triste era que, habiendo abierto la jaula al cariño,

todos los buenos sentimientos habían desaparecido, volando á guisa de canarios. El santo calor de los padres y de los hijos, que vivifica á las familias cuando permanecen unidas, estrechadas, huía de ellos, dejándoles tiritando á cada uno en su rincón.

Los tres, Coupeau, Gervasia y Naná, parecían otros tantos erizos, tragándose uno á otro con venenosa vista, por una sola palabra; diríase que allí se había quebrado alguna cosa, como el muelle real de la familia, el mecanismo, que en las gentes dichosas hace latir á compás los corazones.

¡Ah! Gervasia ya no se conmovía entonces como en otro tiempo, cuando veía á Coupeau en el borde de los aleros, á doce ó quince metros de altura; no le hubiera empujado por sí misma, pero si el plomero se hubiese caído naturalmente, ¡vaya! ese tumbó habría desembarazado la superficie de la tierra de un ente inútil.

Los días en que más violentas eran las disputas, lamentábase de que no lo trajesen descalabrado en una camilla. Esperaba este accidente como su mayor felicidad. En efecto, ¿para qué servía aquel borracho? para hacerla llorar, para comerse todo lo suyo, para inducirla al mal. ¡Pues bien! unos hombres tan perjudiciales debían ser arrojados al hoyo lo más pronto posible, para poder bailar encima de su tumba la polka de la libertad.

Y cuando la madre decía: ¡Mátate! la hija respondía: ¡Aplástate! Naná leía las desgracias en periódicos, con comentarios de hija desnaturalizada, diciendo que su padre tenía tan condenada suerte, que un ómnibus que le atropelló no consiguió ni aún quitarle la mano. ¿Cuándo—exclamaba,—cuándo reventará ese mal rocín?

En medio de esta existencia rabiosa por efecto de la miseria, Gervasia sufría, además, con las hambres que oía roncar en torno de ella. Aquel rincón de la casa era el rincón de los piojosos, donde tres ó cuatro familias, al parecer, se habían dado la consigna de no tener pan todos los días. Por más que se abriesen las puertas, raro era que dejasen exhalar olor de cocina.

A lo largo del corredor reinaba un silencio de muer-

te, y las paredes sonaban huecas, como vientres vacíos. De vez en cuando surgían clamoreos, lágrimas de mujeres, lamentos de pequeñuelos hambrientos, familias que se devoraban entre sí, para engañar á su estómago.

Vivíase allí en medio de un calambre general de gáznates que bostezaban por todas aquellas abiertas bocas; y los pechos se abuecaban con sólo respirar aquel aire, donde ni siquiera habían podido vivir los moscardones por falta de aliento.

Pero quien mayor lástima causaba á Gervasia era el tío Brú, metido en su agujero debajo de la escalera; donde se retiraba como una marmota, acurrucándose á manera de pelota, para sentir menos el frío y permaneciendo días enteros sin moverse, sobre un montón de paja. Ni siquiera le hacía abandonar aquel sitio el hambre, pues consideraba completamente inútil salir á aumentar el apetito, no habiéndole convidado alguien á comer fuera de casa.

Cuando pasaban tres ó cuatro días sin aparecer, los vecinos se asomaban á la puerta para enterarse de si había espichado ya. Pero ¡cál! aún estaba vivo; no mucho, sí un poquito; vivo de un enojo solamente ¡hasta la muerte se olvidaba de él! Gervasia, cuando tenía pan, le echaba unos mendrugos, pues si bien se volvía mala y detestaba á los hombres, á causa de su marido, no dejaba, en cambio, de compadecer sinceramente á los animales, y el tío Brú, ese pobre viejo á quien dejaban morir, porque ya no podía sostener una herramienta, era para ella como un perro, como un animal inservible, del cual ni aún los traperos querían comprar la piel, ni el sebo.

Oprimiale constantemente el corazón la idea de que el infeliz permanecía siempre allá, en el rincón del corredor, abandonado de Dios y de los hombres, alimentándose únicamente de su propia substancia, reduciéndose su talla á la de un niño, apergaminado y arrugado, como las naranjas, que se secan en las chimeneas.

También atormentaba mucho á la planchadora la vecindad del tío Bazouge, el sepulturero. Un simple tabique, muy delgado, separaba las dos habitaciones;

y éste no podía mover un dedo, sin que lo oyese aquella. Cuando por las noches regresaba el sepulturero, seguía Gervasia á pesar suyo todos sus movimientos; el sombrero de badana negra que sonaba sordamente al ser puesto sobre la cómoda, como una paletada de tierra, la capa negra que, al colgarse de un clavo, rozaba la pared con el ruido de las alas de un murciélago, y, por último, todo el traje negro, arrojado en medio del cuarto y llenándolo con el rumor de un desembalaje fúnebre.

Oíale pasear, inquietábale el menor de sus movimientos, estremeciéndose si tropezaba con un mueble ó hacía chocar su vajilla. Ese maldito borracho era su preocupación, y le causaba un vago temor, mezclado con deseos de enterarse. Y él, alegre, hecho una cuba todos los días y trastornada la cabeza los domingos, tosía, escupía, cantaba coplillas de «La tía Godichon», soltaba frases nada limpias y se golpeaba contra las cuatro paredes, antes de encontrar su cama.

Y Gervasia palidecía, preguntándose qué diablos estaría haciendo y ocurriéndosele ideas atroces, entré ellas la de que el sepulturero debía haber llevado un muerto consigo y lo introducía debajo de su lecho. Lo cual ¡á fe mía! nada tenía de imposible, pues los periódicos referían que un empleado de pompas fúnebres hacía colección en su casa de ataúdes con niños pequeños para evitarse el trabajo y la pena de llevarlos al cementerio. No hay duda; cuando el tío Bazouge entraba en su cuarto, olía á muerto á través del tabique, pareciendo como si una viviese enfrente del cementerio del «Père Lachaise», en pleno dominio de los topos.

Era verdaderamente horrible aquel animal, riéndose continuamente á solas, como si su profesión le alegrase el ánimo; y hasta, cuando había puesto fin á su aquelarre y se tumbaba en la cama, tenía una manera de roncar tan extraordinaria, que cortaba la respiración á la planchadora, la cual, durante horas enteras, permanecía con el oído alerta, creyendo que desfilarían entierros en el cuarto del vecino.

Sí, lo peor del caso era que Gervasia, en sus terrores, se sentía atraída hasta pegar el oído á la pared,

para enterarse mejor. Bazouge le causaba el efecto que los buenos mozos producen en las mujeres honradas; quisieran catarlos, mas no se atreven, retenidas por la decencia. ¡Pues bien! si el miedo no la hubiese retenido, Gervasia hubiera querido catar la muerte para ver cómo estaba constituida. Y en ciertos momentos poníase tan fuera de sí, suspendido el aliento, atenta; esperando la clave del enigma en un movimiento del tío Bazouge, que Coupeau, chuleándose, le preguntaba si tenía un capricho por el enterrador de al lado.

Enojábase ella y hablaba de mudarse de casa por lo mucho que le repugnaba aquella vecindad; y, sin embargo, á pesar suyo, en cuanto volvía el viejo con su olor de cementerio, caía Gervasia de nuevo en sus reflexiones, brillando en su rostro el aire excitado y temeroso de una esposa que sueña en faltar á sus deberes conyugales.

¡No se había ofrecido por dos veces á encajonarla; á llevarla consigo á cierto sitio, á un lecho donde el goce de dormir es tan intenso, que se olvidan de repente todas las miserias? Tal vez era aquello cosa muy buena.

Paulatinamente, iba entrando en mayores comezones de catarlo; de buena gana lo hubiera ensayado por quince días ó un mes. ¡Ah! ¡dormir un mes, sobre todo en invierno, en enero, el mes del alquiler, cuando le reventaban los disgustos de la vida! ¡Lástima que no fuese posible y que no hubiese más remedio que dormir ya siempre este sueño, si se empezaba por una hora! Y este pensamiento la helaba y desaparecía su capricho por la muerte, ante la eterna y severa amistad que la tierra exigía.

Sin embargo, una noche de invierno, golpeó con ambos puños en el tabique.

Había pasado una semana atroz, atropellada por todo el mundo, sin un sueldo y agotado el valor. Aquella noche se sentía mal, tiritaba de fiebre y le parecía ver un sin fin de llamas danzando ante sus ojos. Y entonces, en lugar de arrojarle por la ventana, como estuvo un momento á pique de efectuar, púsose á dar golpes y á gritar:

—¡Tío Bazouge! ¡tío Bazouge!

El enterrador estaba quitándose los zapatos y cantaba: «Eranse tres lindas niñas». La tarea debía haber sido grande aquel día, porque parecía más conmovido que de costumbre.

—¡Tío Bazouge! ¡tío Bazouge!—gritó de nuevo Gervasia, alzando la voz.

¿Qué no la oía? La planchadora estaba dispuesta á entregarse en seguida; y podía echársela á la espalda y llevarla á donde conducía á las demás mujeres, pobres y ricas, á quienes consolaba! Su canción: «Eranse tres lindas niñas», la hacía sufrir mucho, porque descubría en ella el desdén del hombre que tiene demasiadas queridas.

—¿Qué hay? ¿qué ocurre?—tartamudeó el tío Bazouge, —¿quién se encuentra mal?... ¡Allá voy, madre-cita!

Empero al oír esta voz enronquecida, volvió en sí Gervasia, como de una pesadilla. ¿Qué es lo que había hecho? ¡seguramente había golpeado el tabique! Y entonces sintió como si le diesen un palo en los riñones; el miedo contrajo sus nalgas; y se hizo atrás, como si viese pasar las manazas del sepulturero á través del tabique para agarrarla del moño. ¡No, no; no la quería! ¡aún no estaba preparada! Si había golpeado, debió ser con el codo, al volverse del otro lado, inadvertidamente. Y le subía una horripilación desde las rodillas á los hombros, á la idea de verse arrastrar en brazos del viejo, completamente rígida y con la cara blanca como un plato.

—¿Qué es eso? ¿nadie contesta?—repuso el tío Bazouge en medio del silencio.—¡Esperad, al momento voy; soy muy complaciente con las damas!

—Nada, no es nada—pudo decir por fin la planchadora, con estrangulada voz;—no necesito nada; muchas gracias!

Mientras el sepulturero recobraba su sueño gruñendo, permaneció Gervasia ansiosa, escuchándole, no atreviéndose á hacer un movimiento, temiendo que el enterrador creyese que le llamaban de nuevo y jurándose no obrar tan de ligero en lo sucesivo, y que, aun cuando estuviese en la agonía, no le pediría socorro al vecino. Y esto lo decía para tranquilizarse, pues en cier-

tas horas, á pesar de su miedo, conservaba todavía su espantoso capricho.

En su rincón de miseria, entre sus penas y las de los demás, encontraba, sin embargo, la planchadora un admirable ejemplo de valor de casa de los Bijard.

La pequeña Lalia, aquella niña de ocho años, gruesa como dos sueldos de manteca, cuidaba la casa con una discreción de persona mayor; y á fe que era ruda la tarea; pues tenía á su cargo dos hermanitos, Julio y Enriqueta, dos criaturas de tres y cinco años, á las cuales había de cuidar todo el día, aun mientras barría y fregaba los platos.

Desde que el tío Bijard había dado muerte á su mujer de una patada en el vientre, convirtiérase Lalia en la madre-cita de toda la familia.

Sin decir palabra, espontáneamente, ocupaba el lugar de la difunta, de tal modo, que el bruto de su padre, para completar sin duda la semejanza, golpeaba ahora á la hija como antes había golpeado á la madre.

Cuando regresaba borracho, necesitaba matar mujeres. Ni siquiera hacía caso de la pequeña, que era Lalia, y seguramente no hubiera golpeado más fuerte á la más mala pelleja.

De un bofetón cubría toda su cara, y era aún tan delicada la carne de la niña, que los cinco dedos quedaban señalados por espacio de dos días. Eran tundas indignas, pataleos infames por un «sí» ó por un «no»; en una palabra: un lobo rabioso cayendo sobre una pobre gatita tímida y cariñosa, flaca hasta hacer llorar y que recibía aquello con sus hermosos ojos resignados y sin quejarse. ¡No! ¡Lalia nunca se rebelaba! Limitábase á bajar un poco la cabeza para proteger su rostro y retenía sus gritos para no escandalizar la casa.

Después, cuando su padre se cansaba de llevarla por los cuatro rincones de la habitación á zapatazos, esperaba la niña un rato para recuperar sus fuerzas y se ponía de nuevo á trabajar, lavando á sus hermanitos, haciendo la sopa y no dejando un átomo de polvo en los muebles. El ser golpeada formaba parte de sus tareas cotidianas.

Gervasia había tomado mucho cariño á su vecinita y la trataba como á igual, como á mujer de edad y conocedora ya de la vida. Hay que advertir que Lalia tenía un aspecto pálido y grave, con una expresión de persona entrada en años. Al oirla hablar, se le podían treinta.

Sabía comprar perfectamente, remendar la ropa, dirigir la casa y hablaba de los niños como si hubiese parido ya dos ó tres.

Las gentes, cuando la oían explicarse de esta suerte, á los ocho años, empezaban por sonreirse; mas después se les constreñía la garganta y era cosa de marcharse para no llorar.

Gervasia la retenía en su compañía el mayor tiempo posible, dándole todo cuanto podía de comer y ropas usadas; y un día, al probarle un viejo traje de Naná, se quedó casi sin aliento al ver que la pobrecita tenía amoratado el espinazo, el codo desollado y manando sangre aún y todas sus carnes de inocente martirizadas y pegadas á los huesos. ¡Ay! ¡ya podía preparar la caja el tío Bazouge, pues á aquel paso no duraría mucho la pobre niña! Pero ésta suplicó á la planchadora que no dijese nada, pues no quería que molestasen á su padre por su causa; y hasta lo defendía, asegurando que no hubiera sido tan malo si no hubiese bebido; que estaba loco, que no sabía lo que se hacía y que le perdonaba porque á los locos se les debe perdonar todo.

Desde aquel día, Gervasia vigilaba y trataba de intervenir en cuanto oía subir por la escalera al tío Bijard; pero, generalmente, sólo lograba alcanzar algún pescocón por su parte. De día, cuando entraba, hallaba á menudo á Lalia atada á los pies de la cama de hierro; su indigno padre, antes de salir, le había sujetado las piernas y el vientre con una gruesa cuerda, sin que se pudiese saber con qué objeto; capricho de cerebro trastornado por la bebida, con el propósito, sin duda, de tiranizar á la niña, aún en sus ausencias. Lalia, rígida como estaca y con hormigueos en las piernas, permanecía atada así días enteros y así estuvo toda una santa noche, en que Bijard se olvidó de volver á su casa.

Cuando Gervasia, indignada, hablaba de desatarla, suplicábale la niña que no moviese ni una cuerda; porque su padre se ponía furioso si no encontraba los nudos como él los había hecho, añadiendo que, en realidad, no se encontraba tan mal, y que así descansaba. Y estas cosas las decía sonriendo y con sus pequeñas piernas de querubín hinchadas y como muertas.

Lo que más le apesadumbraba era que, estando atada á la cama y viendo el desarreglo de la casa, no podía llevar á cabo sus domésticas tareas. ¡Bien podía haber inventado su padre otro castigo! Sin embargo, no dejaba de vigilar á los niños, se hacía obedecer y llamaba á su lado á Enriqueta y á Julio, para sonarles las narices.

Como tenía libres las manos, hacía calceta para no perder completamente su tiempo. Y sus sufrimientos se aumentaban, sobre todo cuando el tío Bijard la desataba; arrastrábase entonces la pobre mártir más de un cuarto de hora por el suelo, no pudiendo tenerse en pie por falta de circulación de la sangre...

El cerrajero había ideado también otro juegucito. Ponía á calentar monedas de cobre en la estufa hasta enrojecerlas, y después las dejaba en un ángulo de la chimenea. Y en seguida llamaba á Lalia; mandándole que fuese á comprar dos libras de pan.

La niña, sin la menor desconfianza, tomaba las monedas, lanzaba un grito y las soltaba, sacudiendo su manecita quemada. Entonces el verdugo se ponía furioso. ¿Qué diablos tenía aquella mocosa que tiraba al suelo el dinero? Y la amenazaba con arrancarle la piel del culo si no recogía las monedas al momento.

Cuando la niña vacilaba, recibía una primera advertencia, un bofetón tan fuerte, que le hacía ver treinta y seis estrellas; y muda, con dos gruesas lágrimas en el borde de los párpados, recogía las monedas y se iba, haciéndolas saltar en el hueco de la mano para enfriarlas.

¡No! ¡Jamás se sospecharán las ideas de ferocidad que pueden germinar en el fondo de un cerebro de borracho! Una tarde, por ejemplo, después de haberlo arreglado todo, jugaba Lalia con sus hijitos. La ven-

lana estaba abierta, había una corriente de aire, y el viento, engolfado en el corredor, empujaba la puerta por ligeras sacudidas.

—Es el señor Atrevido (1)—decía la niña;—entrad, señor Atrevido, tomaos el trabajo de entrar.

Y hacía reverencias ante la puerta, saludando al viento. Detrás de ella, Enriqueta y Julio saludaron también, entusiasmados con este juego, y retorciéndose de risa, como si les hiciesen cosquillas. Lalia, sonrosada de alegría al verles disfrutar de tan buenas ganas, tomaba también parte en la diversión, cosa que le sucedía el día treinta y seis de cada mes.

—Buenas tardes, señor Atrevido. ¿Cómo va de salud, señor Atrevido?

Pero una mano brutal empujó la puerta, dando paso al tío Bijard. Entonces la escena cambió de aspecto; Enriqueta y Julio cayeron de culo contra la pared, mientras Lalia, aterrada, se quedó en mitad de una cortesia. El cerrajero tenía un látigo de carretero, nuevecito, de largo mango de madera blanca, hecho de una tira de cuero terminada en una punta de delgado bramante. Colocó el látigo junto á la cama, sin dar su patada de costumbre á la niña, que se preparaba ya á recibirla presentando los riñones. Y el verdugo enseñaba sus negros dientes á través de una risita; venía muy alegre, muy borracho, entusiasmado su cerebro con la idea de pasar un buen rato.

—¡Hola!—exclamó;—¿esas tenemos, estropajo mal-dito? Desde abajo te he oído bailar... ¡eal! ¡acércate!... ¡más cerca, voto á!... y de frente; no necesito olerte el culo... ¿te toco por ventura para que tiembles como un pollo mojado?... ¡quitame los zapatos!

Lalia, espantada porque no recibía la granizada de costumbre, púsose finalmente pálida y le quitó los zapatos.

El cerrajero, que se había sentado en el borde de la cama, se tendió vestido, permaneciendo con los ojos abiertos para seguir todos los movimientos de la niña en el cuarto. La infeliz iba de acá para allá, atontada bajo aquellas miradas y sobrecogidos los miembros de

(1) El viento,

un temblor tal, que acabó por romper una taza. Entonces, sin moverse de la cama, agarró su padre el látigo y enseñándose lo dijo:

—Mira, borreguita, mira esto; es un regalo para ti... ¡Sí! para ti; me he gastado cincuenta sueldos más... ¡Con este juguete ya no me veré precisado á correr y será inútil que te guarezcas en los rincones! ¿quieres que ensayemos?... ¡an!... ¡conque rompes las tazas! ¡Ea, arriba! ¡danza, borreguita; y hazle cortesías al señor Atrevido!

Y sin siquiera incorporarse, tendido panza arriba y hundida la cabeza en la almohada, empezó á chasquear el látigo en todas direcciones, con el ruido de un postillón que arrea sus caballos. Después, bajando el brazo, pegó un latigazo á Lalia en medio del cuerpo; arrollándola y desarrollándola, como si fuese una peonza. La mártir cayó al suelo y quiso salvarse á gatas; pero su verdugo le dió otro latigazo y la hizo poner en pie.

—¡Hop! ¡hop!—vociferaba él;—¡es una carrera de borricas! ¡je! ¡je! ¡excelente idea para las mañanitas de invierno!... ¡podré dormir, no me constiparé y atraparé desde lejos á las borreguitas, sin desollarme los sabañones!... ¡en ese rincón, te cogí, putueta!... ¡y también en ese otro!... ¡y en ese otro también! ¡y si te escondes debajo de la cama, te daré con el mango!... ¡Hop! ¡hop!... ¡á galope!... ¡á galope!

Y aparecía en sus labios una ligera espuma y sus amarillos ojos se le salían de sus negras órbitas. Lalia, casi loca, aullando, saltaba por los cuatro rincones de la habitación, apelonándose en el suelo y arrimándose á las paredes; pero la delgada tralla del enorme látigo la alcanzaba por todas partes, chasqueando en sus oídos con estallidos de petardo y mordiéndole las carnes con largas quemaduras.

Era aquello como la danza de un animal á quien se enseñaban habilidades. ¡Y la pobre gatita valsaba, que no había más que ver! con los pies siempre en el aire, como las niñas que juegan á saltar la cuerda y gritan: «¡Caliente!» Ya no podía resollar, saltando maquinalmente como una pelota de goma, dejándose pegar, cegada, cansada de haber buscado un refugio. Y

el lobo de su padre triunfaba, llamándola mala pata, preguntándole si tenía bastante y si comprendía suficientemente que debía perder la esperanza de escaparse con aquel procedimiento.

De pronto, entró Gervasia, atraída por los aullidos de la niña, y ante semejante cuadro quedó presa de furiosa indignación.

—¡Ah, miserable!—exclamó.—¿Queréis dejarla, bandido? voy á delataros á la policía.

Gruñó Bijard como un animal al que se molesta y tartamudeó:

—¿Quién os mete donde no os llaman, Pata tuerca? ¡Ocupaos de vuestros asuntos! ¡vaya! ¡será menester que me ponga guantes para zurrarla!... ¡Lo que he hecho ha sido con el objeto de advertirla, como veis; para que sepa que tengo el brazo largo!

Y soltó un postrer latigazo, alcanzado á Lalia en la cara y cortándole el labio superior, del que comenzó á manar sangre. Gervasia agarró una silla y estaba ya para abalanzarse sobre el cerrajero; pero la niña tendió las manos hacia ella, con ademán suplicante, diciendo que aquello no valía nada, que ya se había acabado. Y mientras se limpiaba la sangre con la punta del delantal, imponía silencio á sus hermanitos, que lloraban á lágrima viva, como si también hubiesen recibido la granizada de latigazos.

Cuando Gervasia pensaba en Lalia, no se atrevía á quejarse de su suerte. Hubiera querido tener el valor de aquella niña de ocho años que soportaba ella sola tantos sufrimientos como todas las mujeres de la escalera reunidas. La había visto reducida por espacio de tres meses á pan seco, y no tanto como su hambre pedía, y tan delgada y tan débil, que tenía que apoyarse en las paredes para andar; y cuando alguna vez le había llevado, á escondidas, algunos restos de carne, sentía partirse el corazón, al vérselos tragar á pedacitos, llorando en silencio, pues su contraída garganta apenas permitía que pasasen los alimentos.

A pesar de ello, siempre era tierna y cariñosa, de un juicio superior á su edad y desempeñaba sus deberes de madrecita, hasta morir para esta misma maternidad, despertada demasiado precozmente en su de-

licada inocencia de niña. Así, pues, Gervasia tomaba ejemplo de sufrimiento y de perdón en esta angelical criatura, tratando aprender de ella á callar sus martirios. Lalia no daba más señales de ellos que su mirada muda, sus grandes ojos negros resignados, en cuyo fondo sólo se adivinaba una noche de agonía y de miseria; ¡nunca una palabra! ¡únicamente sus grandes ojos negros, ampliamente abiertos!

Y es que, en el hogar de los Coupeau, el vitriolo de la taberna comenzaba á ejercer también sus estragos; y la planchadora veía aproximarse el momento en que su marido tomaría el látigo, como Bijard, para hacerla bailar. Y esta desgracia que la amenazaba la hacía aún más sensible con lo de la niña. ¡Sí; Coupeau estaba muy malo! Ya había pasado el tiempo en que el aguardiente le daba colores; ya no podía pegarse palmadas en el estómago y jactarse diciendo que la bebida le engordaba, pues su mala gordura amarilla de los primeros años se había derretido; y volviase seco, de color plomizo, con los matices verdosos de un cadáver pudriéndose en un charco.

El apetito había desaparecido también. Poco á poco, tomóle asco al pan, y hasta llegó á repugnarle la carne. Aun cuando le sirviesen la comida mejor aderezada, su estómago se atascaba y sus dientes reblandecidos se negaban á mascar. Para sostenerse, érale menester su medio litro de aguardiente al día, era su ración, su comida y su bebida, el único alimento que podía digerir.

Por las mañanas, cuando saltaba de la cama, permanecía más de un cuarto de hora doblado por el espasmo, tosiendo y crujéndole los huesos, sosteniéndose la cabeza con las manos y escupiendo pituita, una cosa amarga como el acíbar, que le deshollinaba la garganta.

Como esta escena se renovaba cada día, ya podían de antemano prepararle la escupidera. Y no conseguía ponerse derecho hasta tomar su primer vaso de consuelo, verdadero remedio, cuyo fuego le cauterizaba las tripas; en el curso del día recobraba las fuerzas.

Al principio, había comenzado por sentir cosquillas y pinchazos en la piel de las manos y de los pies, y

bromeaba, diciendo que le hacían caricias y que sin duda su mujer le ponía entre las sábanas pelos de cepillo. Después, sus piernas se habían puesto pesadas y las cosquillas habían acabado por trocarse en calambres atroces que le pellizcaban las carnes como con tenazas, lo cual le pareció ya menos divertido.

Entonces ya no se reía, sino que se paraba de repente en la acera, aturdido, zumbándole los oídos y cegado por la visión de mil centellas. Todo le parecía amarillo, las casas bailaban y andaba él un rato tambaleándose y temiendo caerse. Otras veces, puesto de espaldas al sol, sentía un escalofrío como si un chorro de agua helada le bajase desde los hombros hasta el trasero. Pero lo que más le encoraba era un temblorcillo de las manos, de la derecha sobre todo, la cual debía haber cometido alguna fechoría, pues nunca cesaba de estremecerse. ¡Voto á! ¡por lo visto, había cesado ya de ser hombre y se convertía en vieja!

Y extendía furiosamente sus músculos, empuñaba su vaso y apostaba que lo mantendría inmóvil, como agarrado por una mano de mármol; pero el vaso, á pesar de su esfuerzo, bailaba un «chahut», saltando á derecha é izquierda, con un ligero temblor apresurado y regular. Entonces lo vaciaba de un trago, enfurecido y aullando que necesitaba beber unas cuantas docenas y que después se comprometía á sostener un tonel sin mover ni un dedo. Gervasia le aconsejaba al contrario, que no bebiese más si quería dejar de temblar. Y él se burlaba de sus consejos y bebía vaso tras vaso, repitiendo el experimento, enfureciéndose cada vez más y acusando á los omnibus que pasaban de que vertían el líquido.

Cierta noche de marzo, entró Coupeau en casa, calado hasta los huesos; venía con Mes-Bottes de Montmartre, donde se habían dado un atracón de sopa con anguila, cogiéndoles después un chaparrón, desde la barrera des Fourneaux hasta la barrera Poissonniere, un valiente paseño. Á media noche, vióse atacado de una condenada tos; estaba muy encendido, con una calentura de mil diablos, jadeando como un fuelle roto. Cuando el médico de los Boche le vió por la mañana y le auscultó en la espalda, meneó la cabeza, y lla-

mando á parte á Gervasia le aconsejó que llevase en seguida á su marido al hospital, pues tenía una pulmonía.

Y Gervasia no se entristeció, ni mucho menos, al oír esto. En otro tiempo, se hubiera dejado descuartizar antes que confiar su marido á los practicantes. Cuando la desgracia de la calle de la Nation, gastó sus ahorros para cuidarle. Pero estos bellos sentimientos desaparecen cuando los hombres caen en la crápula. ¡No! ¡no! ¡malditas las ganas que tenía de darse actualmente una tal desazón! Si se llevaban á su marido y no se lo volvían á traer, daría un millón de gracias.

Sin embargo, cuando llegó la camilla y cargaron con Coupeau como con un trasto, se puso muy pálida, mordiéndose los labios; y si por un lado refunfuñaba, mascullando que se lo tenía muy merecido, no hablaba con el corazón, y hubiera deseado tener, aunque no fuese más que diez francos en su cómoda, para no dejarle partir. Y le acompañó hasta el hospital «Lariboisière», contemplando cómo le acostaban los enfermeros al extremo de una extensa sala donde, alineados los enfermos y con caras de difuntos, se incorporaban y seguían con la vista al nuevo compañero que les llegaba; aquello ofrecía un aspecto de muerte, con un olor asfixiante de fiebre y una música de tísico, capaz de hacer arrojar los pulmones, sin contar con que la sala parecía un pequeño cementerio, ornado de camas muy blancas, una verdadera calle de sepulturas.

Después, viendo que continuaba aplomado sobre su almohada, se marchó la planchadora sin decir una palabra ni tener desgraciadamente en el bolsillo una sola moneda con qué aliviar su suerte. Ya en la calle, en frente del hospital, se paró, lanzando una ojeada al edificio.

Y pensaba en los venturosos días de otros tiempos, cuando Coupeau, encaramado en el borde de los canalones, colocaba en las alturas sus planchas de zinc, cantando al sol. Entonces no bebía y tenía un cutis de doncella. Y ella, desde su ventana del hotel Boncœur, le buscaba con la vista y le distinguía en mitad del cielo; y uno y otro agitaban sus pañuelos, enviándose

sonrisas por aquel telégrafo. ¡Sí; Coupeau había trabajado allá arriba, sin sospechar que trabajaba para él!

Ahora, ya no estaba sobre los tejados, como un gorrión alegre y retozón, sino debajo, donde se había construido un nido para reventar en él, con su encallecido cutis. ¡Dios mío! ¡Cuán lejano se le aparecía el tiempo de sus amores!

A los dos días, cuando Gervasia volvió al hospital para saber de él, encontró vacía la cama. Y una hermana de la caridad le dijo que había sido necesario trasladarle al asilo «Sainte Anne», porque el día anterior había empezado de repente á delirar, pero con ideas de estrellarse la cabeza contra la pared y aullidos que no dejaban dormir á los demás enfermos.

Esto procedía de la bebida, al parecer. La bebida, que fermentaba en su cuerpo, se había aprovechado, para atracarle y retorcerle los nervios, del instante en que la fluxión de pecho le tenía sin fuerzas y tendido de espaldas. La planchadora volvió á casa, trastornada. ¡Su marido, loco! Bonita iba á ser su vida, si le soltaban. Naná vociferaba que habían de dejarle en el hospital, porque, de lo contrario, acabaría por matarlas á las dos.

Gervasia no pudo ir á «Sainte-Anne» hasta el domingo, pues estaba tan lejos, que era un verdadero viaje. Por fortuna, el ómnibus de la línea del bulevar Rochechouart á la Glacière pasaba cerca del asilo. Apeóse la planchadora en la calle de la Santé y compró un par de naranjas para no entrar con las manos vacías.

Todavía otro edificio monumental, con patios grises, corredores interminables y un olor á medicinas rancias, que no inspiraba ciertamente la menor alegría. Pero su gran sorpresa fué cuando al entrar en una celda á donde la condujeron, vió á Coupeau casi despejado.

Precisamente estaba sentado en el trono, un sillito de madera muy limpio que no exhalaba el más ligero olor; y los dos se pusieron á reír, porque le encontraba funcionando, con el culo al aire. ¡Bah! ¡ya sabemos lo que es un enfermo! Y el plomero se erguía

allí, como un emperador, con su verbosidad de otros tiempos. ¡Oh! su salud mejoraba, sí; pues las tripas volvían á funcionar normalmente.

—¿Y la fluxión?—preguntó la planchadora.

—¡Enterrada!—respondió Coupeau.—Me la han sacado con la mano. Todavía toso un poco, pero ya no es más que el fin del deshollinamiento.

Después, al levantarse del trono para volverse á la cama, soltó un nuevo chiste:

—¡Valientes narices las tuyas, que no temen tomar un polvo! (1)

Y continuaron bromeando por el estilo. En el fondo, hallábanse alegres; y para demostrarse su contento uno á otro, sin pomposas frases, se chanceaban á duo de la caca. Menester es haber asistido á enfermos para conocer lo que se goza viéndoles ejercer de nuevo todas sus funciones.

Cuando ya estuvo acostado, dióle su mujer las dos naranjas, regalo que le causó enternecimiento. Iba recobrando su primitiva amabilidad desde que sólo bebía tisanas y no podía ya dejarse el corazón sobre los mostradores de los tabernuchos. Y Gervasia concluyó por atreverse á hablarle de su acceso de locura, sorprendida al oírle raciocinar como en sus mejores tiempos.

—¡Ah, sí!—dijo burlándose de sí mismo;—¡buena machaca he tenido!... ¡Figúrate que veía ratas y que corría á cuatro pies para ponerles un grano de sal debajo de la cola! Y tú me llamabas, porque unos hombres querían deshonorarte. En una palabra, toda especie de disparates, fantasmas de aparecidos en mitad del día... ¡Ah!... ¡me acuerdo perfectamente! ¡Aún tengo firme la cabeza!... Ahora, ya se acabó... Verdad es que al dormirme tengo algunas pesadillas; pero ¿quién no tiene pesadillas?

Gervasia permaneció á su lado hasta la noche. Y cuando el interno de guardia practicó la visita de las seis de la tarde, le hizo extender las manos, las cuales

(1) *Tomar un polvo*: Respirar un mal olor, oler emanaciones fétidas. (N. del T. tomada de Eigand.)

no temblaban casi, presentando sólo un leve estremecimiento en la punta de los dedos.

Sin embargo, á medida que iba oscureciendo, vióse atacado Coupeau de cierta inquietud. Por dos veces, incorporóse en la cama y miró al suelo, hacia los rincones oscuros de la habitación. De repente, alargó el brazo ó hizo como si aplastase un animal contra la pared.

—¿Qué es eso?—preguntó Gervasia azorada.

—Las ratas, las ratas!—murmuró Coupeau.

Y luego, al cabo de un corto silencio y medio dormido, forcejeó un momento, soltando frases entrecortadas.

—¡Voto á...! ¡me agujerean la piel!... ¡qué animales tan sucios!... ¡ten cuidado! ¡apriétate las faldas! ¡guárdate del marranazo que tienes detrás!... ¡Rayos y truenos!... ¡Ya cayó patas arriba!... ¡y aún se rien esos cochinos!... ¡cochinos!... ¡canallas!... ¡ladrones!...

Y daba manotazos al aire, tiraba de la manta y se la arrollaba al pecho, como para protegerlo contra las violencias de los hombres barbudos que creía ver. Acudió entonces un enfermero y Gervasia se retiró completamente helada por esta escena.

Empero cuando volvió á los pocos días, encontró á Coupeau completamente curado. Hasta sus pesadillas habían desaparecido y dormía sus diez horas sin moverse, de un tirón, con el sueño tranquilo de un niño. Por lo tanto, permitieron á Gervasia que se lo llevase no sin que al salir le hiciese el interno las recomendaciones de cajón aconsejándole que las tuviese muy presentes y las meditase, puesto que si volvía á entregarse á la bebida, recaería sin remedio y acabaría por dejar allí la piel.

Sí; la cosa dependía únicamente de él. Ya había visto lo amable y guapo que se había puesto, dejando de emborracharse. ¡Pues bien! ¡á continuar en casa la vida juiciosa de «Sainte-Anne» y pensar que permanecía encerrado y que los taberneros habían dejado de existir.

—Tiene razón el señor—dijo Gervasia en el ómnibus que los llevaba á la calle de la Goutte d'Or.

—Sin duda que la tiene—respondió Coupeau.

Y luego, después de reflexionar un momento, añadió:

—¡Vaya! una copita de vez en cuando no puede matar á un hombre y ayuda la digestión.

Y aquella misma noche se bebió una copita de aguardiente para hacer la digestión, y por espacio de ocho días se mostró, sin embargo, bastante comedido.

En el fondo era muy pusilánime, y maldita la gracia que le hacía acabar sus días en el manicomio de «Bicetre»; empero su pasión podía más que él; la primera copa le conducía, á pesar suyo, á una tercera, á una cuarta, y al fin de la quincena había vuelto á su ración acostumbrada; su cuartillo de refuerce tripas al día. Gervasia, exasperada, le hubiera dado de palos. ¡Decir que era tan bestia, que había soñado de nuevo en una vida honrada, cuando le viera con todo su juicio en el asilo! ¡Otra hora de alegría evaporada y de seguro la última! ¡Oh! ahora, puesto que nada podía corregirle, ni aun el miedo á la muerte próxima, juraba no darse ya ninguna desazón; ya podía irse la casa á todos los diablos, que lo que es á ella le importaba un comino; por su parte, ya procuraría darse todos los placeres que pudiese.

Entonces volvió á comenzar el infierno, una existencia cada vez más hundida en el fango, sin un átomo de esperanza en mejores tiempos. Naná, cuando su padre la abofeteaba, preguntaba á voz en grito por qué razón no se había quedado aquel haragán en el hospital, y añadía que esperaba ganar pronto algún dinero para pagarle aguardiente en abundancia, á fin de que reventase más aprisa.

Gervasia, por su parte, un día en que Coupeau se quejaba de su matrimonio, se enfureció. ¡Ah! ¡conque se había hecho recoger de la acera, cautivándole con sus aires de doncella! ¡por vida del! ¡no le faltaba aplomo para mentir! ¡á embuste por palabra! Ella era la que se opuso á casarse, pues no le amaba entonces; y mientras él se arrodillaba á sus pies para decidirla, le aconsejó que lo reflexionase. ¡Ah! si las cosas pudiesen hacerse dos veces ¡con qué ganas diría que no! ¡antes se dejaría cortar un brazo!

Sí, verdad es que ella había perdido su inocencia antes que él; pero en cambio una mujer que ha perdido

sū inocencia y es hácendosa, vale más que un haragán que mancha su honox y el de toda su familia en todas las tabernas.

Aquel día fué el primero en que hubo una soberbia paliza en casa de los Coupeau, y tan fuerte se cascaron, que un viejo paraguas y una escoba quedaron hechos añicos.

Y Gervasia cumplió su palabra, envileciéndose todavía más. Faltaba al taller más á menudo, se pasaba charlando los días enteros y se volvía blanda como un pañuelo para el trabajo. Si le caía algo de las manos, lo dejaba en el suelo, sin darse la pena de inclinarse para cogerlo. Las costillas le crecían en longitud. Cuidaba mucho de sus mantecas. Y no daba un escobazo hasta que tropezaba con las basuras.

Los Lorilleux, á la sazón, se tapaban las narices al pasar por delante de su puerta, diciendo que aquello era un pudridero; y vivían, como unos cazurros, en el fondo del corredor, parapetándose contra todas las miserias que piaban en aquel extremo de la casa y encerrándose para no verse en la precisión de prestar monedas de veinte sueldos. ¡Oh! ¡qué buenos corazones! ¡qué vecinos tan complacientes!

No había más que llamar á su cuarto y pedirles un ascua de lumbré, ó un puñado de sal, ó una botella de agua, para recibir en el acto un portazo en las narices. Y por remate unas lenguas de vibora.

Decían que no se ocupaban de nadie, cuando había necesidad de socorrer al prójimo; pero la verdad es que se ocupaban de todo el mundo, desde que amanecía hasta el anochecer, cuando se trataba de morder y murmurar. Corrido el cerrojo y tapadas las rendijas y el ojo de la cerradura con una manta, se regalaban á su sabor, sin dejar ni por un momento sus hilos de oro.

La ruina de la Banbán, especialmente, excitaba en ellos una satisfacción de todos los momentos. ¡Qué miseria, qué tumbo, hijitos míos! Acechaban cuando iba por provisiones y se burlaban del pedacito de pan que traía debajo del delantal. Calculaban los días que se pasaban sin comer. Sabían el espesor del polvo que había en su cuarto, el número de platos sucios y de,

jados en un rincón, cada uno de los abandonos crecientes de la miseria y de la pereza.

Y ¡qué me decís de sus vestiduras, harapos repugnantes que no recogería una trapería! ¡Dios de Dios! ¡no le iban poco mal los asuntos á esa mala zorra que tanto zarandeaba el trasero en otros tiempos, en su linda tienda azul! ¡ved ahí á dónde conduce la afición á vestir bien, á los buenos tragos y á las golosinas!

Gervasia, que sospechaba de qué modo la trataban; se quitaba los zapatos y pegaba el oído á la puerta de sus cuñados; pero la manta sofocaba sus voces. Solamente los sorprendió un día llamándola «tetazas», sin duda porque tenía el pecho muy abultado, á pesar del escaso alimento que, en vez de llenar su piel, se la dejaba vacía.

Por lo demás, aún cuando se los pasaba por el trasero, continuaba hablándoles, para evitar comentarios; y si bien no esperaba de esos sucios más que insultos, no tenía ya fuerzas para responder y soltarles unas cuantas desvergüenzas. Al fin y al cabo ¿qué deseaba? nada más sino que la dejasen á su gusto, sentada, dando vueltas á sus pulgares, moviéndose únicamente cuando se trataba de darse un buen rato y pare usted de contar.

Coupeau le había prometido llevarla un sábadó al Circo Ecuéstre. Valía la pena de molestarse para ver á las señoras galopando y saltando á través de aros de papel. Precisamente, Coupeau había cobrado una quincena y podía desprenderse de cuarenta sueldos. Figuraba, además, en su plan, comer fuera de casa los dos, pues Naná tenía que velar hasta muy tarde á causa de un pedido apremiante hecho á su maestra. Empero dieron las siete y no parecía Coupeau; dieron las ocho y tampoco. Gervasia estaba furiosa. De seguro que el borrachón de su marido estaba derrochando la quincena con sus camaradas en las tabernas del barrio.

La planchadora había lavado una cofia y venía descrismándose desde por la mañana en recoser los agujeros de un vestido viejo para estar presentable. Por último, á cosa de las nueve, con el estómago vacío,

pálida de coraje, decidióse á salir á la calle y buscar á Coupeau en los alrededores.

—¿Preguntáis por vuestro marido?—le gritó la señora Boche al verla tan demudada.—Pues está en casa del tío Colombe. Boche acaba de tomar unas guindas con él.

La planchadora dió las gracias y echó á andar rápida por la acera, acariciando la idea de sacar los ojos á Coupeau. Caía una lluvia menuda que hacía menos divertido el paseo. Pero, cuando llegó á la puerta de la taberna, el temor de que su marido la hiciese danzar sin querer, si le armaba camorra, la tranquilizó de repente y la armó de prudencia. La taberna estaba como ardiendo, con el gas encendido, con llamas blancas á manera de otros tantos soles, que reflejaban en las paredes los frascos y bodegas de diferentes colores.

Permaneció allí un instante, inclinado el espinazo, pegados los ojos á los cristales, entre dos botellas del aparador, atisbando á Coupeau en el fondo de la tienda, donde se hallaba sentado con sus compañeros, alrededor de una mesita de zinc, apareciendo confusamente y como azulados á través del humo de sus pipas.

Y como no se les oía hablar, causaba efecto extraño el verles gesticular inclinados adelante y con los ojos casi fuera de sus órbitas. ¡Era increíble que los hombres pudiesen abandonar á sus mujeres y sus casas para encerrarse así en un rincón donde se asfixiaban! Molestada Gervasia por la lluvia que le caía á lo largo del cuello, se enderezó y se dirigió al bulevar exterior, ensimismada, absorta en sus reflexiones, no atreviéndose á entrar por temor á que Coupeau la recibiese mal si le llamaba.

Además, no le parecía, en verdad, muy á propósito aquel sitio para una mujer honrada.

Sin embargo, al pasar por debajo de los árboles que goteaban, la acometió un escalofrío y pensaba, vacilando todavía, que se exponía á pillar una grave enfermedad.

Por dos veces volvió á pararse á la puerta de la taberna, pegando de nuevo sus ojos á los cristales, irritada al ver á cubierto á aquellos malditos borrachos, siempre gritando y bebiendo,

La viva luz de la taberna se reflejaba en los charcos de la calle, donde la lluvia sonaba como el hervir de varios pucheritos. Y cuando se abría la puerta alejábase Gervasia y chapoteaba en ellos hasta que volvía á cerrarse con el crujido de sus bandas de cobre.

Por último, tratándose de muy necia á sí misma, empujó la puerta y entró dirigiéndose á la mesa de Coupeau.

En resumidas cuentas, ¿no es cierto? á quién venía á buscar era á su marido, y estaba autorizada para ello, puesto que le había prometido llevarla aquella noche al Circo. ¡Tanto peor para él! Lo que es ella, malditas las ganas que tenía de disolverse como una pastilla de jabón, en la acera.

—¡Toma! ¿tú por acá, vieja mía?—gritó el plomero, que casi se ahogaba de risa... ¡cuidado que eres bromista! ¡sí! ¿verdad que es muy chusca mi costilla?

Todos reían, todos, Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade y Bec-Salé, alias Boit-sans-soif. Encontraban divertida la broma, sin acertar á explicársela. Gervasia permanecía en pie, algo aturdida; y pareciéndole que Coupeau estaba de buen temple, se atrevió á decir:

—Ya sabes á lo que he venido; vámonos. Si nos damos prisa, aún llegaremos á tiempo de ver algo.

—No puedo levantarme, estoy pegado al asiento y no es chanza—repuso Coupeau, sin dejar de reirse.—Prueba á levantarme, para que te convenzas; tira de mi brazo con todas tus fuerzas... ¡Voto á l...! ¡Más fuerte todavía!... ¡Eal... ¡arriba!... Ya ves, ese rocín de tío Colombe me ha clavado en su banquillo.

Gervasia se había prestado á esta broma y, cuando le soltó el brazo encontraron los camaradas tan divertido el lance, que se recostaron unos sobre otros, rebuznando y restregándose los hombros, como burros retozones. Y el plomero tenía la boca abierta por una risa tal, que se le veía todo el tragadero.

—¡Maldita bestia!—dijo por fin;—ya puedes sentarte un minuto. Mejor se está aquí que chapuzando en la calle... ¡Pues bien! no he ido á buscarte, porque tenía que hacer. Y por más que te enfurruñes, nada adelantarás... Hacedos atrás vosotros y dejadle sitio.

—Si la señora quisiese sentarse sobre mis rodillas, estaría más blanda—dijo con galantería Mes-Bottes.

Gervasia, para no dar qué decir, cogió una silla y se sentó á tres pasos de la mesa, mirando lo que habían aquellos hombres: una especie de desuella gargantas (1) que relucía como el oro en los vasos, del cual había una porción derramado sobre la mesa, donde Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, humedecía su dedo, al paso que hablaba, escribiendo un nombre de mujer: «Eulalia», en gruesas letras.

Encontró muy deteriorado á Bibi-la-Grillade y más delgado que un paquete de cien clavos. Mes-Bottes tenía una nariz floreciente, una verdadera dalia azul de Borgoña. Los cuatro estaban muy sucios, con sus barbas erizadas y meonas como escobillas de orinal y ostentando andrajos de blusas y manazas negras, con uñas de luto. Empero, á decir verdad, aún podía estarse en su compañía, pues si bien llevaban seis horas de beber, todavía se conservaban muy serenos y precisamente en aquel grado de embriaguez en que se presenta todo de color de rosa.

Gervasia vió á otros dos delante del mostrador, tan chispas ya, que vertían las copas debajo de sus barbas y empapaban sus camisas, creyendo echárselas al colete. El gordo tío Colombe extendía sus brazos enormes, que eran los conserva-el-orden de su establecimiento y servía tranquilamente las rondas.

Hacia un calor sofocante; el humo de las pipas subía hasta la deslumbradora llama del gas, girando en torno de ella como polvo y anegando á los consumidores en una leja cada vez más espesa; y de en medio de esta nube surgía una batahola ensordecedora y confusa, voces cascadas, choques de vasos, juramentos y puñetazos semejantes á detonaciones. Así, pues, Gervasia había tomado un aspecto de guarda cantón, por cuanto un espectáculo semejante nada tiene de agradable para una mujer, sobre todo no estando acostumbrada á él; y se asfixiaba, con los ojos enrojecidos y la cabeza atontada ya por el olor de alcohol que

(1) Desuella-gargantas: Aguardiente del más inferior. (N. del T. tomado de Rigaud.)

exhalaba toda la sala. Después, bruscamente, experimentó la sensación de un malestar más inquietante á sus espaldas, y al volverse, percibió el alambique, la máquina de emborrachar, que funcionaba debajo del cobertizo del angosto patio, con la trepidación profunda de su cocina del infierno.

Por la noche, las calderas aparecían más sombrías, alumbradas únicamente en su redondez por una ancha estrella roja; y la sombra del aparato, proyectada en la pared del fondo, dibujaba abominaciones, figuras con rabos, monstruos que abrían sus bocas como para tragarse á las personas.

—¡Oye tú, tía Melindres! ¡no te hagas la desdeniosa!—gritó Coupeau.—Ya sabes que los ataja-solaces tienen orden de irse á Chaillot!... (1) ¿Qué quieres tomar?

—Nada—contestó la planchadora.—No he comido todavía.

—Pues razón de más; un traguito da fuerzas.

Y viendo que aún continuaba con el ceño fruncido, intervino de nuevo con galantería Mes-Bottes, diciendo:

—A la señora deben gustarle las cosas dulces.

—Lo que á mí me gusta son los hombres que no se emborrachan—repuso ella entrando en cólera.—Sí; me gustan los hombres que llevan la paga á casa y los que, cuando prometen algo, lo cumplen.

—¡Ah! ¡eso es lo que te impacienta!—dijo el plomero, sin cesar de reirse.—¿Quieres que te den tu parte? Entonces, alma de cántaro, ¿por qué rehusas una copa? Tómala, pues, y eso te ganas.

Ella le miró fijamente, muy seria, surcada la frente por una arruga que incrustaba en ella como una raya negra. Y repuso con voz lenta:

—¡Calla! pues tienes razón, es una buena idea. Así nos beberemos juntos el dinero.

Bibi-la-Grillade se levantó para llevarle una copa de anisete. Y ella aproximó su silla á la mesa. Mientras paladeaba su copa, le asaltó de repente un recuerdo; aquella ciruela que había comido en otra época con Coupeau, cerca de la puerta, cuando el plomero la

(1) A paseo.

requeraba. En aquellos tiempos, dejaba en el fondo de la copa la salsa de los frutos en aguardiente ¡y ahora se dedicaba á los licores! ¡Ah! ¡Ya se conocía muy á fondo á sí misma! ¡ni siquiera tenía dos adarres de voluntad! Bastaría que le diesen una palmada en los riñones para zambullirla en la bebida.

Hasta le parecía ya cosa buena el anisete, aun cuando tal vez demasiado dulce y algo empalagoso, y chupaba su copa, oyendo contar á Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, sus relaciones con la gruesa Emilia, vendedora callejera de pescado, mujer sumamente maligna, que le olfateaba de lejos cuando estaba en las tabernas, sin dejar por eso de empujar su carretón á lo largo de las aceras; y en vano era que sus camaradas le avisasen y le ocultasen, pues le pescaba á menudo, y hasta el día anterior le había tirado una vasija á la cara para enseñarle á faltar al taller. Y como la anécdota era tan chusca, Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes, doloridos los riñones de tanto reír, daban palmadas en los hombros á Gervasia, que al fin tomó parte en la broma, como si le hiciesen cosquillas y á pesar suyo; y ellos le aconsejaban, de paso, que, imitando á la gruesa Emilia, cogiese sus planchas y con ellas planchase las orejas á Coupeau sobre los mostradores de la taberna.

—¡Bravo! ¡mil gracias!—gritó Coupeau volviendo boca abajo la copa de anisete bebida por su mujer;—¡eso te lo sorbes admirablemente!... ¡ya lo veis, camaradas; mi costilla no se anda con remilgos!

—¿Repite la señora?—preguntó Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

La planchadora dijo que no, que ya tenía bastante. Sin embargo, vacilaba. El anisete le ensuciaba el estómago. De buena gana hubiera tomado otra cosa más fuerte para entonárselo. Y dirigía miradas oblicuas hacia la máquina de emborrachar que tenía á sus espaldas. Aquella condenada marmita, redonda como vientre de caldera gruesa, con su nariz larga y retorcida, le producía un escalofrío entre los hombros, un temor mezclado con deseos. Sí, en verdad; la cosa aquella podía compararse á la asadura de metal de una bruja que soltaba poco á poco el fuego de sus entrañas; lindo

manantial de veneno, operación que hubiera debido enterrarse en una cueva, ¡tan sinvergüenza y abominable era! Y, sin embargo, á pesar de esto, habría querido meter las narices dentro, aspirar su olor, paladear aquella cochinateda, aun cuando abrasada por su lengua hubiese debido pelarse de pronto, como una naranja.

—¿Qué es eso que bebéis?—preguntó socarronamente á los hombres, con la vista encendida por el hermoso color de oro de sus copas.

—Esto, vieja mía—respondió Coupeau,—es el alcanfor de papá Colombe... No seas tonta... ¡Pruébalo!

Presentáronle una copa de vitriolo, y al contraerse sus mandíbulas al primer trago, añadió el plomero, golpeándose los muslos:

—¡Hola! ¡parece que te acepilla el fragadero!... ¡Trágalo de un sorbo!... Cada ronda ahorra seis francos de médico.

A la segunda copa, no sintió ya Gervasia el hambre que antes la atormentaba. Estaba reconciliada con Coupeau, no guardándole ya rencor por su falta de palabra. Otro día irían al Circo, donde al fin y al cabo poca diversión ofrecía el ver á volafines galopando á caballo. En la tienda del tío Colombe no llovía, y si la paga se derretía en el aguardiente, al menos se la metían entre pecho y espalda, bebiéndosela límpida y reluciente, como hermoso oro líquido. ¡Ah! ¡con qué ganas no mandaba ella el mundo á paseo! Ya que la vida le ofrecía tan pocos atractivos, parecía al menos un consuelo participar á medias en la liquidación del dinero.

Y puesto que se encontraba tan á gusto allí ¿por qué no había de quedarse? Ya podían disparar cañonazos, que lo que es ella no se movía después de haberse arrellenado. Deleitábase en aquel grato calor, con la ropa pegada á la espalda, poseída de un dulce bienestar que le adormecía los miembros, bromeando sola, apoyando los codos en la mesa, extraviados los ojos, riéndose de dos parroquianos, uno muy alto y otro muy chico, que en una mesa próxima estaban á punto de besarse como pan, de puro borrachos.

Si se reía de la taberna, del trasero del tío Colombe,

verdadera vejiga de manteca, de los consumidores, que fumaban su pipa gritando y escupiendo, y de las grandes llamas del gas que reflejaban en los espejos y en las botellas de licor.

El olor no la molestaba ya; al contrario, le hacía cosquillas en la nariz y encontraba que aquello olía bien; sus párpados se cerraban algo, al mismo tiempo que respiraba con más frecuencia, sin sofocación, saboreando el goce del sueño que lentamente se apoderaba de ella.

Después, apurada la tercera copa, apoyó la barba en sus manos, sin ver ya más que á Coupeau y á sus camaradas; y así permaneció frente á ellos, muy cerca, calentadas las mejillas por su aliento, contemplando sus sucias barbas, como si les estuviese contando los pelos. A la sazón, estaban todos muy borrachos.

Mes-Bottes babeaba, con la pipa entre los dientes; ofreciendo el aspecto mudo y grave de un buey amorado.

Bibi-la-Grillade contaba la manera que tenía de beberse un litro de un trago, dándole un beso tal al jarro, que se le veía al momento el trasero. Y entre tanto Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, había ido á buscar el torniquete al mostrador y jugaba unas copas con Coupeau.

—¡Doscientos!... Eres un tramposo; ¡á cada golpe sacas el número alto!

La flecha del torniquete rechinaba y la imagen de la fortuna, en forma de una mujer alta y roja, colocada bajo un cristal, giraba, representando en su rápido movimiento una mancha redonda, como si fuese de vino.

—¡Trescientos cincuenta!... ¡Has ganado! ¡cá, no juegas más!

Y Gervasia se interesaba en el juego; bebía á potá y llamaba á Mes-Bottes «hijo mío». Detrás de ella, continuaba funcionando la máquina de emborrachar, con su murmullo de riachuelo subterráneo; y la planchadora se desesperaba por no poder detenerla y agotarla, poseída de sombría cólera contra sí propia y con ánimos de saltar sobre el monstruoso alambique, como

una fiera, para golpearla á talonazos hasta reventarle el vientre.

Todo se embrollaba en su cerebro, veía moverse la máquina y se sentía cogida por sus garras de cobre; á la vez que el eterno riachuelo corría ahora á través de su cuerpo.

Después empezó á danzar la sala, con los mecheros de gas que giraban como estrellas. La planchadora estaba borracha. Y oía una furiosa discusión entre Bec-Salé, alias Boit-sans-soif y el maldito tío Colombe. ¡Ladrón de tabernero, que apuntaba las cuentas con tenedor! (1) ¿acaso estaban en el bosque de Bondy? De repente hubo una agarrada, aullidos y un estrépito de mesas volcadas. Y era que el tío Colombe ponía á sus clientes de patitas en la calle, sin incomodarse, á empellones. Los expulsados le apostrofaron, desde la acera, llamándole «haragán, bribón».

Continuaba lloviendo y soplaban un vientecillo helado.

Gervasia perdió á Coupeau, lo encontró y lo volvió á perder. Quería volver á su casa, y tanteaba á lo largo de las paredes para conocer el camino. Aquella obscuridad repentina la cegaba por completo. Al llegar á la esquina de la calle des Poissonnieres se sentó en el arroyo y creyó hallarse en el lavadero.

El agua que bajaba por la calle, á torrentes, la mareaba y le hacía mucho daño. Por fin llegó á casa; pasó rápidamente por delante de la portería, donde vio perfectamente á los Lorilleux y á los Poisson sentados á la mesa, los cuales hicieron muecas de asco al percibirla en tan lindo estado.

Nunca supo Gervasia cómo subió aquella noche las escaleras hasta el sexto piso. Al llegar arriba y cuando entraba en el corredor, la pequeña Lalia, que oía sus pasos, salió á su encuentro con los brazos abiertos en actitud cariñosa, sonriendo y diciendo:

—Señora Gervasia: papá no ha venido; entrad y veréis cómo duermen mis niños... ¡veréis cuán lindos están!...

(1) «Marcar con el tenedor»: Aumentar una cuenta como si se inscribiese con los cuatro dientes de un tenedor. (N. del T. tomada de Rigault).

Pero al observar el semblante atontado de la planchadora, retrocedió temblando. La pobrecilla conocía demasiado aquel hálito de aguardiente, aquellos ojos pálidos, aquella boca convulsa. Y Gervasia pasó adelante, dando traspiés, sin decir una palabra, mientras la pequeña, de pie en el umbral de su puerta, la seguía con su mirada sombría, silenciosa y grave.

Naná crecía, se hacía moza. A los quince años estaba desarrollada completamente, con sus carnes blancas como una ternera, tan gruesa y rolliza como una hola. Sí, así era: quince años, dentadura completa y sin corsé. Una verdadera fisonomía de putueta, empapada en leche, una piel aterciopelada de melocotón; una nariz picaresca, una boca de rosa y en sus ojos un fuego tal, que los hombres, al verlo, sentían deseos de encender en él sus pipas. Su mata de cabellos rubios, color de avena fresca, parecía que arrojaba sobre sus sienes polvillo de oro, pecas, que formaban allí como una corona de sol. ¡Ah! una linda muñeca, como decían los Lorilleux, una mocosa á quien todavía hubieran debido sonarle las narices, y cuyos torneados hombros ofrecían la seductora morbidez y exhalaban el olor apetitoso de una mujer formada.

A la sazón, ya no necesitaba Naná meterse bolas de papel en el corsé, pues sus pechos habían adquirido un regular desarrollo, tapizados por una piel parecida á raso blanco finísimo. Y esta circunstancia, en verdad, no la incomodaba; muy al contrario, hubiera deseado tenerlos como odres, como tetas de nodriza, ¡tan ansiosa y desconsiderada es la juventud! Lo que sobre todo la hacía apetecible, era la fea costumbre que había adquirido de sacar la puntita de la lengua por entre sus blancos dientes. Sin duda, al mirarse algún día en el espejo, se había encontrado

así graciosa; y desde entonces, todo el santo día estaba enseñando la lengua, para hacer gracia.

—¡Esconde tu embusterilla!—le gritaba su madre. Y á menudo era preciso que interviniese Coupeau, á puñetazos, aullando entre juramentos:

—¡Quieres esconder esa lengua!

Naná demostraba ser muy coqueta. Si bien no siempre se lavaba los pies, en cambio escogía sus botinas tan estrechas, que sufría el martirio en la prisión de San Crispín; y si la interrogaban, al ver que se ponía amoratada, contestaba que tenía cólico, para no confesar su coquetería.

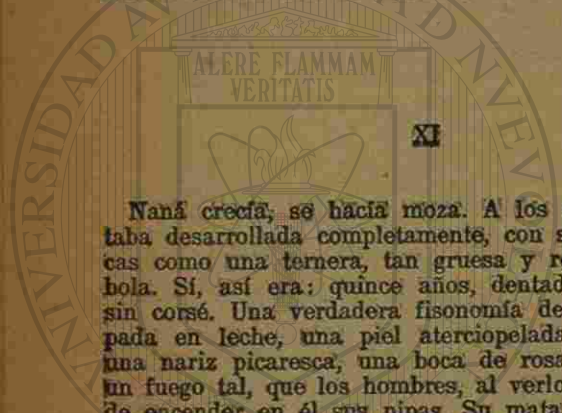
Cuando faltaba para pan en la casa, le era difícil componerse. Y entonces hacía milagros. Recogía cintas en el taller y se arreglaba su tocado con vestidos sucios, llenos de adornos y lazos. El verano era la estación de sus triunfos. Con un vestido de percal de seis francos, paseaba todos los domingos, llenando el barrio de la Goutte d'Or con su rubia belleza. Sí, la conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones y desde la calzada de Galignancourt hasta la calle mayor de la Chapelle. Llamábanla *la pollita*, porque, en efecto, tenía la carne tierna y el aspecto fresco de una de estas aves.

Un vestido, sobre todo, le sentaba perfectamente. Era un traje blanco con lunares rosados, muy sencillo y sin adorno alguno. La falda, algo corta, permitía ver sus pies, las mangas, muy abiertas y caídas, dejaban al descubierto sus brazos hasta el codo; el escote del cuerpo, que la muy bribona abría con alfileres, en forma de corazón, escondiéndose para ello en un rincón de la escalera, á fin de evitar los cachetes de papá Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y la dorada sombra de su garganta.

Y sin más adorno en la cabeza que una cinta de color de rosa alrededor de sus cabellos, una cinta cuyos extremos revoloteaban sobre su nuca. Así vestida, presentaba el frescor de un ramillete y en ella aspirábase la juventud, alternando las desnudeces de la niña con las de la mujer.

Los domingos eran en aquella época para Naná días de cita con la multitud, con todos los hombres que

Pero al observar el semblante atontado de la planchadora, retrocedió temblando. La pobrecilla conocía demasiado aquel hálito de aguardiente, aquellos ojos pálidos, aquella boca convulsa. Y Gervasia pasó adelante, dando traspiés, sin decir una palabra, mientras la pequeña, de pie en el umbral de su puerta, la seguía con su mirada sombría, silenciosa y grave.



Naná crecía, se hacía moza. A los quince años estaba desarrollada completamente, con sus carnes blancas como una ternera, tan gruesa y rolliza como una hola. Sí, así era: quince años, dentadura completa y sin corsé. Una verdadera fisonomía de putueta, empapada en leche, una piel aterciopelada de melocotón; una nariz picaresca, una boca de rosa y en sus ojos un fuego tal, que los hombres, al verlo, sentían deseos de encender en él sus pipas. Su mata de cabellos rubios, color de avena fresca, parecía que arrojaba sobre sus sienas polvillos de oro, pecas, que formaban allí como una corona de sol. ¡Ah! una linda muñeca, como decían los Lorilleux, una mocosa á quien todavía hubieran debido sonarle las narices, y cuyos torneados hombros ofrecían la seductora morbidez y exhalaban el olor apetitoso de una mujer formada.

A la sazón, ya no necesitaba Naná meterse bolas de papel en el corsé, pues sus pechos habían adquirido un regular desarrollo, tapizados por una piel parecida á raso blanco finísimo. Y esta circunstancia, en verdad, no la incomodaba; muy al contrario, hubiera deseado tenerlos como odres, como tetas de nodriza, ¡tan ansiosa y desconsiderada es la juventud! Lo que sobre todo la hacía apetecible, era la fea costumbre que había adquirido de sacar la puntita de la lengua por entre sus blancos dientes. Sin duda, al mirarse algún día en el espejo, se había encontrado

así graciosa; y desde entonces, todo el santo día estaba enseñando la lengua, para hacer gracia.

—¡Esconde tu embusterilla!—le gritaba su madre. Y á menudo era preciso que interviniese Coupeau, á puñetazos, aullando entre juramentos:

—¡Quieres esconder esa lengua!

Naná demostraba ser muy coqueta. Si bien no siempre se lavaba los pies, en cambio escogía sus botinas tan estrechas, que sufría el martirio en la prisión de San Crispín; y si la interrogaban, al ver que se ponía amoratada, contestaba que tenía cólico, para no confesar su coquetería.

Cuando faltaba para pan en la casa, le era difícil componerse. Y entonces hacía milagros. Recogía cintas en el taller y se arreglaba su tocado con vestidos sencillos, llenos de adornos y lazos. El verano era la estación de sus triunfos. Con un vestido de percal de seis francos, paseaba todos los domingos, llenando el barrio de la Goutte d'Or con su rubia belleza. Sí; la conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones y desde la calzada de Gligancourt hasta la calle mayor de la Chapelle. Llamábanla da pollita, porque, en efecto, tenía la carne tierna y el aspecto fresco de una de estas aves.

Un vestido, sobre todo, le sentaba perfectamente. Era un traje blanco con lunares rosados, muy sencillo y sin adorno alguno. La falda, algo corta, permitía ver sus pies, las mangas, muy abiertas y caídas, dejaban al descubierto sus brazos hasta el codo; el escote del cuerpo, que la muy bribona abría con alfileres, en forma de corazón, escondiéndose para ello en un rincón de la escalera, á fin de evitar los cachetes de papá Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y la dorada sombra de su garganta.

Y sin más adorno en la cabeza que una cinta de color de rosa alrededor de sus cabellos, una cinta cuyos extremos revoloteaban sobre su nuca. Así vestida, presentaba el frescor de un ramillete y en ella aspirábase la juventud, alternando las desnudeces de la niña con las de la mujer.

Los domingos eran en aquella época para Naná días de cita con la multitud, con todos los hombres que

pasaban y le echaban el ojo. Esperaba toda la semana que llegase el domingo, cosquilleada por deseos, ahogándose, poseída de una necesidad de aire libre, de paseo al sol, entre la batahola del arrabal en traje de fiesta.

Desde el amanecer se vestía; permanecía horas enteras en camisa delante del pedazo de espejo colgado encima de la cómoda; y como todos los vecinos podían verla por la ventana, enfadábale su madre y le preguntaba si no iba á acabar nunca de pasearse con tan indecente traje. Pero la moza, tranquila, se pegaba ricitos á la frente con agua azucarada, recosía los botones de sus botinas ó cogía algún punto á su vestido; con las piernas desnudas, la camisa caída sobre los hombros y desgreñado el pelo.

¡Ah! ¡qué graciosa estaba de aquel modo!—decía papá Coupeau, riendo y burlándose;—¡una verdadera Magdalena desolada! ¡Hubiera podido servir de «mujer salvaje» y exhibirse en público por dos sueldos! Y le gritaba: «Esconde tu carne, que estoy comiendo mi pan.» Naná, verdaderamente encantadora, blanca y suave bajo el desbordamiento de sus rubias guedejas, encolerizábase de tal modo, que su tez adquiría un color de rosa, y sin atreverse á contestar á su padre, rompía entre sus dientes el hilo, con un golpe seco y furioso, que sacudía con un estremecimiento su desnudez de guapa moza.

Después, al acabar el almuerzo, desfilaba en dirección al patio. La tibia paz del domingo adormecía la casa; en el piso bajo, los talleres estaban cerrados; las habitaciones bostezaban por sus ventanas abiertas, mostrando las mesas puestas y preparadas para el anochecer, en espera de las respectivas familias que en el interin se hallaban haciendo apetito, paseando por las fortificaciones; en el piso tercero, una vecina empleaba el día en fregar su cuarto, arrastrando su cama; mudando de sitio los muebles y cantando por espacio de horas enteras una misma coplilla, con voz suave y llorona.

Y entre aquel reposo de los talleres y en medio del patio vacío y sonoro, empeñábanse partidas de volante entre Naná, Paulina y otras niñas mayores.

Eran cinco ó seis que juntas se habían desarrollado; que eran las reinas de la casa y que se compartían las ojeadas de los señores.

Cuando algún hombre atravesaba el patio, oíanse risas aflautadas; y el roce de sus almidonadas enaguas producía un ruido semejante al soplo del viento. Y por encima de ellas brillaba pesado y abrasador el aire de los días de fiesta, como enervado de pereza y blanqueado por el polvo de los paseos.

Empero las partidas de volante no eran más que un pretexto para evadirse. De repente, la casa entera caía en un gran silencio. Las mocitas acababan de escurrirse á la calle, lanzándose á los bulevares exteriores. Entonces las seis, cogidas del brazo, ocupando todo el arroyo, se paseaban, vestidas de colores claros; con sus cintas atadas alrededor de sus cabelleras, que lucían al aire libre.

Con sus ojos penetrantes, deslizando miraditas por el ángulo contraído de sus párpados, lo veían todo y echaban atrás la cabeza para reirse, mostrando la morbidez de sus barbillas.

En sus estrepitosas carcajadas, cuando pasaba algún jorobado, ó una vieja esperaba á su perrillo al volver de una esquina, se rompía la línea; unas se quedaban rezagadas, en tanto que otras tiraban de ellas violentamente; y movían las caderas, se apelotonaban y se desmadejaban con la sola idea de llamar la atención y hacer ondular los corsés al impulso de sus nacientes formas.

La calle les pertenecía, en ella habían crecido, levantándose las faldas á lo largo de las tiendas; y en la calle seguían remangándose hasta los muslos, para atarse las ligas. Por entre la muchedumbre lenta y descolorida, á través de los claros árboles de los bulevares, la bandada corría así desde la barrera Rochechouart á la de Saint-Denis, codeando á las gentes; cortando los grupos en zig-zag, volviéndose y soltando palabrotas entre sus incesantes risotadas.

Y sus vestidos, levantados por el viento, dejaban en pos de ellas la insolencia de su juventud; exhibíanse al aire libre, en plena luz del sol; con la obscena

grosería del pilluelo, apetecidas y tiernas como vírgenes al volver del baño, empapada de agua la nuca.

Naná iba en medio, con el vestido de color de rosa, que adquiría más brillante matiz á la luz del sol, y daba el brazo á Paulina, cuyo traje de amarillas flores sobre un fondo blanco, brillaba también salpicado de pequeños resplandores. Y como las dos eran las formadas, las más mujeres y las más descaradas, dirigían la bandada y se envanecían con las ojeadas y los piropos que les echaban.

Las otras, las menores, formaban la cola, á derecha ó á izquierda, procurando hincharse para llamar la atención. Naná y Paulina abrigaban en el fondo de su pensamiento planes complicadísimos de astucias coquetonas. Si corrían hasta perder el aliento, era con objeto de enseñar sus moños. Después, cuando se detenían, fingiendo estar sofocadas, con la garganta inclinada atrás y palpitante, podía asegurarse desde luego que por allí cerca había algún conocido, algún mozo del barrio. Y andaban, entonces, lánguidamente, cuchicheando y riendo entre sí y acechando con los ojos bajos.

Despepitábanse, sobre todo, por esas citas casuales, en mitad de los empujones de la calle. Mocetones en traje dominguero, con levita y sombrero de copa, las detentan un instante en la orilla de la acera, bromeando é intentando pellizcarles la cintura. Obreros de veinte años, despechugados, con sus blusas grises, conversaban lentamente con ellas, cruzados de brazos y echándoles en las narices el humo de sus pipas.

La cosa, sin embargo, no traía consecuencias, pues sólo se trataba de galopines que se habían criado al mismo tiempo que ellas y en la calle. Pero, entre tantos, ya escogía cada una el que más le agradaba. Paulina encontraba siempre á uno de los hijos de la señora Grandron, un carpintero de diez y siete años que le regalaba patatas fritas. Naná, desde el extremo opuesto de la avenida, vislumbraba á Víctor Fauconier, el hijo de la planchadora, con el cual andaba á besos y abrazos por los oscuros rincones. Mas la cosa no pasaba de ahí, por cuanto las tales mocitas tenían demasiado vicio para hacer una tontería sin sa-

ber sus resultados. En compensación, sus conversaciones eran de lo más subido.

Después, cuando el sol declinaba, la gran satisfacción de las muy pícaras consistía en detenerse delante de los titiriteros ambulantes, sacamuélas y hércules, que para sus ejercicios extendían en mitad de la avenida una alfombra raída por el uso. Entonces los curiosos se agrupaban, formábase un círculo, en tanto que el saltimbanquis, en el centro, hacía sus habilidades, luciendo sus descoloridos trajes de mallas.

Naná y Paulina permanecían allí en pie horas enteras, en medio de lo más apiñado de la muchedumbre. Sus bonitos y frescos vestidos se aplastaban entre los gabanes y las blusas sucias. Sus brazos desnudos se caldeaban bajo los pestilentes hálitos, entre un olor de vino y sudor.

Y las dos reían, alegres, sin asto, más sonrosadas y como si estuviesen en su natural elemento. En torno de ellas pronunciábanse palabrotas indecentes, obscenidades crudas, reflexiones de hombres borrachos. Aquel era su lenguaje; todo lo sabían; y se volvían sonrientes, con tranquilidad impúdica, conservando la delicada palidez de su satinada piel.

Lo único que las contrariaba era encontrarse con sus padres, sobre todo cuando estaban bebidos. Las dos andaban ojo avizor y se avisaban.

—Mira, Naná—gritaba de repente Paulina,—por allí viene papá Coupeau.

—¡Sí, eh! ¡no está chispó, no; cuando yo lo digo!—exclamaba Naná contrariada.—Me largo, ¿oyes? ¡Andá! ¡buena la ha pillado! ¡Dios de Dios! ¡así se le rompiese el gaznate!

Otras veces, cuando Coupeau llegaba en dirección hacia ella, sin dejarle tiempo para escabullirse, se agachaba Naná entre las demás, murmurando:

—¡Ocultadme vosotras!... Me busca y ha prometido darme un puntapié en el culo si me pillaba paseando por la calle.

Después, cuando el borracho había pasado de largo, levantábase la tunantuela y todas la seguían desterrillándose de risa. ¡Que la encuentre!... ¡Que no la encuentre!... aquello era un verdadero juego al escondido.

ñite. Sin embargo, un día vino Boche á agarrar de las orejas á Paulina, y Coupeau condujo á Naná á casa á puntapiés.

Próxima la puesta del sol, daban la última vuelta del paseo y regresaban en el pálido crepúsculo, en mitad de la fatigada muchedumbre. El polvo que el aire levantaba se había hecho más espeso y oscurecía el resto de la claridad diurna. La calle de la Goutte d'Or parecía un rincón de provincia, con las comadres á las puertas y las voces que interrumpían el tibio silencio del barrio huérfano de coches.

Deteníanse las amiguitas un momento en el patio y volvían á coger las palas del volante, fingiendo no haberse movido de allí. Y después subían á sus respectivas habitaciones, inventando una historieta, que á menudo para nada les servía, cuando encontraban á sus padres ocupados en repartirse cachetes, por si la sopa tenía poca ó mucha sal, ó estaba poco cocida.

A la sazón, Naná era oficiala y ganaba cuarenta sueldos en la tienda de Titreville, en la calle del Caire, donde había hecho su aprendizaje. Los Coupeau no querían mudarla de obrador, porque allí estaba bajo la vigilancia de la señora Lerat, que era oficiala mayor de la casa desde hacía diez años.

Cada mañana, mientras su madre miraba la hora en el cuclillo, la jovencita se iba sola, con su aspecto gentil, oprimidos los hombros por su viejo vestido negro demasiado estrecho y demasiado corto; y la señora Lerat tenía el encargo de anotar la hora de su llegada; para decírsela después á Gervasia. Veinte minutos se le concedían para ir desde la calle de la Goutte d'Or á la del Caire, lo cual era muy suficiente, por cuanto esos diablillos de muchachas tienen las piernas ligeras como los ciervos.

A veces llegaba á la hora puntual, pero tan encendida, tan sofocada, que de seguro había atravesado la barrera en diez minutos, después de haberse entretenido en el camino. A menudo se presentaba con un retraso de siete ú ocho minutos, y todo el día se mostraba muy cariñosa con su tía, con ojos suplicantes; y procurando conmovérla é impedir que se lo dijese á sus padres. La señora Lerat, que conocía lo que era

la juventud, engañaba á los Coupeau, sermoneando á Naná con ríspices interminables, sacando á relucir su responsabilidad y los peligros que corría una joven por las calles de París. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¿no la perseguían también á ella misma? Cobijaba á su sobrina con ojos encendidos por continuas preocupaciones licenciosas, sintiéndose abrasada con la idea de guardar y de mimar la inocencia de aquella gatita.

—Mira—le repetía;—es preciso que nos lo cuentes todo... Soy demasiado buena para ti, y no me quedaría más recurso que arrojarme al Sena si te sucediese una desgracia... ¿Oyes, gatita mía?... Si los hombres te hablan, es menester que me lo repitas todo, todo, sin omitir una palabra... ¡Vaya! ¿no te han dicho nada todavía? ¿me lo juras?

Naná se reía al oír aquello, contrayendo picarescamente la boca. No, no tal; los hombres no la hablaban. Andaba ella demasiado de prisa. Por otra parte, ¿qué es lo que hubieran podido decirle? ¡para nada tenía que entenderse con ellos! Y explicaba sus retrasos, con aire inocentón; se había detenido á mirar las estampas, ó bien había acompañado á Paulina para oírle contar cuentos. Ya podían seguirla, si no la creían; ni siquiera se desviaba un momento de la acera izquierda y caminaba muy lista, dejando rezagadas á todas las demás oficialas, con la velocidad de un coche. Verdad es que un día la señora Lerat la sorprendió en la calle del Petit Carreau, mirando al aire y riendo, en compañía de otras tres pícaras floristas, porque veían á un hombre afeitándose en una ventana; pero la gatita se enfadó, jurando que precisamente entraba entonces en la panadería de la esquina á comprar un panecillo de un sueldo.

—¡Oh! ¡ya la vigilo! ¡no tengáis cuidado!—decía la viuda á los Coupeau.—Os respondo de ella como de mí misma. Si algún desvergonzado se propasase á quererla pellizcar tan sólo, al momento me pondría yo por medio.

El taller de Titreville era una gran pieza en el entresuelo, con un ancho tablero colocado sobre una armadura y ocupando todo el centro. A lo largo de las cuatro paredes vacías, cuyo papel de color gris meón

dejaba ver el yeso á través de algunas roturas, había unos estantes atestados de cajas viejas de cartón, paquetes y modelos de deshecho olvidados allí, bajo una densa capa de polvo. El techo parecía haber sufrido algunos brochazos de hollín por la luz del gas. Las dos ventanas abiertas eran tan grandes, que las obreras, sin separarse de la mesa de labor, veían pasar á todo el mundo por la acera de enfrente.

La señora Lerat, para dar buen ejemplo, llegaba siempre la primera. Después, la puerta se abría y cerraba durante un cuarto de hora; oficialas y aprendizas entraban á la desbandada, sudando y despeinadas.

Una mañana de julio llegó Naná la última, lo cual, por otra parte, acostumbraba á suceder desde hacía algún tiempo.

—¡Caramba! ¡cuándo lograré la dicha de tener cochel—exclamó al entrar.

Y sin quitarse siquiera su sombrero, especie de gorro negro, que ella llamaba su caperuza y estaba ya harta de remendar, aproximóse á la ventana y se inclinó á derecha é izquierda, para ver la calle.

—¿Qué miras?—le preguntó la señora Lerat, desconfiando.—¿Acaso tu padre ha venido acompañándote?

—No, ciertamente—respondió Naná con la mayor tranquilidad.—No miro nada... Lo que miro, es que hace un calor endemoniado. Verdaderamente, corriendo como me veo precisada á venir, hay para pillar una enfermedad.

Aquella mañana hizo un calor sofocante. Las obreras habían bajado las persianas, á través de las cuales espían el movimiento de la calle, y por último se pusieron á trabajar, colocadas en fila á los dos lados de la mesa, cuyo extremo ocupaba la señora Lerat. Eran ocho, cada una tenía delante su puchero de cola, sus tenacillas, sus herramientas y su almohadilla de estampar. Sobre la mesa yacían en confusión alambres, carretes, algodón en rama, papel verde y papel castaño, hojas y pétalos cortados de seda, raso ó terciopelo. En medio, en la boca de un frasco grande, una de las oficialas había colocado un ramito de dos sueldos, que desde la víspera se marchitaba en el escote de su corpiño.

—¿No lo sabéis?—dijo Leonia, una linda morenita, inclinándose sobre su almohadilla, donde estampaba pétalos de rosa.—¡pues bien! esa pobre Carolina es muy desgraciada con el mozo que venía á esperarla por las noches.

Naná, que estaba cortando tiras delgadas de papel verde, exclamó:

—¡Pardiez! ¡un hombre que le «pone colas» (1) todos los días!

El taller en peso se animó, á impulso de una alegría socarrona, y la señora Lerat tuvo que ponerse seria murmurar, frunciendo la nariz:

—¡Qué mal hablada y qué descarada eres, hija mía! ¡Ya se lo contaré á tu padre y veremos si le agrada!

Naná hinchaba los carrillos, como reprimiendo una carcajada. ¿Y qué? ¡su padre! ¡como si su padre no pronunciase otras palabras peores! Pero Leonia, de pronto, dijo en voz baja y rápidamente:

—¡Cuidado! ¡que viene la maestra!

Y en efecto, la señora Titreville, mujer alta y flaca, entraba á la sazón. Generalmente permanecía abajo, en la tienda. Las obreras la temían mucho, porque nunca gastaba bromas. Dió lentamente la vuelta alrededor de la mesa, sobre la cual actualmente todas las obreras estaban inclinadas; silenciosas y activas. Trató á una de las aprendizas de torpe y la obligó á empezar de nuevo una margarita. Y después, se marchó con el aspecto tieso con que había llegado.

—¡Arre! ¡arre!—repetía Naná, en medio de un gruñido general.

—¡Señoritas!... ¡señoritas!...—dijo la señora Lerat, pretendiendo adoptar un aspecto severo.—¡Me veré obligada á tomar determinaciones!...

Pero nadie la escuchaba, ni la temía. Mostrábase demasiado tolerante, estimulaba en sus apetitos sensuales entre aquellas niñas en cuyos ojos chispeaba la malicia, llamándolas á parte para sonsacarles confidencias sobre sus amantes y hasta echándoles las cartas, cuando quedaba libre en extremo de la mesa.

(1) «Poner colas»; equivale á poner cuernos.

Su cutis duro, su cuerpo de gendarme estremeciábase á impulsos de una alegría retozona de comadre, desde que se entraba en el terreno de la «bagatela». Lo que únicamente la ofendía eran las palabras obscenas; con tal de no emplear palabras obscenas, podían decirlo todo.

¡Verdaderamente, Naná completaba en el taller una admirable educación! Disposiciones no le faltaban; pero se perfeccionaba con el trato de aquella reunión de chicas ya deslomadas de miseria y de vicio. Allí estaban mezcladas unas con otras, corrompiéndose juntas; la eterna historia de las manzanas en el cesto, cuando hay entre ellas alguna podrida. Verdad es que procuraban presentarse convenientemente en sociedad, evitando parecer demasiado ligeras de cascos y demasiado licenciosas en el lenguaje. En una palabra, esmerábanse en aparentar la más decente educación.

Pero, eso sí; en particular, y al oído, las obscenidades campeaban, que no había más que pedir. No podían encontrarse dos juntas, sin que inmediatamente se desternillasen de risa, contándose porquerías. Después, acompañábanse una á otra por las noches, y entonces era el momento de las confidencias, de aventuras capaces de erizar los cabellos y que hacían detener su paso á las dos rapazas, enardecidas, en medio del codeo de la muchedumbre. Y como si esto no bastase para las muchachas que, como Naná, aún no habían comido del fruto vedado, reinaba en el taller una atmósfera perniciosa, un olor de baile de candil y de noches dudosas, importado allí por las oficialas corretonas con sus moños mal atados y sus enaguas tan estrujadas que parecía que se habían acostado sin desnudarse.

Las indolentes perezas de los días siguientes á las juergas, los ojos rodeados de ese círculo obscuro que la señora Lerat llamaba honestamente: dos puñetazos del amor, las derrengaduras y las enronquecidas voces insuflaban cierta perversión por encima la mesa, entre el brillo y la fragilidad de las flores artificiales. Naná aspiraba con fuerza, embriagándose casi, cuando tenía á su lado alguna muchacha de esas que le han visto ya las orejas al lobo. Durante largo tiempo, sentóse

cada día junto á la buena moza Lisa, que se decía estaba embarazada; y dirigía relumbrantes miradas á su vecina, como esperando verla hincharse y estallar de repente.

Difícil era que, en asuntos de malicia, se le pudiese enseñar alguna novedad. La bribonzuela lo sabía todo; todo lo había aprendido en el arroyo de la calle de la Goutte d'Or. En el taller se limitaba á ver cómo las demás obraban, y por grados desarrollábanse en ella y el capricho de practicarlo á su vez.

—Aquí se ahoga una—murmuró acercándose á una ventana, como para bajar más la persiana.

Y se inclinó, mirando de nuevo á derecha é izquierda. En aquel momento Leonia, que acechaba á un hombre parado en la acera de enfrente, exclamó:

—¿Qué espera allí aquel viejo? Hace un cuarto de hora que está mirando á este sitio.

—¡Algún papanatas, sin duda!—dijo la señora Lerat.—¡Naná! ¿quieres venir y sentarte? Te he prohibido que estés en la ventana.

Volvió á coger Naná los rabos de violeta que retorció y todo el taller empezó á ocuparse del hombre aquel. Era un caballero bien vestido, con gabán y como de unos cincuenta años, rostro pálido, muy grave y muy digno, con la barba gris por debajo del cuello, correctamente cortada. Por espacio de una hora permaneció delante de la tienda de un herbolario, levantando la vista hacia las persianas del taller. Las floristas lanzaban ligeras risitas, que se ahogaban en el ruido de la calle, y se inclinaban, muy atareadas, encima de su labor, mirando de reojo, para no perder de vista al caballero.

—¡Toma!—observó Leonia;—¡lleva lentes! ¡Oh! ¡es un hombre elegante!... ¡De seguro que espera á Agustina!

Pero Agustina, una rubia alta y fea, contestó secamente que no le agradaban los viejos. Y la señora Lerat, moviendo la cabeza, murmuró con sonrisa maliciosa, llena de intención:

—Tenéis mal gusto, querida; los viejos son los más tiernos.

En aquel momento, la vecina de Leonia, una peque-

nita regordeta, le soltó al oído una frase, y Leonia, de repente, se recostó en el respaldo de su silla, presa de un loco acceso de risa, retorciéndose, dirigiendo miradas al caballero y riendo todavía con más ganas. Y tartamudeaba:

—¡Es verdad! ¡Sí!... ¡qué cochina es esta Sofia!

—¿Qué ha dicho? ¿qué ha dicho?—preguntó á coro el taller, ardiendo en curiosidad.

Leonia enjugó las lágrimas que la risa le había hecho brotar de sus ojos, sin contestar. Y cuando se hubo repuesto un poco, volvió á emprender su faena diciendo:

—¡Eso no se puede repetir!

Insistían las demás, y ella rehusaba con la cabeza, atacada de vez en cuando por nuevos accesos de risa. Entonces Agustina, su vecina de la izquierda, le suplicó que se lo dijese en voz baja. Y Leonia, por último, tuvo á bien decirselo, arrimándole sus labios al oído. Agustina se echó atrás y se retorció de risa á su vez. Después, ella misma repitió la frase, que fué circulando de esta suerte, de oído en oído, en medio de las exclamaciones y de las ahogadas risas. Cuando todas estuvieron enteradas de la sucia frase de Sofia, miráronse unas á otras y juntas soltaron el trapo á la risa, aunque un tanto ruborizadas y confusas. Sólo la señora Lerat ignoraba la causa de aquella jovialidad, y esto la contrariaba en extremo.

—Poca educación revela lo que están haciendo ustedes, señoritas—dijo.—No se habla bajo cuando hay gente delante... ¿Alguna indecencia, verdad? ¡Qué bien habla eso en favor de ustedes!

Sin embargo, no se atrevió á pedir que le repitiesen la sucia frase de Sofia, á pesar de su vivo deseo de conocerla. Empero, durante un ratito, con la cabeza baja y fingiendo dignidad, se deleitó en la conversación de las obreras.

Ninguna de ellas podía pronunciar una palabra, si quiera fuese la más inocente, acerca del trabajo, por ejemplo, sin que al momento las demás lo interpretasen maliciosamente; separaban la palabra de su sentido propio, dándole un significado indecente y hacían alusiones extraordinarias tocante á frases tan sencillas

como estas: «Mis tenacillas están rajadas», ó bien: «¿Quién ha andado en mi pucherillo?» y todo lo relacionaban con el caballero que estaba de plantón en la acera, y el caballero salta á relucir siempre al cabo de las alusiones. ¡Ah! ¡no debían silbarle poco los oídos! Hasta acababan por decir necedades á fuerza de querer ser maliciosas.

Pero esto no les impedía, sin embargo, encontrar el juego muy divertido, excitadas, chispeantes sus ojos, á medida que progresaba la broma. La señora Lerat no podía enfadarse, toda vez que no pronunciaban palabras obscenas. Y hasta les hizo desternillarse de risa, á todas, diciendo:

—¡Señorita Lisa, mi fuego se ha apagado, deme usted el suyo!

—¡Ah! ¡el fuego de la señora Lerat se ha apagado!—gritó el taller á coro.

La señora Lerat pretendió dar una explicación.

—Cuando ustedes tengan mi edad, señoritas...

Pero ninguna la escuchaba, y algunas propusieron llamar al caballero de la acera de enfrente, para que encendiese el fuego de la señora Lerat.

En medio de aquella inmoderada hilaridad, era de ver cómo se reía Naná. Ninguna frase de doble sentido le pasaba desapercibida. Y hasta ella misma soltaba algunas de padre y muy señor mío, apoyándolas con cierto gesto de su barba, muy hueca, y estallando de satisfacción.

Se encontraba en el vicio, como el pez en el agua. Y arrollaba perfectamente sus rabos de violeta, á la que se retorcia en su silla. ¡Oh! tenía en ello tanta destreza, que ni siquiera empleaba el tiempo que para liar un cigarrillo se necesita.

Nada más que el gesto de coger una delgada tira de papel verde y ¡allá va! el papel corría á lo largo, y punto concluido; cata ahí un ramito fresco y delicado, á propósito para lucir sobre las formas de las damas.

El «chico» estaba en los dedos, en aquellos dedos delgados de putuela, que parecían deshuesados, elásticos y mimosos. Era lo único que había podido aprender de aquel oficio. A ella le encargaban la confección

de todos los rabos del taller, por lo bien que los hacía.

Entre tanto, el caballero de la acera de enfrente se había marchado. El taller se tranquilizaba y trabajaba en aquel sofocante calor. Cuando dieron las doce, hora del almuerzo, sacudiéronse todas las delantales. Naná, que se había precipitado hacia la ventana, les gritó que ella bajaría para hacer los recados, si querían. Y Leonia le encargó dos sueldos de langostinos, Agustina un cucurucho de patatas fritas, Lisa un manojito de rábanos y Sofía una salchicha.

Después, viendo que Naná iba á bajar á la calle, la señora Lerat, que encontraba algo extraño el afán que mostraba por asomarse á la ventana aquel día, le dijo alcanzándola con el paso de sus largas piernas:

—Espera, voy contigo, tengo que hacer un recado.

Pero, ¡hed aquí que en el patio percibió al caballero aquel plantado como un cirio, dispuesto á entablar conversación con Naná! Esta se puso muy encarnada; y su tía la cogió del brazo violentamente, la hizo trotar sobre el empedrado, en tanto que el caballero particular echaba á andar tras ellas. ¡Ah! ¡el adefesio aquel iba allí por Naná! ¡brava recomendación á la edad de quince años y medio arrastrar á hombres pegados á sus faldas! Y la señora Lerat, vivamente, la interrogó. ¡Oh! ¡Dios mío! Naná no sabía nada; le seguía desde hacía sólo cinco días, y no podía sacar la nariz á la calle, sin tropezar de manos á boca con aquel sujeto; suponía que era comerciante, sí, fabricante de botones de hueso.

La señora Lerat quedó sorprendida ante esta confidencia, y se volvió, mirando de reojo al caballero.

—Desde luego se ve que es hombre de dinero—murmuró.—Oye, gatita mía, será menester que me lo cuentes todo. Ahora, ya nada tienes que temer.

Hablando, hablando, corrieron de tienda en tienda, á la del salchichero, á la de la frutera y á la del freidor. Y las provisiones, envueltas en papeles grasientos, se apilaban en sus manos. Pero ellas mostrábase afables, contoneándose, dirigiendo en pos de sí leves sonrisas y asesinas miradas. La misma señora Lerat iba haciéndose la graciosa, la pollita, á causa del fabricante de botones, que no dejaba de seguirlas.

—Es muy distinguido—declaró, entrando en el patio.

—¡Si viniese con buen fin!...

Después, mientras subían la escalera, pareció recordar algo de repente.

—A propósito—dijo;—¿qué es lo que tus compañeras se decían esta mañana al oído? Ya sabes á qué me refiero; á la indecencia de Sofía.

Y Naná no se hizo rogar. Sólo que, eso sí, cogió á la señora Lerat por el cuello y la obligó á bajar dos escalones, porque, á la verdad, la cosa no podía decirse en alta voz, ni aún en una escalera. Y se la sopló al oído. Tan escandaloso era aquello, que la tía se limitó á mover la cabeza, abriendo desmesuradamente los ojos y torciendo la boca. Al fin, ya lo sabía; ¡ya había cesado su comezón!

Las floristas almorzaban, con las provisiones encima de sus rodillas, para no ensuciar la mesa. Apresurábanse á tragar, fastidiadas de comer, prefiriendo emplear la hora del almuerzo en ver pasar á los transeúntes ó en contarse sus secretillos por los rincones. Aquel día trataron de averiguar dónde se había ocultado el caballero de por la mañana; pero, decididamente, había desaparecido. La señora Lerat y Naná cambiaron ojeadas entre sí, aunque sin despegar los labios. Y era ya la una y diez minutos y las oficiales no se daban gran prisa para volver al trabajo, cuando Leonia, haciendo un ruido con los labios, así, «prrrrúú», como acostumbraban los obreros pintores para llamarse unos á otros, avisó que la maestra llegaba. Inmediatamente se sentaron todas en sus sillas, inclinada la cabeza sobre su labor. La señora Titreville entró y dió una vuelta alrededor de ellas, con severidad.

Desde aquel día, la señora Lerat se recreó con el primer galanteo de su sobrina. No se separaba de ella ni un instante, la acompañaba día y noche, sacando siempre á relucir su responsabilidad. Aquello encocoraba un tanto á Naná; pero no dejaba de engreírle el verse guardada como un tesoro; y las conversaciones que sostenían entre las dos cuando iban por la calle, llevando detrás al fabricante de botones, la enardecían más y más, aumentando sus deseos de «dar el salto».

(1) ¡Oh! su tía comprendía aquel sentimiento; y el mismo fabricante de botones, aquel señor de cierta edad y tan comedido, la enteruecía, porque, al fin y al cabo, el sentimiento echa siempre raíces más profundas en las personas de edad madura. Sólo que la buena señora iba haciéndose vieja.

Sí; antes pasarían por encima de su cuerpo que tocar á la gatita. Y una noche se acercó al caballero aquel y le espetó á boca de jarro, que lo que hacía no estaba bien. El caballero saludó cortésmente y sin responder, como viejo zorro acostumbrado á los sofiones de los padres. La señora Lerat no podía, en verdad, enfadarse, pues aquel señor tenía demasiada educación. Y entonces empezó á dirigir á su sobrina una serie de consejos prácticos sobre el amor, de alusiones sobre lo marranos que son los hombres y una infinidad de aventuras de muchachas que se arrepintieron muy de veras de haberse dejado atrapar, y de cuya relación salía Naná lánguida y con los ojos animados por una negra perfidia, que se destacaba sobre su blanco rostro.

Empero un día en la calle del arrabal Poissonnieres, el fabricante de botones se atrevió á interponer su nariz entre la sobrina y la tía, para murmurar cosas que no son para dichas. Y la señora Lerat, azorada, y repitiendo que ni por sí misma estaba tranquila, se lo reveló todo á su hermano. Entonces la cosa cambió de aspecto, y hubo en casa de Coupeau solemnes peloterías. Desde luego, el plomero administró una buena paliza á Naná. «¡Cómo se entiende! ¡la patueta aquella dedicarse á los viejos! ¡bueno! ¡que la llegase á sorprender dejándose besuquear! ¡ya vería lo que la esperaba! ¡voto á! ¡la retorcería el cuello en el acto! ¡háse visto cosa igual! ¡dedicarse una mocosuela á deshonrar á su familia! Y la zurraba, añadiendo: ¡por vida del que anduviese derecha! pues desde aquel momento se encargaba él de vigilarla.

En cuanto Naná entraba en casa, la examinaba, la

(1) *Dar el salto*: Vale tanto (tratándose de una doncella) como saltar á pies juntillas sobre la virtud, tomar un querido. Alusión al Salto de Leucades, desde donde se precipitan al mar las mujeres desgraciadas en amor. (N. del T. tomada de Rigaud.

miraba bien de frente, para adivinar si traía en su semblante la impresión de uno de esos besitos que se estampan sobre los ojos sin hacer ruido. La olfateaba y la hacía volver á todos lados. Y una noche le dió otra paliza porque la encontró en el cuello otra mancha negra. La picarilla se atrevía á decir que aquello no era un chupón, sino un cardenal, un sencillo cardenal que Leonia le había hecho jugando. ¡Ya le daría él cardenales, y la impediría putear, aun cuando para ello hubiese de romperle una pata!

Otras veces, cuando se hallaba de buen humor, se burlaba de ella, ridiculizándola. ¡Bah! ¡valiente bocado para los hombres, chata como un lenguado y por remate unos «saleros» (1) en los hombros, donde cogía el puño! Naná, zurrada á causa de las cosas feas que no había cometido, arrastrada en la crudeza de las acusaciones abominables de su padre, mostraba la sumisión hipócrita y furiosa de las bestias acorraladas.

—¡Déjala ya!—repetía Gervasia, que era más razonable.—Acabarás por entrarla en deseos á fuerza de hablarle de ello.

¡Vaya si entraba en deseos la niña! Sentía una gran comezón en todo su cuerpo, anhelando echar á correr y «pasar por las armas», como decía papá Coupeau. La hacía vivir demasiado en esta idea; y tan frecuentemente se la repetía, que aún la más honesta joven se habría sentido inflamada. Hasta con su cínico hablar le enseñó cosas que la muchacha ignoraba aún; lo cual era bien extraño. Entonces, gradualmente, adquirió Naná maneras bastante significativas.

Una mañana la sorprendió el plomero metiendo la mano en un papel para ponerse algo en la cara. Eran polvos de arroz, con los que embadurnaba (dando con ello prueba de un gusto perverso) el delicado raso de su piel. Papá Coupeau le restregó el papel por la cara hasta desollársela, tratándola de hija de molinero. Otro día trajo del taller cintas encarnadas para reformar su caperuza, aquel gorro que tanto la avergonzaba. Y el plomero le preguntó de dónde procedían aquellas cin-

(1) *Salero*: Cavidad más ó menos profunda de la clavícula, en las mujeres, según su grado de delgadez.

tas. ¡Voto á! ¿sin duda las había ganado tendida de espaldas, ó quizá las había robado? Puta ó ladrona, ¡ó tal vez las dos cosas juntas! Muchas otras veces le vió también entre las manos, algún objeto caprichoso, ya una sortija de cornalina, ya unas mangas con puntillita de encaje, ó bien uno de esos guardapelos de dúblé en forma de corazón, uno de esos «palpa-aquí» que las muchachas se colocan entre las tetas.

Coupeau quería hacer añicos todos aquellos dijes, pero ella defendía sus cosas con furor: eran suyas, unas señoras se las habían regalado, ó bien eran producto de algunos cambios que hacía en el taller. Por ejemplo: el guardapelo lo había encontrado en la calle de Aboukir. Cuando el plomero lo aplastó de una patada, quedó la moza tiesa, pálida y crispada, en tanto que una revolución interior la impelía á arrojarle sobre su padre y arañarle. ¡Hacia dos años que su sueño dorado consistía en la posesión de aquel guardapelo, y de repente se lo aplastaban! No; ¡aquello era ya demasiado, aquello debía concluir al fin!

Entre tanto, Coupeau empleaba más terquedad que hombría de bien en la manera con que pretendía hacer entrar en carril á Naná. A menudo carecía de razón, y sus injusticias exasperaban á la mocita. Llegó ésta al extremo de faltar al taller, y cuando el plomero le administró la correspondiente tunda, se mojó de él y contestó que no quería volver á casa de Titreville, porque la colocaban al lado de Agustina, que seguramente debía haberse comido los pies, pues de tal modo le hedía el aliento.

Entonces su padre la condujo él mismo á la calle del Caire, rogando á la maestra que colocase siempre á Naná al lado de Agustina, en castigo. Cada mañana, durante quince días, se tomó el trabajo de acompañar á su hija hasta la puerta del taller y permanecía cinco minutos esperando en la acera á fin de cerciorarse que había entrado. Emperó una mañana, habiéndose entretenido un rato con un camarada, después de dejar á su hija, en una taberna de la calle Saint-Denis, percibió á los diez minutos á la muy bribona que bajaba la calle apresuradamente, zarandeando el trasero. Hacia ya quince días que le embaucaba, subiendo dos

tramos más de escalera, sin entrar en el taller de Titreville, y sentada en un escalón esperaba que su padre se hubiese marchado.

Cuando Coupeau quiso quejarse á la señora Lerat, ésta le gritó con bastante acritud que no admitiese la lección; ya había dicho á su sobrina todo lo que debía decirle contra los hombres y no era suya la culpa si la bribona les tenía afición á esos marranos; por consiguiente, se lavaba las manos y juraba que no volvería á meterse en tales asuntos, pues sabía lo que sabía, respecto á los chismes que corrían en la familia, sí; y que había personas que se atrevían á acusarla de perderse ella misma con Naná y de gozar el sucio placer de verla ejecutar á su vista «la gran voltereta».

Además, Coupeau supo por la maestra que Naná había sido pervertida por otra oficiala, la desvergonzada Leonia, que acababa de abandonar las flores para echarse á la vida.

Indudablemente, su hija, ganosa tan sólo de coquetear y de andar por las calles, podía todavía casarse con la corona de azahar en la cabeza; pero ¡demonche! era menester darse mucha prisa si se quería presentarla á un marido sin tener nada roto, limpia y en buen estado, en una palabra: completa como las señoritas que se respetan.

En la casa de la calle de la Goutte d'Or se hablaba del viejo de Naná como de un señor á quien todo el mundo conocía. ¡Oh! era muy cumplido, tal vez algo tímido, pero terco y cachazudo como un demonio, siguiéndola á diez pasos, á manera de obediente perro.

Algunas veces llegaba á entrar hasta el patio.

La señora Gaudrón le encontró una noche en la meseta del segundo piso, mirando á lo largo de la barandilla, con la cabeza baja, muy enardecido y miedoso. Y los Lorilleux amenazaban con mudarse de casa si su guñapo de sobrina seguía llevando hombres pegados á sus faldas, pues era ya repugnante ver la escalera llena de desconocidos y no se podía bajar sin tropezar con ellos en todos los escalones, acechando y en espera; verdaderamente, parecía que había

un animal curioso que ver en aquel rincón de la casa.

Los Boche se compadecían de la suerte de aquel pobre señor, de un hombre tan respetable que perdía el seso por una putueta. ¡En resumen! era un comerciante; ellos habían visto su fábrica de botones en el bulevar de la Villette, si, ¡aquel señor hubiera podido hacer la felicidad de una mujer si hubiera tropezado con una joven honrada! Gracias á los detalles dados por los porteros, toda la gente del barrio y hasta los mismos Lorilleux manifestaban la mayor consideración hacia aquel viejo, cuando le veían pisar los talones de Naná con el labio colgante en su faz pálida y con su barba gris cuidadosamente recortada.

Durante el primer mes, Naná se divirtió de lo lindo con su viejo. Era cosa de verle, haciendo siempre el oso alrededor de ella; parecía un verdadero catusalsas palpando sus faldas por atrás, entre la muchedumbre, como quien no hace nada. ¡Y sus piernas! ¡un par de astillas de carbonero, unas verdaderas cerillas! Además, sin «músigo» en el «guijarro» (1), con cuatro pelos lisos sobre el cogote, de manera que muchas veces le daban tentaciones á Naná de preguntarle dónde vivía el peluquero que le sacaba la raya. En una palabra: un vejstorio, ¡pero sin maldita gracia!

Después, á fuerza de verlo sin cesar, llegó á no parecerle tan chistoso el lance. El señor aquel le causaba miedo, y de seguro, si se le hubiese acercado, se habría puesto la muchacha á gritar. A menudo, cuando se detenía delante del escaparate de un joyero, le oía, de improviso, murmurando las palabras á su espalda.

Y lo que le decía era verdad; de buena gana hubiera querido tener una cruz con una cinta de terciopelo para el cuello, ó bien unos pendientes de coral, tan chicos, que hubiesen parecido gotas de sangre.

Aun sin ambicionar joyas, no podía, en verdad, continuar hecha una facha, estaba ya cansada de remendarse con los desechos del taller de la calle del Caire, y sobre todo estaba harta de su gorro, del sempiterno sombrero sobre el cual las flores robadas de casa del Titreville hacían el efecto de cazcarnias colgando como

(1) Caire.

scabeles del frasero de un pobre. Entonces, frotando el burro, salpicada por los coches, cegada por el brillo de los escaparates, sentía deseos que le escarabajaban el estómago, así como caprichos, antojos de verse bien vestida, de comer en los restaurants, de ir al teatro, de tener una habitación propia, con hermosos muebles.

Deteníase, pálida de deseo, sentía como si desde el empedrado de París le subiese cierto calor á lo largo de los muslos, un apetito feroz de comer de los placeres de que se veía rodeada, entre la baraúnda de las aceras. Y precisamente en tales momentos, nunca, nunca dejaba de ocurrir que su viejo le deslizase proposiciones al oído. ¡Ah! ¡con qué gusto le hubiera cogido la palabra á no tenerle miedo! una rebelión interior le daba fuerzas para rehusar, furiosa y descontenta de lo que ignoraba del hombre, á pesar de todo su vicio.

Pero, cuando llegó el invierno, la existencia se hizo imposible en casa de los Coupeau. Cada noche recibía Naná una paliza. Cuando el padre estaba fatigado de zurrarla, la madre la llenaba de cachetes, para enseñarla á portarse bien. Y á menudo ocurrían peloterías generales; si uno la zurraba, la otra la defendía, hasta el extremo de acabar los tres por revolcarse en el suelo, en medio de los cacharros rotos. Como si esto no bastase, la comida escaseaba y se arreciaban de frío.

Si la moza se compraba algún adorno, ya una corbata, ya unos botones para las mangas, sus padres se lo confiscaban y pulían. Naná no poseía más que su renta de cachetes antes de tenderse en su pedazo de manta, donde tiritaba bajo su falda negra que extendía sobre su cuerpo, como único abrigo. ¡No! ¡aquella condenada vida no podía seguir así! ¡no quería dejar en ella su piel! Su padre, desde hacía largo tiempo, no entraba en cuenta para ella; cuando un padre se emborracha como se emborrachaba el suyo, deja de ser hombre, convirtiéndose en una bestia repugnante, de la que uno desea verse libre.

Por entonces su madre iba decayendo también en su cariño. También bebía, ¡también! Entraba, por gusto, en la taberna del tío Colombe á buscar á su marido, con la idea de que la convidasen; y se sentaba

á la mesa muy satisfecha, sin los remilgos y ascós de la vez primera, despachando las copas de un trago, permaneciendo de codos sobre la mesa durante horas enteras y saliendo de allí con los ojos encandilados. Cuando Naná, al pasar por delante de la taberna, veía á su madre en el fondo, con las narices metidas en la copa, embrutecida en medio de las soeces conversaciones de los hombres, acometíala una cólera violenta; porque la juventud, que siempre está apeteciendo otra muy diferente golosina, no comprende la pasión por la bebida.

En tales noches, ofrecíase á sus ojos un bello cuadro: el papá borracho, la mamá borracha, una endemoniada zahurda en la que no había pan y queapestaba á licor; en una palabra, ni una santa hubiera podido permanecer allí dentro. ¡Tanto peor! si algún día aquella tomaba las de Villadiego, ya podían sus padres entonar el «nea culpa» y asegurar que ellos mismos la habían lanzado á la calle.

Un sábado, al entrar Naná, encontró á su padre y á su madre en un estado abominable. Coupeau tendido al través de la cama roncaba. Gervasia, aplomada en una silla, movía la cabeza, con los ojos extraviados é inquietos, como si girasen en el vacío.

Había olvidado calentar la comida, unos restos de guisado. Una candileja sin despabilar, alumbraba la vergonzosa miseria de aquel zaquizamí.

—¿Eres tú, sabandija?—tartamudeó Gervasia.—¡Bueno! ¡ya te compondrá tu padre!

Naná, sin contestar, permanecía pálida, miraba al hornillo frío, la mesa sin platos, el cuarto lúgubre, donde aquel par de borrachos añadían el pálido horror de su embrutecimiento. Ni siquiera se quitó el sombrero; dió una vuelta por la habitación y después, apretando los dientes, volvió á abrir la puerta y se marchó.

—¿Sales?—preguntóle su madre, sin poder volver la cabeza.

Sí; se me ha olvidado una cosa... Al momento subo... ¡Buenas noches!

Y no volvió.

Al día siguiente, los Coupeau, ya serenos, se zurrá-

ron echándose uno á otro en cara la fuga de Naná. ¡Ah! ¡ya debía estar lejos, si no había dejado de correr! Como se suele decir á los muchachos tocante á los gorriones, podían ir sus padres á ponerle un grano de sal en la cola, y tal vez así la cogerían.

Aquel fué un terrible golpe que aplastó más á Gervasia, pues no dejaba de comprender, á pesar de su degradación, que la voltereta de su hija, en camino de prostituirse, la hundía á ella más y más, dejándola sola, sin hija á quien guardar consideración, y pudiendo dejarse arrastrar, no retenida por el menor freno, hacia lo más hondo del abismo.

Sí, aquel «camello» sin entrañas le arrebató el último pedazo de su honradez, llevándose con sus vestidos sucios. Y se emborrachó por espacio de tres días, furioso, crispados los puños y preñada la boca de palabras abominables contra la puta de su hija.

Coupeau, después de rodar por los bulevares exteriores y mirar de cerca á todas las zorronas que pasaban, se ponía á fumar su pipa con la mayor tranquilidad; sólo de vez en cuando, durante las comidas, se levantaba, alzando los brazos y empuñando un cuchillo, clamando á voz en grito que estaba deshonorado; y luego se volvía á sentar para concluir de comer su sopa.

En la casa, de donde no pasaba mes sin que se fugase alguna mozuela, como canario que ve abierta la puerta de su jaula, á nadie sorprendió el accidente de los Coupeau. Pero, eso sí; los Lorilleux triunfaban. ¡Ah! ¡bien habían profetizado ellos que la chiquilla les plantaría el día menos pensado! Merecido lo tenían; pues ya se sabe que todas las floristas acaban mal.

Los Boche y los Poisson lo echaban también á bróma, haciendo alarde y protestas de virtud extraordinaria. Sólo Lantier era el que defendía socarronamente á Naná. Verdad es, decía con su aire de puritano, que toda señorita que se lanza á la vida ofende todas las leyes; y después añadía, brillando en el ángulo de sus ojos una llama particular, que ¡pardiez! era demasiado bonita la bribonzuela, para aguantar la miseria á su edad.

—¿No sabéis?—exclamó un día la señora Lorilleux

en la portería de los Boche, donde toda la camarilla tomaba café;— ¡pues bien! ¡tan cierto como el sol que nos alumbraba: la Banbán ha vendido á su hija... Sí; la ha vendido, ¡tengo pruebas!... Aquel viejo á quien encontrábamos día y noche en la escalera, subía ya á darle cantidades á cuenta. Eso saltaba á los ojos. Ayer, sin ir más lejos, no faltaba quien les ha visto, en el «Ambigú», á la doncella y á su vejestorio!... ¡Palabra de honor! ¡viven juntos, ya lo veis!

Concluyeron de tomar el café, discutiendo sobre el mismo tema. Al fin y al cabo, la cosa era posible, puesto que otras más gordas ocurrían. Y en el barrio las gentes de más arraigo acabaron por repetir que Gervasia había vendido su hija.

Entre tanto Gervasia arrastraba su miseria, ciscándose en el mundo. Aunque la hubiesen llamado ladrona, por la calle, ni tan sólo hubiera vuelto la cabeza. Hacía ya un mes que no trabajaba en casa de la señora Fauconnier, la cual se había visto precisada á despedirla para evitarse desazones. En el espacio de algunas semanas estuvo en casa de ocho planchadoras; trabajaba dos ó tres días en cada casa y al momento la despedían; de tal modo estropeaba la labor, sin cuidado, sucia y perdiendo la chaveta hasta el extremo de olvidar su oficio.

Por último, comprendiendo que ya ni para aprendiz servía, abandonó el planchado y se dedicó á lavandera, en el lavadero de la calle Neuve; chapotear, revolverse en la cazcarria, descender á todo lo que el oficio tiene de más rudo y fácil, aún lo hacía tal cual, bajando de paso un grado más en la pendiente del terrible abismo. Eso sí; el lavadero no la embellecía ni mucho menos.

Al salir de allí, parecía enteramente un perro sucio después de revolcarse en un muladar, empapada de agua y enseñando sus amoratadas carnes. Y con ello engordaba de día en día, á pesar de sus inútiles paseos á la despensa vacía, y su pierna cojeaba de tal modo, que ya no podía ir andando cerca de cualquiera sin que corriese peligro de echarle al suelo de un empujón.

Naturalmente, cuando se decae hasta tal extremo,

desaparece todo el orgullo de la mujer. Gervasia había perdido la dignidad, su coquetería, sus necesidades de sentimientos, de conveniencias y de consideraciones.

Aun cuando le hubiesen dado zapatazos en todas partes, por delante y por detrás, no los hubiera sentido, pues cada vez se iba volviendo más indolente y más perezosa. Al verla así, Lantier la había abandonado por completo y ni tan sólo la pellizcaba por cortesía; y ella parecía no advertir siquiera aquel fin de unos antiguos lazos lentamente arrastrados y rotos por efecto de un cansancio mutuo.

Aquello, para ella, significaba una carga menos. Hasta las relaciones de Lantier y Virginia, la dejaban completamente tranquila; ¡tan diferentes le eran hoy aquellas tonterías que tanto ardor le inspiraban en otros tiempos! Capaz habría sido de aguantarles la vela si lo hubiesen deseado.

Ya nadie ignoraba la cosa: el sombrerero y la confitera se las entendían perfectamente, lo cual les era fácil y cómodo, puesto que el cornudo de Poisson estaba de servicio nocturno; que le tenía firitando por las desiertas aceras, en tanto que su mujer y el vecino, metidos en casa, conservaban muy calentitos los pies. ¡Oh! ¡no tenían que precipitarse! oían resonar lentamente sus botas, al pasar por delante de la tienda, en la obscura y vacía calle, sin tener que sacar siquiera las narices fuera de la sábana.

Un municipal es esclavo de su deber ¿verdad? Y continuaba tranquilamente hasta que era de día, perjudicándole en su propiedad, mientras aquel hombre severo velaba por la propiedad ajena.

Todo el barrio de la Goutte d'Or se reía con aquel sainete y encontraba muy chusco que le pusiesen cuernos á la autoridad.

Por lo demás, Lantier había conquistado aquel rincón. La tienda y la tendera entraban en el trato. Acahaba de comerse una planchadora; actualmente, estaba mascando una planchadora; y si tras de ella venían á establecerse en la tienda merceras, papeleras, modistas, tenía mandíbulas para tragárselas á todas.

No; jamás se ha visto á otro hombre revolcándose,

L'Assommoir—Tomo II—10

así en el azúcar. Lantier había sabido elegir perfectamente, aconsejando á Virginia el comercio de golosinas: Era demasiado provenzal para no adorar los dulces, es decir, que hubiera vivido únicamente de pastillas, bolas de goma, confites y chocolate.

Las almendras azucaradas, sobre todo, le hacían salir una espumilla en los labios [de tal modo le cosquilleaban la garganta! Desde hacía un año, sólo vivía de dulces. Abría los cajones y se despachaba á su gusto, cuando Virginia le dejaba solo rogándole que vigilase la tienda.

A menudo, conversando, en presencia de cuatro ó cinco personas, levantaba la tapadera de un bocal del mostrador, metía mano en él y sacaba algo que masticar; el bocal quedaba abierto y acababa por vaciarse. Nadie reparaba en ello, que, según decía él, era una manía. Además, había inventado un catarro perpetuo, una irritación de la garganta, que era preciso suavizar.

Seguía sin trabajar, combinando planes cada vez más considerables; á la sazón, acariciaba una invención soberbia; el sombrero-paraguas, un sombrero que se transformaba puesto en la cabeza en un paraguas colosal, á las primeras gotas de un chubasco. Y le prometía á Poisson la mitad de los beneficios, pidiéndole prestadas, de paso, partiditas de veinte francos para hacer ensayos.

Entre tanto, la tienda se iba fundiendo sobre su lengua; todas las mercancías pasaban por ella, incluso los cigarros de chocolate y las pipas de caramelo encarnado. Cuando saturado de golosinas y lleno de ternura se regalaba con una caricia de la patrona en algún rincón, ésta le encontraba azucarado y con los labios como almendras confitadas. ¡Verdaderamente daba gusto besarle! ¡estaba hecho una miel! Los Boche decían que le bastaba á Lantier meter un dedo en su café, para ponerlo como jarabe.

Lantier, enternecido por estos postres continuos, manifestábase paternal con Gervasia. Le daba consejos y la reñía por su holgazanería. ¡Qué diablos! ¡una mujer á su edad debía saber salirse de apuros! Y la acusaba de haber sido siempre glotona.

Empero como es preciso tender la mano á las personas, aun cuando no lo merezcan, procuraba proporcionarle algunas faenas. Así, pues, decidió á Virginia á que hiciese ir á Gervasia una vez á la semana para fregar la tienda y las habitaciones; la lejía ya la conocía, y cada vez ganaba treinta sueldos.

Llegaba Gervasia el sábado por la mañana con un cubo de agua y su cepillo, sin que se advirtiese en ella el más mínimo sufrimiento por tener que hacer una operación tan humillante y sucia, la operación de las fregatrices, en aquella casa donde había reinado como hermosa patrona rubia. Era aquello el último aplastamiento, la conclusión de su orgullo.

Un sábado hubo de tomarse no poco trabajo. Había llovido por espacio de tres días; los pies de los parroquianos parecía que habían dejado en la tienda todo el lodo del barrio.

Virginia estaba en el mostrador, desempeñando su papel de señora, muy bien peinada, con un cuellecito y mangas de encaje. A su lado, sentado en el angosto banquillo de terciopelo encarnado, pavoneábase Lantier, como quien está en su casa, absolutamente como el verdadero dueño de la tienda; y metía negligentemente la mano en un bocal de pastillas de menta para no perder la costumbre de masticar azúcar.

—¡Oiga usted, señora Coupeau!—gritó Virginia; que seguía con la vista y mordiéndose los labios, el trabajo de la fregatriz;—¿no ve usted que se deja toda la porquería allí bajo, en aquel rincón? ¡restrígue usted eso un poco mejor!

Gervasia obedeció. Volvió al rincón aquel y principió á fregar de nuevo. Arrodillada en el suelo, en medio del agua sucia, se doblaba por el espinazo, con los hombros salientes y los brazos amarotados y rígidos. Su vieja falda empapada de agua, se le pegaba á las nalgas. Y sobre aquel piso parecía un montón de basura, despeinada y enseñando á través de los agujeros de su chambra la hinchazón de su cuerpo, un desbordamiento de carnes blandas que viajaban, rodaban y saltaban, á impulso de las rudas sacudidas de su faena, sudando de tal modo, que de su inundado rostro manaban gruesas gotas.

—Cuanto más aceite de codo se emplea, más reluce el piso—dijo sentenciosamente Lantier, con la boca llena de pastillas.

Virginia, repantigada con aire de princesa y entornados los ojos, seguía vigilando el fregado y soltando observaciones:

—Un poco más a la derecha... Ahora mucho cuidado con el entarimado... El último sábado no quedé satisfecha... Las manchas permanecieron sin lavar...

Y ambos a dos, el sombrerero y la tendera, se acomodaron mejor todavía en sus asientos como sobre un trono, mientras que Gervasia se arrastraba á sus pies, entre el negro fango. Virginia debía gozar mucho, pues sus ojos de gata dejaron brillar por un momento amarillas chispas, y miró á Lantier, sonriendo ligeramente. ¡Al fin aquello la vengaba de la antigua azotaina del lavadero, cuyo recuerdo había conservado siempre sobre la conciencia!

Entre tanto, cada vez que Gervasia cesaba de fregar, salía de la trastienda el ruido de una sierrecita. A través de la puerta abierta se veía, destacándose sobre la pálida claridad del patio, el perfil de Poisson, que aquel día estaba libre de servicio y aprovechaba sus ocios para consagrarse á su afición á hacer cajitas. Estaba sentado delante de una mesa y con extraordinario cuidado cortaba arabescos en la madera de una caja de cigarros.

—¡Oid, Badingue!—gritó Lantier, que había vuelto á darle este apodo en prueba de amistad;—reclamo esa caja para regalarla á una señorita.

Virginia le pellizcó; pero el sombrerero, galantemente y sin dejar de sonreír, le devolvió bien por mal, haciéndole un mimito á lo largo de la rodilla, por debajo del mostrador; y retiró su mano con la mayor naturalidad cuando el marido levantó la cabeza, mostrando su perilla y sus bigotes rojos, erizados en su terrosa faz.

—Precisamente—dijo el municipal,—trabajaba para vos, Augusto, á fin de ofreceros un recuerdo de amistad.

—¡Ah! ¡demonche! ¡siendo así, conservaré vuestra cajita!—repuso Lantier riendo;—y me la colgaré con

una cinta al cuello.

Después, repentinamente y como si esta idea despertase otra en su imaginación:

—¡A propósito!—exclamó,—¡anoche encontré á Naná!

De golpe, la emoción de esta noticia sentó á Gervasia en medio del charco de agua sucia que llenaba la tienda. Y se quedó, sudorosa, sofocada y con el cepillo en la mano.

—¡Ah!—murmuró sencillamente.

—Sí; bajaba yo por la calle des Martyrs, mirando á una muchacha que se contoneaba del brazo de un viejo, delante, y me dije: Ese culo no me es desconocido... Entonces apreté el paso y me encontré de manos á boca con mi querida Naná... ¡No hay que tenerle lástima, pues parece muy dichosa; llevaba un bonito vestido de lana, una cruz de oro en el cuello, y por remate, un aire picaresco!

—¡Ah!—repitió Gervasia con más sorna.

Lantier, que había dado fin á las pastillas, tomó un caramelo de otro bocal.

—¡Pero tiene un vicio esa niña!—continuó.—Figúraos que me hizo seña de que la siguiera, con un aplomo colosal. Después, se llevó á su viejo no sé dónde, á un café tal vez... ¡Oh! ¡estupendo, piramidal, el tal vejete!... Y luego vino Naná á buscarme á un portal... ¡una verdadera culebrilla! ¡bonita, coleando y lamiéndole á uno, como una perrilla!... Sí; me besó y me preguntó por todos... Me alegró mucho verla...

—¡Ah!—dijo Gervasia por tercera vez.

Y permanecía inmóvil, esperando saber si á su hija no se le había ocurrido ni una sola palabra para su madre. En medio de aquel silencio se oía de nuevo la sierrecita de Poisson. Lantier, alegre, chupaba rápidamente su caramelo, produciendo con los labios un silbido particular.

—¡Pues bien! yo, si la viese, pasaría á la otra acera—exclamó Virginia, que acababa de pellizcar otra vez el sombrerero con mano feroz.—Sí; vergüenza me daría que una de esas zorras me saludase delante de la gente... No lo digo porque estéis delante, señora Coupeau; pero vuestra hija es una verdadera golfa. Poisson

recoge todos los días por la calle algunas que valen más.

Gervasia no decía nada, ni se movía, fijas sus miradas en el vacío. Acabó por menear lentamente la cabeza como para responder á sus propios pensamientos, mientras que el sombrerero, con su aspecto goloso, murmuraba:

—De esa clase de golfas no falta quien se daría muy á gusto una indigestión... Es tierna como un pollo...

Pero la tenderá le miró con aspecto tan furibundo, que hubo de callarse y aplacarla con una caricia. Acechando al municipal, observó que tenía la cabeza inclinada sobre su tarea y aprovechó la ocasión para pasar su caramelo á la boca de Virginia. Esta, entonces, sonrióse complacida. Y después hizo recaer su cólera contra la fregona:

—¡Ea! ¡daos prisa! Poco adelantará la faena si os estáis ahí como un mojon. ¡Vaya! ¡moveos! ¡que no tengo ganas de patear en el agua hasta la noche!

Y añadió en voz baja, con maligna intención:

—¡Acaso tengo yo la culpa de que su hija haga de puta!

Gervasia no la oyó, sin duda. Se había puesto á restregar el suelo, doblada por el espinazo, aplastada contra el suelo y arrastrándose con movimientos de rana entumecida. Con ambas manos crispadas sobre la madera del cepillo, empujaba delante de ella una ola negra, cuyas salpicaduras la manchaban de fango hasta los cabellos. No le faltaba ya sino enjugar, después de haber barrido las aguas sucias al arroyo.

Entretanto y al cabo de un silencio, Lantier, que se aburría, dijo en alta voz:

—¿Sabéis, Badingue, que ayer ví á vuestro amo en la calle de Rivoli? ¡Qué cascado está! ¡no dura ni seis meses! ¡qué demonchel! ¡con la vida que lleva!

Hablaba del emperador. Y el municipal respondió secamente, sin alzar los ojos:

—Si fueseis vos gobierno, no estaríais tan gordo.

—¡Oh! querido mío, si yo fuese gobierno—repuso el sombrerero afectando una brusca gravedad, las cosas irían algo mejor, os lo juro... Por ejemplo, su

política exterior debe hacerle sudar, desde algún tiempo acá. Yo, por mi parte, si conociese algún periodista, para inspirarle mis ideas...

Animábase, y como había concluido de mascar su caramelo, abrió un cajón y cogió unos cuantos pedacitos de pasta de malvavisco, que empezó á mascar, gesticulando al mismo tiempo:

—Es muy sencillo... Ante todo, reconstituiría la Polonia, estableciendo un gran estado escandinavo que mantendría en respeto al gigante del Norte... Después formaría una república con todos los pequeños estados alemanes. En cuanto á Inglaterra, no da mucho que temer; si se moviese, enviaría cien mil hombres á la India... Añadid á eso que, con el báculo al hombro, volvería á plantar al Gran turco en la Meca y al Papa á Jerusalem... ¿Qué tal? Así la Europa se vería pronto limpia. ¡Mirad, Badingue! ¡mirad un momento!

Y se interrumpió para coger un puñado de cinco ó seis pedazos de pasta de malvavisco:

—¡Pues bien! ¡tanto tiempo emplearía yo en hacerlo, como necesito para tragarme esto!

E iba echando, uno tras de otro, en su boca abierta, los pedazos de pasta.

—El emperador tiene otro plan—dijo el municipal al cabo de dos minutos largos de reflexión.

—¡Quitad allá!—repuso violentamente el sombrerero.—¡Ya se conoce su plan! La Europa se burla de nosotros... ¡Cada día los lacayos de las Tullerías recogen á vuestro amo de debajo de la mesa entre dos marranas de alto rango!

Poisson se puso en pie, y adelantándose con la mano sobre el pecho, dijo:

—Me ofendéis, Augusto. Discutid sin entrar en personalidades.

Virginia entonces intervino, rogándoles que la desajasen en paz. A la Europa se la pasaba por el trasero. ¿Cómo era posible que dos hombres, que todo lo demás lo compartían, hubiesen de querellarse continuamente sobre política? Ambos á dos mascullaron, por un momento, frases sordas. Después, el municipal, para demostrar que no le guardaba el más mínimo rencor, trajo la tapadera de la cajita que acababa de terminar,

sobre la cual se leía en letras embutidas: «A Augusto, recuerdo de amistad.» Lantier, muy hueco, se volvió y se tendió de tal modo que casi estaba encima de Virginia. Y el marido contemplaba aquello, con su rostro de tapia vieja, en el cual sus turbios ojos ninguna expresión tenían; pero los pelos rojos de su bigote movíanse por sí solos, de vez en cuando y de un modo tan significativo, que hubiera podido inquietar á un hombre menos seguro de su posición que el sombrerero.

Este animal de Lantier tenía esa tranquila imprudencia que tanto agradaba á las mujeres. Viendo que Poisson volvía la espalda, se le ocurrió la chusca idea de dar un beso sobre el ojo izquierdo á la señora Poisson. Ordinariamente, observaba una prudencia socarrona; pero, cuando acababa de disputar de política lo arriesgaba todo con objeto de quedar triunfante sobre la mujer. Aquellas caricias golosas, robadas descaradamente á espaldas del municipal, le vengaban del Imperio. Sin embargo, á la sazón olvidó la presencia de Gervasia.

Esta acababa de secar y enjugar la tienda y permanecía en pie cerca del mostrador esperando que le diesen sus treinta sueldos. Aquel beso en el ojo la dejó muy tranquila, como cosa natural, en la que no había de meterse. Virginia pareció algo confusa y arrojó los treinta sueldos sobre el mostrador, delante de Gervasia; mas ésta no se movía, como si esperase todavía algo, derrengada aún por el fregado, mojada y fea como un perro al salir de una alcantarilla.

—¿Conque no os dijo nada?—preguntó por fin al sombrerero.

—¿Quién?—exclamó éste.—¡Ah! ¡sí, Naná!... ¡No! ¡ni una palabra más! ¡La brivona tiene una boca! ¡un verdadero cestillo de fresas!

Y Gervasia se marchó con sus treinta sueldos en la mano. Sus chancas descalcañadas escupían mugre, pareciendo verdaderos zapatos de música que tocaban una sonata, dejando sobre la acera las mojadas huellas de sus anchas suelas.

En el barrio, las borrachas como ella referían que bebía para consolarse de la voltereta de su hija. Ella

misma, cuando echaba al colete su vaso de aguardiente junto al mostrador, adoptaba un aspecto dramático y se colaba el líquido en el estómago, deseando reventar con él. Y los días que volvía á casa, hecha una cuba, tartamudeaba que lo hacía para matar sus penas. Pero las gentes honradas encogíanse de hombros; conocido tenían ese sistema de achacar á las penas los excesos de la «pimienta de taberna»; en todo caso, aquello debía llamarse «penas embotelladas». No cabía duda de que, en un principio, no había digerido la fuga de Naná.

La poca honradez que le quedaba, se rebelaba en ella; además, generalmente, á ninguna madre le agrada que su hija, precisamente en aquel momento, se esté haciendo tutear por el primer advenedizo.

Pero estaba ya demasiado embrutecida, enferma su cabeza y chafado su corazón; para conservar largo tiempo esta vergüenza. En ella, estas cosas entraban y salían luego. Pasaba muy fácilmente ocho días sin acordarse de su rapaza; y de repente le asaltaba un sentimiento de ternura ó de cólera, á veces en ayunas y otras con la barriga llena, un furioso deseo de agarrar á Naná en cierto sitio, donde tal vez la hubiera besado, ó tal vez la hubiera molido á golpes, según el impulso de aquel momento. Concluía por no tener una idea clara de la honradez. Sólo que Naná era suya ¿verdad? pues cuando se tiene una propiedad á nadie le agrada verla evaporarse.

Entonces, cuando le asaltaban estas ideas, andaba Gervasia mirando por las calles con ojos de gendarme. ¡Ah! ¡si hubiese encontrado á su cochina hija, con qué ganas no se la habría llevado á casa! Aquel año estaban transformando el barrio. Abrían el bulevar Magenta y el bulevar Ornano, derribando la antigua barrera Poissonnières y cruzando el bulevar exterior. Aquello estaba desconocido. Todo un lado de la calle des Poissonnières yacía por el suelo.

Desde la calle de la Goutte d'Or velase un gran claro, dotado ampliamente de sol y de aire libre; y en lugar de las casuchas que antes tapaban la vista por aquel lado, levantábase sobre el bulevar Ornano un verdadero monumento, una casa de seis pisos, esculpida como

una iglesia y cuyas ventanas claras ornadas de bordados cortinajes, anunciaban la riqueza. Aquella casa, completamente blanca, situada precisamente en frente de la calle, parecía iluminarla con una ráfaga de luz; y hasta servía diariamente de tema de disputas entre Lantier y Poisson.

El sombrerero era inagotable tratándose de las demoliciones de París; acusaba al emperador de que por todas partes ponía palacios para arrojar á los obreros á provincias; y el municipal, pálido por una fría cólera, contestaba que, muy al contrario, el emperador se preocupaba preferentemente de los obreros y que á ser preciso arrasaría París, con el solo objeto de proporcionarles trabajo. Gertrudis, por su parte, mostrábase fastidiada por aquellos embellecimientos que le destruían el negro rincón del arrabal á que se había acostumbrado. Su aburrimiento nacía, precisamente, de que el barrio se adornaba en el momento mismo en que ella tocaba al fin de su ruina.

A nadie le gusta, cuando se halla en el fango, recibir de plano un rayo de sol en la cabeza. Así, pues, los días en que andaba buscando á Naná, rabiaba al verse obligada á saltar por entre los materiales, á chapotear á lo largo de las aceras en construcción y á tropezar contra las empalizadas. La hermosa edificación del bulevar Ornaño la sacaba de sus casillas. Edificios semejantes eran para putas como Naná.

Entre tanto, había recibido varias veces noticias de la chica. Nunca faltan almas caritativas que se apresuran á dar las malas nuevas. Sí; habíanle contado que su hija acababa de dar pasaporte á su viejo, acción propia de muchachas sin experiencia. Estaba perfectamente en casa de aquel viejo, mimada, adorada y hasta libre, si hubiese sabido arreglarse. Pero la juventud es necia. Probablemente se había largado con algún lindo mozo, pero no se sabía con exactitud. Lo que sí parecía cierto era que, una tarde, en la plaza de la Bastilla, le pidió á su viejo tres sueldos para evacuar una urgente necesidad y que el viejo todavía la estaba esperando. Entre las gentes de alto rango se llama á esto: mear á la inglesa. Otras personas juraban haberla visto después, bailando un «chahut» en el

«Grand Salón de la Folie», calle de la Chapelle. Y desde entonces ocurriósele á Gervasia la idea de frecuentar los bailes públicos del barrio. No pasaba por la puerta de un baile, sin entrar en él. Coupeau la acompañaba. Al principio limitábase á dar una vuelta por los salones, contemplando á las arrastradas que por allí se zarandeaban. Después, una noche que tenían dinero, se sentaron y bebieron una ponchera de vino á la francesa para refrescar y esperar á ver si iría Naná. Al cabo de un mes, sin preocuparse ya de la rapaza, concurrían á los bailes por su gusto, divirtiéndoles en extremo ver bailar. Por espacio de horas enteras, sin despegar los labios, permanecían de codos sobre la mesa, atontados en medio de la trepidación del suelo, gozando en seguir con sus ojos pálidos las contorsiones de aquellas zorras de arrabal, en medio de la sofocación y de la rojiza claridad de la sala.

Precisamente, una noche de noviembre, entraron en el «Grand Salón de la Folie» para calentarse. En la calle, un helado vientecillo cortaba las caras de los transeúntes. Pero la sala estaba repleta. Había allí un bullicio endemoniado, gente en todas las mesas, gente en el centro y gente en el aire; un verdadero almacén de salchichero; sí, los aficionados á los «callos al estilo de Caen» (1), podían regalarle. Después de haber dado un par de vueltas sin encontrar donde sentarse, tomaron la resolución de permanecer en pie, esperando á que algunos se levantaran y dejasen sitio. Coupeau se columpiaba sobre sus pies, con su blusa sucia y su vieja gorra de paño sin visera, echada atrás. Y mientras así obstruía el paso, vió que un jovencillo delgado se limpiaba la manga del gabán, después de haberle dado un codazo.

—¡Oiga usted!—gritó furioso, sacando su pipa de su negra boca;—¿no sabía usted decir que le dispensasen?... ¡Y todavía parece que le da asco que uno lleve blusa!

El jovencillo se volvió, mirando de arriba abajo al plomero, el cual continuaba:

—¡Sabe tú, don Nadie, que la blusa es el traje más

(1) Alusión á los pechos blandos y voluminosos. (N. del T.)

digno, ¡sí! el uniforme del trabajo!... ¡Ya te limpiaré yo, si quieres, con un par de cachetes!... ¡Habráse visto maricones semejantes... insultar al obrero!

Gervasia procuraba, en vano, calmarle. El se exhibía en sus harapos y golpeaba sobre su blusa gritando: —¡Aquí, aquí dentro hay un pecho de hombre!

Entonces el jovencillo desapareció entre la muchedumbre, murmurando:

—¡Valiente bruto!

Coupeau quería alcanzarle. ¡Dejarse insultar él por un gabán! ¡tal vez aquél no estaba pagado siquiera! ¡un disfraz de lance para conquistar á una mujer sin soltar un céntimo! Si volvía á dar con él, le obligaría á ponerse de rodillas y saludar á la blusa. Pero las apreturas eran demasiado grandes y no se podía dar un paso. Gervasia y él, llevados como quien dice por el oleaje de la gente, iban dando lentas vueltas alrededor de los que bailaban; una triple fila de curiosos se agolpaban, con los rostros encendidos, cuando algún danzante se lucía ó cuando alguna señora levantando la pierna lo enseñaba todo; y como los dos eran bajos, empinábanse sobre las puntas de los pies, para ver algo, aunque no fuese más que los moños y los sombreros que saltaban. La orquesta, compuesta de instrumentos de cobre cascados ya, tocaba furiosamente un rigodón, una tempestad que hacía retremblar la sala, en tanto que los danzantes, golpeando con los pies, levantaban una nube de polvo que enturbiaba los reflejos de las luces de gas. El calor era intolerable.

—¡Mira!—exclamó de repente Gervasia.

—¿Qué hay?

—¡Aquel sombrero de terciopelo, allá abajo!

Empináronse más mirando á la izquierda hacia un viejo sombrero de terciopelo negro, en el que se balanceaban dos estropeadas plumas; un verdadero plumero de coche fúnebre. Pero no alcanzaban á ver más que el dichoso sombrero, danzando un «chahut» de mil demonios, haciendo cabriolas, remolinos, hundiéndose y saltando. Perdíanlo de vista un momento por entre aquella rabiosa baráunda de cabezas y lo volvían á encontrar, columpiándose por encima de los otros, con un descaro tan gracioso, que las personas que estaban

cerca de ellos se enardecían con sólo ver bailar aquel sombrero, sin saber lo que debajo se ocultaba.

—¿Y qué?—preguntó Coupeau.

—¿No conoces aquel moño?—murmuró Gervasia, medio ahogada.—¡Que me corten la cabeza si no es ella!

De un empujón, separó el plomero la muchedumbre. ¡Rayos de Dios! ¡Sí; era Naná! ¡Y qué lindo traje! No tenía sobre el trasero más que un viejo vestido de seda, todo manchado de arrastrarse por las mesas de los cafetines y cuyos volantes descosidos caían por todos lados. Además, iba á cuerpo, sin un pedazo de chal en los hombros, mostrando el corpiño desnudo con los ojales destrozados. ¡Y pensar que esta arrastrada había tenido un viejo que por ella se desvivía, y, sin embargo, le había abandonado para degradarse de tal modo, sin duda con algún chulo que quizás la zurraría! A pesar de ello, manteníase fresca y apetitosa, desmelenada como un perrito de aguas y mostrando su boquita de rosa, debajo de su estupendo y ruin sombrero.

—¡Espera, voy á hacerla bailar!—repuso Coupeau.

Naná, como es natural, nada sospechaba. Zarandeábase, que no había más que ver. Y allá iban meneos de trasero á izquierda y á derecha, cortesías que la doblaban por el espinazo, puntapiés dirigidos al rostro de su pareja, como si la moza hubiese de rajarse por la mitad, formábase un círculo, la aplaudían; y lanzada ya, recogía sus faldas, remangándolas hasta las rodillas, agitada por el movimiento de «chahut», azotada y girando semejante á una peonza, inclinándose hacia el suelo en arranques que la aplastaban y volviendo luego á ejecutar una dancita modesta, con un balanceo de caderas y de pecho, de un «chica» despampanante. Era cosa de cogerla, llevársela á un rincón y comérsela á caricias.

Entre tanto Coupeau, cayendo como una bomba en mitad de la pastorela, y deshaciendo la figura; no sin gran encono de los mirones:

—¡Os digo que es mi hija!—gritaba;—¡dejadme pasar!

Precisamente Naná andaba hacia atrás, barriendo el suelo con sus faldas, arqueando el trasero y dando

pequeñas sacudidas, para que el menefío tuviese más gracia. En el mismo instante recibió un soberbio puntapié, exactamente en buen sitio; enderezóse y se puso pálida al reconocer á su padre y á su madre. ¡Qué mala sombra!

—¡A la calle!—gritaban los bailadores.

Peró Coupeau, que acababa de reconocer en la pareja de su hija al jovencillo delgado del gabán, no hacía caso de nadie.

—¡Sí, somos nosotros!—vociferaba.—¡Qué tal! ¿no nos esperabas?... ¡Ah! por fin te encontramos aquí, y con un boquirrubio que me acaba de faltar al respeto!

Gervasia, apretando los dientes, le empujó diciendo:

—¡Cállate!... ¡No son menester tantas explicaciones!

Y adelantándose le dió á Naná un par de bofetadas que ni de encargo. La primera le ladeó el sombrero de plumas y la segunda dejó una huella roja en su mejilla blanca como la nieve. Naná, estupefacta, las recibió sin llorar, sin rebelarse. Y la orquesta continuaba y la gente enojada repetía violentamente:

—¡A la calle! ¡á la calle!

—¡Ea, echa á andar!—repuso Gervasia;—¡vé adelante, y no intentes escaparte, porque te hago dormir en la cárcel!

El jovencillo delgado se había escurrido prudentemente.

Entonces Naná echó á andar delante, muy tiesa, aturdida todavía por su mala sombra. Si acaso detenía un momento el paso, como pareciendo resistirse, un pescozón recibido por la espalda la hacía caminar en derechura á la puerta. Y así salieron los tres, en medio de las hefas y de las rechiflas de los concurrentes; en tanto que la orquesta daba fin á la pastorela, con tal estrépito, que parecía que los trombones escupiesen balas.

La antigua vida empezó de nuevo. Naná, después de haber dormido doce horas en su antiguo gabinete, mostróse muy amable durante una semana.

Se había apanado un modesto vestido y llevaba un gorrito cuyas cintas ataba debajo de su moño. Hasta, poseída de un buen arranque, declaró que quería trabajar en casa; una podía ganar en casa cuanto quería

sin tener que escuchar las indecencias del taller; buscó trabajo, se instaló junto á una mesa con sus herramientas, levantándose á las cinco de la mañana, los primeros días, para arrollar sus rabos de violetas. Pero cuando hubo entregado algunas gruesas se despe rezó ante la labor, atacadas sus manos de calambres, pues había perdido la costumbre de hacer rabos y se ahogaba en aquel encierro después de haber vivido tan al aire libre durante seis meses. Entonces el puchero de cola se secó, los pétalos y el papel verde se mancharon de grasa, y el maestro tuvo que acudir tres veces en persona, promoviendo altercados y reclamando sus perdidos materiales. Naná arrastraba aquella vida, embolsando siempre pescozones de su padre y agarrándose con su madre día y noche, reyertas en que las dos se lanzaban á la cara las mayores abominaciones.

Aquello no podía durar: á los doce días la moza se largó, llevándose por todo equipaje su modesto vestido puesto y su gorrito en la cabeza. Los Lorilleux, á quienes la vuelta y el arrepentimiento de la chica habían contrariado, estuvieron á pique de tenderse patas arriba; revolcándose de risa. ¡Segunda representación, eclipse número dos; señoritas para «Saint Lázare» (1), al coche! ¡No, aquello era demasiado cómico! ¡tenía tal «chic» Naná en eso de tomar soleta! ¡ah! ¡si los Coupeau querían guardarla en lo sucesivo, no tendrían más remedio que comérsela ó meterla en una jaula.

Los Coupeau, delante de la gente, fingían estar muy tranquilos. En el fondo rabiaban. Pero como la cólera sólo dura poco tiempo, no tardaron en saber con la mayor indiferencia que Naná «hacía señores» por el barrio. Gervasia, que la acusaba de que obraba así para deshonrarles, se sobreponía á las hablillas, diciendo que aun cuando tropezase por la calle con la muy bribona, ni siquiera se ensuciaría la mano dándole un bofetón; sí, aquello había concluido, y si un día la encontraba muriéndose en cueros sobre el arroyo, pasaría de largo; sin decir que aquel «camello» había salido de sus entrañas.

(1) Cárcel de mujeres.

Naná animaba todos los bailes de los alrededores. Conocíala desde la «Reine Blanche» hasta el «Grand Salón de la Folie». Cuando entraba en el «Elysée Montmartre», los concurrentes se subían á las mesas para verla bailar, en la pastorela el «pasito del cangrejo». Como ya por dos veces la habían expulsado del «Chateau Rouge», solía pasar por delante de la puerta, esperando á alguno de sus conocidos. La «Boule Noire», en el bulevar y el «Grad Turc», calle des Poissonnieres, eran salones distinguidos, á los que sólo concurría cuando tenía la ropa limpia. Pero de todos los bailes del barrio prefería el «Bal de l'Ermitage», que estaba en un húmedo patio y el «Bal Robert», del callejón sin salida de Cadran, dos infectos saloncitos alumbrados por media docena de quinqués, regentados con tal «sans façon», que los concurrentes, caballeros y damas, podían besarse, abrazarse, sin que nadie les molestara. Y Naná tenía sus altas y sus bajas, verdaderas mutaciones de magia, ora equipada como una mujer «chic» y ora barriendo el lodo como una fregona. ¡Ah! ¡qué vida la suya!

Muchas veces los Coupeau creyeron ver á su hija en sitios no muy limpios; pero volvían las espaldas y se largaban á otro punto para no verse obligados á reconocerla. Ya no estaban de humor para que todo el público de un baile se mofase de ellos por querer llevarse consigo á semejante golfa. Empero, una noche, á cosa de las diez, y cuando se iban á la cama, oyeron golpes en la puerta.

Era Naná que, con la mayor tranquilidad del mundo venía á pedir sitio para acostarse; y en qué estado; ¡Dios misericordioso! con la cabeza descubierta, un vestido hecho girones, botinas descalcañadas, traje á propósito para que la recogiese la policía y la condujese al depósito. Como era natural, recibió una paliza; después, se abalanzó vorazmente sobre un mendrugo de pan seco y se durmió, derrengada, con el último bocado entre los dientes. Entonces continuó del mismo modo esta vida. Cuando la chica se veía algo arregladilla de ropa, se evaporaba de la noche á la mañana ¡como si no la viera, ni conociera! el pájaro había volado.

Transcurrieron semanas y meses y ya la creían perdida, cuando reaparecía de repente, sin decir nunca de dónde venía, á veces tan sucia, que ni con tenazas se la podía coger y arañado todo su cuerpo de arriba abajo; otras, bien vestida, pero tan lánguida y extenuada por la mala vida, que ni podía tenerse en pie. Sus padres acabaron por acostumbrarse. Las palizas de nada servían. Hasta llegaron á patearla, sin lograr impedir que la chica tomase su casa por una posada, donde la dejaban dormir una vez á la semana. Sabía que su cama le costaba una paliza; echaba sus cuentas y se presentaba á recibir la paliza, si con ello salía gananciosa. Al fin y al cabo, también cansa el pegar. Los Coupeau acabaron por transigir con las correrías de Naná. Que volviese ó que no volviese, con tal de que no dejase abierta la puerta, bastaba. ¡Dios mío! la costumbre gasta la honradez, como cualquier otra cosa.

Una sola circunstancia sacaba á Gervasia de sus casillas, y era ver llegar á su hija con vestidos de cola y sombrero adornado de plumas. No; aquel lujo no lo podía tragar. Que Naná putease, si quería, enhorabuena; pero que, á lo menos, cuando iba á casa de su madre, se vistiese como una obrera debe vestir. Los vestidos de cola ponían en conmoción á toda la casa; los Lorilleux se mofaban; Lantier, muy excitado, daba vueltas alrededor de la chica, para aspirar su buen olor; los Boche habían prohibido á Paulina que alternase con aquella ramera adornada de oropeles.

Y Gervasia se enfadaba también de los sueños pesados de Naná, cuando después de una de sus escapatorias dormía hasta el medio día, despechugada, con el moño deshecho y lleno todavía de horquillas y tan pálida, y con una respiración tan corta, que parecía una difunta. La sacudía cinco ó seis veces durante la mañana, amenazándola con echarle un puchero de agua en la barriga. Aquella hermosa muchacha holgazana, medio desnuda, llena de vicio, durmiendo de aquel modo, el amor de que sus carnes parecían repletas, sin casi poderse despertar, la exasperaba. Naná abría

un ojo, lo volvía á cerrar y se extendía más y mejor.

Un día que Gervasia le censuraba duramente aquella vida y le preguntaba si alternaba con los pantalones rojos (1), pues venía cascada en tal extremo, llevó á cabo su amenaza salpicándole el cuerpo con su mojada mano. La chica, furiosa, se envolvió en la sábana, gritando:

—¡Basta ya! ¿lo oyes? ¡mamá! Valdrá más que no hablemos de hombres. Tú has hecho lo que has querido y yo hago lo que se me antoja.

—¿Cómo? ¿cómo?—tartamudeó la madre.

—Sí, nunca te he hablado de estas cosas, porque no me importaba; pero tú no te reprimías mucho; á menudo te he visto abajo, pasearte en camisa cuando papá roncaba... Esto ya á ti no te agrada, pero agrada á los demás. ¡Déjame en paz! ¡más valía que no me hubieras dado el ejemplo!

Gervasia se quedó pálida, con las manos temblorosas, dando vueltas á uno y otro lado, sin saber lo igual.— 68

que hacía, mientras Naná, tendida boca abajo y apretando la almohada entre sus brazos, se sumía de nuevo en la modorra de su sueño de plomo.

Coupeau gruñía, sin ocurrírsele ya la idea de largarle unos cuantos pescozones; perdía la chaveta completamente. Y en verdad, no podía tachársele de padre inmoral, pues la bebida le quitaba la conciencia del mal y del bien.

Ahora, ya se sabía, estaba borracho durante seis meses, recaía en sus ataques y volvía á «Sainte Anne»; ¡nada! ¡una excursión campestre! Los Lorilleux decían que el señor duque de «Retnerce-Tripas» se trasladaba á sus posesiones. A las pocas semanas, salía del manicomio, restaurado, claveteado de nuevo y de nuevo empezaba á demolerse, hasta el día en que una nueva recaída exigía una nueva restauración. En el espacio de tres años, entró de aquel modo siete veces en «Sainte Anne». El barrio decía que le tenían reservada su celda. Mas lo peor del caso era que aquel terco borrachón se cascaba cada vez más, por manera que,

(1) Con los soldados.

de recaída en recaída, podía preverse la cabriola final, el último crujido de aquel tonel enfermo, cuyos aros iban estallando uno tras otro.

A la vez, cada día se ponía más feo; ¡parecía un desenterrado! El veneno le minaba rudamente. Su cuerpo, saturado de alcohol, se encogía como los fetos conservados en los laboratorios, y tan delgado estaba que, cuando se ponía delante de una ventana, se veía la luz á través de sus costillas. Hundidas las mejillas, asquerosos los ojos, destilando cera suficiente para abastecer una catedral, sólo conservaba floreciente su nariz, hermosa y encarnada, semejante á un clavel, en mitad de su devastada faz. Los que sabían la edad que tenía, cuarenta años cumplidos, experimentaban un escalofrío al verle pasar encorvado, vacilante, viejo, como las calles.

Y el temblor de sus manos aumentaba; y sobre todo la derecha titilaba de tal modo, que algunos días veía-se obligado á coger el vaso con ambos puños para llevarlo á su boca. ¡Oh! ¡aquel endemoniado temblor era lo único que le impacientaba en medio de su embrutecimiento general! Oíasele gruñir injurias feroces contra sus manos. Otras veces se le veía, durante horas enteras, contemplando su bailoteo, mirándolas saltar como ranas, sin chistar, ni enfadarse, como si buscara qué mecanismo interior podía obligarlas á jugar de tal suerte; y una noche Gervasia le encontró de aquel modo y vió que por sus tostadas mejillas de borracho corrían dos gruesas lágrimas.

El último verano, durante el cual Naná arrastró hasta casa de sus padres los restos de sus noches, fué extraordinariamente malo para Coupeau. Su voz cambió por completo, como si el aguardiente hubiese puesto una música nueva en su garganta.

Quedó sordo de un oído. Después, en pocos días debilitóse su vista hasta tal extremo, que le era preciso agarrarse á la barandilla de la escalera para no bajarla rodando; en cuanto á su salud, «descansaba», como suele decirse. Sufrió dolores de cabeza abominables, vértigos que le hacían ver las estrellas. De repente acometíanle dolores agudos en los brazos y en las piernas; padecía, se veía obligado á sentarse

en una silla alelado; hasta, una vez, después de una de estas crisis, le quedó paralizado un brazo durante un día entero. Muchas veces tuvo que guardar cama; y apolotonábase, ocultándose debajo de la sábana, con el respirar fuerte y continuo de un animal enfermo. Entonces empezaban de nuevo las extravagancias de «Sainte Anne». Desconfiado, inquieto, torturado por una ardiente calentura, revolcábase en locos furores, destrozaba su blusa y mordía los muebles con su convulsa mandíbula; ó bien quedaba sumido en un gran enternecimiento, exhalando quejas de niña, sollozando y lamentándose de que nadie le amase. Una noche, Gervasia y Naná, que regresaban juntas, no le encontraron en su cama. En su lugar había acostado el almohadón. Y cuando le apercibieron, oculto entre la cama y la pared, le castañeteaban los dientes y decía que unos hombres iban á venir para asesinarle. Las dos mujeres hubieron de volverle á acostar, tranquilizándole como si fuera un niño.

Coupeau no conocía más que un remedio; echarse al colete su cuartillo de aguardiente, «el bastonazo en lo interior del estómago», como decía él, lo cual le permitía erguirse. Cada mañana curaba así su pituita. La memoria se había largado desde hacía largo tiempo, su cerebro estaba vacío; y apenas se veía en pie; mofábase de la enfermedad, diciendo que nunca había estado malo. Sí; había llegado al extremo de esos enfermos que, aun cuando se estén muriendo, dicen que están buenos. También disparataba sobre todo lo demás. Cuando Naná volvía, después de un paseito de seis semanas, se le figuraba que venía de hacer un recado en el barrio. A menudo, yendo Naná colgada del brazo de algún señor, encontraba á su padre y se le reía en las barbas, sin que su padre la reconociese. Para ella su padre ya no entraba en cuenta, y hasta se hubiera sentado sobre él, si no hubiese encontrado silla.

Al caer las primeras heladas, se afuyó Naná otra vez más, bajo el pretexto de ir á casa de la frutera á ver si tenía peras cocidas. Olfateaba el invierno y no quería pasarlo castañeteándole los dientes delante de la apagada estufa. Los Coupeau la calificaron sencilla-

mente de haragana, mientras esperaban las peras; sin duda confiaban que volvería, pues el invierno anterior, había empleado tres semanas para ir á buscar dos sueldos de tabaco. Pero transcurrieron los meses y la chica no parecía. Aquella vez debía haber emprendido un buen galope. Llegó junio y tampoco volvió con el sol. Decididamente, era inútil esperarla más; sin duda había encontrado pan tierno en alguna parte. Los Coupeau, un día de apuro, vendieron la cama de hierro de la moza por seis francos redondos, que se bebieron en Saint-Ouen. Aquella cama les estorbaba.

En julio, una mañana, llamó Virginia á Gervasia al pasar y le suplicó que fregase la vajilla, porque el día anterior Lantier había convidado á dos amigos á comer. Y mientras Gervasia fregaba los platos, unos platos llenos de grasa del banquete del sombrerero, éste, que todavía estaba haciendo la digestión en la tienda, exclamó de repente:

—¿No sabéis, madre de familia, que el otro día vi á Naná?

Virginia, sentada en el mostrador con aspecto receloso, enfrente de los bicales y de los cajones que se vaciaban, movió furiosamente la cabeza. Retenia su lengua para no hablar demasiado, porque aquello acababa por tenerla aturdida. Lantier veía muy á menudo á Naná. ¡Oh! no hubiera puesto ella sus manos en el fuego, pues el tunante era capaz de todo, cuando unas faldas se le metían en la cabeza. La señora Lerat, que acababa de entrar y que estaba en muy buenas relaciones á la sazón con Virginia, cuyas confianzas recibía, hizo una mueca llena de segunda intención, preguntando:

—¿En qué sentido la visteis?

—¡Oh! En el buen sentido—respondió el sombrerero, muy satisfecho, riendo y retorciéndose el bigote.—Iba en coche; yo chapoleaba en el arroyo... Os lo juro de veras... No hay que despreciarla, y los pollos que la tutean de cerca son enormemente dichosos.

Su mirada se había animado. Volvióse hacia Gervasia que estaba en pie, en el fondo de la tienda, enjugando un plato:

—Sí; iba en coche, y con un traje «chic... Yo no

la conocía, pues parecía una señora de alto rango, con sus blancos dientes y su palmito fresco como un ramillete... Ella fué la que me envió una sonrisa con su guante... ¡Creo que ha pescado un vizconde! ¡Oh! ¡ya está lanzada, y bien lanzada! (1) ¡Puede reirse de todos nosotros! ¡es afortunada como ella sola, esa mocosa!... ¡gatita adorable! ¡oh! ¡no podéis formaros una idea de semejante gatita!

Gervasia continuaba enjugando su plato, á pesar de que estaba limpio y reluciente, desde hacía gran rato. Virginia reflexionaba, atormentada por dos pagarés que no sabía cómo satisfacer al día siguiente, mientras que Lantier, gordo y famoso, sudando el azúcar de que se nutría, llenaba con su entusiasmo por los tiernos palmitos bien vestidos, la tienda de confitería fina, cuyas tres cuartas partes se habían comido, y donde empezaba á sentirse cierto olor de ruina. Si; ya no quedaban más que algunas almendras que roer y algunos caramelos que chupar para dar el traste con el comercio de los Poisson. De repente, divisó en la acera de enfrente al municipal, que estaba de servicio y que pasaba abotonado y con la espada azotando su pierna. Aquello le puso más alegre todavía. Y obligó á Virginia á mirar á su marido.

—¡Ah!—murmuró—buena testuz tiene esta mañana Badingue!... ¡Atención! ¡aprieta demasiado las nálgas! ¡sin duda se ha hecho poner un ojo de cristal en el culo para sorprender á las gentes!

Cuando Gervasia subió á su habitación, encontró á Coupeau sentado en el borde de la cama y sumido en el alelamiento de una de sus crisis. Estaba mirando al suelo, con sus apagados ojos. Entonces sentóse ella también en una silla, con los miembros quebrantados y las manos caídas á lo largo de su sucia falda. Y, por espacio de un cuarto de hora, permaneció enfrente de él, sin desplegar los labios.

—He tenido noticias—murmuró al fin.—Han visto á tu hija... ¡Sí, tu hija es muy «chica» y ya no necesita

(1) *Lançar á una mujer*: Exhibir y presentar á una mujer en el mundo de la alta galantería, lanzarla en el camino de la fortuna, hacerla de moda. (N. del T. tomada de *Riquad*.)

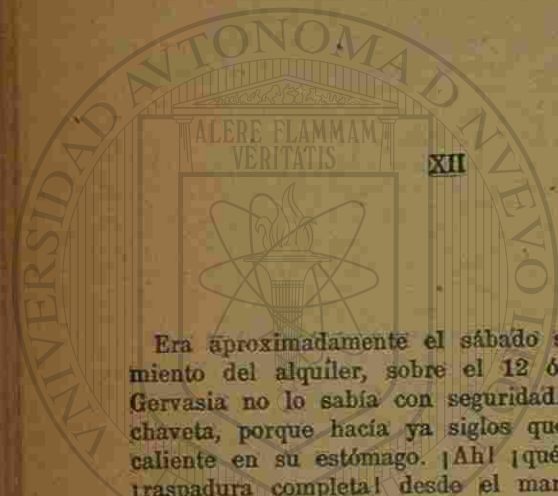
de tí!... ¡esa sí que es dichosa!... ¡Ah!... ¡Dios de Dios!... ¡cuánto no daría yo por estar en su lugar!

Coupeau seguía mirando al suelo. Después levantó su devastada faz y, con sonrisa de idiota, tartamudeó:

—Pues bien, cierva mía, no te detengas... Todavía puedes pasar, cuando te lavas... Y ya sabes el refrán de que «siempre hay un roto para un descosido...» ¡Demonche! ¡si eso pudiese «proporcionarnos manteca para las espinacas!» (1).

MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

(1) *Mejorar la situación, procurar un aumento de bienestar.* (Sabido es que las espinacas son enemigas mortales de la manteca.) (N. del T., tomada de *Larchery*.)



Era aproximadamente el sábado siguiente al vencimiento del alquiler, sobre el 12 ó el 13 de enero, Gervasia no lo sabía con seguridad. Iba perdiendo la chaveta, porque hacía ya siglos que no entraba cosa caliente en su estómago. ¡Ah! ¡qué infernal semana! ¡raspadura completa! desde el martes dos panes de cuatro libras habían durado hasta el jueves; después, un mendrugo seco encontrado el día antes; ¡y ni una migaja, desde hacía treinta y seis horas! Lo único que sabía era que sentía sobre ella el tiempo perro, el negro frío, un cielo embadurnado como fondo de estufa y preñado de nieve que se obstinaba en no caer. Cuando se tiene el invierno y el hambre en las tripas, ya puede uno estrecharse la cintura, pues son cosas que no engordan mucho ni poco.

Tal vez traería Coupeau por la noche algún dinero. Decía que trabajaba. Todo era posible ¿verdad? y Gervasia, aunque burlada no pocas veces, había acabado por contar con ese dinero. Después de los mil y un chismes que habían corrido tocante á ella, no encontraba ni un mal trapo que lavar en todo el barrio;

hasta una vieja señora, en cuya casa fregaba y hacía los recados, acababa de despedirla, diciéndole que se debía sus licores.

En ninguna parte la querían, estaba desacreditada, lo cual no la disgustaba, en el fondo, pues había llegado á ese extremo de embrutecimiento en que se prefiere reventar, que mover los diez dedos. Al fin y al cabo, si Coupeau llevaba su paga, comerían algo caliente. Y esperando, pues aún no habían dado las doce, permanecía tendida sobre el jergón, porque cuando uno se halla tendido siempre tiene menos frío y menos hambre.

Gervasia llamaba á aquello jergón; pero la verdad es que no pasaba de ser un montón de paja hacinado en un rincón. Paulatinamente, la cama se había ido largando á las prenderías del barrio. Primero, en los días de apuro, había empezado por descoser el colchón y sacar de él puñados de lana que, ocultos en su delantal, iba á vender á diez sueldos libra á la calle Belhomme. Después, cuando el colchón estuvo vacío, pulió la tela por treinta sueldos, cierta mañana, para regalarse con un café. Siguiéron después las almohadas y el almohadón. Quedaba todavía la madera de la cama, que no podía sacarla debajo del brazo á causa de los Boche, quienes habrían alborotado la casa al ver que desaparecía la garantía del propietario.

Y, sin embargo, una noche, ayudada por Coupeau, acechó á los Boche, que se disponían á cenar, y sacó la cama tranquilamente, pieza por pieza, los banquillos, las cabeceras y el tablero del fondo. Con los diez francos de esta limpia, guisaron durante tres días. ¿Acaso no les bastaba el jergón? Hasta la tela de éste fué á reunirse con la del colchón, y así concluyeron de comerse su lecho, dándose una indigestión de pan, después de un ayuno de veinticuatro horas. Recogían

la paja con un escobazo, quedando así hecha la cama, lo cual no era más sucio que otra cosa cualquiera.

Sobre el montón de paja, Gervasia, completamente vestida, manteníase como gatillo de fusil, encogidas las piernas bajo su andrajosa falda, por tener más calor. Y apelotonada, con los ojos abiertos de par en par, acudíanle ideas nada alegres. ¡Ah! ¡no! ¡voto á Dios! ¡no era posible continuar de aquel modo viviendo sin comer! No sentía hambre, pero sí un peso de plomo en el estómago, á la vez que su cabeza parecía estar vacía. ¡De seguro que los cuatro rincones de aquella zahurda no podían inspirarle asuntos joviales! Una verdadera perrera, á la sazón, donde los galguitos que andaban por la calle con manta no hubieran permanecido, ni en pintura. Sus ojos pálidos contemplaban las paredes desnudas. Desde hacía tiempo, se le había llevado todo «su tía». Quedaba la cómoda, la mesa y una silla; y aún así y todo, el mármol y los cajones de la cómoda se habían evaporado por el mismo camino que el armazón de la cama. Un incendio no hubiera podido dejar más limpio aquello.

Todos los pequeños adornos se habían fundido, empezando por la repetición, un reloj de doce francos y concluyendo por las fotografías de la familia, cuyos marcos compró una prendera, muy complaciente por cierto, á cuya casa había llevado Gervasia una cacerola, una plancha, un peine y que le largaba cinco sueldos, tres sueldos, dos sueldos, según la prenda, con los cuales podía llevar á casa un pedazo de pan. Sólo quedaban unas despabiladeras rotas, por las cuales la prendera se negaba á dar un sueldo. ¡Oh! ¡si hubiese sabido á quién poder vender las basuras, el polvo y la cazcarria, pronto hubiera podido poner una tienda, pues la habitación era un almacén de suciedad! No veía más que telarañas, aun cuando muy pocas para las cortaduras, no hay comerciante que las

pre. Entonces, trastornada la cabeza, desechando la esperanza de hacer negocio, se acurrucaba todavía más en su jergón, prefiriendo contemplar á través de la ventana el cielo cargado de nieve, una claridad triste que le helaba hasta la médula de los huesos!

¡Cuántos aburrimientos! ¿A qué meterse en tales reflexiones y calentarse la cabeza? ¡Si al menos hubiese podido dormirse! Pero su endemoniada zahurda le bullía en la cabeza.

El propietario señor Marescot había ido, la víspera, en persona, á decirles que los expulsaría si no le pagaban los dos plazos vencidos de alquiler, antes de ocho días. ¡Pues bien! ya podía expulsarlos; en verdad, ¡no se encontrarían peor en la calle! ¡Vaya un marrano, con su gabán y sus guantes de lana, que subía á hablarles de alquileres como si tuviesen un bolsillo escondido en el culo! ¡Por vida del! ¡en vez de gastarse el dinero en tal cosa, hubiera comenzado por meterse algo en las tripas! ¡Verdaderamente, encontraba demasiado rocín á aquel tío barrigón, y se lo metía donde podéis figuraros, y muy adentro! Con él le pasaba lo mismo que con el animal de Coupeau, quien no había día en que al entrar dejase de zurrarla; también metía á éste en el mismo sitio que al propietario. Actualmente, el tal sitio debía ser indudablemente ancho, pues allí metía á todo el mundo, ¡tantos eran sus deseos de desembarazarse de la gente y de la vida! Su cuerpo parecía un granero de puñetazos.

Coupeau tenía un garrote, que llamaba abanico de barriga, y abanicaba á su costilla, ¡que no había más que ver! abominables escenas, de las que salía ella sudando á mares, pues como no era hembra que valiese más que su hombre, le mordía y le arañaba. Entonces pateábase en el vacío chiribitil, zurrándose sin duda para quitarse las ganas de comer. Mas ella acababa por hacer tan poco caso de aquellas agarradas, como

de todo lo demás. Ya podía Coupeau celebrar el San Lunes semanas enteras, correr borrascas que durasen meses, llegar á casa loco de bebida y quererla destroz, que lo que es ella ya estaba acostumbrada: solamente le encontraba cargante y nada más. Y aquellos días era cuando más se lo pasaba todo por el trasero. ¡Sí, por el trasero, al cochino de su marido! ¡á los Lorilleux, los Boche y los Poisson! ¡al barrio entero que la despreciaba! ¡Todo París se lo pasaba por allí, y ella, de una palmada, los metía más adentro, con gesto de suprema indiferencia, dichosa y vengada, sin embargo, con tenerlos alojados en aquél sitio!

Por desgracia, si la gente se acostumbra á todo, aún no ha conseguido acostumbrarse á no comer. Y esto era lo único que ponía los pelos de punta á Gervasia. Nada le importaba ser la última de las últimas, en medio del arroyo, ni que las gentes se limpiasen cuando se rozaban con ella, al pasar á su lado. Los malos tratos tampoco la asustaban. Pero si el hambre, que le retorcia todas las tripas. ¡Oh, ya hacía tiempo que se había despedido de las golosinas, llegando á devorar todo cuanto encontraba. Ahora, los días que podían llamarse de gran banquete, compraba en la tabajería desperdicios de carne á cuatro sueldos la libra y cansados del mismo plato mezclaba eso con unas cuantas patatas, revolviéndolo todo en el fondo de una sartén.

O bien hacía un frito de corazón de vaca, con el cual se relamía los labios. Otras veces, cuando tenía vino, se regalaba con un ensopado, una verdadera sopa de loro. Los dos sueldos de queso de Italia, las manzanas, los cuarterones de judías secas cocidas en su jugo eran festines que no podía proporcionarse con frecuencia. Descendía hasta los arlequines (1) de los

(1) Restos de vituallas, mezcolanzas en las fondas, en las grandes cocinas y vendidos por raciones á los pobres. (N. del T., tomada de Rigaud.)

hodgeones, donde por un sueldo le daban montones de espinas de pescado, mezcladas con piltrafas de asado estropeado. Aún descendía más; mendigaba en casa de un fondista caritativo las migajas de los clientes y hacía una especie de panetela, dejándolas cocer todo el tiempo que podía en el hornillo de un vecino. Y hasta llegó, en algunas mañanas de ayuno, á rebúscar como los perros en los montones de basura, á las puertas de los tenderos, antes del paso de los carros del estiércol, y de este modo tenía á veces platos delicados, melones podridos, maquereles pasados y chuletas cuyo hueso examinaba por temor á los gusanos.

Sí, á tal decadencia había llegado; esta idea repugnará á los delicados; pero si los delicados no hubiesen comido nada en tres días, ya veríamos si andarían en escrúpulos contra su vientre ó si se pondrían en cuatro pies á comer y rebúscar en la basura, como los perros. ¡Ah! ¡la agonía de los pobres, las entrañas vacías que gritan: hambre! ¡la necesidad de las bestias, castañeteando los dientes y hartándose de cosas inmundas en este gran París, tan adorado y resplandeciente! ¡Y pensar que Gervasia se había dado atracciones de pato cebado! ¡Ahora, ya podía limpiarse! Un día en que Coupeau le sustrajo dos trozos de pan para revenderlos y beberse su importe, faltó poco para que lo matase de un paletazo, hambrienta, rabiosa, por el robo de aquel pedazo de pan.

Entre tanto, cansada de mirar el cielo pálido, quedándose dormida con un ligero y penoso sueño. Soñaba que aquel cielo cargado de nieve reventaba sobre ella; de tal modo la molestaba el frío. De repente, púsose en pie, despertando sobresaltada por un gran escalofrío de angustia. ¡Dios mío! ¿iba á morir? Tiritando, alhelada, vió que todavía era de día. ¿Acaso no llegaría la noche? ¡Qué largo se hace el tiempo cuando el

vientre está vacío! Su estómago se despertaba también y la torturaba. Cayendo en la silla, con la cabeza baja y las manos entre los muslos para calentarse, calculaba ya la comida que iba hacer, en cuanto Coupeau llevase el dinero: un pan, dos cuartillos de vino y un buen trozo de queso. Dieron las tres en el cuclillo del tío Bazouge. ¡No eran más que las tres! Entonces lloró. No era posible que le quedasen fuerzas para esperar hasta las siete. Balanceaba su cuerpo todo como una niña que mece su dolor, doblada por la cintura; aplastándose el estómago, para no sentirlo. ¡Ah! ¡vale más parir que tener hambre! Y no encontrando alivio, poseída de rabia loca, levantóse, pateó, esperando dormir su hambre, como se duerme un niño, paseándolo. Durante media hora se dió de golpes contra los cuatro ángulos del vacío cuarto. Después, de repente, se detuvo, con los ojos fijos. ¡Tanto peor! dijeron lo que dijese, capaz era, si querían, de lamerles los pies; pero iba á pedir prestados diez sueldos á los Lorilleux.

Durante el invierno, en aquella escalera de la casa, la escalera de los piojosos, había un continuo movimiento de préstamos de diez, de veinte sueldos, pequeños servicios que aquellos muertos de hambre se hacían unos á otros. Pero, eso sí, antes hubieran espichado todos ellos, que dirigirse á los Lorilleux, porque sabían que eran enemigos de aflojar la bolsa. Gervasia, al dirigirse á su puerta, daba pruebas de tener gran valor. Pero, al ir á llamar, tuvo tanto miedo, en el corredor, que experimentó el brusco alivio que sienten los que llaman en casa de un dentista.

—¡Adelante!—gritó la voz agria del cadenista.

¡Qué bien se está allí dentro! La fragua ardía y alumbraba el angosto taller con su blanca llama, en tanto que la señora Lorilleux ponía á recocer un ovillo de hilo de oro. Lorilleux, delante de su tablero, sudaba

de calor, soldando mallas con el soplete. ¡Y olía allí tan bien! Una sopa de coles hervía sobre la estufa, exhalando un vaporcillo que removía el corazón de Gervasia y le daba vahidos.

—¡Ah! ¡sois vos!—gruñó la señora Lorilleux, sin decirle siquiera que se sentase.—¿Qué queréis?

Gervasia no respondió. No estaba muy de malas con los Lorilleux aquella semana; pero la petición de los diez sueldos se le atragantaba, porque acababa de ver á Boche, sentado muy á sus anchas cerca de la estufa, dispuesto á chismorrear. ¡Aquel bruto tenía una cara de burlarse de la gente! Reía como un culo; poniendo la boca redonda y los carrillos tan hinchados, que hasta le ocultaban la nariz; en una palabra: ¡un verdadero culo!

—¿Qué queréis?—repitió Lorilleux.

—¿No habéis visto á Coupeau?—acabó por balbucear Gervasia.—Creí que estaba aquí.

Los cadenistas y el portero se echaron á reír. No ofrecían bastantes copas á la gente para ver á Coupeau así como así. Gervasia hizo un esfuerzo y repuso tartamudeando:

—Es que me había prometido volver... Sí; debe traerme dinero... Y como tengo precisión de comprarme algo...

Reinó un profundo silencio. La señora Lorilleux soplabá rudamente el fuego de la fragua; Lorilleux había inclinado sus narices sobre el extremo de cadena que se iba alargando entre sus dedos, en tanto que Boche conservaba su risa de trasero, redondeando de tal manera la boca, que daba gana de meterle el dedo en ella.

—¡Si tuviese siquiera diez sueldos!—murmuró Gervasia, en voz baja.

El silencio continuó.

—¿No podríais prestarme diez sueldos?... ¡Oh! esta noche os los devolveré...

La señora Lorilleux se volvió y la miró fijamente, ¡Cuidado con la hipocritona! Hoy les sonsacaba diez sueldos, mañana les sacaría veinte, y ¡quién sabe hasta dónde llegaría por este camino! No, no, ¡nada de eso! ¡la semana de los tres jueves!

—Pero, querida—exclamó,—¡ya sabéis que no tenemos dinero! ¡Mirad, ved el forro de mi bolsillo! Registrad si queréis... ¡Si pudiésemos, os complaceríamos de muy buena voluntad!

—La voluntad nunca falta—gruñó Lorilleux;—pero cuando uno carece de medios, no puede...

Gervasia, humildemente, aprobaba sus palabras con movimientos de cabeza. Sin embargo, no se iba, miraba de reojo el oro, aquellas madejas de oro colgadas en la pared, el hilo de oro que la mujer tiraba en la hilera, con toda la fuerza de sus cortos brazos, las mallas de oro amontonadas en los nudosos dedos del marido. Y pensaba que un trocito de aquel feo metal negruzco habría bastado para regalarse con una buena comida. Aquel día, por sucio que estuviese el taller, con sus viejas herramientas, con su polvillo de carbón, con su grasa de aceites mal secados, ella lo encontraba resplandeciente de riqueza, como la tienda de un cambista. Así, pues, arriesgóse á repetir, en voz baja:

—Os los devolveré, os los devolveré, con toda seguridad. Diez sueldos no os harán más pobres ni más ricos...

Tenía el corazón oprimido, no queriendo confesar que desde el día anterior estaba en ayunas. Después, sintiendo que sus piernas se doblaban, temió romper á llorar, y tartamudeó otra vez más:

—¡Si fueseis tan buenos!... No podéis saber... Sí; á este extremo he llegado ¡Dios mío! á este extremo... Entonces los Lorilleux mordieron los labios y cam-

biaron una mirada de inteligencia. ¡La Banbán pidiendo limosna! ¡oh! ¡la caída era completa! Ahora sí que les alarmaba su vista, muy de veras! Si lo hubiesen sabido, habrían atrancado su puerta, por cuanto uno siempre debe estar ojo alerta con los mendigos, con esa gente que se introduce en las habitaciones bajo cualquier pretexto y se largan llevándose los objetos preciosos. Tanto más, cuanto que en su casa había algo que poder robar; bastaba meter los dedos en cualquier rincón para llevarse treinta ó cuarenta francos en un puñado. Ya varias veces habían desconfiado al reparar en la extraña figura de Gervasia cuando se quedaba plantada delante del oro. Era menester vigilarla hoy, como nunca. Y al notar que penetraba más adentro, metiendo los pies en el serrín, el cadenista le gritó rudamente, sin contestar á su petición:

—¡Eh! á ver si ponéis cuidado, que os vais á llevar hebras de oro en las suelas... Verdaderamente, cualquiera diría que lleváis goma en ellas, para que se peguen.

Gervasia retrocedió lentamente. Habíase apoyado un momento en un estante y viendo que la señora Lorilleux le examinaba las manos, las abrió cuán grandes eran y las enseñó diciendo con su voz blanda, sin enfadarse, como mujer cada que todo lo sufre:

—No he cogido nada, podéis verlo.

Y se marchó, porque el penetrante olor de la sopa de coles y el grato calor del taller la ponían demasiado mala.

¡Ah! ¡esta vez no la retuvieron los Lorilleux, no! ¡Buen viaje, y que el diablo los llevase si volvían á abrirle la puerta! Ya habían visto bastante tiempo su cara y no querían ver en su casa la miseria ajena, cuando esta miseria era merecida. Y se abandonaron á un enorme regocijo de egoísmo, al verse con los ri-

ñones cubiertos, calentitos y ante la perspectiva de una excelente sopa. Boche también se regodeaba, inflando más y más sus carrillos de tal modo, que su risa llegaba á hacerse sucia. Todos ellos se encontraban sobradamente vengados de los antiguos modales de la Banbán, de la tienda azul, de las comilonas y de todo lo demás. Aquello había salido más que á pedir de boca y probaba hasta qué extremo conduce la glotonería. ¡Al diablo las golosas, las perezosas y las desvergonzadas!

—¡Vaya un descaro! ¡venir á mendigar diez sueldos!—exclamó la señora Lorilleux, apenas Gervasia había vuelto las espaldas.—Sí, ¡en seguida voy á prestarte diez sueldos, para que vayas á echarte una copa!

Gervasia se fué, arrastrando sus chancas por el corredor, atontada; doblada por el espinazo. Cuando llegó á su puerta, no se atrevió á entrar ¡le daba miedo su habitación! Prefería andar; así entraría en calor y tomaría paciencia. Al pasar, dirigió una ojeada á la madriguera del tío Brú, debajo de la escalera; ¡otro infeliz más que debía tener un voraz apetito, pues hacia ya tres días que almorzaba y comía de memoria! pero no estaba allí, ¡el agujero se encontraba vacío! Y Gervasia sintió envidia, pensando que le habrían invitado á comer en alguna parte. Después, al llegar ante la puerta de los Bijard, oyó gemidos y entró, dando vuelta á la llave que estaba siempre en la cerradura, por la parte de afuera:

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?—preguntó.

La habitación estaba muy limpia. Notábase que Lalia había barrido y arreglado todavía los trastos aquella mañana. En vano la miseria se empeñaba en soplar allí dentro, en llevarse los harapos y en extender su letanía de basuras; Lalia caminaba en pos de ella y lo limpiaba todo y á todo le daba un aspecto agradable. Si en su habitación no había riqueza, veíase en

ella la mano de la hacendosa mujer de gobierno. Aquella, sus dos niños, Enriqueta y Julio, habían encontrado unas estampas viejas y se entretenían recortándolas en un rincón. Pero no fué poca la sorpresa de Gervasia al ver á Lalia acostada en su angosto catre; con la manta hasta la boca y sumamente pálida. ¡En cama Lalia! ¡por fuerza estaba muy mala!

—¿Qué tenéis?—repitió Gervasia inquieta.

Lalia no se quejó. Alzó lentamente sus blancos párpados y quiso sonreír con sus labios, que un convulsivo estremecimiento agitaba:

—No tengo nada—dijo en voz muy baja;—¡eh! ¡de veras, nada absolutamente!

Después, cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo:

—Me encontraba demasiado fatigada estos días—añadió,—y he pensado holgazanear un rato; ¡y me cuido, ya lo veis!

Pero su faz de niña, jaspeada de lívidas manchas, tenía tal expresión de dolor supremo, que Gervasia, olvidando su propia agonía, juntó las manos y cayó de rodillas junto á la mártir. Hacía un mes que la veía apoyarse en las paredes para andar, doblada por una tos que «resonaba de lo lindo á ataúd». La niña ya no podía ni toser. Sobrevínole un hipo, y de los ángulos de su boca manaron dos hilillos de sangre.

—No es culpa mía, no me encuentro muy fuerte—murmuró como aliviada.—Me he arrastrado y he arreglado un poco el cuarto... Está bastante limpio ¿verdad?... Y quería limpiar los cristales, pero las piernas se han negado á sostenerme. ¿Qué tontería? En fin; cuando una ha concluido su tarea puede acostarse...

Y se interrumpió, para decir:

—Mirad, no sea que mis niños se corten con las tijeras.

Y calló, trémula, oyendo unos pasos pesados que subían la escalera. Brutalmente, el tío Bijard empujó

la puerta. Venía borracho, como de costumbre, chispeantes los ojos por la furiosa alegría del vitriolo. Al ver á Lalia acostada, se golpeó los muslos con cierta risita y descolgó el látigo, gruñendo:

—¡Ah! ¡voto á mill! ¡eso ya pasa de rayal! ¡vamos á reírnos!... ¡Las vacas acostadas en la paja á medio día!... ¿te burlas acaso de los parroquianos, holgazana?... ¡Eal! ¡arre! ¡en marcha!

Y chasqueaba el látigo por encima de la cama; pero la niña, suplicante, repetía:

—No, papá, te lo ruego, no pegues... te juro que después te arrepentirás... ¡no pegues!

—¿Quieres saltar—gruñó con más fuerza,—ó te acariño las costillas?... ¿Quieres saltar, maldita perezosa?

Entonces la niña dijo dulcemente:

—No puedo... ¿comprendes?... voy á morirme...

Gervasia se había arrojado sobre Bijard y le arrañó el látigo. El borracho, alelado, permanecía ante el catre. ¿Qué demonios le estaba contando aquella mocosa? ¡Es posible morirse tan joven y sin haber estado mala! ¡Alguna excusa para que la mimasen! ¡Ah! ¡iba á asegurarse de ello, y si mentía!...

—Ya verás como es verdad—continuaba la pobrecita.—Mientras me ha sido posible, he querido evitaros el disgusto... ¡Sé bueno, en este momento, y despidete de mí, papá!

Bijard torcía el gesto, temiendo que le engañaba. Sin embargo, era muy cierto que la niña tenía algo particular, una cara alargada y grave, como de persona mayor. El soplo de la muerte, que penetraba en el cuarto, le quitaba á aquel verdugo la borrachera. Giró una mirada en torno suyo, con el aspecto de un hombre á quien sacan de un profundo sueño, vió la habitación en orden, los dos niños limpios, jugando y riendo, y cayó sobre una silla, balbuceando:

—¡Madrecita nuestra!... ¡madrecita nuestra!...

No se le ocurría otra frase y, sin embargo, era ya una frase muy tierna para Lalia, que nunca había sido tratada con tal cariño. Lo que más la contrariaba era morirse antes de haber concluido de educar completamente á sus niños. El tendría cuidado de ellos, ¿verdad? Y con voz moribunda, le dió detalles sobre la manera de arreglarles, de tenerlos aseados. Bijard, embrutecido, poseído de nuevo por los vapores de la embriaguez, movía la cabeza ante la agonía de su hija, dilatados enormemente los ojos. Aquello removía en su organismo toda especie de cosas; pero no encontraba palabra que decir y tenía la piel demasiado curtida para llorar.

—Oye—repuso Lalia después de un silencio.—Debemos cuatro francos y siete sueldos al panadero; será menester pagarle... La señora Gaudron tiene una plancha nuestra, se la pedirás... Esta tarde no he podido hacer la sopa, pero aún queda pan, y tú pondrás á calentar las patatas...

Hasta su último estertor, la pobrecilla gafita proseguía siendo la madrecita de toda su familia. No encontrarían otra que la reemplazara, ¡de seguro! Moría por tener á su edad el juicio de una verdadera madre, con el pecho demasiado estrecho todavía para contener maternidad tan grande. Y si su padre perdía aquel tesoro, ¡culpa era de su bestial ferocidad! Después de haber matado á la madre de una patada, acababa de asesinar á la hija! ¡Los dos ángeles buenos se reunirían en la fosa, y á él no le quedaría más que reventar como un perro, en un guardacantón!

Gervasia, entre tanto, reprimíase para no estallar en sollozos. Tendía las manos, con el deseo de aliviar á la niña; y al ver que el jirón de la sábana se escurría, quiso levantarlo y arreglar la cama. Entonces quedó al descubierto el cuerpecito de la moribunda. ¡Ah! ¡santo Dios! ¡qué miseria y qué lástima! Hasta

las piedras hubieran llorado. Lalia estaba completamente desnuda, con un resto de chambra en los hombros, á guisa de camisa; sí, completamente desnuda, con la desnudez sangrienta y dolorosa de una mártir. No tenía carne; los huesos agujereaban su piel. Desde las costillas hasta los muslos descendían señales amoratadas, huellas del látigo, impresas en la piel viva. Una mancha livida circunfusa el brazo izquierdo, como si la mandíbula de un torno hubiese triturado aquel miembro tan tierno, no más grueso que una cerilla. La pierna derecha ofrecía un desgarró mal cicatrizado, resultante sin duda de algún mal golpe que se abría de nuevo, cada mañana, al trágico del arreglo de la casa. De los pies á la cabeza era un puro cardenal. ¡Oh! ¡asesinato de la infancia, pesadas patas de hombre aplastando á aquel querubín, abominación de tanta debilidad agonizando bajo semejante cruz! Se adora en las iglesias á santas azotadas, cuya desnudez es menos pura. Gervasia se arrodilló de nuevo, sin pensar en extender la sábana, trastornada á la vista de aquella lastimera víctima sepultada en el fondo de la cama, y sus labios trémulos buscaban una oración.

—Mamá Coupeau—murmuró la niña,—haced el favor...

Y con sus cortos bracitos procuraba recoger las ropas, pudorosa, avergonzada por su padre. Bijard, estupefacto, fijó los ojos en aquella lástima obra suya, continuaba agitando la cabeza, con ese movimiento amortiguado de un animal aburrido.

Y cuando Gervasia hubo cubierto la desnudez de Lalia, no pudo permanecer allí más. La moribunda se debilitaba, no hablaba ya, conservaba sólo su mirada, su antigua mirada de niña resignada y moribunda, la cual dirigía á sus dos niños, que continuaban entretenidos en recortar estampas. La habitación se llenaba de sombra, Bijard dormía su borrachera en el letargo

de aquella agonía. ¡No, no! ¡la vida era demasiado abominable! ¡ah! ¡qué cosa más sucia! Y Gervasia partió y bajó la escalera sin darse cuenta de nada, extraviada la cabeza y tan llena, cargada y harta de la existencia, que de buena gana se hubiera tendido debajo de las ruedas de un ómnibus, para acabar de una vez.

Corriendo y echando pestes contra su maldita suerte, encontróse delante de la puerta del taller donde Coupeau decía que trabajaba. Sus piernas la habían llevado allí; su estómago volvía á su canción, la cantinela del hambre, en noventa estrofas, una cantinela que sabía de memoria. De aquel modo, si pillaba á Coupeau á la salida, le cogería el dinero y compraría provisiones. Una hora escasa de espera, cuando más; bien podía aguantarla, cuando desde el día anterior se estaba chupando los pulgares.

Hallábase en la calle de la Charbonnière, en el ángulo de la calle de Chartres, una maldita encrucijada donde el viento jugaba á las cuatro esquinas. ¡Voto á! ¡No se sentía calor, paseando la calle! ¡Si al menos hubiese llevado encima algún abrigo! El cielo continuaba con su feo color plumizo, y la nieve, amontonada allí arriba, cubría el barrio con un manto de hielo. Nada caía, pero reinaba un profundo silencio en el aire, que preparaba para París un disfraz completo, un lindo vestido de baile blanco y nuevo. Gervasia levantaba las narices, rogando al buen Dios que no soltase su muselina en seguida. Pateaba, contemplaba una tienda de comestibles que había enfrente, y después volvía los talones, porque era inútil excitarse demasiado el apetito de antemano. La encrucijada no ofrecía distracciones. Escasos transeuntes pasaban rápidamente, arrebuados en sus tapabocas; pues como es natural, no hay quien se embobe por las calles, cuando el frío le aprieta las nalgas. Sin em-

hargó, Gervasia vió á cuatro ó cinco mujeres que hacían centinela como ella, á la puerta del mestre plomero; otras desdichadas, como ella seguramente; esposas acechando la paga para impedir que volase á la taberna! Había entre éstas una que parecía un carcamal, con cara de gendarme, arrimada á la tapia y dispuesta á abalanzarse á los hombros de su marido. Otra, pequeñita, vestida de negro, con el semblante humilde y delicado, se paseaba por la acera opuesta. Otra, embarazada, había llevado á sus dos pequeñuelos, que arrastraba á derecha y á izquierda, tiritando y llorando. Y todas estas, tanto Gervasia como sus compañeras de guardia, pasaban y volvían á pasar, dirigiéndose oblicuas ojeadas y sin hablarse. Agradable encuentro, sí, ¡como hay Dios! No necesitaba trabar conocimiento, para conocer sus señas. Todas vivían en el mismo establecimiento, en casa de «Miseria y Compañías». Aún daba más frío verlas patalear y cruzarse silenciosamente, con aquella temperatura de enero.

Sin embargo, ni una ratá salía de casa del maestro. Por último, apareció un obrero, luego dos, luego tres; pero éstos, sin duda, eran buenos muchachos, que llevarían fielmente la paga á su casa, pues hicieron un movimiento de cabeza al ver á aquellas sombras rondando delante del taller. La que parecía un carcamal se arrimaba, cada vez más, á la puerta, y de repente cayó sobre un hombrecito pálido que se disponía á asomar prudentemente la cabeza. ¡Oh! ¡en un abrir y cerrar de ojos quedó listo el asunto! Le registró y le quitó el dinero, sin dejarle ni para una copa siquiera. Entonces el hombrecillo, aburrido y desesperado, siguió á su gendarme, llorando á lágrima viva, como un chiquillo. Continuaban saliendo obreros, y al ver acercarse á la embarazada con sus dos criaturas, un hombre alto, moreno, con aspecto de truhán, volvió

á entrar con presteza para prevenir al marido; y éste, cuando salió, contoneándose, había escamoteado ya dos ruedas traseras, dos hermosas monedas de cien sueldos, nuevecitas, una en cada zapato. Cogió á uno de los rorros en brazos y echó á andar, contando mil infundios á su mujer, la cual le regañaba.

Había entre aquellos hombres algunos de carácter jovial, que de un salto franqueaban la acera, impacientes por comerse la quincena con los amigos. También se veían algunos lúgubres, de aspecto miserable, que apretaban entre sus crispados puños los tres ó cuatro jornales que habían trabajado durante la quincena, tratándose á sí mismos de holgazanes y haciendo juramentos de borracho. Empero, lo más triste de todo, era la pena de la mujercita, vestida de negro, humilde y delicada: su marido, un guapo mozo, acababa de pasar por delante de ella tan brutalmente, que poco faltó para que la derribase, y la infeliz volvióse á casa, sola, tambaleándose á lo largo de la acera y llorando todas las lágrimas de sus ojos.

Finalmente, el desfile había cesado. Gervasia, en pie, en medio de la calle, miraba á la puerta. La cosa empezaba á darla mala espina. Dos obreros rezagados salieron aún, pero no Coupeau. Y preguntándoles á los obreros si Coupeau no iba á salir, éstos, que adivinaron el objeto, le contestaron, burlándose, que el camarada acababa precisamente de escurrirse «con Lantiméch (1)» por la puerta trasera, para llevar las gallinas á mear (2). Gervasia comprendió. Otra mentira más de Coupeau; ¡ya podía largarse con viento fresco! Entonces, lentamente, arrastrando su par de chanclas descalzadas, bajó la calle de la Charbonnière.

(1) Como si dijéramos: «con su inseparable amigo.»

(2) Estar ocupado en no hacer nada.

Su comida corría de lo lindo delante de ella, y ella la veía correr, en el crepúsculo amarillo, sintiendo un pequeño escalofrío. Ahora sí que había concluido todo. ¡Ni el más mínimo rayo de luz, ni la menor esperanza: sólo la noche lóbrega y el hambre! ¡Ah! ¡qué noche de agonía, aquella sucia noche que caía sobre sus hombros!

Subía pesadamente la calle des Poissonnières, cuando oyó la voz de Coupeau. Sí; allí estaba, en la «Petite Civette», haciéndose pagar una ronda por Mes-Bottes. Ese truhán de Mes-Bottes había tenido la suerte de casarse de veras, al concluir el verano, con una señora, muy gastada ya, pero que tenía algunos monises: ¡oh! ¡una señora de la calle des Martyrs, no una cualquiera! Y era de ver aquel venturoso mortal vi- viendo como un caballero, las manos en los bolsillos, bien vestido y bien nutrido. Había engordado tanto, que estaba desconocido. Los camaradas decían que su mujer encontraba todo el trabajo que quería en casa de señores amigos suyos. Una mujer así y una casita de campo es todo lo que uno puede desear para embellecer su vida. Así es que Coupeau miraba á Mes-Bottes con admiración. Y ¡cómo no, si el muy tunante hasta llevaba una sortija de oro en el meñique!

Gervasia dejó caer la mano sobre el hombro de Coupeau, al salir éste de la «Petite Civette».

—¡Aún te estoy esperando!... ¡tengo hambre!... ¿dónde está la paga?...

Pero él le tapó la boca, contestándole chuscamente:

—¡Tienes hambre!... ¡cómete un puño!... ¡y guarda el otro para mañana!

¡El sí que encontraba cargante aquello de que fuesen á llorarle lástimas delante de la gente! Pues bien, ¿y qué? si él no había trabajado, los panaderos no habían dejado de amasar. ¿Le tomaba sin duda por un bobo para venir á intimidarle con sus cuentos?

—¿Acaso quieres que robe?—murmuró con voz sorda.

Mes-Bottes se acariciaba la barba, con aspecto conciliador.

—No tal; eso está prohibido—dijo.—Pero cuando una mujer sabe arreglarse...

Y Coupeau le interrumpió, gritando: ¡Bravo! Sí, una mujer debía saber arreglárselas. Pero la suya había sido siempre una carreta, una masa de carne. Culpa suya sería, si al fin morían sobre un montón de paja. Después recayó en su admiración por Mes-Bottes. ¡Qué bien había sabido cubrirse los riñones, el muy animal! ¡nada! ¡un verdadero propietario; con su ropa limpia y zapatos siempre lustrados! ¡Demonche! ¡aquello no procedía de los prenderos! ¡cata ahí un hombre cuya mujer sabía dirigir perfectamente el timón!

Los dos hombres bajaron hacia el bulevar exterior. Gervasia les seguía. Al cabo de un silencio, repuso, á la espalda de Coupeau:

—Tengo hambre, ya lo sabes... He contado contigo... Es menester que me busques algo que tragar...

Coupeau no contestó, y ella prosiguió con acento de conmovedora agonía:

—¿Es decir, que eso es todo lo que me das?

—Pero ¡voto á! ¡si no tengo nada!—aulló el plomero, volviéndose furiosamente.—Lárgate ¿oyes? ¡ó te pego!

Y levantó el puño. Ella retrocedió y pareció decidida á tomar una resolución.

—Ya te dejo; fácil me será encontrar un hombre.

Al oír esto el plomero se echó á reír. Fingía tomar la cosa en broma; él mismo la animaba, sin dejar de reír. ¡Verdaderamente, era una soberbia idea! Por la noche, á la luz artificial, todavía podía hacer conquistas. Y por si pescaba un hombre, le recomendaba el restaurant del «Capucín», donde había gabinetes par-

ticulares, en los que se comía perfectamente. Y al ver que se alejaba hacia el bulevar exterior, pálida y huera, le dijo por remate:

—Oye, tráeme algo de los postres; ya sabes que me gustan los pasteles... y si tu señor está bien equipado, pídele un gabán viejo, que me vendrá á pedir de boca.

Gervasia, perseguida por tan infernales groserías, andaba de prisa. Después encontröse sola, en medio de la muchedumbre y aflojó el paso. Estaba decidida. Entre robar y prostituirse, prefería lo último, porque así, al menos, á nadie perjudicaría. No iba á disponer más que de lo suyo. Verdad es que la cosa no era muy decente, pero lo decente y lo no decente se embrollaban en su caletre, en aquel momento. Cuando una se muere de hambre, no se pára en filosofías: sino que come el pan que le presentan. Había subido hasta la calzada de Glignancourt. La noche no acababa de llegar. Entonces, esperando, siguió los bulevares, como una señora que toma el fresco antes de ir á cenar.

Aquel barrio, cuyos embellecimientos le daban vergüenza, se abría al tránsito por todas partes, al aire libre. El bulevar Magenta, que subía desde el corazón de París y el bulevar Ornano, que se extendía hacia el campo, lo habían perforado en la antigua barrera con gigantescos derribos, dos vastas avenidas, todavía blanqueadas por el yeso que conservaban en sus flancos, las calles del arrabal Poissonnière y des Poissonniers, cuyos extremos se hundían desesquinados, mutilados, retorcidos como sombríos intestinos. Desde hacía ya largo tiempo, la demolición de la muralla del resguardo había ensanchado los bulevares exteriores, con las calzadas laterales y el terraplén en el centro para los peatones, plantado con cuatro hileras de delgados plátanos. Era una encrucijada inmensa que des-

embocaba á lo lejos en el horizonte, por vías interminables, bullentes de muchedumbre y anegándose en el caos perdido de las construcciones. Empero, entre las nuevas y elevadas construcciones todavía quedaban en pie no pocas casuchas vacilantes; entre aquellas fachadas esculpidas ahuecábanse negros hundimientos, especie de perreras humanas exhibiendo los pingajos de sus ventanas. Bajo el lujo creciente de París, la miseria del arrabal reventaba, ensuciando aquella cantera de una nueva ciudad, tan prematuramente edificada.

Perdida entre la barahúnda de la ancha acera, á lo largo de los pequeños plátanos, Gervasia se consideraba sola y abandonada. Aquellas recientes avenidas, que se perdían á lo lejos, le vaciaban todavía más el estómago. ¡Y pensar que entre aquel oleaje donde había tantos que disfrutaban de posición desahogada, no había ni un cristiano que adivinase su situación y le pusiese diez sueldos en la mano! Sí; aquello era demasiado hermoso; su cabeza daba vueltas y sus piernas flaqueaban bajo aquel lienzo desmesurado de cielogris, tendido encima de tan vasto espacio. El crepúsculo tenía ese sucio color amarillo de los crepúsculos parisienses, un color que da ganas de morir en seguida ¡tan fea parece entonces la vida de las calles! La luz iba entonces extinguiéndose y las lontananzas se embadurnaban con su matiz lodoso. Gervasia, fatigada ya, se encontraba precisamente en la hora del regreso de los obreros. A aquella hora, las señoras de sombrero y los caballeros elegantes que viven en las casas nuevas, veíanse confundidos en mitad del pueblo, entre esas procesiones de hombres y de mujeres pálidas todavía por el aire viciado de los talleres. Del bulevar Magenta y del arrabal Poissonnière salían á bandadas, sofocadas por la subida. En medio del rumor más engordecido de los ómnibus y de los coches, entre los

carromatos, los camiones y los carros que volvían vacíos y al galope, hormigueo siempre creciente de blusas y de chaquetas cubría la calzada. Los recaderos regresaban, con sus parihuelas á la espalda. Parejas de obreros, uno al lado del otro, alargando el paso; daban grandes zancadas, hablando en alta voz, haciendo gestos y sin mirarse unos á otros, solos, con gabán y gorra, andaban por la acera, con la cabeza baja: otros venían en grupos de cinco ó seis, siguiéndose y sin cambiar una palabra, con las manos en los bolsillos y los ojos pálidos.

Algunos conservaban entre los dientes sus pipas apagadas. Unos albañiles, dentro de un simón que habían pagado entre cuatro y sobre el cual danzaban sus gamellas, pasaban, asomando sus blanqueados rostros á las ventanillas. Varios pintores balanceaban sus potes de color; un plomero llevaba una larga escalera, amenazando con ella dejar tuertos á los transeuntes, mientras que un fontanero, rezagado, con su armatoste al hombro, tocaba, con su trompetilla, el aria del rey, Dagoberto, que infundía cierta tristeza en medio de aquel afligido crepúsculo. ¡Ah! ¡triste musiquilla, cuyo acompañamiento parecía que lo formaban el pated del ganado, el arrastre de aquellas bestias de carga derrengadas! ¡otro día de trabajo, concluido! ¡Verdaderamente, los días de trabajo eran largos y se subseguían demasiado á menudo! ¡Apenas si tenían tiempo de llenar el estómago y de dormir la comida, cuando ya clareaba el día y era menester ceñirse de nuevo el collar de la miseria! Sin embargo, los jóvenes saltaban; golpeando el suelo con los pies y andaban rápidamente; olfateando la sopa. Y Gervasia dejaba que desfilase la muchedumbre, indiferente á los empujones, recibiendo codazos á derecha é izquierda, arrollada por el oleaje, porque los hombres no tienen tiempo para mos-

trarse galantes cuando están desformados por el cansancio y agujoneados por el hambre.

Bruscamente, levantando los ojos, percibió la planchadora, enfrente de ella, el antiguo hotel Boncœur. La casita aquella, después de haber sido café sospechoso; que la policía mandó cerrar, estaba abandonada, las ventanas llenas de carteles, el farol roto, desmoronándose y pudriéndose de arriba á abajo, por la lluvia; con el enmohecimiento de su innoble estuco color de heces de vino. Y nada parecía haber cambiado á su alrededor. El almacén de papel y el estanco continuaban en el mismo sitio. A su espalda, por encima de las construcciones bajas, percibíanse todavía leprosas fachadas de casas de cinco pisos ostentando sus grandes y destrozadas siluetas. Unicamente, el baile del «Gran Balcón» había dejado de existir; en aquel salón de las diez ventanas resplandecientes, acababa de establecerse una fábrica de aserrar, cuyo silbar se oía continuamente. Allí, en el fondo de aquel tugurio del hotel Boncœur, era donde había empezado la condenada vida de Gervasia. Esta permanecía en pie, mirando la ventana del primer piso, de donde colgaba una persiana arrancada, y recordaba su juventud con Lantier, sus primeras querellas y la repugnante manera cómo la había abandonado. Sin embargo, entonces era joven y todo aquel pasado le parecía alegre, visto de lejos. Veinte años solamente. ¡Dios mío! ¡y hétela callejeando! Entonces, la vista del hotel le hizo daño; y subió el bulevar, por el lado de Montmartre.

Sobre los montones de arena, entre los bancos, jugueteaban todavía algunos pilluelos, en la noche creyente. El desfile continuaba; pasaban las obreras trocando, dándose prisa, para ganar el tiempo perdido ante los escaparates; una de ellas, alta, estaba parada y abandonada su mano en la de su novio, que la acompañaba hasta tres puertas antes de llegar á su

casá; otras, al despedirse, citábanse para la noche, en el «Grand Sal6n de la Folie» 6 en la «Boule noire». Por en medio de los grupos, los oficiales de sastré pasaban, con las prendas de vestir dobladas en el brazo. Un fumista, uncido á los correones y tirando de un carret6n lleno de cascote, estuvo á pique de ser aplastado por un 6mnibus. Entre tanto y por medio de la multitud menos espesa, corrían mujeres con la cabeza descubierta que, habiendo bajado á la calle después de haber encendido lumbre, se apresuraban para acabar de preparar la comida, empujaban á la gente, se precipitaban en las panaderías y en las salchichierías y salían sin detenerse, llevando provisiones. Veíase también á niñas de ocho años, enviadas á algún recado, las cuales andaban á lo largo de las tiendas, apretando contra su pecho panes de cuatro libras, tan altos como ellas, semejantes á lindas muñecas amarillas y que se distraían cinco minutos aquí y otros cinco allí, mirando las estampas de las tiendas, con las mejillas apoyadas en sus grandes panes. Después, el oleaje se apaciguó, los grupos se hicieron más claros, los trabajadores habían entrado en sus hogares; y por entre los reflejos del gas, después de terminada la jornada, elevábase la sorda revancha de las perezas y de las diversiones que se despertaban á la sazón.

¡Ah! ¡sí! ¡Gervasia había concluido su jornada! Se encontraba más derrengada que todo aquel pueblo de trabajadores cuyo desfile acababa de codearla. Podía acostarse allí y reventar, pues el trabajo ya no la quería y había penado ya lo bastante en su existencia para poder exclamar: «A otro le toca, que yo estoy lista.» Todo el mundo comía en aquel momento. El día había acabado de veras, el sol había apagado su candileja; la noche sería larga. ¡Dios mío! Tenderse á sus anchas y no volverse á levantar, pensar que se han abandonado las herramientas para siempre y

que se podrá holgazánclear eternamente! ¡Qué grato debé ser, después de haberse estado deslomando durante veinte años! Y Gervasia, torturada por sus calambres que le retorcián el est6mago, pensaba, á su pesar, en los días de fiesta, en las comilonas y en los buenos ratos de su vida. Recordaba, sobre todo, que cierta vez, un jueves de cuaresma en que hacía un frío en diablado, se divirtió de lo lindo. En aquel tiempo estaba muy hermosa, rubia y fresca. El lavadero de la calle Neuve la había proclamado reina, á pesar de su cojera. Y habían dado un paseo por los bulevares, en carros adornados de ramaje, por entre la gente de buen tono, que la miraba y la admiraba. Algunos caballeros se ponían los lentes para contemplarla, como si fuese verdaderamente una reina. Después, por la noche, habían celebrado un baltasar (1), á todo gasto, y hasta que fué día, habían estado bailando! ¡Reina, sí, reina! ¡con una corona y una banda, durante veinticuatro horas, dos veces la vuelta del cuadrante! Y atontada por las torturas del hambre, miraba al suelo, como buscando el sitio donde había dejado caer su perdida majestad.

De nuevo levantó la vista. Encontrábase enfrente de los mataderos en demolición, cuya fachada despanzurrada dejaba ver patios l6bregos, hediondos y todavía húmedos de sangre. Y cuando volvió á bajar al bulévar, vió también el hospital Lariboisière, con su gran tapia gris, encima de la cual se desplegaban, á manera de abanico, las sombrías alas, sembradas de ventanas simétricas; una puerta, en la tapia, aterrorizaba al barrio, la puerta de los muertos, cuya sólida madera, sin la menor raja, tenía la severidad y el silencio de una losa sepulcral. Entonces, para huir de allí,

(1) Un banquete

marchó más lejos y bajó hasta el puente del ferrocarril. Los elevados parapetos de fuerte plancha claveteada le ocultaban la vía, únicamente distinguía, sobre el horizonte luminoso de París, el ángulo ensanchado de la estación, una vasta techumbre, ennegrecida por el polvo del carbón; y oía, en aquel amplio espacio claro, los silbidos de las locomotoras, las sacudidas rítmicas de las planchas giratorias, toda una actividad colosal y oculta. Después, pasó un tren que salía de París, aproximándose con el resoplido de su aliento y su rodar paulatinamente apresurado. Y no percibió de aquel tren más que un penacho blanco, una brusca bocanada de humo que, desbordando por encima del parapeto, se perdió en el espacio. Sin embargo, el puente había temblado y ella misma continuaba sintiendo la trepidación de aquella marcha á todo vapor. Y se volvió, como para seguir á la locomotora invisible, cuyo gruñido moría. Por aquel lado, adivinaba el campo, el cielo libre, á través de un bosque, con altas casas á derecha é izquierda, aisladas, situadas sin orden, con fachadas y tapias sin blanquear, paredes pintadas de gigantescos anuncios, sucios por el tinte amarillento del hollín de las máquinas. ¡Oh! ¡si ella hubiese podido partir también, marcharse allá abajo, lejos de aquellas casas de miseria y sufrimiento! Tal vez, entonces, hubiera vuelto á empezar á vivir. Después advirtió que estaba leyendo como tonta los carteles pegados sobre la plancha de hierro. Los había de todos los colores. Uno de ellos, pequeñito, de un azul precioso, ofrecía cincuenta francos de gratificación al que devolviese una perra extraviada. ¡Hé ahí un animal que tenía quien por él se interesase!

Gervasia emprendió de nuevo su marcha, lentamente. En la niebla de humosa sombra que caía, resplandecían los mecheros de gas, y aquellas largas avenidas, anegadas poco á poco y oscurecidas, reaparecían chis-

peantes, alargándose todavía y cortando la noche, hasta las tinieblas perdidas del horizonte. Corría un gran viento y el barrio ensanchado hundía cordones de lucecitas bajo el cielo inmenso y sin luna. Era la hora en que, de un extremo á otro de los bulevares, las tabernas, los bailes y los bodegones en fila brillaban alegremente en la jovialidad de las primeras rondas y del primer «chahut». La paga de la quincena llenaba la gacera de un tropel de vagos que estaban de gresca. El aire olía á juerga, á juerga de mil diablos, pero graciosa todavía, un principio de chispa, nada más. Los estómagos se atracaban en el fondo de los bodegones, y á través de todas las vidrieras iluminadas se veía gente comiendo, con la boca llena, riendo sin tomarse siquiera el trabajo de tragar. En las tabernas iban acomodándose los borrachos, aullando y gesticulando. Y surgía un ruido de trueno, voces chillonas, voces gruesas, en medio del continuo trotar de los pies sobre las aceras. «¡Oye, tú! ¡vienes á tomar un bocado?... ¡Acércate, haragán! ¡te convido á una copa del embotellado!... ¡Calla! ¡por allí va Paulina! ¡Ah! ¡No llegará la sangre al río!» Las puertas abriáanse y se cerraban sin descanso, despidiendo olor de vino y bufidos de cornetines de pistón. Formábase una cola de gente delante de la taberna del tío Colombe, iluminada como una catedral para la misa mayor, y ¡como hay Dios! hubiérase dicho que se celebraba una gran ceremonia, por cuanto los buenos camaradas cantaban allí dentro, con cara de sochantre delante de un facistol, inflados los carrillos y redondeada la barriga. Festejaban á santa Paga, ¡sí! á una santa muy amable, á cuyo cargo corre sin duda la caja del paraíso. Sólo que, al ver la animación con que aquello empezaba, los pequeños rentistas que paseaban á sus mujeres, repetían, meneando la cabeza, que habría un número endiablado de borrachos aquella noche por las calles

de París. Y la noche estaba obscura, muerta y helada; encima de aquella zambra, agujereada únicamente por las líneas de fuego de los bulevares, en los cuatro ángulos del cielo.

Plantada delante de la taberna pensaba Gervasia que, si hubiese tenido dos sueldos, habría entrado á beber una copa. Tal vez una copa le hubiera cortado el hambre. ¡Ah! ¡cuántas copas no habría bebido! ¡era tan bueno aquello! Y, de lejos, contemplaba la máquina de emborrachar, comprendiendo que su desgracia venía de allí y soñando en acabar su vida con aguardiente; el día que tuviese medios para ello. Mas, sintiendo azotados sus cabellos por una ráfaga helada, conoció que la noche había cerrado por completo. ¡Ea! ¡la hora llegaba! Era aquel el momento de armarse de valor y de mostrarse amable, si no quería reventar en medio de la general alegría; tanto más, cuanto que el ver como los demás se atracaban, no le llenaba el vientre. Aflojó más el paso y miró á su alrededor. Debajo de los árboles, la sombra era más densa. Pasaba poca gente, y todos, de prisa, atravesaban rápidamente el bulevar. Y sobre aquella ancha acera, sombría y desierta, donde iban á morir las jovialidades de las calzadas vecinas, había mujeres en pie, esperando. Permanecían largo rato inmóviles, pacientes, tiesas como los pequeños y delgados plátanos; después, lentamente, se movían, arrastrando sus zapatos sobre el helado suelo, daban diez pasos y se detenían de nuevo, pegadas á la tierra. Había una de enorme bulto, con piernas y brazos de insecto, que al andar parecía que rodaba, vestida de un harapo de seda negra y cubierta la cabeza con un pañuelo amarillo. Otra alta, seca, lucía un delantal de niñera. Y otras y otras, viejas las más, con su cara embadurnada, y jóvenes, las menos, muy sucias y tan miserables, que ni un trapero las hubiera recogido. Gervasia, entre tanto, no

sabiendo lo que tenía que hacer, procuraba aprender, imitando á las demás. Una emoción de niña apretaba su garganta; ignoraba si tenía ó no vergüenza; obraba á impulsos de un sueño abominable. Durante un cuarto de hora se mantuvo tiesa é inmóvil. Los hombres pasaban sin volver la cabeza. Entonces se movió á su vez; atreviéndose á abordar á uno que silbaba, con las manos en los bolsillos, y murmuró con ahogada voz: —Oiga usted, caballero...

El hombre la miró de soslayo y se alejó silbando con más fuerza.

Gervasia se envalentonaba. Y lo olvidó todo en la aspereza de aquella caza, vacío el vientre, encarnizándose en la persecución de su comida que continuaba alejándose. Por espacio de mucho tiempo anduvo ignorando la hora y el camino. En torno suyo, las mujeres, silenciosas como negras sombras, debajo de los árboles, viajaban, limitando su marcha al vaivén regular de las fieras enjauladas. Salían de la obscuridad, con la lentitud vaga de fantasmas; atravesaban por el resplandor de un mechero de gas, donde sus pálidos semblantes aparecían claramente; y se anegaban de nuevo, tragadas por la sombra, balanceando el blanco borde de sus enaguas y recobrando el encanto tiritante de las tinieblas de la acera. Algunos hombres se dejaban detener, charlaban para bromear un rato y se marchaban riendo. Otros, discretos, ocultándose, se alejaban, andando á diez pasos detrás de una de ellas. Surgían fuertes murmullos, querellas en voz sofocada; regateos furibundos, que concluían al poco rato en profundos silencios. Y Gervasia, cuanto más se alejaba, más veía entenderse aquella guardia femenil en las sombras, como si de uno á otro extremo de los bulevares exteriores se hubiesen plantado mujeres, á guisa de árboles. Siempre, á veinte pasos de una, veía otra. La hilera se perdía de vista; París entero estaba guar-

dado por centinelas con faldas. Y ella, desdenada, rabiaba, cambiaba de sitio dirigiéndose ahora desde la calzada de Galignancourt á la calle Mayor de la Chappelle.

—Oiga usted, caballero...

Pero los caballeros pasaban de largo. Ella andaba desde los mataderos, cuyos escombros hedían á sangre. Dirigía una ojeada al hotel Bonœur, cerrado y obscuro. Pasaba por delante del hospital Lariboisière, contaba maguinalmente, á lo largo de las fachadas, las ventanas iluminadas, ardiendo como lamparillas de agonizante, en resplandores pálidos y tranquilos. Y atravesaba el puente del camino de hierro, en la trepidación de los trenes que gruñían y rasgaban los aires con el desesperado grito de sus silbidos. ¡Oh! ¡cuán triste hacia la noche todas aquellas cosas! Después giraba sobre sus talones, llenándose los ojos con las mismas casas, con el desfiladero siempre semejante de aquel extremo de avenida; y esto diez, veinte veces, sin tregua, sin descansar ni un minuto sobre un banco. No: ¡nadie quería nada con ella! Su vergüenza parecía aumentar con aquel desdén. Y volvía á bajar hacia el hospital y á subir hacia los mataderos. Aquel sería el último paseo, desde los sangrientos patios donde antes mataban, hasta las pálidas salas, donde la muerte ponía rígidas á las personas en las sábanas de todo el mundo. Su vida había estado contenida en aquel espacio.

—Oiga usted, caballero...

Y bruscamente, percibió su sombra en el suelo. Cuando se acercaba á un mechero de gas, la sombra vaga se achicaba y se precisaba, sombra enorme, rechoncha, grotesca, de puro redonda. Aquella se extendía, agitándose y flotando en conjunto el vientre, el pecho y las caderas. Cojeaba tanto que, en el suelo, la sombra daba un tumbo á cada paso; ¡un verdadero

muñeco de títere! Después, cuando se alejaba, crecía el muñeco, hacíase gigante y llenaba el bulevar con unas cortesías, que le estrellaban las narices contra las casas y contra los árboles. ¡Dios mío! ¡qué rara y espantosa estaba! Nunca había conocido, como entonces, que estaba hecha una vaca. Y no pudo menos de contemplar aquello á la luz de los mecheros, siguiendo con la vista el «chahut» de su sombra. ¡Qué lindo pellejo andaba á su lado! ¡qué apostura! Aquello debía atraer á los hombres sin remedio. Y bajaba la voz, no atreviéndose más que á tartamudear á espaldas de los transeúntes:

—Oiga usted, caballero...

A todo esto, debía ser muy tarde. Transitaba ya muy poca gente por el barrio. Los bodegones estaban cerrados, el gas enrojecía las tabernas, de donde salían voces enronquecidas por la embriaguez. La bruma se convertía en riñas y en golpes. Un mocetón andrajoso aullaba: «¡Voy á deshacerte, numera tus huesos!» Una chica se había agarrado con su querido, á la puerta de un baile, llamándole sucio, granuja y marrano podrido, mientras que el querido repetía: «¿Y tu hermana?» (1) sin hallar otra cosa que decir. La borrachera soplabá al exterior una necesidad de andar á golpes y porrazos, cierto «no sé qué» feroz, que ponía pálidos y convulsos los semblantes de los ya escasos transeúntes. Hubo una riña, y un borracho cayó de espaldas, con los remos al aire, en tanto que su camarada huía á toda prisa. Algunos grupos rebusaban canciones sucias, á las que seguían grandes silencios, interrumpidos por hipos y pesados tumbos de

(1) Réplica grosera, que, durante largo tiempo, ha figurado en el *café* de los arrabales de París en el de las muchachas de vida libre y hasta en el de algunos talleres de artistas. Nació de una demostada famosa canción popular que empezaba así: «Y tu hermana ¿es feliz? ¿Ha tenido muchos hijos?» —Continúa puteando—por tres francos, cuando más?—(N. del T., tomada de Rigaud).

Borrachos. La juerga de la quincena acababa siempre así; el vino corría con tal abundancia desde las seis que hasta iba á pasearse por las aceras. ¡Oh! ¡lindas vomitonas, colas de zorra extendidas en medio del empedrado que las gentes rezagadas y delicadas se veían obligadas á saltar, para no pisarlas! ¡Verdaderamente, el barrio quedaba limpio! Un extranjero que hubiese ido á visitarle antes de barrer por la mañana, se hubiera llevado muy mala idea de él. Pero entonces los borrachos estaban en sus casas y se ciscaban en Europa. ¡Como hay Dios! los cuchillos saltan á relucir, y la fiesta acababa en sangre. Las mujeres marchaban con rapidez, los hombres rondaban con ojos de lobo y la noche se hacía más densa, preñada de abominaciones.

Gervasia continuaba cojeando, subiendo y bajando de uno á otro extremo del bulevar, con la sola idea de andar sin tregua. De vez en cuando la invadía el sueño y se adormecía mecida por su pierna; después miraba sobresaltada en torno suyo y advertía que había andado cien pasos, sin conocimiento, como muerta. Sus pies, ya bastante grandes para permitirle dormir derecha, se ensanchaban todavía en sus agujereadas chancias. Tan cansada y vacía estaba, que ya no se daba cuenta de sí misma. La última idea clara que la preocupó fué la de que tal vez en aquel momento la puta de su hija estaría comiendo ostras. Después, todo se embrolló en su cerebro; y aun cuando permanecía con los ojos abiertos, necesitaba hacer grandes esfuerzos para pensar. Y la única sensación que persistía en ella, en medio del aniquilamiento de su ser, era la de un frío endemoniado, de un frío agudo y mortal, como nunca lo había experimentado. De seguro los muertos no sienten tanto frío bajo la tierra. Levantó pesadamente la cabeza y recibió en el rostro un latigazo glacial. Era la nieve que se decidía por último

á caer del cielo hermoso; una nieve fina, espesa, que un ligero viento soplabá en torbellinos. Hacía tres días ya que amenazaba nevar. ¡Y caía en momento oportuno!

Despertada por completo Gervasia al sentir esta primera ráfaga, echó á andar más deprisa. Algunos hombres corrían, apresurándose á llegar á sus casas, con los hombros ya blanqueados. Y al ver á uno que venía lentamente, por debajo de los árboles, se aproximó á él y dijo todavía:

—Oiga usted, caballero..

El transeunte se habla detenido, sin comprender, á parecer; y tendía la mano, murmurando en voz baja:

—Una limosna, por favor..

Ambos se miraron. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡á qué extremo habían llegado los dos! ¡El tío Brú mendigando, y la señora Coupeau haciendo la carrera! Los dos se quedaron con la boca abierta, uno enfrente de otro. A la sazón, podían darse la mano. Toda la noche había estado rondando el anciano obrero, sin atreverse á dirigirse á nadie, ¡y la primera persona á quien detenía era una muerta de hambre como él! ¡Señor! ¿no da lástima esto? ¡pasar cincuenta años trabajando para acabar pidiendo limosna! ¡haber sido una de las más renombradas planchadoras de la calle de la Goutte d'Or y concluir paseando las aceras! Seguían mirándose uno á otro. Después, sin chistar, marchóse cada cual por su lado, bajo la nieve que les azotaba.

Era una verdadera tempestad. Sobre aquellas alturas, en medio de aquellos espacios ampliamente abiertos, la nieve fina se arremolinaba y parecía desprenderse, á la vez, de los cuatro extremos del cielo. No se veía nada á diez pasos; todo se anegaba en aquel polvillo volador. El barrio había desaparecido, el bulevar parecía muerto, como si la ráfaga hubiese arrojado el silencio de su blanca sábana sobre los hipos

de los últimos borrachos. Gervasia seguía andando penosamente, cegada, perdida. Para orientarse, tocaba los árboles. A medida que avanzaba, los mecheros de gas salían de la palidez del aire, parecidos á apagadas antorchas. Después, repentinamente, cuando atravesaba una encrucijada, desaparecían aquellas luces; y veíase cogida y arrollada en medio de un torbellino, descolorida, sin distinguir nada que pudiese guiarla. Bajo sus plantas, parecía huir el suelo, de vaga blancura. Paredes grises le cerraban el paso. Y cuando se detenía, yacilante, volviendo la cabeza, adivinaba, detrás de aquel velo de hielo, la inmensidad de las avenidas, las interminables hileras de los mecheros de gas, todo ese infinito, negro y desierto, de París adormecido.

Encontrábase en la unión del bulevar exterior y de los bulevares de Magenta y de Ornano, pensando acostarse en el suelo, cuando oyó rumor de pasos. Corrió, pero la nieve le tapaba los ojos y los pasos se alejaban, sin que pudiese apreciar si se dirigían hacia la derecha ó hacia la izquierda. Por último, percibió los anchos hombros de otro transeunte, una mancha oscura y danzante que se hundía en la niebla. ¡Oh! ¡lo que es á éste no le dejaría escapar! Y corría más todavía, y le alcanzó y le agarró de la blusa:

—Caballero, caballero; oiga usted...

El hombre se volvió. ¡Era Gouget!

¡Pescar precisamente á Goule d'Or! Pero ¿qué pecados habría cometido? ¡Dios clemente! para verse martirizada de aquel modo hasta el fin? Aquel era el golpe de gracia: atajar el paso al herrero, ¡y que éste la viese en el rango de las prostitutas de arrabal, pálida y suplicante! Y aquello sucedía á la luz de un mechero de gas; y ella percibía su sombra deformada, que parecía retozar sobre la nieve, como una verdadera caricatura. Hubiérase dicho que era una mujer borracha. ¡Dios mío! ¡no tener una migaja de pan,

ni una gota de vino en el cuerpo, y que la tomásem por una borracha! Culpa suya era, ¿por qué se había dado á la borrachera? De seguro Gouget creía que estaba bebida y que le jugaba una estúpida broma.

Entre tanto el herrero la miraba, mientras la nieve iba depositando margaritas en su hermosa barba rubia. Después, al ver que Gervasia bajaba la cabeza y retrocedía, la detuvo, diciéndole:

—¡Venid!

Y echó á andar delante. Ella le siguió. Atravesaron el barrio silencioso, desfilando, sin ruido, á lo largo de las tapias. La buena mamá Gouget había muerto el mes de octubre de un reumatismo agudo. Gouget continuaba habitando la casita de la calle Neuve, triste y solitario. Aquel día se retiraba tarde por haber estado velando á un compañero enfermo. Después de abrir la puerta y de encender una lámpara, se volvió hacia Gervasia, que permanecía humildemente en el umbral. Y en voz muy baja, como si su madre hubiese podido oírle todavía, le dijo:

—Entrad.

La primera pieza de la habitación, el cuarto de la señora Gouget, permanecía piadosamente en el mismo estado en que la difunta lo dejara. Cerca de la ventana, sobre una silla, descansaba el bastidor, al lado del gran sillón que parecía estar esperando á la anciana encajera. La cama estaba hecha, y en ella hubiera podido acostarse la difunta si hubiese abandonado el cementerio para pasar la noche con su hijo. La habitación conservaba un recogimiento, un perfume de honradez y de bondad.

—Entrad—repitió en voz más alta el herrero.

Ella entró, miedosa, con el aspecto de una niña que penetra en un sitio respetable. El estaba pálido y tembloroso por introducir de aquel modo una mujer en la estancia de su difunta madre. Atravesaron el cuarto

á pasos sofocados, como para evitar la vergüenza de ser oídos. Después, cuando hubo empujado á Gervasia en su cuarto, cerró la puerta. Allí estaba en su casa. Era el pequeño gabinete que ya conocía ella, un cuartito de colegial, con una camita de hierro adornada con blancas colgaduras. La única novedad era que las estampas recortadas se habían ido extendiendo más por las paredes y llegaban hasta el techo. Gervasia, en medio de aquella pureza, no se atrevía á dar un paso, y se retiraba lejos de la lámpara. Entonces el herrero, sin decir una palabra, poseído de un arranque frenético, quiso arrancarla y aplastarla entre sus brazos. Mas ella, desfallecida, murmuraba:

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡oh! ¡Dios mío!

La estufa, cubierta por el polvo del cok, ardía aún, y un resto de guisado, que el herrero había dejado al calor, pensando volver temprano, humeaba delante del cenicero. Gervasia, desentumecida por el fuerte calor, se hubiera puesto en cuatro pies para comer en la cacerola misma. Aquello era superior á sus fuerzas; su estómago se desgarraba, y se inclinó, suspirando. Mas Gouget había comprendido. Colocó el guisado sobre la mesa, cortó pan y le sirvió vino en un vaso.

—¡Gracias! ¡gracias!—decía Gervasia;—¡oh! ¡qué bueno sois! ¡gracias!

Y tartamudeaba, sin poder pronunciar las palabras. Cuando cogió el tenedor temblaba de tal modo, que se le cayó de la mano. El hambre que la estrangulaba le producía un temblor senil en la cabeza. Hubo de tomar la comida con los dedos. A la primera patata que se metió en la boca, prorrumpió en llanto. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas y caían sobre su pan. Y, sin embargo, seguía comiendo, devorando glotonamente su pan empapado en sus lágrimas, respirando afanosa y trémula su barba. Gouget la obligó á beber,

para que no se ahogase, y el vaso castañeteó en sus dientes.

—¿Queréis más pan?—preguntó á media voz.

Ella lloraba; decía que no, decía que sí, no sabía lo que decía. ¡Ah, señor! ¡qué bueno y qué triste es, á la vez, comer cuando uno se está muriendo de hambre!

Y él, en pie, enfrente de ella, la contemplaba. Actualmente la veía bien bajo la viva claridad de la pantalla. ¡Qué vieja y qué ajada estaba! ¡El calor derretía la nieve sobre sus cabellos y su vestido chorreaba! Su pobre cabeza temblorosa estaba completamente cana. Hundido el cuello en los hombros; parecía una masa de carne, fea y gordinflona, que daba ganas de llorar. Y él recordaba sus amores, cuando sonrosada ella, manejando sus planchas, mostraba el pliegue infantil de su garganta, parecido á un lindo collar. En aquel tiempo iba á contemplarla por espacio de horas enteras, satisfecho sólo con verla. Más adelante, ella había ido á la fragua, y allí los dos habían saboreado inmensos goces, él golpeando sobre el yunque, y ella siguiendo con la vista la danza de su martillo. Entonces ¡qué de veces no había mordido él su almohada, durante las noches, ansiando tenerla de aquel modo en su cuarto! ¡Oh! ¡si la hubiese cogido, de seguro la habría deshecho, tan vehementemente la deseaba! ¡Y ahora ella estaba á su disposición y él podía tomarla! Gervasia acababa su pan y se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, sus gruesas lágrimas silenciosas que seguían cayendo sobre su comida. Por fin se levantó. Había concluido. Y permaneció un momento con la cabeza baja, perpleja, no sabiendo si el herrero quería poseerla. Después, creyendo que brillaba una llama en sus ojos, llevó la mano á la chambre y desabrochó el primer botón. Mas

Gouget se había arrodillado y le cogía las manos, diciendo dulcemente:

—Os amo, señora Gervasia; ¡ah! ¡os amo todavía y á pesar de todo! ¡os lo juro!

—¡No digáis eso, señor Gouget!—exclamó ella, como loca, al verle de aquel modo á sus pies.—¡No digáis eso, porque me hacéis mucho daño!

Y como él repitíese que no podía tener dos amores en su vida, desesperóse ella más y exclamó:

—No, no, no lo quiero; me avergüenza demasiado! ¡Por amor de Dios! levantaos... A mí me toca arrastrarme á vuestros pies...

El se levantó, tembloroso y con voz balbuciente preguntó:

—¿Me permitís que os dé un beso?

Ella, trastornada de sorpresa y de emoción, no en- contrata una palabra. Dijo que sí con la cabeza. ¡Dios mío! Suya era y podía hacer lo que se le antojase. Pero él únicamente acercó los labios, murmurando:

—Entre nosotros basta con eso, señora Gervasia. Es toda nuestra amistad, ¿verdad?

Y la besó en la frente, sobre un mechón de sus cabellos canos. El no había besado á nadie desde que muriera su madre. El único afecto que en su existencia quedaba era su amiga Gervasia. Después, cuando la hubo besado con tanto respeto, retrocedió tambaleándose hasta caer tendido en su cama, destrozada la garganta por los sollozos. Y Gervasia, no pudiendo resistir por más tiempo aquella escena, pues era demasiado triste y demasiado abominable encontrarse en aquellas condiciones, amándose aún, le gritó, marchándose:

—También yo os amo, señor Gouget, también... ¡Oh! comprendo que es imposible... ¡adiós! ¡adiós! porque á los dos nos ahogaría...

Y atravesó corriendo la habitación de la señora Gou-

get y se vió de nuevo en el arroyo. Cuando volvió en sí, había llamado á la puerta de la Goutte d'Or, y Boche tiraba del cordón. La casa estaba oscura. Y ella penetró allí dentro, como en su luto. En aquella hora de la noche, el soportal, anchuroso y deteriorado; parecía una boca abierta. ¡Y pensar que en otros tiempos había ambicionado tener un rincón en aquella especie de cuartel inmundo! ¿Acaso tenía tapadas las orejas para no oír entonces el condenado concierto de desesperación que roncaba detrás de las tapias? Desde el maldito día en que puso los pies en aquel caserón había empezado su degradación. Sí, por fuerza debía atraer la desgracia eso de hallarse hacinados unos sobre otros en aquellas grandes casas de vecindad; por fuerza había de atraparse allí el cólera de la miseria. Aquella noche parecía que todos estaban muertos. Solamente se oía el ronquido de los Boche, á la derecha; mientras que Lantier y Virginia, á la izquierda, dejaban oír un «ron-ron» como gatos que no duermen y están calentitos, con los ojos cerrados. En el patio creyó hallarse en medio de un verdadero cementerio; la nieve formaba en el empedrado un cuadro pálido; las elevadas fachadas, de agrisado y livido matiz, elevábanse, sin una luz, semejantes á ruinosos lienzos; y ¡ni un suspiro! ¡como el amortajamiento de todo un pueblo, rígido de frío y de hambre! Hubo de saltar por encima de un arroyuelo negro, un charco procedente del tinte, humeante y que se abría un lecho cenagoso en la blancura de la nieve. Aquella agua era del color de sus pensamientos. ¡Cuán lejos estaban ya los otros riachuelos de color azul y de rosa, claros!

Después, al subir los seis pisos, en la obscuridad, no pudo menos que reirse; pero con una fea risa que le hacía daño. Acordábase de su antiguo ideal; trabajar tranquilamente, tener siempre un bocado de pan que llevar á la boca, poseer un agujero algo limpio

para dormir, criar bien á sus hijos, no ser golpeada y morir en su lecho. ¡De veras todo aquello era muy cómico; vaya una manera de realizarse! Ya no trabajaba, ya no comía, dormía sobre la basura, su hija puteaba y su marido la zurraba. Sólo le faltaba reventar en medio de la calle, y así se realizaría, si al entrar en su habitación tenía valor suficiente para tirarse por la ventana. ¿Le había pedido, por ventura, al cielo treinta mil francos de renta y toda clase de consideraciones? ¡Ah! ¡en verdad! en esta vida ya puede uno ser modesto en sus pretensiones, que nada ha de obtener. Ni siquiera el pan y la cama, ¡tal es la suerte común! Pero lo que aumentaba todavía su sardónico reír era el recuerdo de su grata ilusión de retirarse al campo, después de veinte años de trabajo. ¡Pues bien! si que iría al campo, ¡á descansar debajo de su porción de ramaje, en el cementerio del Père Lachaise! Cuando entró en el corredor estaba como loca. Su pobre cabeza daba vueltas. Su mayor dolor, en el fondo, procedía de haber dado un adiós eterno al herrero. Todo había concluído entre ellos; ya no volverían á verse jamás. Después, en pos de este pensamiento, seguían todas las demás ideas de desgracia y acababan de quebrantarle la cabeza. Al pasar por delante del cuarto de los Bijard, alargó la cabeza y vió á Lalia muerta y como contenta de hallarse tendida, en disposición de dormir para siempre. ¡Ah! ¡los niños tienen más suerte que las personas mayores! Y como la puerta del tío Bazouge dejaba pasar una línea de luz, entró Gervasia inmediatamente en este cuarto, poseída de un rabioso deseo de marcharse por el mismo camino que la pequeña.

Ese zumbón de tío Bazouge había vuelto aquella noche en un estado de alegría extraordinaria.

Traía una borrachera tal, que roncaba en el suelo, á pesar de la temperatura, lo cual no le impedía soñar

algo muy lindo, pues parecía que reía con el vientre, durmiendo. La vela, que quedaba encendida, alumbraba su traje, su sombrero negro aplastado en un rincón, su negra capa que había dejado sobre sus rodillas, á guisa de manta.

Gervasia, al apercibirle, se puso de repente á lamentarse, en voz alta, que le despertó.

—¡Voto á!... ¡cerrad la puerta! ¡entrá un frío!... ¡Cómo! ¿sois vos?... ¿Qué hay?... ¿Qué queréis?

Entonces Gervasia, extendiendo los brazos y sin saber lo que tartamudeaba, empezó á suplicarle, apasionadamente:

—¡Oh! ¡llevadme, ya estoy harta, llevadme!... ¡no me guardéis rencor!... ¡Dios mío!... ¡nadie lo sabe, cuando no está dispuesta!... ¡oh! ¡sí!... ¡llega un momento en que da alegría morir!... ¡llevadme y os daré las gracias!

Y se arrodilló, conmovida por un deseo que la hacía palidecer. Nunca se había arrastrado de aquel modo delante de un hombre. La cara del tío Bazouge, con su boca torcida y su piel curtida por el polvo de los entierros, le parecía bella y resplandeciente como un sol. Entre tanto, el viejo, adormecido, creíase juguete de una pesadilla.

—¡Ea!—murmuró;—¡á mí nadie me viene con burlas!

—¡Llevadme!—repitió con más ardor Gervasia.—Recordad que una noche di golpes en el tabique y luego os dije que no, porque aún era demasiado bestia... ¡Pero lo que es ahora! ¡dadme vuestra mano! ¡ahora ya no tengo miedo!... ¡Llevadme á dormir para siempre, y veréis si tiemblo!... ¡oh! ¡es mi único deseo! ¡oh! ¡cuánto os amaré!

Bazouge, galante como siempre, pensó que no debía echar á empujones á una señora al parecer tan en-

caprichada por él. Verdad es que la cabeza se le iba á pájaros, pero no dejaba de poseer muy buenas cualidades cuando se exaltaba.

—Estáis perfectamente en lo cierto—dijo con acento convencido.—Hoy he empaquetado á otras que me hubieran dado una famosa propina si hubiesen podido echar mano al bolsillo... Sólo que, madrecita, estas cosas no pueden arreglarse así como así!

—¡Llebadme! ¡llebadme!—seguita gritando Gervasia, —¡Quiero marchar!...

—¡Demonche! antes hay que hacer una pequeña operación: ya sabéis, «cuic!»

E hizo un esfuerzo con la garganta como si se tragase la lengua. Después, pareciéndole graciosa la broma, se rió.

Gervasia se había levantado lentamente. ¿Tampoco aquél podía hacer nada por ella? Y entró en su chiribitil, alelada y se arrojó sobre la paja, sintiendo haber comido. ¡Ah! ¡no! ¡la miseria no mata tan pronto!

XIII

Aquella noche Coupeau corrió una juerga. Al día siguiente recibió Gervasia diez francos de su hijo Esteban, que era maquinista de un ferrocarril, el pequeño le mandaba de vez en cuando monedas de cien sueldos, sabiendo el miserable estado de su casa. Gervasia puso un cocido y se lo comió sola, pues el bestia de Coupeau tampoco volvió á la mañana siguiente. El lunes, nadie; el martes, nadie. Así pasó la semana entera. ¡Ah! ¡por vida del si una señora se lo hubiese robado ¡qué ganga! Empero, precisamente el domingo recibió Gervasia un papel impreso que, al principio, la asustó, porque parecía una citación del comisario de policía. Después tranquilizóse viendo que se le participaba sencillamente que su marrano estaba próximo á reventar en «Sainte Anne». El papel lo decía con más finura; pero lo mismo da. Sí, una señora se lo arrebatava, en efecto, y esta señora se llamaba

caprichada por él. Verdad es que la cabeza se le iba á pájaros, pero no dejaba de poseer muy buenas cualidades cuando se exaltaba.

—Estáis perfectamente en lo cierto—dijo con acento convencido.—Hoy he empaquetado á otras que me hubieran dado una famosa propina si hubiesen podido echar mano al bolsillo... Sólo que, madrecita, estas cosas no pueden arreglarse así como así!

—¡Llebadme! ¡llebadme!—seguita gritando Gervasia, —¡Quiero marchar!...

—¡Demonche! antes hay que hacer una pequeña operación: ya sabéis, «cuic!»

E hizo un esfuerzo con la garganta como si se tragase la lengua. Después, pareciéndole graciosa la broma, se rió.

Gervasia se había levantado lentamente. ¿Tampoco aquél podía hacer nada por ella? Y entró en su chiribitil, alelada y se arrojó sobre la paja, sintiendo haber comido. ¡Ah! ¡no! ¡la miseria no mata tan pronto!

XIII

Aquella noche Coupeau corrió una juerga. Al día siguiente recibió Gervasia diez francos de su hijo Esteban, que era maquinista de un ferrocarril, el pequeño le mandaba de vez en cuando monedas de cien sueldos, sabiendo el miserable estado de su casa. Gervasia puso un cocido y se lo comió sola, pues el bestia de Coupeau tampoco volvió á la mañana siguiente. El lunes, nadie; el martes, nadie. Así pasó la semana entera. ¡Ah! ¡por vida del sí una señora se lo hubiese robado ¡qué ganga! Empero, precisamente el domingo recibió Gervasia un papel impreso que, al principio, la asustó, porque parecía una citación del comisario de policía. Después tranquilizóse viendo que se le participaba sencillamente que su marrano estaba próximo á reventar en «Sainte Anne». El papel lo decía con más finura; pero lo mismo da. Sí, una señora se lo arrebatava, en efecto, y esta señora se llamaba

Sofía-cierro-el-ojo, la última buena amiga de los borrachos.

A fe mía, Gervasia no se molestó. Su hombre conocía bien el camino y sabía volver solo del asilo; tantas veces le habían curado en él, que sin duda volverían á hacerle la mala broma de ponérselo en pie otra vez más. ¿Acaso no acababa de saber aquella misma mañana que durante ocho días habían visto á Coupeau, rechoncho como una pelota, rondando las tabernas de Belleville en compañía de Mes-Bottes? ¡Bravo! ¡Mes-Bottes era quien corría con el gasto y debía haber echado la garra á los ahorros de su mujer, á las economías ganadas en el lindo juego que ya sabéis. ¡Ah! ¡vaya un dinero limpio el que bebían, capaz de acarrear todas las enfermedades malas! ¡Qué dicha si Coupeau hubiese atrapado un cólico pernicioso! Y Gervasia se enfurecía sobre todo, pensando que aquellos dos canallas egoístas ni siquiera habían pensado un momento en buscarla para convidarla á una copa. ¡Há-se visto marranada igual! ¡una juerga de ocho días, y ni una galantería á las damas! ¡Quien bebe solo, que reviente solo, y velay!

Sin embargo, el lunes, teniendo preparada para la noche una cena regularcilla, restos de unas judías y un cuartillo de vino, se dijo que un paseo le abriría el apetito. La carta del asilo, encima de la cómoda, la encocoraba. La nieve se había derretido, hacía un tiempo de señorita, nublado y apacible, con su puntilla de frío, que alegraba el ánimo. Partió al medio día, pues la distancia era larga; había que atravesar todo París, y su pata coja la dejaba siempre rezagada. Además, había muchísima gente por las calles; pero, con todo, llegó de las primeras. Cuando su hubo nombrado, le contaron el paso: parece ser que habían pescado en el Puente Nuevo á Coupeau, el cual se había arrojado al agua por encima del pretil, creyendo ver á un hom-

bre barbudo que le cerraba el paso. Valiente salto; ¿verdad? En cuanto á saber cómo y por qué se encontraba Coupeau en el Puente Nuevo, era cosa que ni él mismo podía explicar. Entre tanto, un enfermero guiaba á Gervasia, y al subir por una escalera oyó unos aullidos que la helaron hasta la médula de los huesos.

—¡Ya empieza la música!—dijo el enfermero,

—¿Quién?—preguntó Gervasia.

—¿Quién ha de ser? ¡vuestro marido! Está aullando así desde anteayer. ¡Y baila, y baila! ¡ya veréis! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué espectáculo!

Gervasia quedó aterrada. La celda estaba colchonada de arriba abajo; en el suelo había dos jergones; uno encima de otro; y en un ángulo estaban extendidos un colchón y un almohadón, sin otros muebles. Allí dentro, Coupeau saltaba y aullaba, semejante á un cancanista de la Courtille, con su blusa hecha jirones y sus miembros agitando el aire sin cesar; pero no un cancanista alegre ¡oh! no; sino un cancanista cuyo «chahut» aterrador hacía erizar los cabellos. Estaba disfrazado de moribundo. ¡Como hay Dios! ¡qué danzarín! Saltaba contra la ventana y se retiraba dando botes hacia atrás, llevando el compás con los brazos y sacudiendo las manos, como si hubiese querido quebrárselas y arrojarlas á la cara de los mirones. En los bailes se ven algunos truhanes que imitan estos movimientos, pero los imitan mal; hay que ver bailar un rigodón á un borracho, si se quiere conocer el «chico» que presenta, cuando se baila de verdad. La canción tiene también su carácter especial, un aullido continuo de carnaval, la boca abierta de par en par, soltando por espacio de horas enteras las mismas notas de trombón enronquecido. Coupeau daba gritos, parecidos á los de un animal á quien han aplastado la pata. Y ¡adelante la orquestal

—¡Señor! ¿pero qué tiene?... ¿pero qué tiene?... repetía Gervasia llena de miedo.

Un practicante, rubio y sonrosado inocentón, con blusa blanca y tranquilamente sentado, tomaba apuntes. El caso aquel era curioso y el practicante no abandonaba al enfermo.

—Permaneced aquí un rato, si queréis—dijo á la planchadora;—pero estaos quieta... Habladle y veréis como no os conoce.

En efecto, Coupeau, al parecer, ni siquiera advirtió la presencia de su mujer. Esta no le había distinguido bien al entrar, por sus dislocados movimientos. Pero cuando le miró á la faz, quedó estupefacta. ¿Era posible que su marido tuviese un rostro como aquel, con sangre en los ojos y los labios llenos de costras? De seguro no le hubiera reconocido. En primer lugar, hacía demasiadas muecas, sin decir por qué, torciendo de repente la boca, frunciendo la nariz y alargando los carrillos; ¡un verdadero hocico de animal! Tenía tan ardiente la piel, que el aire humeaba en torno suyo; y su cutis parecía barnizado, chorreando un sudor pegajoso. En su danza de cancanista frenético, comprendíase perfectamente que sufría grandes dolores en la cabeza y en los miembros.

Gervasia se aproximó al practicante que, con las yemas de los dedos, golpeaba una melodía sobre el respaldo de su silla.

—Decidme, señor, ¿está grave esta vez?

El practicante meneó la cabeza, sin contestar.

—Decidme; ¿parece que habla muy bajo?... ¿Eh? ¿Le oís? ¿qué es lo que dice?

—Habla de las cosas que ve—murmuró el joven.—Callaos; dejadme escuchar.

Coupeau hablaba con voz convulsa. Sin embargo, en sus ojos brillaba como un destello de alegría. Miraba al suelo, á derecha y á izquierda, y daba vuel-

tas, como si se pasease por el bosque de Vincennes, hablando solo.

—¡Ah! ¡qué bonito, qué florido está eso!... ¡Y hay kioscos! ¡una verdadera feria!... ¡qué música tan alegre! ¡qué baltasar!... ¡ahí dentro rompen los cacharros!... ¡muy chic!... ¡toma! ¡ahora se ilumina todo!... ¡globos rojos por el aire! ¡y saltando! ¡y corriendo!... ¡oh! ¡oh!... ¡cuántos farolillos en los árboles!... ¡qué temperatura tan buena!... ¡Por todas partes sale agua; fuentes, cascadas, agua que canta con voz de pajarillo!

Y se enderezaba, como para oír mejor la deliciosa canción del agua y aspiraba fuertemente el aire, creyendo beber la fresca lluvia que brotaba de las fuentes. Empero, poco á poco, su faz tomó una expresión de angustia. Entonces, agachóse y empezó á correr hacia la puerta de la celda, con sordas amenazas.

—¡Todo eso es una añagaza!... ¡ya decía yo!... ¡Silencio, hato de haraganes! Si os estáis burlando de mí. Y para ponerme en ridículo, bebéis y rebuznáis ahí dentro, con vuestras arrastradas... ¡Voy á trituraros en vuestro kiosco!... ¡Voto á! ¿queréis dejarme en paz?

Y apretaba los puños. Después exhaló un grito ronco y cayó de bruces al correr. Y tartamudeaba, castañeteándole los dientes de espanto:

—Lo hacéis para que me mate. ¡No! ¡no me arrojaré! ¡Toda esa agua significa que no tengo valor!... ¡No! ¡no me arrojaré!

Las cascadas que, en su mente, huían al aproximarse, adelantábanse cuando retrocedía. Y de repente miró estúpidamente en torno suyo, balbuceando con voz apenas perceptible:

—Esto no es posible; ¡se han conjurado todos contra mí!

—¡Me marchó, señor, buenas tardes!—dijo Gervasia

al practicante.—Eso me trastorna demasiado. Ya volveré.

Estaba blanca, de puro pálida. Coupeau continuaba su solo de canción, desde la ventana al colchón y desde el colchón á la ventana, sudando, deslomándose y llevando siempre el mismo compás. Entonces Gervasia se largó, pero por más que bajó corriendo las escaleras, no dejó de oír hasta abajo el maldito «chahut» de su hombre. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué bien se estaba en la calle! ¡qué bien se respiraba!

Por la noche, toda la casa de la Goutte d'Or hablaba de la extraña enfermedad del tío Coupeau. Los Boche, que ahora se pasaban á Gervasia por debajo de la pata, le ofrecieron, sin embargo, una copa en la portería para saber detalles. En breve llegaron las señoras Lorilleux y Poisson. Y empezaron interminables comentarios. Boche había conocido á un carpintero que un día se desnudó completamente en la calle Saint Martin y murió bailando la polka: era un impertérrito bebedor de absenta. Las señoras se retorcian de risa, pues el lance, aunque triste, les parecía alegre. Después, al ver que no la comprendían bien, dijo Gervasia á los presentes que se apartasen un poco y le dejasen espacio. Y, en medio de la portería, mientras los demás la miraban, púsose á remedar á Coupeau, aullando, saltando y dislocándose, con abominables muecas. ¡Sí! ¡palabra de honor! ¡exactamente lo mismito! Entonces los presentes, estupefactos, clamaron: ¡imposible! ¡un hombre no podía durar tres horas haciendo aquel ejercicio! ¡Pues bien! ella les juraba y perjuraba, por lo más sagrado, que Coupeau duraba haciéndolo desde la víspera, es decir, desde treinta y seis horas antes. Por lo demás, si no la creían, podían ir á verlo. Pero la señora Lorilleux declaró que: ¡muchas gracias! ¡de allí vengo! y añadió que hasta se opondría á que Lorilleux pusiese allí los pies. En cuanto á Virginia,

cuya tienda iba de mal en peor y que tenía cara de entierro, contentóse con murmurar que la vida nosiempre era alegre, ¡ah! ¡no! ¡pardiez! Apuraron las copas y Gervasia dió las buenas noches á la reunión. Cuando dejaba de hablar, tomaba el aspecto de una idiota, con los ojos muy abiertos. Sin duda veía á su hombre danzando. A la mañana siguiente, al levantarse, juró no volver al asilo, ¿para qué? No quería perder la chaveta, á su vez. Sin embargo, á cada diez minutos recaía en sus reflexiones, absorta, distraída, presa de vaga curiosidad de ver si el enfermo seguía con sus extrañas piruetas. Cuando dieron las doce, no pudo resistir más, y ni siquiera advirtió la longitud del camino, ¡de tal modo asediaban su mente el deseo y el temor de lo que iba á presenciar!

¡Oh! no tuvo necesidad de pedir noticias. Desde el pie de la escalera oíase la canción de Coupeau. Precisamente la misma tonadilla y la misma danza. Hubiera podido figurarse que acababa de salir de allí hacia un momento y que volvía á entrar. El enfermero de la víspera, que llevaba unos jarros de tisana por el corredor, le guiñó un ojo al verla, para mostrarse amable.

—¿Con que sigue lo mismo?—dijo ella.

—¡Sí, lo mismo!—contestó él sin detenerse.

Gervasia entró, pero se mantuvo en el ángulo de la puerta, porque había gente con Coupeau. El practicante rubio y sonrosado estaba en pie, pues había cedido su silla á un caballero anciano, condecorado, calvo y con una fisonomía de hocico de garduña. Seguramente era el médico director, porque lanzaba unas ojeadas vivas y penetrantes como barrenas. Todos los tratantes en muertes repentinas tienen esta mirada.

Como Gervasia no había ido allí para ver á tal caballero, se alzaba por detrás de su cráneo, comiéndose con los ojos á Coupeau. Aquel rabioso danzaba y

aullaba, más que la vispera. En tiempos pasados, Gervasia había visto en bailes de pinata á mozos de lavadero sumamente sólidos, entregados á la danza, sin tregua, durante toda una noche; pero jamás de los jamases hubiera soñado que un hombre pudiese divertirse de aquel modo por espacio de tanto tiempo; y decía lo de «divertirse», en sentido figurado, pues mal-dita la diversión que puede uno hallar dando á pesar suyo saltos de carpa, como si tuviese un polvorín en el cuerpo. Coupeau, empapado de sudor, echaba más humo que el día antes, y su boca parecía más grande de tanto gritar. ¡Oh! ¡las embarazadas hacían perfectamente no entrando allí! Coupeau había andado tanto desde el colchón á la ventana, que se veían sus huellas en el suelo y la estera estaba desgastada por sus zapatos.

¡No, en verdad! ¡aquello nada tenía de agradable! Y Gervasia, temblando, preguntábase por qué había vuelto allí. ¡Pensar que la noche anterior, en el cuarto de los Boche, la acusaban de exagerar el cuadro! ¡ah! ¡ni siquiera los había representado la mitad! Ahora veía mejor el estado de Coupeau y ya no podía olvidar ni un detalle, ni mucho menos aquellos ojazos mirando al vacío. Mientras tanto, cogía al vuelo algunas de las frases cruzadas entre el practicante y el médico. El primero daba detalles sobre la noche anterior, palabras que ella no comprendía y que en el fondo venían á significar que su hombre había estado hablando y haciendo piruetas toda la noche. Después, el caballero calvo, no muy cortés por cierto, advirtió al fin su presencia; y cuando el practicante le hubo dicho que era la mujer del enfermo, empezó á interrogarla con el adusto aspecto de un comisario de policía:

—¿Era dado á la bebida el padre de este hombre?

—Sí, señor, un poquito, como todo el mundo... Se mató cayéndose de un tejado un día que estaba chispo,

—¿Y su madre bebía?

—¡Qué demonche! ¡señor! como todo el mundo; ya sabéis: una copa aquí, otra más allá... ¡Oh! ¡su familia era de mistó!... ¡un hermano suyo murió muy joven, atacado de convulsiones!

—¿Vos, bebéis también?

Gervasia tartamudeó, se defendió, puso su mano sobre el corazón, como dando su palabra de honor.

—¡Bebéis! Andaos con cuidado, ya veis á dónde conduce la bebida... El día menos pensado, moriréis así.

Al oír esto, apoyóse ella en la pared. El médico había vuelto las espaldas, y agachándose sin preocuparse de si recogía polvo de la estera con su levita, estudió largo rato el temblor de Coupeau, esperándole al paso y siguiéndole con la mirada. Aquel día, las piernas saltaban á su vez, el temblor había bajado de las manos á los pies. Parecía un verdadero polichinela, de cuyos hilos tirase una mano oculta, retozones sus miembros y el tronco rígido, como de madera. La enfermedad progresaba paulatinamente. Hubiérase dicho que debajo de la piel había un reloj de música; cada tres ó cuatro segundos empezaba á sonar, rodando el cilindrito un instante; después se paraba y volvía luego á moverse, exactamente como el ligero escalofrío que ataca á los perros perdidos, cuando se acurrucan, en invierno, en el quicio de una puerta. En el vientre y en los hombros notábase ya un temblorcillo análogo al del agua cuando empieza á hervir. ¡Extraña demolición aquella! ¡morir retorciéndose como una muchacha á quien las cosquillas causan efecto!

Entre tanto, Coupeau quejábase con voz sorda y sufría, al parecer, mucho más que la vispera. Sus lamentos entrecortados dejaban adivinar todo género de dolores. Parecía que le pinchasen millares de alfileres,

En la superficie de la piel experimentaba una sensación de peso, y además, como si un animal frío y mojado se arrastrase sobre sus muslos y le hundiese las garras en la carne. Después decía que otros animales se pegaban á sus hombros, desgarrándole las espaldas á arañazos.

—¡Tengo sed! ¡oh! ¡tengo sed!—gruñía continuamente.

El practicante tomó un jarro de limonada que estaba sobre una mesa, y se lo alargó. Coupeau agarró el jarro con ambas manos y aspiró glotonamente un trago, derramando la mitad del líquido en sus ropas; pero inmediatamente escupió el sorbo con furioso asco, gritando:

—¡Voto á! ¡es aguardiente!

Entonces el practicante, á una señal del médico, intentó hacerle beber agua, sin soltar la botella. Esta vez el enfermo tragó el sorbo, aullando, como si hubiese tragado fuego:

—¡Es aguardiente! ¡voto á! ¡es aguardiente!

Desde el día anterior todo cuanto bebía le parecía aguardiente. Esto aumentaba su sed y ya no podía beber porque todo le abrasaba. Le habían presentado una sopa, y dijo que querían envenenarle, pues la sopa sabía á vitriolo. El pan lo encontraba agrio y podrido. Todo era veneno en torno suyo. La celda hedía á azufre. Y hasta se quejaba de que había personas que frotaban fósforos debajo de sus narices para apestarle.

El médico acababa de levantarse y escuchaba á Coupeau quien á la sazón veía fantasmas en pleno día. ¡Pues no se le figuraba percibir en pleno día fantasmas en las paredes y telarañas grandes, como velas de barco! ¡Y luego que estas telas se convertían en redes con mallas que se estrechaban y ensanchaban, cual gigantesco juguete! ¡Y por entre las mallas circulaban bolas negras, verdaderas bolas de escamoteador, al

principio gruesas como bolas de billar y después como balas de cañón, inflándose y contrayéndose con el solo objeto de asustarle! De repente se puso á gritar:

—¡Oh! ¡las ratas! ¡ya vuelven las ratas!

Y era que las bolas se convertían en ratas. Aquellos sucios animales aumentaban de tamaño, pasaban á través de la red y saltaban sobre el colchón, donde se desparramaban. También veía un mono que salía de la pared y se volvía á ocultar, aproximándose cada vez más á él, hasta el punto de obligarle á retroceder, temiendo que se le comiese las narices. Bruscamente, la escena cambió. Figurábase, sin duda, que las paredes danzaban, pues repetía, preso de terror y rabia:

—Eso es, ¡ay! ¡sacúdime, no os temo!... ¡ay! ¡el techo! ¡ay!... ¡ya se cayó!... ¡Sí! ¡repicad las campanas, montón de cuervos! ¡tocad el órgano, para que no se me oiga llamar á la guardia!... ¡Y esos miserables han puesto una máquina detrás de la pared!... ¡La oigo girar perfectamente y va á hacer que saltemos!... ¡Dios mío! ¡fuego! ¿No oís que gritan fuego?... ¡ya suben las llamas!... ¡oh!... ¡esto se ilumina!... ¡se ilumina! todo el cielo arde, fuegos rojos, fuegos verdes, fuegos amarillos... ¡Auxilio!... ¡socorro!... ¡Fuego!...

Sus gritos se perdían en un estertor. Ya no mascullaba más que voces sin hilación, con la boca llena de espuma y la barba mojada de saliva. El médico se rascaba las narices con el dedo, hábito que le era peculiar en presencia de casos graves. Y se volvió hacia el practicante, preguntándole á media voz:

—La temperatura, siempre á cuarenta grados, ¿verdad?

—Sí, señor.

Hizo el médico una mueca y permaneció dos minutos más mirando á Coupeau. Después se encogió de hombros, murmurando:

—El mismo tratamiento: caldo, leche, limonada cítrica, extracto blanco de quina en poción... No le abandónéis y hacedme llamar si ocurre novedad.

Y se marchó, siguiéndole Gervasia para preguntarle si no quedaba esperanza; pero andaba tan tieso por el corredor, que no se atrevió á dirigirle la palabra; y se quedó parada un instante, vacilando entre si volvería ó no á ver á su marido. La sesión le había parecido ya endiabladamente ruda. Y como todavía le oyese gritar que la limonada sabía á aguardiente, se marchó ¡ya lo creo! bastándole una sola representación. En las calles, el galopar de los caballos y el ruido de los coches, la hicieron creer que todo el asiló de «Sainte Anne» corría en su persecución. ¡Y aquel médico que la había amenazado! De veras, imaginábase tener ya la enfermedad de su marido.

Naturalmente, en la calle de la Goutte d'Or, los Boche y los demás la estaban esperando. En cuanto apareció en el soportal, la llamaron en la portería. ¿Qué tal? ¿Duraba aún el tío Coupeau? ¡Dios mío! ¡sí! ¡continuaba durando! Boche parecía estupefacto y consternado; había apostado un litro de vino á que el tío Coupeau no llegaría á la tarde. ¡Cómo! ¿aún duraba? Y toda la reunión demostraba su asombro, dándose palmadas en los muslos. ¡Vaya un mozo de resistencia! La señora Lorilleux calculó las horas: treinta y seis y veinticuatro, sesenta. ¡Por vida del! ¡sesenta horas pateando y aullando! Nunca se había visto fenómeno igual. Pero Boche, que sonreía de muy mala gana; á causa de su apuesta, interrogaba á Gervasia con aire de duda, preguntándole si podía asegurar que no había espichado al volver ella las espaldas. ¡Oh! ¡no; eso no! Saltaba con demasiados ánimos, sin demostrar deseos de entregarla. Entonces Boche, insistiendo aún, la suplicó que volviese á imitar un poco sus danzas para que lo viesen. Sí, sí; ¡otro pournito más!

gritaron todos, añadiendo que con ello daría una prueba de amabilidad, pues precisamente había en la reunión dos vecinas que el día anterior no estaban presentes y habían bajado exprofeso para asistir á la escena. El portero gritaba á la gente que hiciese lugar; y los concurrentes dejaron libre el centro de la portería, dándose con el codo, estremecidos por la curiosidad. Entre tanto, Gervasia estaba con la cabeza baja; temiendo de veras ponerse mala; sin embargo, deseando demostrar que no era de las que se hacen rogar, empezó por dos ó tres saltitos; pero en seguida se encogió y se echó atrás; ¡no podía! ¡palabra de honor! Corrió un murmullo de contrariedad; ¡era lástima, pues lo imitaba con toda perfección! Pero ¡qué remedio; si no podía! Y como Virginia saliese en aquel momento en dirección á su tienda, olvidaron al tío Coupeau para ocuparse en murmurar de la familia Poisson; ¡una verdadera casa de trampa! El día anterior habían estado los alguaciles: el municipal iba á perder su destino, y Lantier andaba rondando á la hija del dueño del restaurant de al lado, soberbia moza que hablaba de poner un comercio de callos. ¡Qué diantre! el asunto no dejaba de dar tela á la chismografía; ya veían establecida una tripicallera en la tienda; después de las golosinas, las cosas sólidas. Ese cornudo de Poisson daba pruebas de lo poco que vale tener gran cabeza; ¿cómo diablos, siendo su destino empleo de hombres listos, se mostraba tan necio en su casa? De repente se callaron al ver que Gervasia, de quien ya nadie se ocupa, se ensayaba sola, en el fondo de la portería, temblando de pies y manos á imitación de Coupeau. ¡Bravo! ¡así, así! ¡No pedían más! Ella se quedó alelada, un momento, como si despertase de un feo sueño. Y se marchó rápidamente. ¡Buenas noches, señores! ¡á ver si podré dormir!

Al día siguiente, á las doce, viéronla los Boche par-

tir, como los dos anteriores. ¡Que se divirtiese allí mucho! Aquel día, en «Sainte Anne», retemblaban los pasillos con aullidos y talonazos de Coupeau. Y sin acabar de subir la escalera, oyóle vociferar:

—¡Cuántas putas, cuántas!... ¡Arrimaos aquí, para que os aplaste!... ¡ah! ¡quieren matarme!... ¡ah! ¡cuántas, cuántas! ¡soy más elegante que vosotras! Largaos, ¡voto á!... ¡Largaos!

Gervasia se detuvo un momento á la puerta para respirar. ¿Se estaba batiendo Coupeau con todo un ejército? ¡Cuando entró, el arrebató crecía, crecía! ¡el plomero estaba loco, furioso, como un escapado de Charentón! Agitábase en medio de la celda, dando manotazos á todas partes, á su propio cuerpo, á las paredes, al suelo, cayéndose y golpeando en el vacío; y quería abrir la ventana, y se ocultaba, se defendía, llamaba, respondía, moviendo él solo tamaño aquelarre, con el aspecto exasperado de un hombre asediado por una oleada de gente. Después, comprendiendo Gervasia que el enfermo se figuraba encontrarse sobre un tejado colocando planchas de zinc. Imitaba al fuelle con su boca, removía los hierros en el hornillo, poníase de rodillas, pasando los dedos por el borde de la estera, creyendo que lo soldaba. Sí, acordábase de su oficio, en el momento de espichar; y si aullaba tan fuerte, si se batía sobre su tejado, era porque los barbudos le impedían ejecutar su trabajo como es de ley. En todos los tejados vecinos veía canallas que se mofaban de él. Y como si esto no bastase, le echaban bandadas de ratas en las piernas. ¡Ah! ¡qué asquerosos animales! ¡siempre estaba viéndolos! En vano los chafaba, frotando su pie contra el suelo con toda su fuerza; al momento surgían nuevas legiones, hasta cubrir todo el tejado! Pues ¿no veía también arañas? A cada momento apretaba rudamente sus pantalones contra los muslos, para aplastar arañas gigantes que

se le habían introducido allí. ¡Voto á! ¿que no le dejarían acabar su tarea? ¡no! ¡estaban decididos á perderle! ¡su patrón le mandaría á la cárcel! Entonces, dándose prisa para concluir el trabajo, creyó que tenía en el vientre una máquina de vapor: abriendo completamente la boca, exhalaba humo, un humo espeso, que llenaba la celda y salía por la ventana. E inclinado, soplando siempre, contemplaba cómo se extendía á fuera la cinta de humo, y subía hasta el cielo, obscureciendo el sol.

—¡Toma!—gritó,—¡son los de la banda de la calzada de Gignancourt, disfrazados de osos, con tambores!...

Y permanecía acurrucado delante de la ventana como si siguiese con la vista, desde lo alto de un tejado, á un cortejo que pasara por la calle!

—Ahí va la cabalgata, leones y panteras haciendo muñecas... Y siguen chiquillos disfrazados de perros y gatos... Y luego la buena moza Clemencia, con su moño lleno de plumas... ¡Ah! ¡pardiez! Ahora se cae y enseñe cuanto tiene... ¡Oye, pichona! ¡será menester que nos!... ¡Eh, malditos rocines!... ¿queréis dejarla?... No tiréis ¡voto á!... ¡no tiréis!

Su voz se elevaba, ronca, espantada y él se agachaba rápidamente, repitiendo que la policía y los pantalones rojos estaban abajo y que había hombres que le apuntaban los fusiles. En la pared veía el cañón de una pistola asestando contra su pecho. Venían á arrebatarse á su hija.

—No tiréis ¡voto á! no tiréis...

Después, las casas se desplomaban y él imitaba el estrépito de todo un barrio al hundirse; ¡y todo desaparecía, todo se evaporaba! Pero apenas tenía tiempo de resollar, cuando pasaban ante su vista nuevos cuadros, con una rapidez extraordinaria. Una necesi-

dad furiosa de hablar le llenaba la boca de palabras, que emitía de un modo incoherente, con un gorgoteo de la garganta y alzando más la voz á cada instante.

—¡Hola! ¿eres tú? ¡buenos días!... ¡nada de bromitas! ¡no me hagas comer tus cabellos!

Y pasaba la mano por delante de su rostro y soplabá como para separar los pelos. El practicante le interrogó:

—¿Qué veis?

—A mi mujer, ¡pardiez!

Y al decir esto, miraba la pared, vuelto de espaldas á Gervasia. Esta tuvo miedo y miró también á la pared, por si veía allí su imagen. El continuaba charlando:

—Mira, no me encocores... No quiero que me áten... ¡Demonche! ¡estás guapa! ¡llevas una «toilette chic» ¿Dónde has ganado eso, gran vaca? ¡Tú vienes de la carrera, camello! ¡Espera un poco que te arregle las cuentas! ¿Eh? ¿ocultas á tu caballero detrás de las faldas? ¿Quién es ese? ¡Salúdame, para que le vea!... ¡Voto á...! ¡todavía él!

De un salto terrible fué á dar de cabeza contra la pared; pero la cubierta acolchada amortiguó el golpe, oyéndose solamente el rebote de su cuerpo sobre la estera, donde la sacudida le echara.

—¿Qué estáis viendo ahora?—repitió el practicante.

—¡El sombrerero! ¡el sombrerero!—aullaba Coupeau.

Y habiendo interrogado el practicante á Gervasia, ésta tartamudeó, sin poder contestar, ¡de tal modo removía en aquella escena todos los embrutecimientos de su vida! El plomero alargaba los puños, exclamando:

—¡Aquí me tienes, queridito! ¡Será preciso que al fin te limpie el mondongo! ¡ah! ¡con que vienes de levita, con esa puta del brazo, para burlarte de mí en público! ¡Pues bien! ¡voy á estrangularte, sí, sí, yo! ¡y sin necesidad de ponerme guantes! ¡No te hagas

el guapo!... ¡Guárdate esa!... ¡Toma! ¡toma!! ¡toma!!

Y lanzaba puñetazos en el vacío. Entonces su furor adquirió proporciones colosales. Habiendo encontrado la pared al retroceder, creyó que le atacaban por la espalda. Y se volvió, encarnizándose contra el acolchado. Daba botes, saltaba de un rincón á otro, golpeaba con el vientre, con las nalgas, con un hombro, por el suelo y se volvía á levantar. Sus huesos chasqueaban y sonaban sus carnes, con un ruido de estopas mojadas. Y él acompañaba este lindo ejercicio con amenazas atroces y gritos guturales y salvajes. Sin embargo, la batalla debía tener mal resultado para él, pues su respiración se iba haciendo más corta y los ojos se le salían de las órbitas, viéndose paulatinamente poseído de una cobardía pueril:

—¡Al asesino! ¡al asesino!... ¡Largaos los dos al momento! ¡oh! ¡cómo se rien los marranos! ¡Ahí los tenéis, á esa puta, con los cuatro remos al aire!... ¡ha de pasar por baquetas, no hay remedio!... ¡ah! ¡el bandido! ¡la asesina! ¡le corta una pierna con su cuchillo! ¡La otra pierna está en el suelo; y el vientre partido en dos y lleno de sangre... ¡oh! ¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío!...

Y bañado en sudor, con los cabellos erizados sobre la frente, horrible, echó á andar hacia atrás, agitando los brazos, como para rechazar tan abominable escena. Exhaló dos lamentos desgarradores y cayó de espaldas sobre el colchón, donde se le habían enredado los talones.

—¡Señor, señor, ha muerto!—dijo Gervasia cruzando las manos.

El practicante se adelantó y puso á Coupeau en medio del colchón. ¡No, no está muerto! Le habían descalzado ¡sus pies desnudos salían fuera del colchón y bailaban solos uno al lado del otro, á compás

una dancita precipitada y regular! Precisamente entró á la sazón el médico. Venía con otros dos colegas, flaco el uno y gordo el otro, condecorados como él. Los tres inclináronse, sin decir una palabra, examinando al enfermo por todas partes; después, rápidamente, pusieronse á hablar en voz baja. Habían descubierto al enfermo desde los muslos hasta los hombros, y Gervasia, alzándose de puntillas, pudo ver el desnudo tronco extendido. ¡Vaya! la cosa era completa; el temblor había bajado desde los brazos y subido desde las piernas, ¡y el tronco mismo participaba ahora del vaivén! Positivamente, el polichinela reía también con el vientre. Eran risitas á lo largo de las costillas, una sofocación de la barriga, que parecía reventar de risa. Y todo se movía ¡que no había más que ver! los miembros se hacían el vis-á-vis, la piel vibraba como parche de tambor y los pelos valsaban saludándose. En una palabra, aquello era el gran zafarrancho, como si dijéramos el galop final cuando amanece y todos los danzantes se agarran por la pata, golpeando el suelo con el talón.

—Duerme—murmuró el médico director.

Y llamó la atención de sus colegas, sobre el rostro del enfermo. Coupeau, con los párpados cerrados, sufría pequeñas sacudidas nerviosas que le agitaban toda la faz. Estaba todavía más espantoso, aplomado de aquel modo, con la mandíbula saliente y con la mascarilla deformada de un muerto que hubiese padecido pesadillas. Pero los médicos, percibiendo los pies, pusieronse á observarlos muy de cerca, con aire de profundo interés. Los pies seguían danzando siempre. Ya podía Coupeau dormir ¡sus pies danzaban! ¡oh! ¡ya podía roncar, pues á ellos les tenía sin cuidado! y continuaba su bailecito, sin apresurarse ni retardarse. Eran unos verdaderos pies mecánicos, pies que se divertían donde hallaban ocasión. Entre tanto, Gervasia, viendo

que los médicos habían puesto sus manos sobre el tronco de su marido, quiso tocarle también. Aproximóse lentamente y le aplicó una mano sobre uno de los hombros. Y la dejó allí un minuto. ¡Dios mío! ¿qué era lo que ocurría allí dentro? Danzaba todo, hasta en el fondo de la carne, y sin duda bailaban también los huesos mismos. Llegaban de muy lejos estremecimientos y ondulaciones, corriendo á manera de río por debajo de la piel. Cuando apretaba un poco con la mano, sentía los gritos de sufrimiento de la médula. A simple vista, percibíanse únicamente las olitas que formaban hoyos como en la superficie de un remolino; pero en el fondo el desorden debía ser horrible. ¡Tarea espeluznante! ¡tarea de topo! ¡Era el vitriolo de la taberna, dando golpes de azadón en aquellas profundidades! Todo el cuerpo se hallaba impregnado del endiablado líquido, y ¡vaya! es preciso que éste llevase á cabo su tarea, desmenuzando, llevándose á Coupeau, en el temblor general y continuo de todo su esqueleto. Los médicos se habían marchado. Al cabo de una hora, Gervasia, que se había quedado con el practicante, repitió en voz baja:

—Señor, señor, está muerto...

Pero el practicante, que observaba los pies, dijo que no con la cabeza. Los pies desnudos, fuera del colchón, seguían danzando. No estaban muy limpios, que digamos, y tenían largas las uñas. Pasaron algunas horas. De repente, quedaron rígidos é inmóviles. Entonces el practicante se volvió hacia Gervasia, diciendo:

—Ya está.

Sólo la muerte había sido capaz de detener el bailecito de los pies. Cuando Gervasia regresó á la calle de la Goutte d'Or, encontró en el cuarto de los Boche á una porción de comadres que charlaban allí con la

mayor animación. Creyó que la esperaban para saber noticias, como los días anteriores.

—Ya espichó— dijo empujando tranquilamente la puerta, con aire de cansancio y embrutecimiento.

Mas no la escuchaban. Toda la casa andaba trastornada. ¡Oh! ¡la cosa no era para menos! Poisson había atrapado á su mujer con Lantier en cierto lance. No se sabían precisamente los detalles, porque cada cual refería las cosas á su modo. Pero, en resumidas cuentas, era lo cierto que el municipal había caído sobre ellos en un momento en que menos lo esperaban. Hasta añadíanse particularidades que las mujeres se repetían al oído, mordiéndose los labios. Naturalmente, un espectáculo semejante había sacado de sus casillas á Poisson. ¡Un verdadero tigre! Aquel hombre, poco hablador, que al andar parecía como si llevase un palo en el culo, se puso á dar botes y rugidos. Después no se oyó nada más. Lantier debía haber explicado la cosa al marido. ¡Mas no importa! ¡el escándalo aquel no podía seguir adelante! Y Boche anunciaba que la hija del dueño del restaurant de al lado tomaba decididamente la tienda para establecerse de tripicallera. ¡Y ese diablo de sombrerero se moría por los callos! Entre tanto, Gervasia, viendo llegar á la señora Lorilleux en compañía de la señora Lerat, repitió con flojedad:

—¡Ya espichó!... ¡Dios mío!... ¡Cuatro días saltando y aullando!

Entonces las dos hermanas no pudieron menos que sacar sus pañuelos, pues si bien su hermano había sido muy culpable, al fin y al cabo era su hermano. Boche se encogió de hombros y dijo en alta voz, para que le oyese todo el mundo:

—¡Bah! ¡un borracho menos!

Desde aquel día, como quiera que á Gervasia se le iba trastornando la cholla cada vez más, una de las

curiosidades de los vecinos era ver cómo imitaba á Coupeau. Ya no era necesario rogarla, pues daba el espectáculo gratis, temblor de pies y de manos, soltando grititos involuntarios. Sin duda había contraído aquel tic en «Sainte Anne», contemplando demasiado tiempo á su marido. Pero no era tan afortunada, pues no reventaba como él. Limitábase su enfermedad á hacer muecas como mico escapado, lo cual le valía que los pilluelos le tirasen tronchos de coles por las calles. Gervasia duró, de este modo, por espacio de algunos meses. Hundíase todavía más, aceptando los últimos ultrajes y muriendo un poco de hambre, todos los días. Tan luego como reunía cuatro sueldos, corría á la taberna á tomar una chispita. Encargábanle los recados más sucios del barrio. Una noche, apostaron á que no comería una cosa muy asquerosa, y ella la comió, para ganarse diez sueldos. El señor Marescot se había decidido á expulsarla del cuarto del sexto piso. Pero como quiera que acabasen de encontrar muerto al tío Brú en su agujero de debajo de la escalera, consintió el propietario en dejarle aquel nicho. Actualmente, habitaba el nicho del tío Brú. Y allí dentro, sobre la podrida paja, crujíanle los dientes, vacío el vientre y helados los huesos. Por lo visto, la tierra la rechazaba. Volvíase idiota, y ni aún se le ocurría tirarse al patio desde el sexto piso, para concluir. La muerte debía llevársela poco á poco, pedazo tras pedazo, arrastrándola así hasta el extremo de la condenada existencia que se había creado. Hasta ni siquiera se supo jamás, precisamente, de qué había muerto. Se habló de un escalofrío. Pero lo cierto es que murió de miseria, de suciedad y de las fatigas de su podrida existencia. Reventó de embrutecimiento, según frase de Lorilleux. Una mañana, sintiéndose un olor pestilente en el corredor, recordaron los vecinos que no la habían visto en dos días; y la encontraron ya verde en su nicho.

Precisamente, fué el tío Bazouge quien acudió, con la caja de los pobres al hombro, para empaquetarla. Aquel día estaba hecho una cuba, pero tan bonachón como siempre y alegre como un pinzón. Cuando hubo reconocido á la parroquiana de que se trataba, soltó unas cuantas reflexiones filosóficas, mientras aprestaba su equipajecito:

—Todo el mundo pasa por ahí... No hay necesidad de empujarse, pues hay sitio para todos... Y es una necesidad darse prisa, porque así llega uno más tarde... Yo no deseo más que complacer á las gentes. Unos quieren, otros no quieren... ¡compóngalo quien pueda!... Aquí hay una que al principio no quería, y después guiso... ¿Si? pues hubo de esperar... ¡Por fin, ya lo consiguió! ¡y á fe que lo tenía bien ganado! ¡vaya! ¡adelante con la carga!

Y cuando cogió á Gervasia con sus negras manazas, enterneciósese algo, y levantó con suavidad á aquella mujer que había estado tan encaprichada por él. Y después, depositándola en el fondo del ataúd, con un cuidado paternal, tartamudeó, entre dos hipos:

—Oye... escucha... soy yo, el Amiguito-Alegría, apodado el consuelo de las damas... ¡Ea! ¡ya eres dichosa!... ¡Duerme, duerme, ¡hermosa mía! (1)

(1) La historia de la hija de Gervasia y Couzeau que comienza en esta novela, termina en la que lleva por título *Naná*, nombre de la protagonista. *Naná* ha sido el mayor éxito de Emilio Zola, y de todos sus libros el de que mayor número de ediciones se ha hecho. Véase en él la continuación de la presente novela.

FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166, Barcelona

	<u>Pesetas.</u>
Abruzos, (Duque de los)—La Estrella Polar en el mar Artico. Lujosa obra de 725 páginas en dos tomos, con 250 ilustraciones, 2 panoramas y 3 mapas en colores de las regiones exploradas. En 18 cuadernos.	18
En rústica en dos tomos.	20
Lujosamente encuadernada en dos tomos.	25
Encuadernada en un tomo.	28 50
Juegos de tapas para un tomo.	2 75
Para encuadernar en dos.	3 75
Alarcón y Puyol.—Los Bandidos del amor ó El barranco de los cuervos. Dos tomos de cerca de 1000 páginas con láminas en color.	10
Alas, Leopoldo (<i>Clarín</i>).—El gallo de Sócrates.	1
— Nueva campaña.	2
— Ensayos y revistas.	2
— El siglo pasado.	2
— El Señor, y lo demás son cuentos.	2
Alexis, (Paul)—El fin de Lucía Pelegrin.	0 50
Alfaro, (Ibo)—Malditas sean las mujeres.	1
— Malditos sean los hombres.	1
— Malditas sean las suegras.	1
— Marina ó la hija de las olas.	1
— El hada de los mares.	1
— El Paraíso de las mujeres.	1
— El infierno de los hombres.	1
— El purgatorio de las solteras.	1
— Su majestad el amor.	1
— La hija de las flores.	1
Alleg, (Juan)—Amor estéril.	1

Precisamente, fué el tío Bazouge quien acudió, con la caja de los pobres al hombro, para empaquetarla. Aquel día estaba hecho una cuba, pero tan bonachón como siempre y alegre como un pinzón. Cuando hubo reconocido á la parroquiana de que se trataba, soltó unas cuantas reflexiones filosóficas, mientras aprestaba su equipajecito:

—Todo el mundo pasa por ahí... No hay necesidad de empujarse, pues hay sitio para todos... Y es una necesidad darse prisa, porque así llega uno más tarde... Yo no deseo más que complacer á las gentes. Unos quieren, otros no quieren... ¡compóngalo quien pueda!... Aquí hay una que al principio no quería, y después guiso... ¿Si? pues hubo de esperar... ¡Por fin, ya lo consiguió! ¡y á fe que lo tenía bien ganado! ¡vaya! ¡adelante con la carga!

Y cuando cogió á Gervasia con sus negras manazas, enterneciósese algo, y levantó con suavidad á aquella mujer que había estado tan encaprichada por él. Y después, depositándola en el fondo del ataúd, con un cuidado paternal, tartamudeó, entre dos hipo:

—Oye... escucha... soy yo, el Amiguito-Alegría, apodado el consuelo de las damas... ¡Ea! ¡ya eres dichosa!... ¡Duerme, duerme, ¡hermosa mía! (1)

(1) La historia de la hija de Gervasia y Couzeau que comienza en esta novela, termina en la que lleva por título *Naná*, nombre de la protagonista. *Naná* ha sido el mayor éxito de Emilio Zola, y de todos sus libros el de que mayor número de ediciones se ha hecho. Véase en él la continuación de la presente novela.

FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166, Barcelona

	<u>Pesetas.</u>
Abruzos, (Duque de los)—La Estrella Polar en el mar Artico. Lujosa obra de 725 páginas en dos tomos, con 250 ilustraciones, 2 panoramas y 3 mapas en colores de las regiones exploradas. En 18 cuadernos.	18
En rústica en dos tomos.	20
Lujosamente encuadernada en dos tomos.	25
Encuadernada en un tomo.	28 50
Juegos de tapas para un tomo.	2 75
Para encuadernar en dos.	3 75
Alarcón y Puyol.—Los Bandidos del amor ó El barranco de los cuervos. Dos tomos de cerca de 1000 páginas con láminas en color.	10
Alas, Leopoldo (<i>Clarín</i>).—El gallo de Sócrates.	1
— Nueva campaña.	2
— Ensayos y revistas.	2
— El siglo pasado.	2
— El Señor, y lo demás son cuentos.	2
Alexis, (Paul)—El fin de Lucía Pelegrin.	0 50
Alfaro, (Ibo)—Malditas sean las mujeres.	1
— Malditos sean los hombres.	1
— Malditas sean las suegras.	1
— Marina ó la hija de las olas.	1
— El hada de los mares.	1
— El Paraíso de las mujeres.	1
— El infierno de los hombres.	1
— El purgatorio de las solteras.	1
— Su majestad el amor.	1
— La hija de las flores.	1
Alleg, (Juan)—Amor estéril.	1

CATÁLOGO

	Pesetas.
Amieis, (Edmundo de)—España,	1
— Horas de recreo.	1
— La vida militar.	1
— La carroza di tutti, (2 tomos).	2
— Infortunios y amor.	2
— Combates y aventuras,	2
— Corazón.	3
— Los amigos, 1 tomo profusamente ilustrado.	3'50
Andersen.—Cuentos.	1
Argüello.—Viaje al país de la decadencia.	1
Arias Carvajal.—Medicina de las familias.	2
Arrieta de Avila, (M.)—Prosa en verso.	1
Balmes, (Jaime)—Geografía general. Obra declarada de texto.	1
Balzac, (Honorato de)—El hijo maldito.	1
— Un crimen tenebroso.	1
— Fisiología del matrimonio.	1
— El corazón de un padre.	0 60
— La joven de los ojos de oro.	0 50
— El verdugo.	0 30
Barzini.—La mitad del mundo vista desde un automóvil. Un tomo de 608 páginas y 200 grabados.	10
Bellemare.—Escenas de la vida mejicana.	0 60
Berned, (J. Adán)—Bautismo de Sangre.	0 30
Blasco, (Eduardo)—La esposa infiel. Dos tomos de 500 páginas con láminas en color.	10
Braddon, (M. E.)—La noche buena.	1
— La bandera roja.	1
— Casamiento al vapor.	1
— Miseria espléndida.	1
— Diavola.	1
— La hija de nadie.	1
— El secreto de lady Alicia.	1
— Lucha de razas.	1
— Roberto Godwin.	1
— Aurora.	1
— Publicanos y pecadores.	1
— La hija abandonada.	1

DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

	Pesetas
Braddon, (M. E.)—El becerro de oro.	1
— ¡Desterrada!	1
— Mundo, demonio y carne.	1
— Un viaje triste.	1
— Una mano oculta.	1
— Todo por el honor.	1
— Jugar con fuego.	1
— Corazón de bronce.	1
— La mujer privilegiada.	1
— Celos fatales.	1
— Vicio y virtud.	1
— La herencia de Carlota.	1
— Aves de rapaña.	1
Braemé, (Carlota M.)—Una lucha de amor.	1
— Dora.	1
— Azucena.	1
— Su único pecado.	1
— En su mañana de bodas.	1
— Invencible amor.	1
— La condesa de Cradoc.	1
— Casada con dos maridos.	1
— El secreto de lady Muriel.	1
— Los diamantes Ducie.	1
— Una historia de amor.	1
— Una víctima del gran mundo.	1
— En el crisol del amor.	1
— Juez y parte.	1
— De las tinieblas á la luz.	1
— Historia de un velo negro.	1
— Luchas del corazón.	1
— La expiación de un pecado.	1
— Un matrimonio desgraciado.	1
— El secreto del duque.	1
— La mártir del hogar.	1
— La niña mimada.	1
— La novela de una niña.	1
— La tentación de una mujer.	1
— Un casamiento desigual.	1
— Amores sublimes.	1
— A vida ó muerte.	1

CATÁLOGO

	Pesetas.
Braemé, (Carlota M.)—Corazón de oro.	1
— Locura de amor.	1
— Arrepentimiento tardío.	1
— Rosas y espinas.	1
— La moderna Cenicienta.	1
— Caminos de oro.	1
— Los amores de Claribell.	1
— La venganza de una mujer.	1
— La estrella de amor.	1
— El castigo de una madre.	1
— Amor sin igual.	1
— Un corazón destrozado.	1
— Entre dos pecados.	1
— El anillo de bodas, roto.	1
— Sueños del corazón.	1
— Más débil que una mujer.	1
— El misterio del bosque.	1
— Redimida por amor.	1
— Las almas enamoradas.	1
— Una herencia misteriosa.	1
— El orgullo de lady Diana.	1
— El amor y el interés.	1
— Los amores de Juana.	1
— El último amor.	1
— El nido de Cupido.	1
— Un corazón muerto.	1
— Dos besos.	1
— El corazón de un padre.	1
— Dramas de amor.	1
— Cesarina.	1
— Sueños de amor.	1
— El lirio fatal.	1
— Un casamiento en el mar.	1
— Los diamantes de la duquesa.	1
— Espinas de una rosa.	1
— Un deber fatal.	1
— El triunfo del amor.	1
— Un juramento falso.	1
— Su único amor.	1
— Una belleza fatal.	1

DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

	Pesetas.
Braemé, (Carlota de)—Luchas de amor.	1
— La hija del príncipe Carlos.	1
— Los votos de Irene.	1
— Los amores de una mujer.	1
— Un pecado oculto.	1
— Vivir para amar.	1
— Un amargo despertar.	1
— A toda costa.	1
— Entre dos amores.	1
— Una amarga expiación.	1
— La locura de Evelina.	1
— ¡Maldito!	1
— La mujer de un jugador.	1
— El divorcio de lady Castlemaine.	1
— Un crimen misterioso.	1
— La pupila de un actor.	1
— Luz y rosas.	1
— La conquista de una coqueta.	1
— La expiación de un conde.	1
— La nueva Magdalena.	1
— Las dos rivales.	1
— La lucha por el derecho.	1
— Margarita.	1
— ¡Si amor fuese amor!	1
— Los peligros de la belleza.	1
— Un gran misterio.	1
— La reina de los lirios.	1
— Las locuras de Hilario.	1
— Dafne Vernou.	1
— El error de una mujer.	1
— Violante.	1
— El amante de Madolina.	1
— A través del mundo.	1
— Los celos de una mujer.	1
— La lucha por un anillo.	1
— Andrea.	1
— El primer amor.	1
— El orgullo de una raza.	1
— Horas crueles.	1
— Perdón imposible.	1

